NATALÍ NAVARRO



SERIE
VILLANAS

DANTE

CUANDO TU PASIÓN ES VOLAR,
PERO SOLO TOCAS EL CIELO CON ELLA

NATALÍ NAVARRO

DANTE

CUANDO TU PASIÓN ES VOLAR,
PERO SOLO TOCAS EL CIELO CON ELLA

SERIE *VILLANAS*

Sello: Independently published

Título: DANTE (Serie Villanas I)
Natalí Navarro © 2025

Cubierta: Gabriela Rey
Corrección y maquetación: Sandra García

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para todas esas mujeres que parecen convencionales y que son excepcionales.

El poder no se te da. Tienes que tomarlo.
Beyoncé

NOTA DE AUTOR

¿Estás lista para una historia arrolladora? Porque sí, Lex y Dante son justo eso «arrolladores».

Espero que tú, mi querida Soñadora, disfrutes de esta lectura tanto como yo lo he hecho escribiéndola.

Cómo he reído con estos dos locos y sus combates cuerpo a cuerpo. Amo a estos personajes y todos los que los han acompañado en esta brutal historia. Me tienen loquita los increíbles *Dragons* y ya me pican los dedos deseando seguir escribiendo sus historias.

Dante es una novela que ha nacido en un periodo de mi vida de cambio profesional y personal, y es sumamente especial porque escribirla era mi momento del día, mi vía de evasión de las responsabilidades. Espero que se convierta también en tu desconexión.

1



Dante

La gélida temperatura golpea mi rostro helando la fina capa de sudor que lo cubre. Trato de sujetarme con fuerza a la pared rocosa de la montaña, me concentro al máximo para poder avanzar con firmeza. Bajo mis pies apuntalados a un pequeño saliente, hay unos noventa metros hasta llegar al final de este acantilado. Me he aliado con la noche para hacerme más invisible, sin embargo, la luna trata de dejarse ver entre las densas nubes y una discreta luz ilumina ligeramente la gruesa roca que sobresale a unos diez o doce metros más abajo. Hecho un vistazo y compruebo que la mochila con el paracaídas, y que dejé en el momento de mi ascenso, sigue ahí. Me arden la punta de los dedos debido al esfuerzo, clavo las uñas con saña y me sujeto bien. No me muevo, me mantengo ahí, concentrado para que mi respiración se acompase y dando por imposible bajar la frecuencia cardiaca que me martillea el pecho. Solo he de aguantar el tiempo suficiente, si no hago ruido es imposible que me descubra. ¿Quién en su sano juicio se colgaría de un acantilado? Solo alguien que no teme sentir el vacío bajo sus pies. Por suerte, ese soy yo.

«¿Qué coño ha salido mal?». Esta maldita misión era pan comido, lo teníamos todo atado. Llevamos tres meses preparando este asalto y estaba más que controlado. Declan revisó mil veces los

distintos accesos y sus métricas determinaron que si me colaba por el acantilado solo tenía un dos por ciento de probabilidades de ser detectado, un puñetero dos por ciento. No recuerdo la última vez que un plan nos ha salido tan… escandalosamente mal. Las probabilidades de que sucediera esto deben de estar muy por debajo del cálculo de Declan.

«Pienso comprar un número de lotería en cuanto salga de aquí. ¡Me toca fijo!». No puedo evitar reírme con sarcasmo con mi propio comentario. Rápido me doy cuenta de mi estupidez y vuelvo a guardar silencio absoluto. «¡Céntrate en no caer montaña abajo y deja las risitas para cuando estés en tierra firme!», me recrimino a mí mismo a la vez que pienso en que quizá si hubiera hecho caso de Dorian… Insistió una y mil veces en que debía de acceder por la puerta principal usando la nueva goma explosiva que ha adquirido en el mercado negro y con la que puedes reventar una cerradura en cuestión de segundos. Su intención era entrar a lo grande, arrasando con todo, así es él. Hay que reconocer que sus exagerados métodos le funcionan de maravilla, pero no es mi estilo. Para Dorian si no hay llamas y explosiones de por medio no es feliz. Es de ahí que le viene el mote que le pusimos: Dragón del fuego.

Sí, muy místico y puede que, a nuestra edad, ya está algo fuera de contexto. En nuestra defensa diré que fue algo que empezó cuando éramos muy jóvenes y con los años nos hemos ido mimetizando tanto los tres con nuestros apodos que ahora nos identificamos más con ellos que con nuestros nombres reales.

Todo empezó cuando solo teníamos catorce años y nuestro único objetivo era encajar en un lugar en el que el puzle estaba más que completo y nosotros éramos las piezas que sobraban. Jamás olvidaré aquella noche que lo cambió todo. Es curioso cómo una pequeña ocurrencia, un comentario sin trasfondo nos ha llevado a ser quienes somos hoy. Ahí estábamos, en el sótano del internado al que nos habían enviado nuestras familias, tres niñatos intentando comprender por qué todos bebían cerveza si era lo más asqueroso que habíamos probado. Dorian se entretenía con un Zippo, uno de esos mecheros grandes que solo se les corta la llama cuando los cierras, y que había heredado de su abuelo. Hablábamos de todo y

de nada mientras él no dejaba de pasar el pequeño fuego entre sus dedos, entonces, Declan dijo:

—¡Joder, tío! Entre tu obsesión con las cosas que arden y esos ojos más amarillos que marrones, hay veces que creo que en cualquier momento cambiarás de forma, te convertirás en un dragón y escupirás fuego por tus fauces.

Contra todo pronóstico, nadie rio. Dorian levantó la cabeza, cruzamos las miradas entre nosotros y… así empezó todo.

El iris amarillo de mi amigo se avivó, parecía brillar mientras la luz de la pequeña llama del mechero se reflejaba en sus ojos y… bueno, aquella noche determinó quienes somos hoy.

Solo unos días después, mandé nuestros uniformes escolares a un modista de la zona, le pedí que grabara con hilo dorado en la espalda de las protocolarias americanas azules la palabra: *Dragons,* y nuestras vidas cambiaron para siempre.

Lo que pareció empezar como un comentario sin ningún trasfondo, se convirtió en un estandarte para nosotros. No dudamos en bautizar a Declan como el Dragón guardián del tesoro. Tiene un problema enorme con los objetos brillantes y su obsesión por el orden y la seguridad extrema han ido aumentando más cada año. La vida no le ha tratado demasiado bien, y eso ha provocado que se vuelva más guardián que nunca con todo, pero en especial, con su gran y verdadero tesoro, su hija.

Llegados a este punto, quizá te estés preguntando qué tipo de dragón soy yo, creo que con lo poco que te he contado sobre mí puedes imaginarlo. Soy el Dragón del cielo. Este mote supuso un antes y un después para mí. Si ya me tenía fascinado lo de pasearme siempre por las alturas, pensar en que en otra vida pude ser un dragón que surcaba el cielo con sus enormes alas acabó con mi prudencia. La mayor parte de mi vida la paso con los pies suspendidos en el aire, es como una necesidad vital. Simplemente, caminar no va conmigo.

El sonido de una pequeña rama al crujir llama mi atención, eso me hace dejar a un lado los recuerdos y volver a la pared de la montaña en la que sigo colgado. Controlo mi respiración para que sea inaudible y aguzo el oído tratando de averiguar qué ocurre.

Inmóvil espero sujeto a las rocas como si tuviera garras y a la vez pienso en que me podría haber ido mejor si le hubiera hecho caso a Dorian. En ocasiones el efecto sorpresa es una gran distracción. El problema es que si me hablas de trepar por un acantilado y de escapar surcando el cielo, vamos, que si el plan implica volar… pierdo la cabeza. Esa ha sido y será siempre mi debilidad. Declan sugirió su idea y Dorian estalló en carcajadas, se levantó y solo añadió:

—¡Tú ganas, guardián! Mientras ultimáis los detalles con el volador, abriré un Barolo para celebrarlo. —Es su vino tinto preferido, está considerado uno de los mejores de Italia y, en realidad, utiliza cualquier excusa absurda para tomarlo.

Una risa dulce llega a mis oídos para colarse dentro de mí y atravesarme por completo. Al mirar hacia arriba… Ahí está.

¡Dios! Es tan hermosa como feroz. Sus ojos, ahora más rasgados debido a la petulante sonrisa, me observan divertidos.

—¿En serio? —Vuelve a reír—. De todos los rincones y escondites que hay en esta montaña vas y escoges colgarte de una pared rocosa a más de noventa metros de altura. Eres inquietantemente sorprendente, Dragón.

Cuando la escucho llamarme así… y cómo la palabra *«dragón»* se desliza acariciando sus labios gruesos y carnosos, siento como si un látigo golpeara mi pecho. Es perturbador la facilidad que tiene esta mujer para hacerme perder el juicio.

Me repongo con rapidez y respondo:

—Me gusta siempre rozar el cielo, ya deberías saberlo, lo has alcanzado conmigo muchas veces en los últimos dos días.

—Tu comentario es petulante y soberbio —contesta cortante a la vez que elimina su sonrisa del rostro de un plumazo.

—También es cierto. Estoy tan convencido de ello como de que tu cuerpo aún puede sentir que solo hace unas horas estaba dentro de él.

Su semblante se ensombrece y su postura corporal cambia. En el silencio de la noche escucho con claridad cómo traga con fuerza un jadeo que no quiere regalarme.

—¿Qué coño estás haciendo? —cuestiono poniéndome serio y dejando a un lado los jueguecitos cuando la veo alzar el cabo que debería seguir anudado en la base del tronco del árbol que tiene justo a su lado.

¡Perfecto! He pasado de estar sujeto por una cuerda, a estar a merced de esta mujer y como única protección de vida mis garras aferradas a la montaña. La noche empeora por momentos y eso que hace solo unas horas creía que nada podía ser más perfecto.

—¿Cómo se siente alguien al que su vida pende de un hilo? Bueno, en tu caso de una cuerda. —Sonriendo estira el brazo con el cabo sujeto en su mano para que vea con claridad que ella tiene ahora todo el poder. Sin embargo, eso no impide que responda lo que me viene a la cabeza sin pensar en absoluto en las consecuencias.

—Lo cierto es que me sentía mucho mejor cuando te follaba por detrás mientras, agarrado a tu melena, acariciaba tu trasero y escuchaba tus gritos desbocados.

—¡Que te jodan!

—Eso ya lo has hecho tú varias veces. Cielo, ¿por qué no vuelves a atar esa cuerda al árbol? Así podré subir y podremos repetirlo. ¡Sabes bien que nos encantará a los dos! —Le sonrío y ella aprieta la mandíbula, no creía que pudiera estar aún más bella enfadada.

—¡Adiós, Dragón! ¡Hasta nunca! —Sus largos y delgados dedos se extienden y mi única sujeción cae al vacío.

Sin regalarme ni tan solo una mirada, tal y como apareció hace dos días, desaparece entre las sombras.

2



Alexandra

Corro rápido entre los árboles del frondoso bosque. Coozco esta senda y cada rincón que la bordea, la he recorrido centenares de veces de niña, sin embargo, no puedo permitirme ningún despiste, la naturaleza es voluble y siempre te sorprende. Mis pies hacen crujir el manto de hojas y mi respiración cada vez es más agitada. A lo lejos escucho el sonido del agua correr y acelero para llegar cuanto antes a la cascada en la que me he bañado tantas veces. El grueso tronco de siempre sigue ahí haciendo de puente. Extiendo los brazos para mantener el equilibrio y camino sobre la corteza colocando un pie delante del otro. La noche se torna más oscura y alzo la vista, una gruesa nube tapa por completo la luna.

—¡Ah! —grito al caer—. ¡Mierda! Tenías que estar atenta, Lex —me recrimino a mí misma mientras rodeo con las dos manos la rodilla—. Al menos he caído en la misma rodilla y por suerte conservo la otra pierna intacta. ¡¡Joder!! ¡Qué dolor!

Una bruma húmeda lo baña todo y despistada mirando al cielo he resbalado, eso ha provocado que acabe en el suelo y una roca me ha rasgado el leggins negro y la piel.

—¡Genial, Lex! Como no te llevabas suficiente de este maldito fin de semana y del *mosquetonazo* que te ha arreado el malnacido, ahora también, lo más probable es que acabes con una cicatriz como

recuerdo. Al menos has tenido la certeza de caer en tierra firme y no en el agua que seguro está helada.

Soplo varias veces sobre la sangrante herida como si eso mágicamente fuera a cerrarla. Lo cierto es que nunca he comprendido por qué se alivia el dolor cuando soplas. Quizá sea porque…

—¡Lex! ¡Qué más da eso ahora! Mueve el culo y sal de aquí antes de que todo empeore. —Me incorporo y un lacerante dolor atraviesa mi pierna como si de un latigazo se tratara—. ¡Ah! ¡Joder! ¡Joder! ¡Duele un montón! Esto tiene pinta de ser más que un simple cortecito. Si es que ya te dije que era mala idea desde el principio. Pero nooo… Lex no puede estarse quietecita. —Resoplo desquiciada con mi propia perorata—. Será mejor que cierre el pico y llegue al coche cuanto antes.

Giro el rostro para asegurarme que sigo sola en el bosque. Se supone que debo pasar desapercibida, pero mi maldita costumbre de hablar conmigo misma al final va a conseguir que la noche acabe aún peor. Y sí, hablo conmigo misma y es algo que hago continuamente, vete acostumbrando, yo ya lo he hecho. Es una de las consecuencias de no tener a nadie que me escuche. Pero bueno, por suerte descubrí hace mucho que yo soy buena oyente. Para rematar, en mi entorno hay pocas personas que me cuenten algo que me resulte de interés, me gusta más lo que tengo que decirme yo misma. Conclusión rápida, me encanta hablar y no suelo encontrar a nadie interesante para hacerlo y lo más importante, yo siempre tengo algo relevante que explicarme.

Sigo avanzando por el estrecho sendero rodeado de altos árboles mientras arrastro la pierna debido al punzante dolor en la rodilla. Pronto diviso el todoterreno, está a solo unos metros, extiendo la mano para abrirlo con el mando de la llave. Una vez dentro, cierro la puerta del conductor y dejo caer la cabeza recostándola en el asiento. El calor de la primera lágrima surca mi rostro y parece que es el detonante para que el caudal se desboque.

—¡Mierda! ¡Idiota! Eso es lo que eres, Lex. ¡Una idiota de manual! ¡GRRR! ¡¡JODERRR!! —grito furiosa golpeando el volante

con las manos varias veces—. ¿Cómo has podido dejarte embaucar de esa manera? ¡Mierda!

Ese maldito dragón casi consigue los informes y todo porque mi libido es irresistible a sus encantos... Y a su cuerpo... Y a sus ojos... Y a sus embestidas demenciales... Y a sus besos apasionados e incomparables…

—¡¡BASTA!!

Con brusquedad me limpio las lágrimas sin poder dejar de pensar que lo más probable es que el hombre que me ha llevado al cielo durante todo el fin de semana ahora mismo ya solo sea los restos de lo que fue.

Normalmente la victoria se siente dulce, pero hoy un repugnante amargor se ha instalado en mi garganta. Ese bastardo me ha utilizado, todo era un plan para acceder a los archivos, y aun así no puedo evitar sentir que he vivido el fin de semana más real de mi vida.

El todoterreno avanza traqueteando por el irregular sendero hasta llegar a la carretera y una vez allí, piso el acelerador hasta el fondo, sintiendo un dolor constante en la rodilla. Me quedan unas horas para llegar, pero antes pararé en algún área de servicio para curar la herida y cambiarme de ropa.

El sol empieza a despuntar cuando detengo el coche delante del surtidor de la gasolinera. Veo que en el interior del establecimiento hay un señor de unos sesenta años que me sonríe a pesar de no saber ni quién soy. Levanto la mano para devolverle el saludo. Cojo la mochila y cuando entro en la pequeña tienda, desde lejos le pregunto por el baño, uso las estanterías repletas de snacks para ocultar mi cuerpo malherido. Me observa con sus pequeños ojos y el ceño fruncido, doy por sentado que no debo de estar preciosa.

—¡La leche! ¡Estás que das asco, Lex! —Me sobresalto al ver mi reflejo en el baño—. Con razón el hombre te miraba de ese modo.

Mi negro y rizado cabello ahora parece un puñetero nido de zarigüeya. Si fuera a un casting para hacer de *prota* de Blancanieves, seguro que me cogían por ser la más pálida y eso que

soy de raza negra. Me quito el grueso jersey hecho jirones y con la costura de la manga rota. Entonces me encuentro con ellas: Una de mis tetas se muestra orgullosa y erguida sin llegar a rebasar el borde del escote —por suerte— y la otra parece algo perdida. Ese maldito Dragón me ha roto uno de los tirantes del sujetador y ahora parecen la gorda y la flaca. Me quito la chaqueta y saco por la cabeza la camiseta.

—¡¡La madre que lo parió!! Si me entero de que sigue vivo, pienso acabar con su vida. ¡El muy desgraciado me ha marcado por todas partes!

Un chupetón enorme y cada vez más morado asoma por debajo del ala de plata que cuelga de mi pendiente. Pero la cosa empeora cuando miro mis bonitas tetas, la copa del sujetador del lado que el tirante está roto ha caído y ha dejado al descubierto mi pezón decorado con otro morado. Un fogonazo con el momento exacto en el que el dragón succionaba mi piel y la electricidad abrumadora que me recorría me golpea con fuerza. Casi puedo sentir su boca caliente chupando, lamiendo… Su mirada oscurecida por el deseo brillando con fulgor mientras recorría mi cuerpo. El recuerdo de su jadeo ronco de placer resuena dentro de mí, casi parece que él está aquí. De manera involuntaria, la humedad llega a mi ropa interior y es tal la necesidad que me sacude, tan abrumadora la excitación que me provoca el recuerdo que, si no le pongo remedio, no creo poder soportarlo. Cada vez más enfadada conmigo misma bajo las mallas junto con el tanga a tironazos. Mi mano resbala entre mis empapados pliegues y sin delicadeza ni demoras, froto mi clítoris frenética e indignada. Unos ojos verdes me observan cargados de lujuria en la nebulosa de mi mente y eso me espolea. Lo veo de rodillas hundido entre mis piernas, saboreándome, gimiendo de placer… Sin espera, un orgasmo zarandea tanto mi cuerpo que he de agarrarme al mármol del baño, a la vez que muerdo mi labio con fuerza para controlar el gemido de placer que amenaza con alertar al preocupado trabajador de la gasolinera y acabar por confirmarle que una desequilibrada está usando el aséptico baño para sus indecentes acciones.

«¡Deliciosa!», resuena su profunda voz en mi cabeza. Es tan real que casi puedo sentir su aliento cerca de mis pliegues.

Disfruto del hormigueo que recorre mi cuerpo y cuando, poco a poco, recobro la cordura, abro los ojos y me encuentro con mi reflejo, pero ahora muy distinto; el color ha regresado a mi rostro, mis labios están rosados de tanto morderlos para ocultar mis gritos y el brillo en mi mirada centellea.

—¡Mierda, Lex! ¿Qué narices acaba de pasar?

3



Dante

DOS DÍAS ANTES

El camarero descorcha la botella de cava y el estallido hace que la preciosa mujer de la mesa de al lado se sobresalte. Me mira con sus peculiares ojos rasgados y me regala una sonrisa que sacude mi cuerpo. Le devuelvo el gesto.

—¿Es de su gusto, caballero? —pregunta con educación mientras me sirve la copa para que verifique si está todo correcto.

Extiendo la mano hasta la copa sin despegar la mirada de la fascinante mujer que me observa y puedo ver con claridad cómo traga al mismo tiempo que yo lo hago.

«¡Presa!».

—Es perfecto, no podría gustarme más —respondo y la morenaza sonríe divertida y algo azorada.

—Entiendo, señor —y susurrando añade—: ¿Desea invitar a la dama a una copa?

—¿Ha venido sola? —le pregunto al chico manteniendo el tono bajo para que la conversación quede entre nosotros dos.

—Lleva un largo rato esperando a su acompañante, pero parece que no se decide a llegar.

Ella nos observa y juraría que se muere por saber de qué hablamos. Está claro que no saberlo es algo que no le gusta porque una de sus cejas se alza mientras la otra se encoge. Esa expresión altiva y cargada de molestia me hace sonreír a mí y arrugar los morros a ella. Parece que esta dragona necesita tener el control de la situación siempre y que cuchicheemos la está enervando.

—Por favor, sírvale una copa a la señorita —pido esta vez con intención de que me oiga.

Al momento su expresión se relaja de nuevo y la bonita sonrisa vuelve a cubrir su rostro.

En ningún momento rompemos el contacto visual y en cuanto el servicial hombre termina, desaparece. Ya llena, alza la copa a modo de brindis y la correspondo. Acerca el fino cristal a su boca y la espumosa bebida resbala hasta llegar a sus labios pintados de un rojo intenso. Una pequeña gota llama mi atención cuando escapa por la comisura del labio y con decadencia cae por su barbilla, recorre su largo cuello y avanza hasta el escote. Antes de perderse entre el valle de sus senos es interrumpida por una corta pero arreglada uña carmesí. El dedo traza el mismo camino que el cava, pero de manera ascendente hasta llegar a su destino inicial, justo ahí, la punta de su lengua asoma y lame el húmedo apéndice. Un rugido ancestral en mi interior me sacude. Mi entrepierna se alza sin control espoleada por un fuego abrasador que recorre mis fauces.

La noche acaba de tomar una nueva trayectoria. La deseo y ella ha dejado bien claro que es mutuo. Retiro la silla para ponerme en pie y antes de poder alzarme…

—Preciosa, perdona el retraso. El tráfico me ha retenido y…

«Capullo en acción». Pienso en cuanto veo al supuestamente azorado rubio que acaba de llegar.

La mano de ella, de delgados y delicados dedos, se alza en señal de stop frente al engominado y trajeado hombre, provocando que se calle de golpe. Se queda inmóvil con el abrigo a medio quitar y la observa con lo que parece… ¿preocupación?

Con movimientos gráciles y llenos de elegancia, aparta un tirabuzón oscuro de su rostro y retira la servilleta de su regazo para

dejarla sobre la mesa. Empuja con suavidad la silla y —«¡DIOS!»— se pone en pie.

Mi deseo por ella se vuelve agonizante. Una necesidad animal se apodera de todo mi ser y mi cabeza grita: «¡Deseo a esta dragona!».

El vestido de seda azul noche acaricia su tostada piel. Los finísimos tirantes trazan sus hombros y bajan hasta casi la cintura, justo ahí el tejido recorre el umbral entre la *sexy* curva de su espalda y la de su redondo y firme trasero.

—¿El tráfico? —Su condescendiente tono me saca de mis pensamientos más obscenos y presto atención a la conversación.

«Esto se pone interesante».

—Verás…

—¡Que te jodan, idiota!

Me resulta imposible controlar la carcajada. Acaba de dejarme alucinado, ni por asomo me imaginaba que pudiera decir algo así. El denominado «idiota» me mira furioso y yo me acomodo de lado en la silla para no perderme nada del espectáculo. «Unas palomitas me vendrían estupendas ahora mismo». Pienso divertido.

Sus dedos chasquean delante de su cara y el tipo deja de mirarme a mí para volver a ella.

—¡Estoy aquí! —Él solo asiente con la cabeza cuando la mira y parece quedar atrapado en una especie de embrujo porque ni pestañea—. Llegas más de media hora tarde, ¿y tu excusa es el tráfico? ¿En Ribadesella? ¡Shhh! —Le manda callar cuando ve que abre la boca—. Hay trenes que pasan una vez y el tuyo debe de seguir atrapado en el tráfico. —Vuelvo a reírme, pero la risilla desaparece de golpe cuando se gira y me mira.

Coge el bolso de mano que colgaba de la silla, alza la barbilla en un gesto de altivez y ante mi total estupor, recorre los pocos pasos que hay hasta mi mesa. No puedo dejar de observar cada puñetero movimiento como si pasara a cámara lenta.

«¡Sí, joder, sí!», grito eufórico cuando se sienta en la silla que tengo delante. La miro atónito mientras alcanza mi copa y bebe de ella un pequeño trago.

—Eres una zorra y una…

Me levanto y mis casi dos metros de altura son más que suficiente para callarlo.

—Señor Idiota —escucho el sonido de la risilla de ella detrás de mí—, le recomiendo que se largue y se lleve la poca dignidad que le queda con usted, la señorita ya no necesita su compañía.

Al final no es tan tonto como parecía inicialmente y tras un gruñido y una mirada rabiosa que la bella mujer que tengo sentada en mi mesa ignora por completo bebiendo de mi copa otra vez, decide darse la vuelta e irse. Espero hasta que desaparece por la puerta del local sabiendo que una vez fuera volverá a girarse, y así lo hace. Le sostengo la mirada a través de la cristalera y finalmente se va.

Me giro y ahí está.

—Fascinante —digo sin tapujos abrumado por su belleza y carácter.

Ella me regala una sexy sonrisa de dientes blancos y alineados. Cuando se pone en pie no puedo evitar devorarla enterita con la mirada, la seda le queda impresionante.

—Gracias, necesitaba quitármelo de encima y seguro que sin ti no habría sido tan fácil.

«El único que debería estar encima de ti soy yo». El pensamiento dibuja una sonrisa canalla en mi rostro y como si pudiera leer mi mente ella se muerde el labio.

—Creo que no has necesitado en ningún momento a nadie, está claro que te vales por ti misma muy bien. Solo he interrumpido porque no soporto las faltas de respeto y mucho menos hacia una señorita.

—Gracias una vez más. Espero que pases buena noche. —Da un par de pasos con la intención de ¿irse? «¡Oh, no! Eso no lo puedo permitir».

Sujeto su muñeca con delicadeza y se vuelve a mirarme.

—Mi plan es que sea una gran noche, aunque dudo que lo logre si te vas.

Los rizos negros están recogidos en un alto moño y algunos escapa de él decorando su rostro. Un impulso incontrolable lleva mi otra mano hasta uno de ellos y lo coloco detrás de su oreja. Dejo

resbalar los dedos por su cuello, la clavícula, la curva de su hombro, salto el fino tirante y acaricio su brazo con la mano completa. La piel es cremosa y templada, su tono oscuro contrasta con el mío más claro. Al levantar la vista la encuentro con los ojos cerrados y su respiración es tan errática como la mía.

—Resultas abrumadora —susurro cerca de su oído.

Gira el rostro y con nuestras narices casi rozándose dice:

—¿Cenamos? Estoy hambrienta. —Río pensando en que, sin duda, yo también tengo un hambre voraz.

La respondo asintiendo con la cabeza y me alejo de ella para alcanzar la silla y retirarla con un gesto de caballerosidad. La ayudo a acomodarse. Cojo su copa de la otra mesa y la pongo frente a mi plato. Ella sonríe y coge la que antes era la mía para volver a beber.

La cena ha transcurrido en un sorprendente y cómodo silencio, compartiendo miradas que hablan de promesas ardientes. Hemos degustado un suculento chuletón cada uno, tranquilos, sin ninguna prisa. Saboreando cada pedazo totalmente conscientes de que teníamos toda la noche por delante. Me ha gustado ver que disfrutaba de la comida sin remilgos. Para el postre hemos decidido compartir una tarta de chocolate que ha resultado ser muy cremosa, cada cucharada se fundía en el paladar. Sus repetidos gemidos con cada cucharada me han obligado a abrir las piernas para poder soportar la presión del pantalón en la entrepierna.

En cuanto la he visto tragar el último sorbo de su café *expresso* y tan oscuro como su mirada, me he levantado y he extendido la mano frente a ella. No ha titubeado ni un segundo y ha resbalado la suya sobre la mía para poder entrelazar nuestros dedos. Al llegar a la caja he tenido que soltarla para sacar la cartera, pero antes de poder hacer el intento ha acercado el móvil y ha apagado la cena. La he mirado y solo he podido reír ante su comentario:

—No lo fastidies con algún comentario machista e irritante.

Un impulso me ha llevado a acortar la distancia y envolver su cintura con mi brazo, la he pegado a mi cuerpo y le he dado un beso rápido en los labios.

—Gracias por la cena y por la invitación.

Casi no puedo acabar la frase porque, sorprendiéndome de nuevo, ha recorrido la misma distancia que yo hacía un momento y me ha besado sin importarle estar en uno de los restaurantes con más renombre de Asturias. Lo ha hecho con pasión e ignorando la presencia del metre tras el mostrador. Mis manos han apresado su estrecha cintura y juro que, si no hubiera escuchado el carraspeo de nuestro espectador, la habría devorado entera en ese mismo lugar y momento.

—Les deseo una buena noche.

—Ahora sé a ciencia cierta que así será, gracias —ha contestado ella mientras se giraba y caminaba contoneando sus caderas hacia la salida.

4



Dante

Miro de nuevo por el retrovisor y vuelvo a reír al ver el Toyota Hilux 2024 rojo. Al salir del restaurante le he sugerido que viniera en mi coche y ha respondido:

—Llevaré el mío por si deseo salir corriendo en algún momento.

Cuando ha extendido la mano y las luces del todoterreno *pick up* han parpadeado, una gran carcajada ha brotado de mí sin control.

—¡Oh, vamos, no fastidies! ¿No me digas que eres de esos hombres que creen que una mujer no pude conducir un coche grande?

—Más bien soy de los que le fascinan las mujeres que me sorprenden.

—Esa ha sido una buena respuesta. Venga, te sigo.

Y ahí va, trazando el mismo recorrido que yo, mientras me consume la expectación y el deseo. No puedo dejar de pensar en la jodida suerte que he tenido esta noche y en cómo el tejido sedoso resbalará por su cuerpo hasta llegar a los pies.

Con ayuda de un mando, la verja de la entrada de la villa que he alquilado se abre. El lugar de día es precioso y me hace sentir a gusto, me recuerda mucho a mi casa de Sevilla. Tiene un gran jardín con un bonito sendero hasta la puerta y la fachada empedrada con

balcones de madera oscura le dan un aspecto rupestre que me encanta.

Detengo el coche y apago los faros, cuando ella también lo hace todo se sume en la negrura que solo es tenuemente iluminada por la luna. Estamos a unos veinte minutos de Ribadesella, abrazados por un frondoso y salvaje bosque. Me acerco y tras abrir la puerta extiendo la mano para ayudarla a bajar del vehículo. Las sombras de la noche no le restan ni un ápice de belleza. Un susurrado gracias y una sonrisa relajada me llevan a pensar si esta preciosa mujer sabe en la tesitura en la que está ahora mismo. Yo podría ser un maldito asesino en serie, podría hacer con ella lo que quisiera y nada ni nadie lo impediría, o lo que es más preocupante, nadie lo sabría jamás. Sin embargo, parece no preocuparle en absoluto. No sé si es una valiente o una completa inconsciente. Tengo pensado hacerle miles de cosas a ese cuerpo delicado y de piel tostada, por suerte para ella nada tiene que ver con algo que no le vaya a generar el placer más increíble de su vida.

Camina a mi lado con la barbilla alzada y gracilidad. Al llegar a la entrada, una luz se enciende gracias al sensor de movimiento y no puedo evitar mirarla de nuevo. Mueve la cabeza invitante a que abra.

—He venido con la intención de pasar calor, no de quedarme helada en la húmeda intemperie.

Una nueva carcajada me sorprende. «¿Cuándo una mujer me ha hecho reír tanto?». Jamás. Aunque tampoco les dejo mucha opción para que lo hagan. Prefiero oírlas gemir.

—Tengo un vino blanco delicioso en la nevera, ¿te apetece una copa? —pregunto mientras la ayudo a quitarse el abrigo.

—Gracias.

Con premura descorcho el vino y sirvo dos copas sin poder dejar de preguntarme ¿qué coño estoy haciendo? Durante todo el camino, o mejor dicho toda la noche, en lo único que pensaba era en devorarla, y ahora llego aquí y me sale la puñetera vena caballerosa. Resoplo y tomo la decisión de que en cuanto haya dado el primer trago lo siguiente que probará será mi boca, o mejor, todo mi cuerpo.

Al llegar al salón no la veo y por un segundo creo que se ha largado, pero entonces escucho el ruido del fuego al prender. Sonrío al verla de rodillas frente a la chimenea. Su vestido de seda está remangado en los muslos y lleva los pies descalzos. Ha colocado varios troncos y con facilidad los hace arder.

«Sin duda una dragona fascinante». Mi pensamiento me resulta inquietante, pero no tengo tiempo de analizarlo porque se pone de pie y toda mi atención es completa y absoluta para esta morenaza sensual.

Me acerco al mismo ritmo que ella lo hace hacia mí y le tiendo la copa. En vez de cogerla se agacha y me quedo petrificado.

«Me la va a…».

—¿Qué…?

Levanto ambas manos como si alguien hubiera gritado: «¡Esto es un atraco!». Antes de que sea capaz de decir algún inoportuno comentario, se adelanta.

—Me hace sentir muy incómoda estar descalza y que tú no lo estés. Como yo ya no soportaba esos zapatos de tacón creados por el mismísimo diablo, creo que lo mejor es que estemos en igualdad.

Tira de los cordones y los afloja. Una mano sujeta el tobillo para invitarme a levantar el pie y me saca el primer zapato.

Debería decirle que esto lo puedo hacer yo, que no debe de… ¡Chorradas! Me tiene loco lo que hace. Jamás me había excitado tantísimo algo tan anodino.

Siento sus dedos algo fríos colarse por el bajo del pantalón y rozar el vello de mi pierna, se cuelan por la goma del calcetín y tiran de él. Lo repite con el otro y después descansa su trasero en los talones y las manos en sus muslos, entonces dice:

—Menos mal que tienes unos pies bonitos, no hubiera soportado que no lo fueran.

Suelto una gran risotada mientras intento que el vino de las copas no se caiga con las sacudidas de mi cuerpo, hasta que, entre risas, la veo sonreírme. Sigue ahí, frente a mí, mirándome con sus felinos ojos verdes desde el suelo.

—No te imaginas las ganas que tengo de ti —confieso sin rodeos.

Le tiendo la copa y cuando la coge, estiro la mano libre para invitarla a ponerse en pie. El «clin» del brindis parece sacarme un poco de la bruma de un embrujo en el que su belleza me había sumido y tomo acción. Rodeo su cintura para poder atraerla y besarla, pero me empuja para separarme.

Dejo que me aparte y espero expectante.

La deseo, pero no soy un animal, si necesita espacio se lo voy a dar, va a caer en mis garras antes o después. La observo intrigado mientras deja las copas de los dos en la pequeña mesa que tenemos al lado y antes de que pueda reaccionar… todo da un giro de 180°.

Con una de sus piernas rodea las mías a la altura de la rodilla, eso me desestabiliza y me hace caer en el sofá de detrás. Con rapidez se sienta sobre mí a horcajadas y sus dos manos apresan mi cuello con fuerza.

Atónito e intentando entender qué es lo que está ocurriendo la miro. «¿Es ella la asesina en serie?». Sonrío con mi propio pensamiento y como si pudiera entender lo que acaba de pasar por mi cabeza, la preciosa desconocida que trata de asfixiarme me devuelve el gesto.

—No creas ni por un instante que soy una delicada flor, ni se te pase por la cabeza que puedes dañarme. No hay hombre en este mundo que pueda lastimarme. —Sus dedos se clavan cada vez un poco más y la asfixia aumenta.

—Jamás te lastimaré —digo agónico—. Prometo que mientras estés conmigo todo será placer, siempre.

Me mira lo que me parece un larguísimo rato estrangulándome más, mientras mi entrepierna crece y crece. Su actitud, lejos de parecerme inquietante o desequilibrada, como muchos pensarían, me resulta como ya he dicho: fascinante y, sobre todo, muy excitante.

—De nuevo una buena respuesta. Me gustas —resuelve.

Le sonrío casi sin respiración y ella también lo hace, pero con una expresión canalla que me enloquece. Saca la lengua y lame mis labios provocando que mi gruñido llene el salón. Sus caderas empiezan a moverse y acarician mi dureza haciendo que jadee. Suelta mi cuello y las manos, bien abiertas, acarician mi rostro y

toda la cabeza. Hunde los dedos en los mechones largos sin dejar de mirarme, mientras yo doy varias bocanadas para llenar de nuevo los pulmones. Cansado de esperar a que me dé permiso a tocarla, me aventuro a hacerlo. El primer contacto de mis manos en sus muslos confirma lo que he imaginado toda la noche, su piel es una delicia. Cuando empieza a ponerse en pie no puedo evitar extender los brazos siguiéndola, necesito seguir sintiéndola.

Frente a mí acaricia su cuerpo, invitante, *sexy*. Antes de que ocurra, gimo sabiendo que su siguiente movimiento va a ser lo mejor que ha hecho en lo que llevamos de noche, y solo el preludio de todo lo que acontecerá en las siguientes horas… o días si se tercia todo como ya tengo planeado.

Su dedo índice se desliza por el escote, bordeando los pechos erguidos y descarados. Bajo el delicado tejido azul noche, unos pezones enhiestos parecen pedir a gritos atenciones. Al llegar al fino tirante lo empuja y este resbala por la curva de su hombro, al repetir la acción con el otro, tal y como he imaginado desde que la he visto ponerse de pie en el restaurante, el sedoso vestido resbala por sus curvas hasta dejar un precioso cuerpo de piel oscura desnudo y únicamente decorado por un diminuto tanga de encaje negro. Me deslizo por el sillón hasta ser yo el que ahora se arrodilla frente a ella.

—Dragona, cuando te tenga entre mis garras no pienso soltarte.

Esta vez, sorprendiéndola yo a ella, le arranco de un solo tirón la ropa interior, sostengo su estrecha cintura y hundo mi boca en su depilado pubis, sin preludios, sin remilgos, solo dejando ir un deseo animal que me consume hasta acabar con mi cordura. Disfruto del grito de placer que me regala al acariciar su encharcado clítoris con mi lengua, y de todos los que le siguen esa noche.

5



Alexandra

Dos días de pasión desmedida e inexplicablemente sigo aquí deseando más. He perdido la cuenta de las horas que llevo desnuda y de la de veces que este Dragón ha conseguido llevarme al más absoluto éxtasis.

Sí, he dicho Dragón. Empezó él con eso de llamarme a mí Dragona y me pareció genial no tener que decirnos nuestros nombres. ¿Para qué? Lo perdería de vista cuando ya no necesitara nada más de él. Además, fue oírle y pensar en lo muy acertado que era llamarlo igual. Si me dijera que es capaz de transformarse un ancestral Dragón de grandiosas alas y fauces temibles, casi podría creérmelo.

«Para ser sincera… es una lástima que eso sea completamente imposible». Río divertida con mis pensamientos.

Tiro de la cisterna y mientras me lavo las manos no puedo evitar sonreírle a mi reflejo. Me encanta el color rosado que adquiere mi piel tras un buen maratón de sexo. Es curioso cómo puede una noche que pintaba bien, pasar a ser un desastre que te enfurece, y sin previo aviso se convierte en algo inesperado y… y… Bueno, en eso, algo inesperado. Creo que dotarla de más adjetivo solo va a complicar las cosas.

Lo vi cuando entró en el restaurante. ¡Vaya si lo vi! Imposible no hacerlo. Sus dos metros de alto, la ancha espalda enfundada en una americana casual color morado y la camisa blanca de cuello *maho* cobraban carácter por el simple hecho de estar sobre su cuerpo. Llevaba varios collares hechos de materiales naturales, pero llamó mucho mi atención uno que parecía el diente de un gran animal. Su rostro rudo y varonil estaba cubierto por una espesa barba y cuando retiró el ondulado cabello largo hacia atrás, un suspiro escapó de mi sin poder hacer nada para retenerlo. Lo seguí con la mirada atraída como una polilla a la luz. Me resultó tremendamente *sexy*. Nunca había visto a un hombre como ese. Su mirada algo rasgada se cruzó con la mía y solo necesité un instante para saber que acabaría enredada en sus sábanas. El camarero sirvió mi copa de cava y en el momento que levantó la mano para que brindáramos en la distancia, hubo algo dentro de mí que me dijo: «él sí».

Era la tercera vez que quedaba con el engominado *sexy* y la segunda que llegaba tarde. Encontrar a alguien que comparta mis gustos sexuales y fetiches… no es fácil, pero no pensaba tolerar idioteces por mucho que el rubio de ojos azules pudiera pasar como primo hermano de Chris Hemsworth y estuviera más rico que el pan con Nutella. En las fotos de la web de citas donde lo encontré salía sin camiseta y el chico claramente era carne de gimnasio. Quizá me creas superficial. Te seré muy clara: me gusta el sexo. ¡No!, mejor dicho, es algo vital para mi subsistencia. Sin vínculos, sin romanticismo, solo un acto carnal que me resulte plenamente satisfactorio. La única manera de que funcione es si el hombre me resulta muy atractivo y bueno… que esté dispuesto a todo lo que necesito.

El primer día que quedamos con el engominado comprobé que estaba tan dotado de músculo como de virilidad, algo que sumó puntos. Una lástima que fuera un impresentable, porque lo pasamos bien juntos. Sin duda el eslogan de su perfil hacía bastante justicia a la realidad: «si eres una gata salvaje, yo soy tu felino al que domar». No puedo evitar reírme cada vez que recuerdo semejante horterada, aunque no quiero ser hipócrita, y he de reconocer que conmigo funcionó.

El caso es que, mientas esperaba y desesperaba, el salvaje hombre de la mesa de al lado, me consumió con la mirada. Sin duda quedaba lejos de ser un simple felino, él era una fiera mucho mayor, un depredador insaciable. Y eso… eso lo convirtió en mi deseo.

La puerta del aseo se abre dejando paso al Dragón. Durante unos segundos me observa desde el umbral a través del reflejo del cristal.

—¿No sabes llamar? —pregunto petulante.

—Lo que no sé es cómo bajar esto. —Entonces me doy cuenta de que está masturbándose.

—Es difícil si no dejas de darle a la zambomba. —Su carcajada me saca una sonrisa.

—Me gusta que sueltes siempre lo primero que te viene a la cabeza.

El comentario remueve dentro de mí algo que me resulta inquietante, pero antes de poder pararme a analizarlo, mi trasero está sobre el frío mármol del baño y su primera embestida llega como algo glorioso. La estrecha cintura se mueve con decadencia mientras sus ojos verdes parecen clavarse en mí, dejando una huella que me preocupa no poder borrar. Una de mis manos rodea su cuello con la presión justa. La necesaria para que su respiración se vuelva algo errática y su excitación crezca dentro de mí.

No puedo evitar pensar: «¿Cuántas probabilidades hay de cruzarte con un desconocido en un restaurante y que acabe siendo un perturbado como tú?». Pocas, muy pocas.

No hay muchos hombres a los que les gusta ser dominados por una mujer, y muchos menos los que se excitan mientras les hago creer que podría acabar con su último aliento.

—¿Qué te hace tanta gracia, Dragona? —pregunta cuando sonrío al pensar que está tan tarado como yo.

Aprieto con más fuerza su cuello y siento mi vagina contraerse alrededor de su barra de acero a la vez que me penetra con más intensidad.

—Estoy aquí, vuelve de dónde quiera que estés —exige malhumorado y empuja sus caderas con rabia provocando que grite de placer.

—Estoy justo dónde deseo —respondo jadeante.

—Conmigo.

—Contigo.

Y ese «contigo» dicho en un momento desenfrenado y de un modo que lo hace parecer carente de valor cobra vida cuando añade:

—¡Joder! ¿Qué me haces, mujer? —La pregunta me deja tan sorprendida que mis manos se aflojan y dejan ir su cuello.

Preocupada por la trayectoria que está tomando este polvo, agarro con saña los mechones sueltos de su cabello y le beso. Pero él me separa, acuna mi cara en una dulce caricia y hace que mi mundo explote en mil pedazos.

—Me gustas mucho, Dragona.

Se ríe y deduzco que es por la cara que debo de haber puesto. Sin darle mayor importancia a la tremenda bomba que ha soltado, vuelve a besarme. No quiero, pero mi cuerpo actúa sin que pueda controlarlo y suelto su cabello para acabar envolviendo su rostro igual que hace él con el mío.

Al separarse, solo un par de centímetros, me sigue mirando y sé con total certeza, que ahora mismo se está colando en mis pensamientos. De algún modo es capaz de leer en mí cosas que otros nunca han hecho y eso me preocupa. El problema es que un orgasmo demoledor empieza a fraguarse y pierdo el norte, el sur, el este y hasta el oeste. Sus caderas aceleran y mi cerebro cortocircuita, he de agarrarme con las dos manos a su cuello para no caer.

—Deja de pensar. Mientras te follo solo existo yooo… ¡¡¡GRRR…!!! —Su fuerte y robusta mano captura mi delgado cuello haciendo presión, en pocos segundos los pulmones me arden por la falta de oxígeno y todo mi cuerpo cimbrea mientras un grito ahogado debido a la presión escapa de mi garganta.

El trasero ya ni toca el frío mármol. Ahora mismo estoy tal y como él me desea; completamente abandonada, rendida a su exigencia y entregada por completo a un feroz dragón que ha decidido devorar hasta el último pedazo de mí.

Sus gritos desmedidos debidos al placer más visceral llenan el cuarto de baño y sonrío de satisfacción al oírlo, sabiendo que soy yo la que provoca eso en él. Su ronca voz se desgarra y parece rugir. Nunca había estado con un hombre tan escandaloso en el sexo y… ¡Dios! ¡Me encanta!

Siento que crece dentro de mí cuando el orgasmo estrangula su dureza y justo en ese momento suelto su cuello, llevo las manos a su pecho y retuerzo sus pezones con saña. Se corre desbocado mirándome a los ojos, sin embargo, para mí esto no ha terminado y se lo hago saber.

—Más —articulo como puedo agarrando su muñeca para incitarlo a apretar más mi cuello.

Eso parece avivar el fuego y a pesar de haberse corrido hace solo un instante no deja de penetrarme sin descanso ni tregua. Lleva su mano libre mi boca, chupo sus dedos con hambre y empapados los lleva a mi clítoris para frotarlo con una energía tan enloquecedora como placentera.

—¡Vamos, Dragona, vuela conmigo! ¡Ahora!

Espoleada por su orden, me dejo ir y… vuelo. Mis fluidos se derraman mojando nuestros cuerpos mientras el éxtasis más demoledor me sobrepasa.

Abro un poco los ojos y me descubro estirada en la cama con mi cabeza recostada sobre un precioso tatuaje que no he podido dejar de observar intrigada. Un gran dragón con sus alas extendidas vuela en sus pectorales y entre sus garras sujeta la palabra «dragons». Levanto un dedo y resigo las letras, quiero saber, pero sé que preguntar va a implicar saber cosas de él que franquearán la barrera que debo mantener.

«Calladita estás siempre más mona». Me recuerdo.

—¿Cómo te sientes?

—Estábamos en el baño y…

—Has perdido el conocimiento. —Levanto la cabeza sorprendida y le miro, el cabrón tiene una maravillosa sonrisa ladeada y petulante en el rostro—. Gracias por regalarme ese momento. Ha sido increíble ver cómo te rendías de ese modo al placer.

—No me había ocurrido nunca. —Su sonrisa se extiende y me da una suave cachetada en el trasero—. ¡Oh! ¡Venga! Te encanta, ¿verdad?

—Para ser sincero, sí. ¡Joder! ¡Sí! —responde con entusiasmo como si fuera un crío con un juguete nuevo—. Si te hubieras visto con todos esos rizos desordenados jadeando enloquecida mientras estabas a mi merced sujeta entre mis garras. Solo de pensarlo se me pone dura otra vez.

—¡Ey! Para el carro semental, necesito comer algo que no seas tú o desfalleceré y acabaré como la bella durmiente, postrada en una cama e inmóvil. —Su risa contagia la mía.

—Eres la mujer más fascinante que he conocido jamás. Quiero…

—¡Wow! ¡Stop! No sé qué viene después de ese «quiero», pero sea lo que sea mejor que no lo digas.

Sus carcajadas frescas y naturales hacen que yo ría también, aunque lo cierto es que no tiene ni puñetera gracia. Esto está tomando un rumbo que no me gusta en absoluto.

No es la primera vez que hago algo así, conozco un hombre, tenemos una noche o un fin de semana salvaje y ya, cada loco vuelve a su vida. Pero aquí parece que no llega nunca el fin, la necesidad crece en vez de ir apagándose.

«¡*Mayday*, Lex! Tenemos un problema». Así es, por eso mismo, en cuanto salga el sol, meto quinta al todoterreno y me largo de aquí.

—Anda, vamos a la ducha, Dragona, te vendrá bien para desentumecer el cuerpo.

Que cargue conmigo entre sus brazos, aleja mis pensamientos de fugitiva. Me gustaría decirle que sé caminar perfectamente, pero no lo hago porque lo cierto es que esta parte en la que me cuida como si fuera de cristal, después de haberme follado como si fuera inquebrantable, me encanta.

6



Dante

No puedo evitar detenerme a observarla. Largas piernas, delicadas curvas, piel tostada y ese pelo de leona. Es una mujer preciosa y fogosa, mucho. Llevo dos días enredado en su cuerpo y mentiría si dijera que me siento saciado. No puedo evitar acercarme a la cama donde va a dormir plácidamente, como mínimo, las próximas seis horas. Extiendo la mano y le retiro un tirabuzón del rostro. Acaricio sus gruesos labios sin poder evitar recordarlos envolviendo mi dureza, mientras me miraba desde el suelo.

«Una imagen para la historia». Sonrío sabiendo que así será.

El móvil vibra en mi bolsillo y sé que son los *Dragons*. Ha llegado el momento de ponerme en marcha.

Dorian:
¿Aún se te sigue levantando o ya no
te quedan fuerzas para más polvos?

Declan:
Estás retrasando la misión y eso al final

va a ser un problema. Hace cincuenta y
dos horas que deberías haber sustraído
la información.

Dante:
Podría follármela cada hora durante el resto
de mi vida y mi polla estaría encantada.

Dorian:
¡Ja, ja, ja! Eres un tremendo fantasma.
Deberías de bajar del cielo, Dragón.

Dante:
La que sigue en el cielo es ella. El problema
lo tienes tú, que tienes envidia porque no mojas
desde hace más tiempo del que recuerdas.

Dorian:
Recuerdo perfectamente cómo la
última acabó consumida por las
llamas de la pasión.

Suelto una risotada porque con Dorian no puede ser de otra manera, el muy idiota siempre tiene alguna ocurrencia chorra que me hace reír. Sabiendo que mi dragona está a salvo, cojo la mochila de la silla y salgo de la habitación entornando la puerta tras de mí. Rápido llega el mensaje que estaba esperando.

Declan:
¡Sois dos insensatos! ¿Os dais cuenta
de que llevábamos tres meses preparando
este asalto y de que todo se ha retrasado
porque el puñetero Dragón Volador ha
decidido descender de las nubes para
meterla en caliente sin descanso?
Dante, al final se te caerá a cachos y lo que es peor,
vamos a perder un montón de pasta.

Súbete la cremallera del pantalón y céntrate, ¡joder!

Dante:
Calma, amigo.
Lo tengo todo controlado.

Declan:
Tienes menos de cuatro horas para
llegar al punto base, escalar por un
acantilado de más de noventa metros,
entrar en la casa, encontrar la información
y desaparecer. No. No estoy nada calmado.
Nos jugamos quince putos millones y tú
estás venga a martillear a una desconocida.

Vale, ahora está muy enfadado, pero bueno, ya suele ser algo normal en él. Es cierto que nunca ha sido el hombre pandereta, no conozco a ningún alemán que lo sea. Sin embargo, hace unos años era un tío guay, risueño y muy tranquilo, con algún que otro TOC obsesivo, sí, aunque nada demasiado importante. Y es que a Declan siempre le costó controlar su atracción por los objetos brillantes. Le fascina cualquier cosa que brille o que engrose sus arcas, o como decimos Dorian y yo, su tesoro. Vamos, que cuando hablamos de llenar su cuenta bancaria de unos cuantos miles, las cosas se ponen serias para él. Hasta ahí vale… El problema llegó cuando la puta vida se cebó con él y lo destrozó. Le arrebató uno de sus mayores tesoros y eso ensombreció su mundo, lo sumió en una tormenta oscura y huracanada de la que parece ser incapaz de salir. Desde aquello no ha vuelto a ser el mismo. Ahora siempre está serio, es cada vez más gruñón y su obsesión por el control se ha vuelto desmedida. Estoy convencido de que ha dormido tan poco como yo estos últimos dos días, solo que yo lo he hecho sumido en el absoluto placer y él… repasando cada punto del plan. No ha dejado de enviarme mensajes. Al principio queriendo saber y después exigiendo que dejara a la dragona y me pusiera en serio con la misión. Quiero a mis amigos, muchísimo, para mí son mi familia,

pero no puedo cambiar el curso de mi vida cada vez que Declan entra en estado de *shock* y trata de controlarlo todo.

Abro de nuevo el maletero y reviso todo el material por tercera vez: arnés, mosquetones, cuerda, anclajes, guantes, martillo y pitones. No falta nada. Me siento frente al volante y antes de arrancar pienso en la ansiedad que debe de estar pasando mi amigo, así que decido enviarle un mensaje para paliarla.

Dante:
No te preocupes, Declan, ya estoy sentado en el coche. Te aseguro que antes de que despunte el sol, habré terminado y estaré de nuevo entre las piernas de la dragona. Confiad en mí, Dragons.

Declan:
Suerte. Aunque sé que no la necesitas.

Dorian:
Seguro que antes de que vuelva a oscurecer ya has perdido la pinga.

Río divertido negando con la cabeza y acelero.

No tardo más de veinte minutos en llegar al punto base que acordamos. En esta parte del sendero ya es imposible ver el coche desde la carretera. Sin demora me ajusto la mochila del paracaídas a la espalda, sobre esta llevo un anexo con lo que necesito para el ascenso. Me cambio las deportivas por los pies de gato y regulo la luz de la linterna frontal que llevo en la cabeza para poder ver, pero sin parecer un puñetero resplandor en mitad del bosque. Nunca se sabe cuántos locos hay por el mundo que deciden hacer deporte de aventura a horas intempestivas. Lo mejor es pasar desapercibido.

Miro el cronómetro que he activado nada más empezar a caminar, siete minutos desde el coche hasta la base del acantilado. Sonrío al pensar en el nivel de precisión que tienen siempre las

métricas de Declan. El cabrón ajusta mi zancada a la distancia y lo clava sin error alguno.

Acerco el reloj a mi boca y les envío en mensaje de voz a los *Dragons*:

—Bien, a por los quince millones y después, para celebrarlo, me colaré de nuevo entre las piernas de la Dragona salvaje que me espera en la cama.

Sin demora empiezo el ascenso. La oscuridad de la noche complica un poco la cosa, pero eso no impide que me sienta libre. Estar a tantos metros del suelo siempre hace vibrar la adrenalina en mi cuerpo y me da un subidón.

Llego al saliente rocoso bastante frustrado. No me puedo creer que haya tardado ocho minutos más de lo que había calculado Declan. El simple pensamiento parece invocarlo. La vibración de un mensaje en mi reloj me indica que es él y que sigue mis pasos. Miro la pantalla y leo su reproche:

Declan:
Eres un gilipollas que ha gastado
toda su energía follando.

—Y tú un envidioso que como siga así, al final se le va a quedar como una pasa seca y arrugada por falta de uso —susurro acercando la muñeca a mi boca y le envío el audio.

Como respuesta solo me llega un: ¡Céntrate!

Sé que va a pasar toda la noche conectado al ordenador controlando el GPS para vigilar cada uno de mis pasos. Aún recuerdo lo que nos reímos Dorian y yo el día que dijo que quería instalarnos un puñetero chip para poder rastrearnos en cualquier parte del mundo. Evidentemente él no se rio ni un poco, lo dijo muy en serio. A mí me sigue pareciendo excesivo, pero sé que Declan vive mucho más tranquilo sabiendo que puede localizarnos en cualquier momento. Ninguno de los tres se tira un pedo sin decírselo a los demás. ¡Y ojo! Esto va en serio. Dorian tiene la asquerosa costumbre de enviarnos audios mientras caga, le encanta acompañar sus

argumentos con burdas psicofonías emitidas por su trasero. En conclusión, volviendo al tema, que aceptamos ponernos el dichoso localizador para que nuestro Dragón del tesoro pudiera dormir más tranquilo por las noches. Sin embargo, hoy no lo hará. Estará pendiente de cada paso que doy y solo descansará cuando sepa que entro por la puerta de la casa de alquiler en la que me espera la salvaje mulata de cabello rizado que he conocido de manera inesperada. Nuestra protección es otra de sus obsesiones.

Trepo por las rocas los últimos metros sin la luz de la linterna. Al llegar a la cima me impulso con ambas manos. Acuclillado, me mantengo resguardado tras algunos arbustos y peino el lugar para verificar que no hay nadie. La noche en esta zona de Asturias es gélida y el sudor que me ha provocado el esfuerzo físico del ascenso se enfría por segundos. He de moverme o pasaré a ser una estatua más en el jardín. «¿Qué clase de persona cree que mola llenar su casa de figuras de hadas esculpidas en piedra?». Menuda horterada de lugar.

Avanzo ocultándome detrás de cada escultura y no puedo evitar reírme al pensar que parece que estoy en una escena cutre de alguna película antigua de James Bond.

El propietario de la villa ha sido invitado este fin de semana a asistir a un evento en el que presentará los avances de Virex, el fármaco que está haciendo multimillonaria a la farmacéutica NeoGenix y que me ha traído hasta aquí. Ahora mismo NeoGenix es conocida por desarrollar un medicamento que mejora el rendimiento mental y físico, en pocos años ha pasado de ser una empresa mediana con expectativas, a los mejores en el campo de la biotecnología neurofarmacológica. Son punteros en la investigación y desarrollo de fármacos para tratar trastornos neurológicos y también en la creación de medicamentos que optimizan funciones mentales. Virex lo ha petado en el mercado y millones de personas en el mundo lo consumen, ya que es un potente estimulante para mejorar el rendimiento mental. Al parecer, quienes lo toman, en pocos días mejoran su productividad y rendimiento.

Al principio parecía que estaba ideado para estudiantes, pero, pronto, altos ejecutivos con grandes cargas de trabajo y mucha

responsabilidad encontraron en él justo lo que necesitaban para aumentar sus capacidades.

Mi trabajo es conseguir los archivos con la fórmula exacta que constituye Virex.

Nunca sabemos quién nos contrata y lo cierto es que no nos importa. Nosotros solo cobramos la pasta y entregamos la mercancía. Y ya, sin más.

Coloco la pequeña ventosa del cortador de vidrio de succión con anillo de diamante justo a la altura de la maneta que hay en el interior. El despacho al que necesito acceder está justo a pie de jardín. Aplico un poco de lubricante en el cristal para que el corte sea más sigiloso y trazo el círculo con la punta del diamante. En solo unos segundos tengo el hueco justo para meter la mano y abrir la cerradura.

—Declan, desconecta la alarma —susurro cerca del reloj.

Declan:
Cuando tú vas yo hace rato que llegué.

Ruedo los ojos al leer su mensaje de sobrado, pero no pierdo el tiempo en contestarle, entro en la casa.

El cabronazo está forrado y el despacho es tan grande que podría vivir una familia de cuatro personas solo en esta estancia. No me detengo a pensar demasiado en ello y voy directo al ordenador. Nada más encenderlo aparece en la pantalla de inicio la solicitud de contraseña. Deslizo el pequeño USB en el puerto. No necesito más que eso; el dispositivo está programado para romper cualquier barrera digital con la que se encuentre. El sistema empieza a trabajar solo y sonrío mientras espero. Observo cómo caen cada uno de los cortafuegos y se desencripta poco a poco el acceso.

—Los quince millones más sencillos de conseguir de mi vida.

—¡¿QUINCE MILLONES?! ¡¡Maldito cabrón!! ¡¡AHHH…!!

7



Alexandra

Estaba claro que no podía ser todo tan perfecto.

—¿En qué momento se me pasó por la cabeza que un tío guapo, *sexy* y empotrador magistral con tendencias sexuales tan perturbadas como las mías podía ser un tipo normal? Eres idiota redomada, Lex.

Después de la ducha, el dragón me ha ofrecido una de sus camisetas y con descaro le he respondido:

—Como me gusta verte desnudo y no quiero que te sientas en minoría, yo también seguiré sin ropa.

—Acabarás con mi cordura, Dragona —ha contestado entre risas —. Antes de volver a perderme en tu cuerpo, voy a preparar algo para picar, necesitamos comer y reponer fuerzas. De postre te devoraré enterita.

La simple promesa me ha hecho suspirar. Me he acomodado en la cama descansando la espalda en el cabezal, mientras esperaba que regresara con algo que me devolviera la energía para continuar con el maratón de sexo, pero el estruendo de un cristal al hacerse pedazos me ha sobresaltado.

—¿Estás bien?

—¡Sí, sí! Tranquila. Se me ha resbalado un vaso, pero todo controlado.

—Espera, te ayudo a recoger…

—¡¡No!! Ya-ya… lo-lo hacemos después. Ahora comamos algo.

—Vale —contesté mientras el gigantesco peso de la duda caía sobre mí.

Ese «no» tan determinante y el posterior tartamudeo hicieron saltar todas las alarmas, estaba pasando algo. Y no era nada que tuviera que ver con el típico; ya te he follado y puedes irte. Era algo más, no tenía duda. Necesitaba verlo para sacar conclusiones claras, si le miraba a los ojos rápidamente obtendría la respuesta. Y no se trata de una especie de don, ni ninguna chorrada de esas espirituales, es solo que a mí me formaron para eso.

Me criaron de una manera… distinta. Yo nunca fui la típica niña que jugaba a Barbies o que hacía clases de danza. Tampoco era algo que me planteara o me atrajera. No sé si fue porque crecí sabiendo que mi educación iba a ser completamente contraria o si realmente esas cosas jamás fueron conmigo. El caso es que me guste o no, nunca seré como la inmensa mayoría. ¿Eso es bueno o malo? Qué importa. Simplemente es lo que es.

Crecí en una familia acomodada que fue amasando una fortuna gracias al esfuerzo y la innovación. Mi padre gastó gran parte de su fortuna en mi educación y la de mi hermana. Podría haber comprado enormes casas y hacer lujosos viajes, sin embargo, él decidió invertirlo en lo que llamó: «el sentido de mi vida». Es decir: nosotras.

He perdido la cuenta de la cantidad de entrenadores personales, clases de defensa, cursos de tiro y, sobre todo, especialistas en psicología cognitiva y psicoanalistas del comportamiento que he tenido a lo largo de los años. No tengo muy claro por qué lo hizo, jamás se lo pregunté y ahora ya es demasiado tarde. A mí me entrenó para ser letal y a mi hermana un prodigio. Lo de ella tenía más sentido, pero yo… en fin, solo sé que invirtió todo lo que tenía en mi peculiar formación y en convertirme en algo muy muy distinto a lo que creen todos que soy.

Volviendo al Dragón y su respuesta sospechosa… decidí averiguar qué estaba ocurriendo, así que caminé con sigilo por el pasillo de la casa y mi sorpresa fue monumental cuando lo vi. De verdad que de

todas las cosas que podría imaginar esa no había pasado por mi mente. En un principio pensé en que podría tratarse de lo típico: «Está casado y acaba de llamarle su mujer y al ver el número en la pantalla ha entrado en pánico».

¡JA! Nada más lejos de eso.

Agazapada detrás del marco de la puerta vi su escultural cuerpo desnudo de espaldas y casi pierdo el norte, pero entonces se giró. En las manos llevaba una tabla de madera de esas de cortar alimentos en la cocina, y en ella había una pequeña montañita de polvo blanco. Se acercó a un vaso lleno de lo que parecía zumo, lo vertió en su interior y removió con una cuchara. Durante unos segundos lo observé; se frotó la cara con ambas manos, resopló, se movió inquieto… estaba claro que no le gustaba lo que hacía. Llevó el reloj cerca de los labios y susurró:

—Dadme hora y media más.

Estiró la mano hasta el mármol de detrás de la isla en la que se encontraba la bandeja con dos suculentos sándwiches y agarró una caja que guardó dentro de un armario. Solo fue un segundo, pero pude leer lo que ponía en ella: Zolpidem.

Corrí hasta el dormitorio y me volví a sentar en la cama. Ya no me apetecía seguir desnuda, y mucho menos estar allí, sin embargo, me mantuve estoica.

Lo escuché caminar por el pasillo y justo antes de entrar se detuvo, suspiró y dudó. No le veía, pero sabía que era así. Cuando entró en el dormitorio llevaba por bandera la determinación. El hombre con el que había tenido sexo sin descanso casi dos días seguidos se había largado, ahora solo quedaba la fiera que era. El dragón había sacado sus garras.

Dejó la bandeja sobre la cama, a mi lado, y dijo:

—No voy a poder esperar al postre, creo que tomaré un tentempié antes.

Tiró de mi tobillo y me llevó al filo del colchón. Sin rodeos, hundió su boca en mi pubis y, consumida por la rabia, llegué al orgasmo mientras su lengua saqueaba el clítoris y los dedos golpeaban ese lugar dentro de mí que me llevaba a la locura.

Deseé matarlo en ese momento, agarrar su cuello y verlo perder el aliento con sus labios bañados en mis fluidos. Pero el puñetero placer y la curiosidad de saber por qué, fueron muchísimo mayores.

Comimos en silencio sin dejar de mirarnos, él con deseo y yo intentando ocultar las ganas de arrancarle la cabeza cual mantis religiosa con sus amantes.

—Estas naranjas están superdulces —dijo tras dar un largo trago a su vaso de zumo natural.

«¡Maldito cabronazo!», grité en mi cabeza.

Sin embargo, lo que él vio fue una gran sonrisa cubrir mi rostro. Agarré el zumo, lo llevé a la boca y simulé que daba un trago.

—¡Oh! Es cierto, está delicioso.

«¡Qué buena actriz…!». Me coreé a mí misma.

Dio un bocado al sándwich y un chorrito de salsa resbaló por la comisura del labio y pringó su espesa barba.

—Tienes salsa en la barba —señalé y con una servilleta le ayudé a limpiarse.

Supe que esa era mi oportunidad, así que tiré con saña de sus largos mechones para atraerlo a mí y colocar su cabeza algo ladeada, para besarle de manera apasionada.

—¡Vaya! Parece que estoy besando un frasco de mayonesa. —Reí y el muy idiota cayó en mi trampa.

—¡Oh! ¡Espera! Voy al baño a lavar con jabón la barba, me gusta hacerlo siempre después de comer justo por lo que dices. Odio oler como un puesto de comida ambulante.

Asentí con la cabeza mientras cogía el vaso de zumo. Se quedó de pie mirando mi mano unos segundos.

—¿Estás bien? —pregunté dándole una oportunidad que no supo aprovechar.

—¡Eh! Sí, sí, claro. Cómo no estarlo con semejante dragona desnuda en mi cama. —Tras un sensual guiño entró en el baño.

Apresurada, estiré mi cuerpo en el suelo y volqué todo el zumo debajo de la cama. Volví a sentarme en el colchón, me acomodé con la espalda en el cabezal y… tomé la decisión de que iba a joderle. Iba a empezar a cobrarme sus malditas mentiras.

—Te has equivocado de mujer en el mundo, Dragón —susurré solo para mí.

Abrí las piernas exponiéndome al máximo e introduje los dedos dentro de mí. La otra mano la dejé a un lado con el vaso medio caído en ella y cerré los ojos. Me concentré para acompasar mi respiración y desbloquear mi cuerpo, que debido al mosqueo que llevaba estaba más rígido que una vara. Tardó en salir del baño con la clara intención de ya encontrarme dormida gracias al Zolpidem, un potente hipnótico utilizado para tratar el insomnio. Para una mujer delgada como yo, con una pastilla de estas caería en un profundo sueño al menos seis horas.

«¿Para qué necesita ese tiempo?». Me preguntaba una y otra vez.

—¡Me cago en todo! *Dragons*, vais a tener que darme más tajada para compensar el puñetero esfuerzo que estoy haciendo. Acabo de salir del baño y ya está dormida, pero lo ha hecho mientras se masturbaba esperándome. Os lo digo en serio, esta dragona es insaciable y fascinante.

La llama de la rabia por un segundo se apagó y un calor muy distinto inundó mi pecho. Tuve que concentrarme para mantener mi cuerpo relajado y la respiración pausada. Deseaba saber con quién hablaba y a qué tajada se refería.

Entonces hizo algo que no vi venir. Sus dedos retiraron con delicadeza un mechón rizado de mi rostro y sentí sus cálidos labios besar mi frente. La mano que estaba dentro de mí la llevó hasta su boca y lamió mis fluidos. Un gruñido fiero llenó el silencio.

«¡¡Por el amor de Dios!! Esto es castigador». Grité en mi interior intentando mantener el cuerpo flojo y voluble.

Si me ponía una mano encima mientras «dormía» no iba a salir vivo de esta habitación. Ante mi estupefacción abrazó mi cuerpo para poder levantarlo y acomodarme mejor. Arrastró la sábana y me tapó, un segundo después la retiró.

—Es una pena cubrir tanta puta perfección. —Rio él solo con su comentario—. Volveré antes de que despiertes, Dragona.

8



Alexandra

Durante un rato lo escucho trastear. Deduzco que se viste y coge varias cosas de los cajones, también se oyen cremalleras cerrarse y el tintineo de lo que parecen herramientas. No tarda mucho en tenerlo todo preparado, entonces se acerca de nuevo a mí y repite el gesto; retira el cabello de mi cara, desliza los dedos por detrás de mi oreja, acaricia mi mentón y finalmente dibuja mis labios. Mi cuerpo traicionero se estremece con su tacto.

No sé qué narices hace, pero sigue ahí plantado, es imposible saber si me está mirando, sin embargo, mi cuerpo así lo siente. He de controlar mi sobresalto cuando suelta una carcajada y entonces deduzco que debe de estar chateando con el móvil, la otra opción es que es un psicópata y está delante de mí riéndose solo —algo que no es tan improbable llegados a este punto—. Pasados unos minutos, sus pasos se desvanecen por la casa. En cuanto escucho el sonido de la puerta de la entrada cerrarse, doy un salto de la cama para evitar pisar el charco de zumo que ahora ya asoma un poco por debajo del colchón.

—¡Aún no doy crédito! ¡Maldito! —gruño por fin en voz alta, estoy cansada de maldecir y gritar dentro de mi cabeza.

Sin detenerme a analizar todo este sinsentido, pero teniendo una idea de por dónde pueden ir los tiros, me pongo el vestido y cojo los

zapatos con la mano. Corro rápido cuando su coche empieza a alejarse. No le presto atención a las malditas piedras del sendero que destrozan la planta de mis pies y subo a la *pick up* para seguirle. A esta hora de la noche, por estas carreteras, no hay prácticamente circulación. He encendido los faros para que, si en algún momento me acerco algo más, al mirar por el retrovisor solo vea la luz y no pueda reconocer mi coche con el resplandor. Se adentra por uno de los senderos y mis suposiciones empiezan a cobrar fuerza.

He pasado muchos fines de semana en estos bosques, conozco este lugar como la palma de mi mano. Solo hay dos motivos por los que haya hecho todo esto. El primero sería que es un puto loco que hace senderismo por la noche, pero no me acaba de convencer, ya que no tendría mucho sentido que me drogara para eso. No puedo evitar reírme de lo absurdo que suena todo esto. Si estuviera tocado del ala habría detectado algún indicio de su falta de cordura, ha sido más bien todo lo contrario, cuanto más lo intentaba analizar más intrigada me tenía. La segunda opción es, sin duda, la lógica y evidente; sabe quién soy, lo ha sabido desde el principio.

No voy a perder el tiempo en perseguirle bosque a través. Mi instinto lo tiene claro y no suele fallar. Conduzco durante diez minutos más hasta llegar al desvío y surco las curvas que podría trazar hasta con los ojos cerrados. Decido aparcar algo alejada, entre los árboles, y así mantener oculto el coche. Si mi deducción es acertada, tengo como mínimo una hora. Hace un frío del demonio y llevar un vestido de seda y finos tirantes no ayuda. Lo mejor es que me abrigue si no quiero acabar con una neumonía. Subo a la ranchera y abro el baúl. Dentro está la maleta que preparé para el fin de semana. Cojo algo de ropa y vuelvo al interior del vehículo para poner la calefacción a tope y poder cambiarme. Unos leggins, una camiseta y un grueso jersey hacen desaparecer mi piel de pollo desplumado.

—¡Dios, qué gusto! —Sonrío al mover los deditos de los pies dentro del calentito calcetín, me calzo también unas deportivas.

El abrigo plumón lo dejo en el asiento de al lado para cuando salga de nuevo al exterior.

Pasado un rato, decido que es el momento de comprobar si mis suposiciones son ciertas. Ajusto la chaqueta subiendo la cremallera hasta arriba y camino tranquila con las manos en los bolsillos. De niña me encantaba este lugar, recuerdo que cuando era muy pequeña mi madre me contaba preciosas historias sobre las hadas que habitan en el bosque. Ella decía que los monstruos de los cuentos, esos que acechaban la noche, eran solo historias que las hadas habían creado para ahuyentar a los intrusos y así poder salir a bailar y cantar cada vez que se ponía el sol.

Siempre he sabido que, si ella no hubiera muerto de la forma en que lo hizo, mi vida habría sido totalmente diferente. Mi padre nunca superó su pérdida y está claro que su obsesión por mi bienestar fue desmesurada e infundada por la falta de mamá.

No hay mucha claridad, pero no la necesito, solo he de seguir el pequeño sendero entre la maleza. Pronto llego al jardín donde la arboleda se detiene. Observo la casa unos segundos y el regusto amargo sube por mi garganta. Ver todas esas malditas esculturas de piedra me trae tantos recuerdos… Trago con fuerza y me centro en lo que ahora mismo es importante.

Voy directa al filo de la montaña y cuando asomo la cabeza…

Ahí está, mi dragón, el que me ha llevado hasta el cielo en tantas ocasiones en las últimas horas.

Está suspendido en la rocosa pared de la montaña, trepando por ella como si fuera totalmente natural para él. Aún le queda un trozo así que decido sentarme, lo cierto es que tanto sexo me ha dejado agotada. Lo hago resguardada tras unos arbustos desde donde puedo verle escalar sin que él sea consciente de mi presencia.

He de reconocer que es listo, si yo quisiera entrar en esta casa sin ser vista habría accedido por el mismo sitio. También es jodidamente *sexy*, una evidencia innegable.

Se deshace de una mochila al llegar a un saliente rocoso y escala el último tramo. Tan pronto pone un pie en el jardín, yo empiezo a descender por el acantilado sin pensar en el vacío que tengo a mis pies, las alturas nunca me han dado miedo, además, si cayera, lo haría en el saliente. «Si no rebotas y caes al vacío, claro…». No reparo mucho en mis pensamientos y sigo bajando.

Hay solo unos pocos metros y con facilidad llego hasta sus cosas. Reviso la mochila, no puedo evitar sonreír al ver el paracaídas, mi vista se alza y pienso en cómo sería volar sobre el bosque que hay bajo mis pies. Lo anoto como cuenta pendiente y sin demora, sabiendo que debe de estar ya dentro de la casa porque no tiene pinta de haber llegado hasta aquí sin un plan claro de acceso, vuelvo arriba y me dirijo hacia la vivienda con la seguridad de que lo voy a encontrar en el dormitorio principal. Uso mi llave para abrir y entro con sumo sigilo. La alarma está desconectada, es posible que alguien le esté ayudando desde otro lugar.

Camino con la puntita de los pies, sigilosa. La sorpresa llega cuando no lo encuentro en el dormitorio principal, que es donde está la caja fuerte. Solo tardo un segundo en sacar nuevas conclusiones: «¡El muy cabronazo está en el despacho!».

Evidentemente no me equivoco. Al llegar lo veo sentado en la gran silla de piel con los pies cruzados sobre el escritorio. La luz que emite la pantalla del ordenador le da un aspecto fiero, mentiría si no reconociera que me parece rematadamente *sexy* con los mechones largos pegados al sudor de su frente. Pero mi estúpida ensoñación se borra de un plumazo cuando lo veo alzar la muñeca y hablarle al reloj:

—Los quince millones más sencillos de conseguir de mi vida.

Una rabia insana prende arrasando todo a su paso y sin más, toda la contención, la dejo ir y exploto.

—¡¿QUINCE MILLONES?! ¡¡Maldito cabrón!! ¡¡AHHH…!! —grito enfurecida corriendo hacia él sin que tenga tiempo ni de reaccionar.

La mejor arma es la que no se esperan.

«No te dejes intimidar por tu contrincante, aprovecha tu rapidez y agilidad. Usa el efecto sorpresa en cada movimiento». Recuerdo las palabras de mi maestro de Wing Chun, un arte marcial chino centrado en la defensa y la contraofensiva simultáneas. Es perfecto para anticipar los movimientos del adversario y reaccionar de forma estratégica. Y es justo lo que hago.

Coloco las dos manos sobre el escritorio para impulsar mi cuerpo, salto por encima del ordenador y caigo a horcajadas sobre él haciendo que la silla venza y ambos acabemos en el suelo. Agarro

con las dos manos y mucha saña su garganta, le estrangulo rabiosa sin poder evitar sonreír ante su cara de estupefacción.

—Creí que habías entendido que no era una delicada flor. Te avisé de que no existía hombre en este mundo que pueda lastimarme. Una pena que me hayas subestimado, follas de vicio.

Observo unos segundos cómo su petulante sonrisa provocada por mi halago se desvanece. Su rostro se va desencajando por momentos y balbucea como lo haría un pez fuera del agua. Cuando los ojos se inundan, sé que si aprieto más su tráquea, en solo unos segundos, perderá el conocimiento. Sonrío yo esta vez, me acerco a su boca, deposito un ligero beso en ella y decido que ha llegado el momento de poner fin a esta patraña.

—¡Di adiós, Dragón!

9



Dante

Acabo de enamorarme y he tomado la determinación de que esta fiera dragona ha de ser mía para siempre.

«¿Adiós?».

—Nun-nun… nun-ca —respondo rozando el umbral de la inconsciencia.

Sus manos me estrangulan con rabia, las cortas uñas se clavan en mi piel y mi dureza crece sintiendo el calor de su cuerpo sobre ella. Hasta ahora la estupefacción me había dejado a su completa merced. He quedado fascinado cuando ha saltado por encima del ordenador y, como si fuera una tigresa salvaje, ha caído con sus garras sobre mi cuello. Ha llegado el momento de que entienda que ella ya nunca más podrá decirme adiós. Agarro sus caderas ya casi sin aliento y hago que se mueva sobre mí. Gruño excitadísimo cuando no opone resistencia.

—Eres un puto enfermo —susurra ella ahora tratando de reprimir el jadeo que se le escapa sin control.

Levanto el culo un poco para sentir más fricción y ella me estrangula con más saña. Está muy enfadada, sin embargo, no opone resistencia y disfruto de moverla sobre mí. Algo me dice que si quisiera acabar conmigo ya lo habría hecho. Decido mover sus caderas más rápido y la fricción la excita tanto como a mí, aunque si

hay algo que la está volviendo loca es tenerme a su merced, lo sé. Pronto gime sin tapujos y sus manos se aflojan lo justo para que algo de aire llene mis pulmones. Así que aprovecho.

—¿Me has seguido, dragona? —hablo entrecortado entre el ahogo y los jadeos.

—Has intentado drogarme.

—Sí, pero tú eres más lista… debí suponerlo —afirmo moviéndola más rápido y ella gruñe enfurecida.

—¿Quién coño eres y qué has venido a buscar?

—Creo que yo podría hacerte la misma pregunta. ¿De dónde has salido y qué haces aquí?

—Sabes bien quién soy, no te atrevas a tratarme como si fuera imbécil. ¿Qué buscas en mi casa?

En este momento sí que pierdo el aliento por completo. Mis pulmones colapsan, mis ojos se abren desmesurados y las manos dejan de invitar a su cuerpo a moverse sobre el mío.

—¿Valerie? —pregunto estupefacto.

La voz robótica del programa informático, que no ha dejado de trabajar mientras perdía la cabeza restregándome contra la dragona, anuncia: «acceso ilimitado».

Sus manos se aflojan cuando gira un poco el cuerpo para ver qué está ocurriendo en la pantalla y entonces se escucha: «descargando archivos completos de NeoGenix».

Vuelve el rostro y sus ojos impactan contra los míos.

—Dime, por favor, que no eres Valerie —ruego suplicante.

—Mírame, Dragón. —«No dejaré jamás de hacerlo». Pienso siendo consciente de la gravedad que eso implica—. Así me gusta. —Sonríe petulante apretando de nuevo mi cuello, unos huracanes incontrolables zarandean mi cuerpo—. Ahora, dime, ¿qué buscas?

—No te lo puedo decir —respondo con sinceridad.

Su cabeza se ladea y me inspecciona, igual que hacen las fieras para determinar cómo asaltar a su presa antes de devorarla. Me observa un largo rato y yo dejo que lo haga.

—La noche del restaurante lo tenías todo planeado, ¿quién te ayudó a retrasar la llegada de mi cita?

—El engominado acabó matándose a pajas mientras pensaba en ti solo en su casa porque era un imbécil. Yo no tuve nada que ver.

—¡No me mientas! —gruñe y me estrangula de nuevo con fuerza —. ¿Cómo supiste que cenaría allí?

—Acababa de llegar a Ribadesella y salí a cenar. Encontrarte fue una fascinante casualidad y consumirme en placer enredado en tu cuerpo la mejor experiencia de mi vida.

Abrazo su cuerpo para pegarla al mío, pero el maldito ordenador habla y la brizna de confianza que parecía haber despuntado en sus ojos se desvanece por completo.

«Descarga completada».

Como si esas dos palabras hubieran detonado una puñetera bomba, mi dragona ensombrece su rostro, ajusta sus ojos y dice:

—Ha llegado el momento de acabar con esta farsa.

Su veloz cuerpo se mueve sin que pueda reaccionar y su codo impacta contra mi nariz con una fuerza asombrosa para alguien que parece tan delicado.

—¡¡Grrr…!! —rujo llevando las manos al rostro.

Siento la sangre resbalar hasta la boca, podría tener una fractura en la nariz, o al menos eso indica el latigazo lacerante que se extiende por toda mi cabeza. El golpe parece hacer eco en el cráneo. Tardo unos segundos en reaccionar y darme cuenta de que ha sacado el pendrive del ordenador y su esbelto cuerpo ahora corre por el jardín.

—¡¡No escaparás de mis garras, Dragona!! —vocifero para que me escuche.

Es rápida y sé que si no hago algo no la alcanzaré. Así que agarro uno de los mosquetones que llevo colgando del cinturón y se lo lanzo con todas mis fuerzas. Mientras corro a la desesperada por alcanzarla.

—¡¡Ahhh…!! —Cuando el hierro golpea justo detrás de su rodilla, esta se dobla mientras grita debido al dolor. Eso me da el tiempo suficiente para llegar a ella.

—Lo siento, cielo, pero no puedes llevarte el *pendrive*.

Mete la mano dentro de las mallas, entre sus piernas, para esconderlo y no puedo evitar soltar una carcajada.

—No sé bien cuál era tu intención al hacer eso, pero… ¡Dios! Estoy deseando ir en su búsqueda.

Ahora soy yo el que caigo sobre ella, aguanto sus manos sobre la cabeza y aprieto mis piernas alrededor de las suyas para inmovilizarla. Grita cuando su rodilla se estira y me siento fatal.

—Amor, siento haberte hecho daño, prometo compensarte.

—¡¡Que te follen, Dragón!!

—Me encanta que me llames así y sí, estoy deseando que tú lo hagas otra vez.

Mientras le hablo, sin poder borrar la sonrisa de diversión que me provoca verla rabiar del enfado, cuelo la mano dentro de su pantalón en busca del *pendrive*.

—Mi sexy y fascinante dragona, estás jodidamente húmeda.

—¡¡Grrr…!! —gruñe entre gritos, removiéndose como una fiera para que la suelte.

—¡Shhh! Tranquila, cielo, yo estoy igual que tú. —Restriego mi abultada entrepierna sobre ella para que note lo duro que estoy.

Está claro que esta mujer me desestabiliza, porque me pierdo hurgando entre sus labios cremosos y húmedos mientras dejo a un lado, en su ingle, el *pendrive*. Su espalda se arquea cuando cuelo mis dedos dentro de ella y me deleito con su gemido sin poder ocultar una sonrisa de gratificación al darme cuenta todo lo que provoco en ella. Y es ahí, justo en ese instante en el que estoy embelesado, que me mira y lo comprendo. Rápido busco el dispositivo, por suerte, lo encuentro justo antes de que su pierna se mueva veloz y una de sus rodillas impacte contra mi entrepierna. Caigo a un lado muerto de dolor sin poder ni gritar porque se me ha cortado hasta la respiración. Agarra mi brazo entre sus muslos y rueda por el suelo dejándome en una postura insufrible que me hace abrir la mano debido al dolor. Coge el *pen* con la información y se levanta. Sin demora corre de nuevo hacia al bosque, pero su cojera la ralentiza lo suficiente para que pueda alcanzarla. Cuando casi estoy a su altura me lanzo al suelo, resbalo por la humedad del mullido césped y con los pies juntos la golpeo en los tobillos. Jadea cuando su espalda cae de manera abrupta contra el suelo.

—Dragona, deja de ponérmelo difícil —le ruego realmente molesto por dañarla de nuevo.

Vuelvo a subirme sobre ella para bloquearla. Sujeto sus brazos sobre su cabeza y con la mano libre le quito los archivos. Los guardo en el bolsillo del pantalón y después la miro. Jadea, gruñe y maldice, todo al mismo tiempo que me exige que la suelte. Es hermosa. Sus mechones oscuros y rizados se pegan a su rostro sudoroso. Los ojos rasgados hablan de promesas asesinas mientras un brillo ya conocido del que he disfrutado estos dos días centellea en ellos.

—Fascinante —susurro cerca de sus labios y después la beso.

Trata de resistirse, se remueve frustrada, aunque eso no impide que insista. Pronto se rinde y nuestras lenguas se enredan, nuestros cuerpos se pegan y todo a nuestro alrededor desaparece.

He pasado mi vida disfrutando del sexo y de bellas mujeres. Sin ataduras ni compromisos. No es que fuera algo de lo que huía, simplemente no había aparecido nadie lo suficiente interesante como para plantearme nada más. Y ahora, por algún motivo que no alcanzo a entender, el maldito destino se ríe de mí y me planta delante a la fiera que en solo dos días ha desmoronado mi mundo. Quiero a esta mujer en mi cama cada noche y disfrutar de su audacia y sus risas cada día. La deseo con cada fibra de mi ser, sin embargo… ¡estoy jodido! ¡Muy muy jodido!

Tanto que cuando la beso pierdo el puto norte. Ella, sin duda tiene mucho más autocontrol, así que en cuanto se da cuenta de que es el momento oportuno muerde mi lengua. Lo hace con tanta saña que en cuestión de segundos el sabor ferroso de la sangre llena mi boca. Consigue liberar una de sus manos y golpea con el codo en mi tráquea, un último sonido seco se me escapa antes de quedarme sin oxígeno.

De un empujón me saca de encima. Se levanta rápido pero antes de que se aleje estiro el brazo y tiro de su tobillo. Cae de bruces. Me arrastro por el húmedo césped hasta ella y antes de que pueda inmovilizarla de nuevo, un fuerte puñetazo me gira el rostro. Con agilidad acaba sobre mí. El segundo y tercer puñetazo llegan veloces.

—Esto es mío. —Me quita los archivos y los mete dentro de las mallas otra vez.

—Lo siento, Dragona. Pero eso no va a poder ser.

—¡Ya! Te esperan quince millones. —Sonrío cuando me lo recuerda y eso la enfurece.

No tengo muy claro cómo sucede todo, pero empezamos una especie de batalla cuerpo a cuerpo que nos lleva a rodar de un lado a otro. Vamos cambiando posiciones, arriba, abajo, intentando huir, pero, en realidad, sin querer hacerlo. Podría haberse librado de mí lo sé, sin embargo, sigue aquí batallando por el poder, por mi sumisión. Su resiliencia me vuelve loco. Toda esta guerra cuerpo a cuerpo me parece lo más erótico que he experimentado jamás. No le importa lo más mínimo que la doble en anchura y le saque más de una cabeza en altura. Ella pelea con fiereza. No voy a permitir que se quede con los archivos y tampoco va a conseguir mi sumisión, no en estas condiciones. Yo me entregaré a ella y sus deseos más oscuros siempre, pero con la única finalidad de alcanzar el clímax. Decido detener esta batalla, así que la empujo y una vez más me pongo sobre ella, pero cuando me giro me sorprende el vacío y su grito de sorpresa.

Sin darnos cuenta hemos llegado hasta el filo del acantilado y ahora cuelga de él sujeta con una mano a mi brazo.

—¡Te tengo! —No parece asustada y eso me demuestra que está tan zumbada como yo.

Tiro de ella para que pueda volver a tierra firme. Se pone en pie y cuando levanta la cabeza nos miramos un largo rato. Con la respiración errática, agotados y… asustados, sí, creo que ambos estamos asustados, porque nuestra estupidez podría haber acabado con su vida.

—Dragona, ¿estás bien? —pregunto agobiado dando un paso hacia ella.

—Gra-gracias. —Entrecierro los ojos porque me sorprende verla dudar. Algo en mí se quiebra al detectar su vulnerabilidad. Así que le doy un tiempo para que recobre su energía habitual. Tras unos segundos de silencio, añade—: Espero que despliegues tus alas a tiempo, dragón.

Sus dos manos golpean mi pecho con fuerza y… siento el vacío bajo mis pies.

¡Vuelo!

10



Dante

Por instinto muevo los brazos y pronto me agarro a lo primero que encuentro. Una gruesa raíz sale de la pared del acantilado. Miro hacia abajo y… no puedo evitar soltar una carcajada.

—¡Cielooo…! Ambos sabemos que siempre has sido consciente de que no volaría muy lejos.

Juraría que la escucho reír y niego divertido con la cabeza. Suelto la mano y me dejo caer en el amplio saliente, uno que debe de medir al menos diez metros de ancho hasta llegar al verdadero barranco. Fue un punto en el que barajamos dejar el material, pero Declan creyó que podría ser un problema ya que solo lo separaban unos seis metros de altura del fin del jardín. Mientras trepo por la pared en un par o tres de agiles movimientos, recuerdo lo que mi amigo me explicó:

—Si te descubren, es probable que sea uno de los primeros puntos en los que busquen, ya que hay una pendiente que une ese saliente con la casa. Está bordeado por una baranda acristalada, porque lo utilizan como mirador y para hacer fiestas.

Me pongo de pie y corro rápido cuando la veo saltar como una gacela a un tronco caído que delimita el jardín con el bosque. La alcanzo rápido.

—Me encanta jugar al gato y el ratón contigo, dragona, pero…

—Imagino que tú eres el ratón —me interrumpe retadora a pesar de ser ella la que está acorralada contra la corteza de un gran árbol.

—Yo seré lo que tú quieres que sea, pero no hoy.

Retengo con fuerza sus brazos sobre la cabeza y en un par de patadas la fuerzo a abrir sus piernas para colarme entre ellas. Ya he tenido bastante con un rodillazo en el epicentro de mi hombría, no quiero que mis soldaditos mueran todos en esta batalla.

Al meter la mano en busca del *pendrive* y rozar sus labios húmedos, ella gime, pero ya he tomado por bandera la determinación. Esto no va de nosotros, esto es trabajo, no placer. Y los *Dragons* se merecen que haga las cosas como es debido, igual que lo harían ellos. Guardo los archivos en el bolsillo del pantalón mientras le susurro cerca de la boca:

—Lo siento mucho, cielo.

La beso despacio, acariciándola con mi lengua para encontrar la suya. Su sabor, los gruesos labios… «¡Dios! Esta dragona va a ser mía, pero… no hoy». Me recuerdo volviendo a centrarme. Solo tarda unos pocos segundos en rendirse al beso, dejo ir sus manos porque sé que ahora está perdida en mi boca, gime e incluso mueve sus caderas en busca de calmar lo que seguro que es una necesidad tan ardiente como la que me sacude a mí cada vez que la toco. Envuelvo su cuello, lo acaricio y cuando llego al punto exacto de la arteria carótida aplico presión directa, con un golpe seco pero controlado. Su cuerpo cae entre mis brazos. El desmayo durará escasos segundos, así que la dejo rápido en el suelo sin preocuparme de la postura, lo único que no quería es que se golpeara la cabeza, y corro.

Por precaución, dejé un cabo atado en la base de un tronco, uno que roza el filo del barranco y es colindante con el jardín. Paso el mosquetón por el hueco del nudo y empiezo a descender por la pared rocosa.

El «*crac*» de una ramita al ser pisada me alerta y me detengo. Me quedo inmóvil, reduzco mi respiración, me concentro para no hacer ruido y presto atención a los pasos delicados y sigilosos de la mujer que me ha arrebatado la cordura.

Una risa dulce llega a mis oídos para colarse dentro de mí y atravesarme por completo. Al mirar hacia arriba… Ahí está.

—¿En serio? —Vuelve a reír—. De todos los rincones y escondites que hay en esta montaña vas y escoges colgarte de una pared rocosa a más de noventa metros de altura. Eres inquietantemente sorprendente, Dragón.

Cuando la escucho llamarme así… y cómo la palabra *«dragón»* se desliza acariciando sus labios gruesos y carnosos, siento como si un látigo golpeara mi pecho. Es perturbadora la facilidad que tiene esta mujer para hacerme perder el juicio.

—Me gusta siempre rozar el cielo, ya deberías saberlo, lo has alcanzado conmigo muchas veces en los últimos dos días.

—Tu comentario es petulante y soberbio —responde eliminando su sonrisa del rostro de un plumazo.

—También muy cierto. Estoy seguro de que tu cuerpo aún puede sentir que solo hace unas horas estaba dentro de ti.

Su semblante se ensombrece y su postura corporal cambia. En el silencio de la noche escucho con claridad cómo traga con fuerza lo que sé bien que es un jadeo que no quiere regalarme.

—¿Qué coño estás haciendo? —cuestiono cortante al verla alzar el cabo que debería seguir anudado en la base del tronco.

¡Perfecto! He pasado de estar colgado, a estar a merced de esta mujer y como única protección de vida mis garras aferradas a la montaña. Y esta vez no hay mirador ni hostias bajo mis pies.

La noche empeora por momentos y eso que hace solo unas horas creía que nada podía ser más perfecto.

—¿Cómo se siente alguien al que su vida pende de un hilo? Bueno, en tu caso de una cuerda. —Sonriendo estira el brazo con el cabo sujeto en su mano para que vea con claridad que ella tiene ahora todo el poder. Sin embargo, eso no impide que responda lo que me viene a la cabeza sin pensar en absoluto en las consecuencias.

—Lo cierto es que me sentía mucho mejor cuando te follaba por detrás mientras, agarrado a tu melena, acariciaba tu trasero y escuchaba tus gritos desbocados.

—¡Que te jodan!

—Eso ya lo has hecho tú varias veces. Cielo, ¿por qué no vuelves a atar esa cuerda al árbol? Así podré subir y podremos repetirlo. ¡Sabes bien que nos encantará a los dos! —Le sonrío y ella aprieta la mandíbula, no creía que pudiera estar aún más bella enfadada.

—¡Adiós, Dragón! ¡Hasta nunca! —Sus largos y delgados dedos se extienden y mi única sujeción cae al vacío.

Sin más, tal y como apareció hace dos días, desaparece entre las sombras.

La luz centellea en el cielo y resoplo frustrado siendo consciente de la que se me viene encima.

Llevo casi dos horas sentado en el filo de esta puñetera roca con tanto frío que siento hasta dolor en los pezones que parecen tan puntiagudos como estalactitas. Mi enfado tiene unos niveles incalculables, a decir verdad, jamás me había sentido así, en toda mi vida me había carcomido de este modo la furia. Y aunque estoy deseando salir de este jodido lugar y no pisarlo nunca más, lo que menos me apetece es lo que voy a encontrarme dentro del helicóptero que se acerca.

Hace muchos años que decidimos que cuando uno de nosotros tenía una misión, los demás *Dragons* viajarían para estar cerca. Por si era necesaria una ayudita… Ya aprendimos la lección cuando ocurrió lo de Declan y no nos volverá a pasar. Así que los dos mamonazos que lloran de risa sentados en el helicóptero y que cada vez que me miran rompen en una carcajada aún mayor que la anterior, han estado siempre muy cerca, cuidando mis espaldas.

Asentaron el campo base en un hotel cercano al único hangar que encontramos más próximo a Ribadesella.

Dorian, que es un loco de todo lo que tiene motor, va al volante y el muy cabrón se ríe tanto que da un par de bandazos antes de conseguir estabilizar la aeronave y acercarla hasta donde le espero rechinando los dientes. Cuando está lo suficiente cerca, cojo impulso y de un salto me cuelo dentro. El aparato hace un requiebro lateral y acabo estampado en la pared.

Las carcajadas aumentan y son tan exageradas que hasta se escuchan por encima del ensordecedor ruido de las hélices. Como conozco bien a Dorian, me siento y abrocho el cinturón bien ajustado. Antes de poder ni pensar en ello empezamos a girar dando una vuelta sobre nosotros mismos.

—¡¡Iros a la mierda!! —grito desde el asiento de atrás para que me escuchen.

Declan le da un codazo a Dorian y decido apartar la mirada, paso de ver en las suyas algo que solo consiga enfadarme más. Observo por el cristal justo antes de acabar el giro la majestuosa casa sobre la cima de ese acantilado y no puedo evitar pensar:

«¿Qué coño ha pasado esta noche? ¿Quién narices es mi dragona? Y… ¿Cómo es posible que no supiera nada de ella?».

Estoy agotado, y no tiene nada que ver con el maratón de sexo de los últimos dos días, tampoco con haber escalado una pared de noventa metros, ni mucho menos con el cuerpo a cuerpo que he tenido en ese jardín… es un cansancio distinto, uno que viene de dentro de mi pecho. Dejo ir el aire con fuerza y descanso la cabeza en el respaldo del asiento. Ahora ya solo se escuchan las hélices. Me dejo arropar por la sensación que más me gustaba en el mundo, volar. Y hablo en pasado porque… sentir que estoy volando ha pasado a un segundo plano en mis preferencias, y ahora ella ocupa el primer puesto.

Declan, con su sonrisa socarrona, se gira y me lanza una mirada significativa. Sus ojos parecen decir: «Ya hemos pasado por esto antes, ¿verdad?». Pero no, esta vez es diferente. La incertidumbre y el miedo se mezclan con la determinación en mi pecho. No puedo evitar pensar en esa mujer, en esa dragona que ha aparecido de la nada y ha revolucionado todo mi mundo.

11



Alexandra

Conduzco en silencio, sin poner música en la radio como suele ser costumbre. En mi cabeza hay tal griterío, tal embrollo de pensamientos, que ahora mismo lo único que quiero es ser capaz de controlar todo lo que me está martilleando el cráneo y lo más importante, encontrar una respuesta lógica a lo que he vivido en los últimos dos días y medio. Los primeros rayos de sol amenazan con dejarme ciega en cualquier momento y el hecho de que mis ojos se llenen de lágrimas una y otra vez solo hace que la luz sea aún más molesta. Miro de reojo una vez más en el pequeño espejo de la visera del coche y ahí siguen los estragos que ha causado en mi físico todo lo ocurrido. Mi expresión denota lo agotada que estoy y los ojos ya lucen unos párpados inflamados debido a la llorera que me ha acompañado desde que he salido de aquel bosque. Cierro la visera del parasol y decido que es mejor dejar de mirar en ella, prefiero correr el riesgo de ceguera derivada de los rayos de sol. Además, no me identifico en absoluto con ese reflejo.

—¡Maldita seas, Lex! ¡Te ordeno que cierres el grifo de una vez! Esta llorera no tiene ningún sentido. ¡Hostia! —grito supermosqueada golpeando el volante.

La orden que me lanzo a mí misma cae en saco roto. Sacudo la cabeza con fuerza, como si fuera un perro tratando de sacarme el

agua de encima. Pero el río de lágrimas sigue trazando mis mejillas.

—¡¡Diosss… qué frustrante!! ¡Grrr! Vale, a ver, vamos a dejar las cosas bien claras, no estás llorando por él —vuelvo a hablar conmigo misma, doy unas cuantas respiraciones profundas y continúo—: Lo más probable es que esté vivito y coleando mientras se le remueven las tripas por haber perdido esta batalla.

Meto la mano dentro de mis mallas y saco el *pendrive*. El simple gesto me espolea enviando decenas de imágenes de un gran dragón de cabello largo, oscuro y ondulado sonriéndome mientras hurga entre mis pliegues. Vuelvo a sacudir la cabeza.

—Debería de dejar de hacer eso, no puede ser bueno hacer rebotar el cerebro una y otra vez dentro del cráneo… Creo que solo los perros tienen la capacidad de sacudirse sin acabar tarumbas. Como siga así voy a terminar ladrando en vez de hablando.

Sonrío con mi propia estupidez al imaginarme tooodo el día ladrando.

—Al menos conservo mi buen humor.

Con la sonrisa débil y ladeada en el rostro, negándome a seguir con la cara de trucha de río que he llevado todo el camino, observo mi mano y el *pendrive* que sujeto entre mis dedos.

—¿Qué estás buscando, dragón? Y… ¿quién eres realmente?

Pronto veo el letrero que anuncia que estoy entrando en Madrid. Después de la humillante parada en la gasolinera he conducido cinco horas sin detenerme.

Amo Ribadesella, los recuerdos más bonitos de mi infancia son entre sus bosques y su playa, también algunos de los más tristes. Viene a mí el recuerdo de mis padres cogiendo mi mano y haciéndome volar lanzando mi cuerpo al aire una y otra vez. Y aunque ya nunca disfruto de la casa familiar, porque me niego a hacerlo a pesar de que sea tan mía como de mi tío, voy cada vez que puedo a Ribadesella para que todo lo bonito que hubo en mi vida me arrope, aunque sea solo a través de los recuerdos.

Me compré un pequeño ático en primera línea de mar, con una terraza que me roba el sentido cada vez que tomo el café de la mañana sentada en mi mullida silla. El problema es que regresar a la villa, entrar en ella, pasear entre las esculturas que talló mamá,

recorrer el bosque que habitan las hadas… Todo ha sido… demasiado. Así que, aun quedándome una semana entera de vacaciones, he decidido volver a Madrid.

Es curioso, solo saber que estoy entrando en la capital, un escalofrío me recorre. Y es que aquí todo se siente mucho más frío, aunque el clima sea más cálido.

Pronto, el ruido ensordecedor de la ajetreada ciudad inunda el coche y parece que ayuda a atenuar los gritos que saquean mi cabeza sin descanso.

Nada más entrar en mi ático, y sí, siempre compro el piso más alto que hay en el bloque, me gusta sentir que estoy rozando el cielo, me quito las deportivas llenas de barro por todas partes. Las dejo en el recibidor y gimo del gusto al sentir la calefacción radial en los pies. Voy directa hacia el baño y me meto en la ducha sin mirarme al espejo, ya he tenido suficiente dosis de realidad por hoy.

Paso la esponja con suavidad, reconociendo cada parte de mi cuerpo dolorida y sabiendo que pronto empezarán a despuntar los morados. Al salir decido ponerme varios puntos de tirita sobre el corte de la rodilla, no creo tardar en dejar de cojear. No tengo nada roto, de eso estoy segura, pero lo que sea que me ha lanzado para hacerme caer ha provocado una inflamación considerable y duele a rabiar. Decido ponerme un pijama grueso con calcetines a juego, he pasado mucho frío y ahora mi cuerpo necesita entrar en calor.

Meto en el horno una pizza que tenía en el congelador sin importarme que sea primera hora de la mañana, tengo un hambre del demonio y necesito comida guarra, de esa llena de grasas y calorías. Mientras se cocina me dejo caer en el sofá y enciendo el ordenador que apoyo sobre el regazo.

—Veamos qué es lo que vale quince millones de euros.

Al acabar la descarga de los archivos, frunzo el ceño. No me ha sorprendido que fuera información de NeoGenix, la farmacéutica ahora mismo está arrasando en el mercado y puedo entender que muchos quieren descubrir el secreto que hay detrás del éxito, lo que me ha descolocado es leer en una de las carpetas: «Virex - Fórmula».

Sin poder evitarlo, el recuerdo de mi padre se materializa y me lleva al día que nos contó que había logrado encontrar la fórmula que llevaba años investigando.

«Lo llamaré Virex, de Virginia y Lex». Dijo emocionado y mamá y yo reímos al escuchar la combinación de nuestros nombres. Nos lanzamos a sus brazos para felicitarle por su logro.

Trato de entrar en el archivo, pero pide una contraseña para entrar.

—¡Mierda!

Soy muchas cosas, pero no hacker, así que de momento me voy a quedar con las ganas de saber qué guarda con tanto secreto este archivo. Lo que está muy claro es que, como llevo sospechando desde hace mucho tiempo, mi tío me está ocultando algo.

Cuando papá murió, su parte de NeoGenix pasó a ser mía, y aunque yo no trabajo en la empresa, mi tío, que es el dueño del 35%, no puede hacer nada sin consultarlo conmigo y los inversores, muchísimo menos si se trata de Virex. La patente del fármaco fue un regalo que nos hizo mi padre a mamá y a mí, los tres éramos los dueños. Ahora ya no están ninguno de los dos, así que yo soy la única propietaria. Y hasta donde yo sé en estos momentos, mi tío lo único que hace es pasearse por los escenarios presentando Virex en eventos que hace por todo el mundo, con un guion que yo misma revisé.

—¿Qué narices me escondes, Roberto? ¿Qué informes tienes en esa carpeta que has blindado con contraseña? —pregunto al aire mientras me levanto a coger el teléfono.

Si alguien puede tener alguna respuesta, será ella, mi mano derecha y uno de los dos vértices de mi vida.

—¡Hola, Lex! ¿Ya te has aburrido de tu soledad? Te avisé que un retiro espiritual no iba nada contigo. Seguro que has hablado tanto contigo misma que los vecinos ya han picado a tu timbre para pedirte que te calles.

No puedo evitar pensar que en ningún momento he estado sola y que sí, sin duda, mis vecinos habrían venido a quejarse si hubiera compartido cama con el Dragón en mi ático. Es posible que hayan

sido los días que menos he hablado de mi vida… pero que más he gemido, gritado y… gozado.

—Eres idiota, Mel —respondo sonriendo y tratando de ignorar mis pensamientos y la electricidad que provocan en mi cuerpo.

—Y tú una huraña, y sí, lo digo como insulto. Deja el sendero oscuro de la soledad y la penumbra, debes de…

—Mel, te llamo por algo serio —la interrumpo para que no siga por ahí… otra vez.

Con ella no tengo más que un secreto, solo y exclusivamente uno. Nunca le hablo de mi vida sexual, si lo hiciera en cada uno de mis amantes encontraría pegas absurdas. Melody es una romántica redomada y cree que todos tenemos una media naranja, no cree en el sexo esporádico. Yo soy más de las que creen que soy una pieza de fruta entera y no necesito a nadie para complementarme.

—Espera —me pide. Aguardo sabiendo que, a pesar de lo pronto que es, ya debe de estar en el laboratorio y que está saliendo de la sala porque allí hay cámaras. Escucho el ruido del tráfico y sé que acaba de cruzar la puerta de emergencias que da a la calle—. ¡Bien! ¿Tenemos algo nuevo?

—Lo cierto es que no lo sé… Mel, ¿tú crees que Roberto puede tener a alguien en el laboratorio?

—Lex, el equipo está completamente blindado. Es imposible que Roberto haya podido comprar a nadie. Piensa que mi equipo está…

—Melody —la corto antes de que arranque y se pierda hablando de sus cosas de científica friki—. Roberto, en los archivos de su ordenador de la Villa de Ribadesella tenía…

—¡¿Has ido a la Villa?! ¡Dios mío, Lex! ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Eso no es relevante ahora mismo.

—¿Cómo que no? Llevas desde que…

—Mel, ¡calla y escucha! ¡Por favor! Ya hablaremos de eso en otro momento. —No lo haremos, ni de coña voy a contarle nada del maldito Dragón—. Roberto tiene un archivo encriptado al que no puedo acceder que se llama «Virex - Fórmula».

—¿Estás en la villa ahora mismo? —pregunta con la angustia reflejada en su voz.

—No. Estoy en Madrid, he regresado esta noche. Pero ¿de verdad que lo único que te preocupa es eso? Te acabo de decir que nuestro tío tiene…

—La pregunta es… ¿cómo tienes tú…?

—No preguntes cómo, eso no es relevante en este momento. Solo importa que tengo una copia de todos los archivos del ordenador de Roberto que tiene en la Villa y entre ellos hay una carpeta bloqueada con contraseña que se llama «Virex - Fórmula».

Mel se queda callada un largo rato, supongo que tratando de digerir todo en general: que he ido a Villa Ribadesella, que tengo los archivos de Roberto y que… no se lo quiero contar. La dejo con sus pensamientos y espero con paciencia hasta que decide hablar:

—Mmm… ¿Has probado poniendo Valerie?

—Sí, pero evidentemente no es esa.

—Yaaa… por qué iba a serlo. —Se queda unos segundos callada y entonces añade—: Necesitamos un hacker para entrar en esa carpeta.

—No estoy segura de que sea buena idea.

—Lex, esa carpeta es la única luz que hemos tenido en los últimos ocho meses. Además, ¿por qué tiene ese nombre? No entiendo nada.

—Puede no ser importante.

—O pude que ahí estén… —Calla sin ser capaz de continuar, así que termino la frase yo por ella.

—O puede que ahí estén todas las respuestas sobre la muerte de mi padre.

12



Dante

Por fin, después de casi cuatro horas de vuelo, una sensación de paz anida en mi pecho al ver ya los campos de olivos que rodean mi finca. Dorian pivota para dirigirse al helipuerto que tengo al oeste, lejos de las cuadras, y desciende con la precisión de un experto piloto. Normalmente soy yo quien maneja el helicóptero, es uno de mis bienes más preciados, pero por inexplicable que parezca, no he sentido la necesidad de hacerlo, estaba demasiado sumergido en mis pensamientos y mi enfado.

Bajo la cochera está el SUV GMC Hummer EV 2024 de Dorian, uno de sus bebés preferidos. Ya hace casi medio año que lo tiene y si te dijera que lo acaba de sacar del concesionario ahora mismo lo creerías. Su obsesión por los coches es… bueno, su obsesión. Qué más puedo decir. Ninguno de los *Dragons* tenemos derecho a juzgarnos entre nosotros, porque, para ser sincero, no sabría decir quién de los tres es peor con sus fetiches. Me siento en la parte de atrás y observo cómo Declan y Dorian murmuran algo antes de subir al vehículo. No puedo evitar rodar los ojos cuando Declan sube al asiento del copiloto, se gira y se me queda mirando. Por el rabillo del ojo puedo ver cómo boquea como un pez fuera del agua y finalmente decide mantenerse en silencio. «Chico listo».

La verja de la entrada se abre y bajo la ventanilla para disfrutar de la cálida brisa que me acerca el olor de las cuadras mezclado con las flores de la entrada. El relincho de Drakonis, mi caballo, no se hace esperar, sabe que estoy en casa y eso, el sentir que por fin estoy aquí, me roba la primera sonrisa desde que dejé Ribadesella.

Atravesamos el patio empedrado que preside la tradicional casa de estilo andaluz; una blanca fachada con detalles terracota en los arcos de la entrada y los balcones se alzan hasta las tejas de cerámica, el toque especial lo dan las buganvillas de pétalos lilas que trepan por la pared y le dan un punto de color.

Dorian aparca cerca de la entrada, bajo el techado que ha creado el jazmín al crecer salvaje y enredado. Adoro este lugar, es precioso, es hogar.

Estiro el cuerpo levantando los brazos en cuanto me apeo, gruño y no puedo evitar que mis ojos se cierren del gusto a la vez que me dejo embriagar por el olor a flores que recorre todo el patio. Siento todo el cuerpo entumecido, aunque mentiría si dijera que ha sido debido a las casi cuatro horas de vuelo. Estoy así porque el sexo arrollador, salvaje e inagotable, me ha dejado... placenteramente agotado. Bueno, eso y la lucha cuerpo a cuerpo o, mejor dicho, la paliza que me ha dado la dragona más *sexy* que he conocido. Vuelvo a sonreír cuando pienso en ella saltando como un animal salvaje por encima del ordenador y tratando de estrangularme con saña al caerme encima.

Mis labios se extienden aún más cuando pienso en que en ningún momento pretendió llegar hasta el final, rozó el límite, sí, me golpeó sin ninguna delicadeza a pesar de su gracilidad en cada movimiento, pero… nunca trató de acabar conmigo. Y lo mejor de todo fue… ver su excitación. Es una jodida zumbada, valiente, fuerte, irreverente y, ¡¡Dios!!, la mujer más fogosa que he conocido nunca.

—¡Que no, joder! Hasta aquí hemos llegado, Declan. —La voz ronca de Dorian me saca de mis pensamientos y abro los ojos de golpe al darme cuenta de que he perdido la noción del tiempo—. ¿Qué narices te pasa? —exige con su habitual impaciencia.

Declan resopla, niega con la cabeza y añade:

—Dante, déjalo. Ya sabes que es como un crío que lo quiere todo ya. Podemos hablar después y…

—¡Bla, bla, bla! ¡Bli, bli, bli! —lo imita agitando los brazos con gesto de burla—. ¡Qué te den, Guardián! Yo seré como un crío, pero tú…

—Más bien como un bebé, porque ahora parece que balbuceas en vez de hablar. —Ambos ríen de medio lado y no puedo evitar pensar que siguen siendo esos adolescentes del internado y que por muchos años que pasen, este juego de pullas que tienen entre ellos nunca cesará.

—¡Tú! —resoplo cuando Dorian me señala con el dedo, dejando a un lado la batalla verbal y centrándose en mí. No me muevo y me resigno, sabiendo que ya no puedo escapar más del interrogatorio—. ¡Desembucha! ¿Qué narices ha pasado en Villa Virex? O mejor, ¿cuéntanos qué coño ha pasado en Ribadesella en general?

Al escuchar el nombre de aquella casa, la hostia de realidad regresa. Tengo que contarles lo que ha ocurrido, decirles la verdad, pero no me siento preparado. Jamás, en todos los años que llevamos en esto, me había ocurrido algo así. No tengo muy claro cómo enfocarlo. Se van a enfadar mucho.

—¡Buf! —Suelto otro resoplido frotando mi cara con las dos manos, me doy la vuelta y empiezo a caminar.

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio? Sabes que huir de esta conversación ahora, no te inhibe de ella —ataca Dorian con la frustración reflejada en cada una de las palabras.

—Deja que se vaya —pide Declan tratando de aparentar tranquilo, aunque sé bien que, en realidad, está preocupado, siempre lo está, pero hoy más.

Esta actitud en mí no es habitual, aunque, tampoco lo es nada de lo ocurrido.

—¿Qué pasa, Volador? Tanto martillear dentro de la tía esa te ha dejado la polla seca y las energías agotadas. Qué mal te ha sentado follar con esa gatita. —Suelta una gran carcajada que se corta de golpe cuando me giro y lo miro.

—Nunca. ¡¡Jamás!! —alzo la voz con tanta rabia que suena casi como un rugido que brota de mis fauces—, vuelvas a hablar de ese

modo… Mi dragona se merece tu respeto, esté o no presente.

Las palabras han salido sin que tuviera control sobre ellas y no es hasta que Dorian y Declan retroceden un paso, que me doy cuenta del impacto brutal que tiene en mis amigos y… en mí, lo que acabo de decir.

Los miro tan atónito como ellos a mí. «¿Qué narices me pasa?». Al momento me siento mal por hablar así al que considero un hermano. Siempre estamos de coña, lanzándonos pullas, pero ha quedado claro que esto no era para nada una broma. Ninguno nos movemos, la frustración crece en mi estómago y cuando ya no puedo más, grito con rabia y desconcertado sin saber cómo enfocar todo lo que me está ocurriendo.

—¡¡GRRR…!! —Me doy la vuelta para desaparecer todo lo rápido que puedo del escrutinio al que las miradas de los *Dragons* me están sometiendo. Literalmente… huyo.

«¿En qué coño pensabas cuando has soltado eso?». Me recrimino. Esa maldita confesión me ha colocado en una posición en la que no quería estar. Y ahora, voy a tener que explicar muchísimo más de lo que pretendía.

«Mi dragona».

Dos palabras que podrían no tener importancia, las acabo de convertir con mi actitud en algo que ni yo mismo soy capaz de aceptar.

El golpe de un casco contra la madera de una de las cuadras parece ser una bomba expansiva que arrastra todos mis pensamientos lejos de mí, y me detengo en seco bajo el arco de entrada. Inhalo impregnándome del olor a paja, pienso, y mis preciados caballos. Al dejar ir el aire, silbo con suavidad y la respuesta llega rápido. Drakonis relincha con vigor e impaciencia.

—¡Hola, amigo! Yo también te he echado de menos —confieso con franqueza mientras con ambas manos acaricio su morro y entre sus ojos.

Abro la cuadra y me hago el despistado como si tuviera algo que hacer con el cabezal que hay colgado en el gancho que hay junto a la puerta. Drakonis, la empuja y abre con el morro. Al ver que lo ignoro, me golpea con su cabeza y yo sonrío, pero continúo a lo mío.

Como es un impaciente, sus cascos golpean el suelo, como si bailara o, mejor dicho, como si fuera un crío que patalea y me empuja de nuevo con la cabeza, lo hace con tanta fuerza que casi pierdo el equilibrio y no puedo evitar romper en una carcajada. Me giro, abro los brazos y espero mientras observo al maravilloso animal. Su pelaje negro azabache centellea y cuando danza con las patas delanteras su larguísima crin se sacude. Entonces, avanza y me abraza. Te aseguro que no se necesitan brazos para ello. Su gran cabeza pasa por encima de mi hombro y me envuelve con ella mientras yo, con mis manos, rasco toda la largada de su cuello. Dejo que el calor de su cuerpo temple el mío y disfruto del cariño incondicional que nos tenemos.

Le coloco un cabezal y me subo a su espalda, sin montura, sin ataduras, ahora mismo solo quiero escapar de aquí y que ambos nos sintamos libres. Ajusto mis pies a su estómago y tras un chasquido con mi lengua, la fuerza de este asombroso semental nos impulsa fuera de las cuadras. Salimos al galope, desbocados, creando un estruendo atronador debido a los cascos golpeando el empedrado de la entrada de la casa. La crin de Drakonis es sacudida por el viento al igual que mis largos mechones. Y ocurre… Dejo de pensar y conecto con él sintiendo cómo se acelera su respiración y como se tensa cada uno de sus músculos bajo mis piernas en cada larga zancada. Una vez fura de la finca, el sendero se presenta ante nosotros y grito con todas mis fuerzas, liberando esa contención que me estaba machacando por dentro, mientras que mi caballo galopa cada vez más rápido a través de los cientos de olivos.

Cierro los ojos al meterme bajo el chorro de agua caliente. Montar ha sido liberador, pero ahora necesitaba una ducha… reparadora. La pena es que mis intenciones pronto son interrumpidas por la imagen de una dragona fiera, de piel tostada y ojos rasgados que se materializa desnuda delante de mí. El recuerdo de ella bajo el agua con el cabello mojado y las gotitas colgando de sus firmes pezones me provoca una erección tan instantánea que casi resulta dolorosa. Llevo una mano a la pared y otra viaja a mi entrepierna en cuanto

recuerdo cómo se arrodilló ante mí, sin separar su mirada de la mía y me degustó. ¡Dios mío! Nunca una mujer había disfrutado tantísimo dándome placer. Chupaba, lamía y gemía enloquecida como si acogerme en su boca fuera su mayor afrodisiaco. La miraba obnubilado jadeando sin pudor mientras me abarcaba por completo a la vez que se masturbaba con la otra mano. Verla darse pequeños golpecitos con su mano sobre el inflamado clítoris me llevó a un punto de no retorno, gruñí perdido en el éxtasis absoluto y cuando quise apartarme, enloqueció por completo. El principio de mi eyaculación provocó un frenesí desmedido en ambos y a la vez que se masturbaba descontrolada, tragaba gustosa gimiendo de placer.

—¡Mierda! ¿Dónde estás, dragona? —jadeo casi sin aliento.

Abro los ojos y veo mi simiente resbalar por el embaldosado, al mirar hacia abajo solo encuentro a mi mano envolviendo mi erección. Mi cabeza cae en la pared al ser consciente de que no importa las veces que monte a Drakonis, o el tiempo que pase bajo la ducha, hasta que mi dragona no vuelva a estar entre mis brazos, esta sensación que me atraviesa el pecho no va a desaparecer.

13



Dante

Llaman a la puerta y enseguida sé, por el suave modo de golpear, quién es. Un latigazo de culpabilidad me atraviesa de punta a punta del cuerpo. He sido un egoísta.

—Tío Dante, ¿puedo pasar? Te he traído el termómetro.

—Pasa, Pitufina —respondo enderezándome en la cama y pasando mis manos por el cabello para hacerme un moño rápido y que mi aspecto deplorable mejore.

A través de la ranura asoma su diminuta naricilla y sonrío. Entra de puntillas y una pequeña sonrisa se me escapa, es tan adorable.

—Tío Dante —habla entre susurros—, he traído el termómetro.

—¿Por qué? —cuestiono igual de bajito.

—Papá dice que no has venido a saludarme porque estás enfermo, vengo a comprobar que no tengas fiebre. ¿Sabes? La fiebre es un aviso del cuerpo de que estás muy muy malito, pero, tranquilo, si tomas unas pastillas te sientes bien rápido.

Mientras da su argumento, he pulsado el botón para que las persianas subieran y entrara más luz en el dormitorio, su voz ha ido *in crescendo* al mismo ritmo que entra el sol.

Me gustaría tener una excusa real para no haberme dignado a aparecer en todo el día. Después de montar a Drakonis y tras la larga ducha de recuerdos aniquiladores de mi cordura, me he metido

en la cama. He pasado el día entre sueños cargados de sudor, jadeos, ojos rasgados y despertares de frustración con erecciones que me han llevado al punto de la desesperación.

«¡Maltita sea! ¿Cómo he podido ser tan… egoísta?».

—Pitufina, ¿se puede saber por qué sigues ahí? —Sus diminutos hombros se alzan y sus morritos se arrugan—. ¡Ya! ¿Sabes? Es imposible que sepamos si tengo fiebre si no vienes hasta aquí a ponerme el termómetro. —Su sonrisa se expande haciendo que sus bonitos ojos se estrechen, da un par de pasitos, pero la detengo—: ¡Alto! —Me mira atónita e inquieta, sin entender nada—. Creo que no voy a permitir que me tomes la temperatura.

—Pe-pero… ¿Por-por qué? Si no sabemos si tienes…

—Doctora Luz —sus ojos se abren ilusionados al escucharme llamarla así—, creo que lo mejor para un paciente como yo es un tratamiento de choque.

—¡Mmm! —Apoya la barbilla en su manita y golpea con el dedo en la boca medio sonriente—. Y… ¿qué cree que necesita, señor paciente? —Sonrío.

—Estoy del todo convencido que un grandioso abrazo de mi sobrina preferida en el mundo mundial y un ataque indiscriminado de besos curará todas mis dolencias. —No puede ser más verdad lo que acabo de decir.

Abro los brazos y la luz de mi vida corre con el brillo del amor más puro en sus ojos, trepa desde los pies de la cama y, dando un salto, se deja caer sobre mi pecho mientras su risilla de felicidad y la mía llenan la habitación y mi corazón. Envuelvo su diminuto cuerpo y literalmente me la como a besos.

—Lo siento, cariño. Debí dejarlo todo e ir a saludarte.

—Esta vez te perdono porque estás malito. ¡Venga! Levanta el brazo, vamos a ver cuánta fiebre tienes.

Aguardamos en silencio, yo embobado mirándola, mientras ella no despega sus ojos del termómetro. En cuanto suena el «bip» frunce el ceño y me mira con sospecha.

—Señor paciente, ¿no estará mintiendo sobre su enfermedad para no ir a trabajar?

—¿Por qué pregunta eso, doctora Luz?

—No tiene fiebre. ¿Le duele la barriguita? —Niego divertido—. ¿Le duele la cabeza?

—No.

Se me acerca al oído y como si fuera un secreto dice:

—Tío Dante, yo también un día le dije a papá que me dolía la tripa y no era verdad. —La miro de reojo con las cejas alzadas—. ¡Solo lo he hecho una vez! Pero es que ese día no tenía naaada de ganas de ir a cole.

—¿Por qué mentiste a tu padre, Pitufina? Eso no está bien.

Deja caer la cabeza en mi pecho, respira profundo aguardando unos segundos. Le dejo su tiempo esperando con paciencia su respuesta.

—Ese día estaba muy triste, tío. —Levanto la mano para acariciar su cabello y el gesto cariñoso la impulsa a continuar—. Había soñado que mamá jugaba conmigo toda la noche y cuando abrí los ojos… recordé que no estaba.

La escucho sorber por la nariz, que llore me parte el alma.

—Luz, tu madre está siempre contigo. Vayas dónde vayas, ella te acompaña. Entiendo que no quisieras ir al colegio, pero mentir a papá estuvo mal.

—¡Lo sé! —Se incorpora para mirarme y ver la lagrimita que escapa de su ojo es como una daga atravesando mi corazón—. Por favor, tío Dante, no se lo cuentes. Yo no quería mentirle, pero cuando vino a despertarme para ir al colegio vi que tenía los ojos rojos de haber llorado, seguro que también soñó con mamá, no quise…

—Ponerle más triste.

Asiente con la cabeza. Mi estómago gruje y doy gracias a mi hambre voraz por interrumpir.

—Madre mía, tío. Tu dragón está rugiendo, a ver si va a ser él el que está malito. —Me río al escuchar su ocurrencia.

En un movimiento rápido, la coloco sobre mi hombro, aparto las sábanas y me pongo en pie. Sus carcajadas aumentan cuando doy varias vueltas sabiendo lo mucho que le gusta.

—¡¡Estoy volandooo…!! —grita extendiendo brazos y piernas.

—Sí, cariño, vuela, vuela muy alto. —La levanto de la cintura extendiendo mis brazos y camino por toda la casa mientras su preciosa risa cura todas mis dolencias.

Dorian y Declan ríen en cuanto entro en la cocina. La felicidad de Luz es tan contagiosa. La coloco de pie en la enorme mesa central y ella se deja caer despreocupada, sentándose como un indio.

—Sabía que una doctora experta como tu podría curar al dragón del cielo con facilidad —le dice Dorian regalando sus oídos como el buen zalamero que es.

—No ha sido fácil, la verdad, pero no me he rendido. —Hace el intento de guiñarle un ojo y falla estrepitosamente cuando se cierran los dos.

Los tres soltamos una carcajada y no puedo evitar acercarme, acariciar su cabecita y besar su frente.

—Doctora Luz, ha hecho un trabajo extraordinario. Gracias, sus remedios son milagrosos.

—Cariño, ¿por qué no vas a los establos y compruebas si Princesa ya está lista? Pero recuerda…

—Sí, papá, no entraré en la cuadra si no está Miguel conmigo —lo interrumpe mientras se pone en pie y extiende los brazos. Declan la coge para bajarla al suelo y como una polvorilla sale corriendo emocionada a ver a la yegua que le regalé para su último cumpleaños.

Antes incluso de volver el rostro, ya sé que los *Dragons* me están mirando inquisitivos.

—Enviarme a Luz es caer muy bajo.

Abro la nevera y saco el plato de tortilla de patatas que seguro ha hecho Lola, la mujer que cuida mi estómago, mi casa y… en fin, todo en la finca. Como si pensar en ella la invocara, aparece.

—¡*Ozú*, chiquillo! Qué aspecto más deplorable tienes. Pareces un moscardón al que le han *dao´* un manotazo y lo han *dejao´* medio *atontao´.*

No pregunta qué me ha ocurrido a pesar de todos los golpes de mi cara. Hace mucho tiempo que aprendió que era mejor no saber

qué hago o dejo de hacer, ni el modo en que nos ganamos la vida los *Dragons*.

—Gracias, Lola. Yo también te veo fantástica hoy.

—No podría haber descrito mejor su aspecto. —Ríe Dorian.

—¡Aix, niño! Ya *zabes* tú que a mí eso de mentir se me da fatal. Deja, que te voy a cortar un poco de jamoncito y te caliento la tortilla, verás tú cómo se te curan *to´* los males.

Lola empieza a moverse en la cocina con su habitual canturreo. Se sabe todo y cuando digo «todo», me refiero a tooodo el repertorio de sevillanas que existe. Además, es una increíble bailaora. Durante muchos años se dedicó profesionalmente al mundo del espectáculo, compartiendo su arte por todos los tablaos de Sevilla, pero un cáncer de pecho la apartó de ese mundo casi dos años. No sé muy bien qué pasó, pero un día Miguel, su marido y el encargado de mi finca, me preguntó si su esposa podía recoger olivas en mis campos. Ese hombre es como un padre para mí, lleva conmigo desde que soy un crío, él me enseñó a montar y fue la mano derecha de mi padre hasta que murió y todo pasó a ser mío. No sé ni cómo se le pudo pasar por la cabeza creer que yo permitiría que su mujer trabajara en los campos y mucho menos después de todas las quimioterapias y dolencias que había sufrido.

De eso hace ya cerca de diez años, pero Lola solo necesitó un par de meses para convertirse en la dueña absoluta de mi finca y del corazón de todos los que la conocemos.

—Ten, mi niño. Esto curará tus males. Y a vosotros… ¡*Na*! ¡Que comáis, que eso siempre es un placer!

Deja un plato de rico jamón ibérico frente a los tres y distribuye una porción de tortilla de patatas jugosa y humeante para cada uno de nosotros. Después, se coloca a mi lado y estira el cuello, me agacho un poco para que pueda besar mi mejilla. Su calor me reconforta y le sonrío con gratitud.

Hoy luce una preciosa flor lila sobre la oreja y su cabello medio recogido con una pinza, los mechones caen por su cara despreocupados y salvajes. Ya tiene cincuenta y cinco años, pero sigue siendo una mujer preciosa.

—Hoy se te ve radiante, Lola —le dice zalamero Dorian mientras se mete un puñado de jamón en la boca.

—Eso mismo me ha dicho mi Miguel cuando me ha regalado esta flor.

—Dirás, cuando la ha arrancado de mi fachada para dártela.

—Dante Cortés Kumar, esas flores siguen vivas ahí porque mi marido las riega a diario. Así que, si hoy está tontorrón y decide arrancar un ramo entero, llevarme al establo y…

—¡Vaaale…! ¡Ya! Lola, está bien. No necesito saber qué pasa en los establos entre tú y Miguel cuando yo no estoy. Ya no quiero ni saber cómo ha llegado esa flor a tu melena… —la miro un segundo — despeinada y ¡joder! Lola, al menos podrías quitarte la prueba del delito. Ahora que me fijo tienes paja enredada por todo el pelo.

—Si solo hubiera estado enredada… —suspira y de manera exagerada se abanica con la mano—. ¿Sabes? Creo que me está llamando Miguel, voy a ver qué quiere.

Los *Dragons* rompemos en carcajadas en cuanto sale por la puerta tan rápido como lo ha hecho antes Luz.

—Una en busca de su yegua y la otra en busca de su semental —dice Dorian, Declan y yo asentimos porque está claro que es el mismo pensamiento que hemos tenido.

—Bien. Y ahora que parece que esta casa de locos nos da una tregua y nos regala unos minutos de paz y silencio —gruñe Declan como si le desagradara estar en mi ruidosa casa, aunque sé bien que no es así—. ¿Está ya disponible el señor para que hagamos el intercambio? Hay quince millones de euros esperando para ser acogidos y el cliente ya está empezando a perder la paciencia. Hace más de siete horas que deberíamos haber hecho la entrega.

—Pues va a tener que seguir esperando, tanto el cliente como tú, como todos.

Dorian y Declan, ahora muy serios, me observan con el ceño fruncido sin entender a qué me refiero.

—¿A qué coño viene eso, Dante?

—Pues creo, Declan, que justo tiene que ver con un coño —responde antes que yo Dorian.

—Te voy a avisar por segunda vez, no lo haré una tercera…

—¡Ahí lo tienes! Tiene que ver con su dragona. —Escucharlo llamarla así remueve cosas dentro de mí que hasta ahora no sabía ni que existían.

—¿Qué pasa, Dante?

—Imagino que ya habréis deducido que mi dragona es una luchadora excepcional. —Señalo mi cara con las dos manos, constatando el morado de mi nariz, el de la mandíbula y el del ojo—. Todo son hazañas suyas.

—Está claro que es una mujer… bastante excepcional, sí. Ha de serlo para ser capaz de darte tal tunda y que no pudieras, como mínimo, detenerla. Por qué esto no tiene nada que ver con el sadomasoquismo, ¿no?

—No, Dorian. No me van esos rollos. —Aunque en realidad me van algunas prácticas que ellos nunca sabrán, sobre todo si es ella y sus manos asfixiándome y su cuerpo…

«¡Sooo… Dragón! Te estás descarrilando, vuelve a la conversación».

—Dante, ¿puedes hacer el favor de centrarte? Otra vez estás divagando en algún otro lugar que parece estar muy lejos de aquí. Me estoy impacientando y quiero mi dinero. ¡Así que suéltalo! ¿Qué pasa? —exige Declan perdiendo su casi inquebrantable paciencia.

Los miro y decido que lo mejor es a bocajarro, sin rodeos:

—No tengo los archivos. —Ambos abren los ojos sorprendidos—. Ella se los llevó antes de dejarme colgando sin sujeciones y sin paracaídas en ese maldito acantilado.

14



Alexandra

—¿Lo dejaste colgando de noventa metros de altura sin nada con lo que sujetarse más que sus propias manos? —cuestiona mi prima Valerie.

—Lo has repetido tres veces, no va a cambiar nada por más que lo digas.

—Ese tío ya es carnaza para los buitres —determina Mel.

Una punzada de dolor me atraviesa el estómago. Imagino a esa enorme ave sobrevolando el acantilado, como tantas veces lo he visto desde el jardín, planeando con sus grandes alas y aguardando a que su presa dé el último aliento para descender a tierra a picotear…

«¡Joder! Creo que voy a vomitar». Pienso tragando lo que sea que ha tenido intención de salir.

Siento como si de repente la temperatura hubiera bajado de manera brusca, un ligero temblor me sacude de pies a cabeza, pero entonces… El recuerdo del fin de semana llega a mí en millones de fotogramas en los que un majestuoso dragón gruñe mientras me besa, me toca, me lame, me penetra incesantemente con una intensidad que acaba con mi cordura y… mi cuerpo pasa a tener calor, mucho calor.

—Tierra llamando a Lex. ¿Hola? ¿Hola? ¡Oh! ¡¡*Mayday*!! ¡¡*Mayday*!! ¡La estamos perdiendo! —interpreta Valerie poniendo su mano sobre la boca para que su voz suene como si saliera de un intercomunicador.

—Ja, ja… muy graciosilla. Deberías dejar el conservatorio de danza y dedicarte a ser humorista.

Su risa cantarina resuena en mis oídos y me gustaría, no, me encantaría, poder mantenerme seria, es más, solo hace un momento estaba triste y angustiada, bueno, después estaba excitada… aunque un poco agobiada…

«¡¡Bufff!! Mejor sigo riendo con las chorradas de Val y dejo a un lado todas las demás emociones».

—Bueno, centrémonos —exige Melody, ella siempre tan cabal. Su voz autoritaria consigue que haga justo lo que pide—. Lo que haya pasado con ese tipo no me preocupa tanto como el hecho de que haya sido capaz de engatusarte y conseguir entrar en Villa Ribadesella para extraer esos archivos.

—Pues qué quieres que te diga… Si fue capaz de escalar ese acantilado, de noche, sin ayuda, solo con cuatro cuerdas y un arnés, a mí sí me preocupa que ha pasado con él.

—¿Qué quieres decir, Val?

—¡Joder, Mel! ¿No te das cuenta? Es como un puñetero superhéroe. ¿Cuántas personas pueden hacer algo similar a lo que él hizo?

—Pocas, muy pocas.

—Justo. Chicas, ese tío puede seguir vivito y coleando. Y si fue capaz de colarse en la Villa, es posible que escapara de allí.

Sin poder evitarlo se me escapa un suspiro y mi prima me mira arrugando su ceño, abre la boca para preguntar algo que seguro no quiero responder, pero antes de que pueda decir nada soy salvada por la impaciencia y exigencia de Melody.

—Tenemos que verificarlo ¡YA! —Se pone en pie y nos mira inquisitiva—. ¡¡Vengaaa…!! Tenemos que llegar a Ribadesella cuanto antes, y regresar con el tiempo suficiente para que llegue mañana al laboratorio a las ocho de la mañana.

—¿Sabes que yo soy tu jefa y puedo darte el día libre?

—¡Buf! Qué pesadita con eso de que me coja días libres. Va, mover vuestros culos prietos, yo conduciré para ir, y tú lo harás a la vuelta, Lex, así voy durmiendo.

—¿Y se puede saber por qué yo no entro en la repartición de tiempos al volante?

—Se trata de ir y volver sin morir en el camino, Valerie.

—¿Qué insinúas? —gruñe ya de pie con el enfado despuntando y con los brazos cruzados en el pecho.

—¡Ohhh! Vaaale, haya paz.

—Soy una conductora excepcional.

—Sí, para el Rally Dakar.

—Pues sí, creo que quedar primera en la categoría femenina de T3 el año pasado ha dejado más que claro eso. —Mi prima hincha pecho con las manos en las caderas.

Mel rueda los ojos y añade:

—Justo por eso, eres una zumbada conduciendo. Ya sabes lo poco que me gusta viajar en coche y…

Se calla y Val, sin aviso previo, se lanza a sus brazos.

—Yo llevaré el coche al ir y al volver, sabes de sobra que además de bailar, conducir es mi pasión. Y te juro por mi vida, que no sentirás ni una pizca de miedo o agobio.

Ambas se miran y veo cómo el cariño que se tienen acaba por firmar esa promesa.

—¿Estás bien, Lex? —pregunta mi prima rodeando mis hombros con su brazo sin dejar de avanzar por el sendero.

Me encantaría decirle que sí, que estoy fantástica, pero, joder. ¡¡NO!! No lo estoy en absoluto.

—Si lo encontramos muerto... ¿Qué vamos a hacer?

Hablo evitando la pregunta de Valerie. Ella frota mi brazo y ajusta nuestros cuerpos. Está claro que no hace falta que añada nada más.

—Podemos enterrarlo. Metí en el coche un par de palas.

—Estás de broma, ¿verdad, Mel?

—Si hacemos un foso bien profundo, pueden tardar semanas en localizar el cuerpo.

Me río algo nerviosa, cuando en realidad no me hace ni pizca de gracia las chorradas que está diciendo.

«¿Cavar un foso para enterrar a un humano? Clarooo…». Hay veces que Melody es exageradamente pragmática, incluso en situaciones que quedan a años luz de entrar en la categoría de «normal». Trato de no pensar en lo que podría significar si el Dragón… ¡Buf! Sigo avanzando en la oscuridad de la noche. La verdad es que no sé qué narices hacemos aquí.

Pronto la luz de la linterna choca con el muro de roca. Empezamos a bordear el acantilado y solo unos minutos después encontramos la mochila del paracaídas. Sonreí victoriosa cuando la chuté desde el saliente y la vi caer montaña abajo, pero ahora que la tengo de nuevo delante… un nudo se cierra en la boca de mi estómago… parece que el aire empieza a escasear.

—No perdamos el tiempo, ya la miramos bien en casa, además, no se ve un pijo. Nos la llevamos y esas cuerdas de allí también. —Señala con la linterna Mel.

No vamos a encontrar nada, ya miré yo en ella, pero la cojo y la cuelgo de mi hombro.

Alzo la vista, busco un hueco entre las copas de los árboles y veo la roca escarpada sobresaliendo de la pared.

—Es aquí.

—Bien, dividámonos y busquemos.

Melody me da un beso en la mejilla y me pregunta susurrando en el oído:

—¿Quieres que vayamos juntas?

—No digas tonterías, ve por el flanco derecho, yo iré hacia el izquierdo. Valerie, ve recto, por allí. —Señalo dando órdenes para organizarlas.

Lo mejor es que vayan separadas, no solo porque abarcaremos más territorio en menos tiempo, sino porque ya he tenido bastantes pullas y discusiones durante el viaje.

«No me puedo creer que esté otra vez aquí…».

Mientras ellas se alejan, recojo la cuerda que estaba al lado de la mochila. Una vez todo cargado a mi espalda empiezo a caminar alumbrando, sobre todo, la pared. Pronto encuentro unos *camalots*.

Son unos dispositivos mecánicos que se expanden para encajar en grietas. Son muy versátiles y fáciles de colocar y retirar. Muchos escaladores los utilizan.

—Dragón listo —susurro al ver lo escarpada que es la pared en esta zona.

Todos esos salientes y grietas le ayudaron con el ascenso como sujeciones o puntos de anclaje para los *camalots*.

Me giro y busco en las copas de los árboles ramas rotas, un hombre de casi dos metros como él debería haber dejado un hueco enorme. Nada, el precioso y frondoso bosque sigue intacto. Sin poder evitarlo, una absurda sonrisa se forma en mi rostro. Me dejo caer de rodillas y decido ver qué hay en la mochila por si me dejé algo la primera vez. Coloco la linterna sobre una roca para que enfoque donde necesito y entonces algo llama mi atención. En la cuerda hay un reloj. No me había dado cuenta mientras la enrollaba, imagino que se fue escurriendo por ella sin que lo viera.

Aprieto el botón y en la pantalla se lee:

MENSAJE:
Dragona, no creas…

Las manos empiezan a temblarme cuando soy consciente de qué significa esto. Pulso encima del escrito deseando descubrir cómo continúa.

Dragona, no creas ni por un momento
que esto va a quedar así.
Hasta pronto, cielo.

Río mientras releo el mensaje varias veces.

—¿Has encontrado algo?

—¡Ah! ¡Joder, Mel! Qué susto me has dado.

—¿En serio?

Su pregunta hace que me dé cuenta de lo que acabo de decir. «¿Desde cuándo desconecto tanto de la realidad que no escucho, en el absoluto silencio de la noche, aproximarse a alguien que debe de

crujir con sus pies todas las ramas y hojas del suelo?». Pues desde que ese maldito dragón ha entrado en mi vida.

—Te oí llegar, es solo que tu voz me ha sobresaltado. Estaba tratando de encontrar algo en esto —miento como una bellaca y disimulo levantando el reloj.

—¿Y bien? —cuestiona con la incredulidad acariciando la pregunta.

—Nada. Sin el móvil al que está conectado no podemos ver si conectó el GPS.

—Lo que significa que él sí puede ubicar donde está el reloj.

—Exacto.

Lo coloco en el suelo y con la punta de una roca lo golpeo varias veces, con saña, hasta que la pantallita se apaga.

—Vaya, cuánta frustración retenida tenías, chica. ¿Sabes que no hacía falta todo eso, que con dejarlo donde estaba era suficiente?

—Al parecer consiguió salir de esa pared, porque por el bosque no hay ni rastro de él. —Aparece Val—. ¡Oh! ¿Interrumpo algo? —pregunta cuando ve que Melody y yo seguimos mirándonos retadoras.

No me importa lo que piense o sospeche, ni de coña voy a contarles que me ha dejado un mensaje. ¿Por qué? Pues fácil, no quiero dar más explicaciones de las que ya he dado sobre el dragón. Para ellas, el tipo me entró mientras cenaba, me gustó, nos acostamos una vez y después trató de drogarme. Le seguí hasta la Villa y lo descubrí tratando de robarnos. Y eso ya es mucho más de lo que me hubiera gustado tener que contar. Después de confesarles parte de la verdad, Melody ha estado un largo rato mirándome como si fuera una probeta y dentro hubiera una nueva especie de nanomoléculas que acaba de descubrir. Tengo ganas de gritarle: «¡No! ¡No soy virgen a los treinta! ¡Y sí, yo también follo!». No lo he hecho por miedo a que sufriera algún tipo de *shock* al recibir tanta información sobre una parte de mí que desconoce por completo.

—Debió descender por la pared y desaparecer con el coche. Por eso no lo encontramos en el sendero.

—No.

—¿No? —cuestiona Valerie mientras me mira y espera mi argumento.

Miro de nuevo hacia arriba y sonrío. Lo cierto es que me alegra saber que ese maldito dragón sigue vivito y coleando, pero ahora la pregunta es otra.

—Alguien tuvo que ayudarle a salir de aquí. Pero ¿quién?

15



Dante

—De verdad que lo de tu padre no tiene límites —susurra Declan justo después de resoplar frustrado cuando el susodicho desciende del coche acompañado de dos esculturales mujeres con vestidos adheridos a sus perfectas curvas.

—Lo que no tiene límites es la de cosas que les haría a esos cuerpazos.

—Dime, por favor, que no te tiras a las amantes de tu padre.

Dorian rompe en una exagerada carcajada ignorando la pregunta de Declan y camina hacia Alessandro Moretti, el hombre que le dio la vida.

—*Ciao, babbo. Come va tutto?*[1]

—*Non potrebbe andare meglio, figlio mio!*[2]

Tras un abrazo se dan dos besos. Mira solo un instante a cada una de las mujeres y asiente con la cabeza como única señal de saludo, después las ignora, como si hubieran desaparecido. Él jamás se acostaría con una de las chicas de su padre, y Declan lo sabe, solo lo ha dicho para pincharle. Al igual que Dorian, ha hecho el comentario jocoso al verlas para que justo, nuestro guardián, saltara. Ellos y sus puyas.

Dorian detesta de un modo un tanto exagerado a todas las mujeres que han pasado por los brazos de su padre, exceptuando a

una, su madre. Desde que se divorciaron es así. Por aquella época éramos adolescentes y estábamos en el internado. Un día, sin previo aviso, hizo las maletas y se largó, sin despedirse siquiera. Cuando regresó algo había cambiado en él, pero nunca hemos sabido bien lo que ocurrió, aunque sin duda, fue algo que le marcó. Jamás habla de ello. Lo cierto es que, a primera vista, parece tener muy buena relación con su padre, pero el rencor de lo que sea que sucedió levantó un muro entre ellos.

—*Benvenuto a casa mia, Alessandro!* Te veo tan bien como siempre.

—Ya sabes que si mi hijo me necesita yo acudo al instante. *La famiglia è la famiglia.*

Y ahí va ese lema de los Moretti. Es algo que te dicen desde que naces, que se encargan de integrar en tu aprendizaje, que se convierta en tu estandarte y que justifica cualquier cosa que se haga, todo vale en el nombre de la familia, sin importar las consecuencias.

Un pequeño movimiento a un lado me hace mirar; Declan ha descansado una de sus manos en el hombro de Dorian y este le mira de reojo para después medio sonreírle. La amistad no siempre necesita de palabras para transmitir apoyo y, sobre todo, para reconfortar. Vuelvo con premura a la conversación y al ver a Alessandro sé que no es consciente de lo que ocurre a su alrededor más lejos de las tetas de la rubia que se restriega con descaro aun estando nosotros delante. Debe de tener treinta años menos que él, ambas, se las ve mucho más jóvenes que nosotros.

—¿Qué os parece si hablamos de negocios en el salón con un buen vino y un poco de jamón? —sugiero extendiendo mi mano para que vayan pasando dentro de casa.

—Una gran idea. Por cierto, Dante, ¿todavía trabaja para ti esa morenaza sevillana de curvas deseables?

Todos nos detenemos en seco. Declan, veloz, retiene con una mano en el pecho a Dorian. Miro a los *Dragons* de reojo y entonces se escucha la voz de Miguel:

—Lo hace. Aunque hoy se perderá el espectáculo de sus caderas al caminar, señor Moretti. —Su comentario me hace sonreír, a mí y a

mis amigos.

—Una verdadera lástima. ¿Qué tal está, Miguel?

—Tan bien como siempre. —Extiende la mano para saludarle, aunque el rechinar de sus dientes delata con la poca gana que lo hace—. ¿Y usted?

—Muy bien, gracias por el interés.

Con premura Miguel deja ir su mano y de camino a la cocina anuncia:

—Enseguida os sirvo un poco de vino y embutido.

Me enorgullezco de su actitud, siempre ha sido un hombre con todas sus letras, uno de esos a los que deseas parecerte. No creo que ninguno de nosotros tres hubiera sido capaz de actuar con tanta maestría, chulería y elegancia después de lo que ocurrió. Debe de hacer como un año que Alessandro nos visitó para la compra de una de las yeguas de mi ganadería. Era un regalo que quería hacer a su nueva prometida, una que le duró algo menos de cuatro meses, en fin, a lo que iba… Estábamos en medio de la negociación cuando Lola nos sirvió algo para picar, salió del salón y él se disculpó alegando que debía ir al baño.

¿La verdad? Siguió a Lola y la interceptó en el pasillo. Con descaro se «extralimitó», se le acercó y se insinuó mientras la arrinconaba contra la pared. Ella, que es la mujer con más carácter que había conocido —hablo en pasado porque, sin duda, ha sido superada por mi dragona—, sin pensarlo ni un solo segundo, le arreó una tremenda bofetada que seguro, a día de hoy, aún le pica la mejilla y seguido, un rodillazo en la entrepierna que lo tuvo más de una semana cojo. Dorian lo visitó y nos lo confirmó.

Cuando Miguel, su esposo, se enteró, fue muy claro, su mujer nunca más volvería a estar en casa cuando viniera el padre de Dorian. No había amenaza o condiciones, solo me lo dijo para que quedara claro y yo, por supuesto, estuve totalmente de acuerdo. Todos los *Dragons* lo estuvimos. No sé cuántas veces se disculpó Dorian con Miguel y Lola a pesar de que no era en absoluto algo que debía hacer.

Si ya la relación padre e hijo era tensa… eso solo agravó las cosas, pero Alessandro es un hombre muy influyente, tiene

muchísimos contactos, en especial en el sector farmacéutico. Cuando piensas en traficantes es posible que lo primero que te viene a la mente sean drogas o mujeres, sin embargo, hay un mercado negro para casi todo. Pues bien, el señor Moretti es el «*Capo dei capi*», lo que viene siendo el líder de líderes del tráfico de fármacos en Italia y prácticamente de toda Europa. Si hay un medicamento puntero en el mercado, él lo comercializa. Justo por eso lo necesitamos.

—Damas, vayan a pasear por la bella finca, es momento de hacer negocios entre hombres.

Golpea ambos traseros y las dos retoman el camino al exterior de la casa entre risillas.

—Lamentable —susurra Declan rodando los ojos a la vez que Dorian ríe entre dientes para restarle importancia, una que bien sabemos no la tiene para él.

Todos nos sentamos en los sillones que tengo alrededor de una pequeña mesa. Miguel se acerca con una bandeja en la que ya está el vino abierto, cuatro copas y un pato con queso y jamón de bellota.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre, *ragazzi*[3]? ¿Qué necesitáis de mí? —cuestiona Moretti directo y sin rodeos.

—Nos han contratado para un trabajo, apareció una mujer y lo jodió todo —explica Dorian.

Un resumen demasiado escueto bajo mi punto de vista, aunque suficiente en este momento.

—A las mujeres o las jodes bien en la cama o te joden ellas en la vida. —Ríe con exageración Moretti, mientras nosotros esperamos que deje de hacerlo sin soltar ni una sonrisa.

—El caso es que los archivos que debíamos sustraer eran de la Villa Ribadesella de…

—¿Os han contratado para robar a Roberto Genix? —interrumpe ahora con verdadero interés—. Quieren la fórmula del Virex.

No lo pregunta, es una afirmación.

—Ya sabes que nosotros nunca sabemos quién nos contrata.

—No repetiré que es un error no conocer quién os paga.

—Nosotros no nos mezclamos con esa gente —responde Declan cortante.

—¿Y eso te hace menos ladrón? Dejad de engañaros, no sois Robin Hood, no robáis a los ricos para salvar a los pobres. Sois los *Dragons*, los antihéroes, despojáis de sus mayores bienes a unos, para forraros vosotros.

—Sí, así es. Somos los *Dragons* —repito con orgullo—. Pero a diferencia de otros —Moretti sabe que me refiero a él, además de otros muchos—, no queremos codearnos en ese mundo. Ni cenas, ni fiestas, ni nada que tenga que ver con entrar en ese círculo. Creo que hace mucho tiempo que esto está claro. Así que, ¿por qué no nos centramos en lo que de verdad nos ha reunido hoy?

Alessandro está molesto, fue así desde el principio. Él quería un heredero para su imperio y Dorian decidió seguir su propio camino. No quiere saber nada del negocio de su padre.

Nuestras familias, las de los tres, no han sido muy honorables que digamos, y nosotros es posible que lo seamos incluso menos, pero hay líneas que jamás cruzaremos. Somos ladrones, vale, pero con nuestras propias reglas.

—¿Qué salió mal en Villa Ribadesella? —pregunta Moretti cortante y molesto, pero… *La famiglia è la famiglia,* y se hace por ella lo que sea necesario sin importar nada más.

—¿Qué sabes de NeoGenix?

—La farmacéutica está en plena expansión. Ahora mismo está posicionada como líder en su sector, con una capitalización bursátil de más de cien mil millones de euros. NeoGenix se ha consolidado como una de las empresas más valiosas en el sector farmacéutico. Este éxito está directamente ligado al impacto de Virex, su revolucionario medicamento está cambiando miles de vidas, como ya sabéis. No hablamos solo de estudiantes o deportistas de élite, esto es mucho más grande, cada vez son más los empresarios que se deciden por consumir Virex e incluso están ofreciendo a sus trabajadores el suministro mensual para maximizar el rendimiento en sus empresas. NeoGenix no solo domina el mercado de la neurofarmacología, está cambiando el mundo tal y como lo conocemos. Su crecimiento exponencial ha convertido a sus acciones

en una de las más codiciadas por los inversores. Con Virex marcando récords de ventas y posicionándose como el producto estrella de la compañía, NeoGenix continúa impulsando beneficios a niveles históricos, afianzando su lugar como líder indiscutible en la industria.

»Llevo casi dos años tratando de comercializar con Virex, pero esa maldita empresa es impenetrable. Es completamente imposible acceder a los laboratorios, el edificio entero está controlado por cámaras y tienen un equipo de más de treinta hombres controlando que nada salga o entre si no debe de ser así.

—Tiene que haber una fisura, siempre la hay —interrumpe Declan con convicción.

—Te aseguro que en este caso no.

—Siempre hay alguien dispuesto a cantar como un gallo por un buen puñado de billetes. —Moretti niega con la cabeza mirando a Dorian.

—*Figlio*[4], te aseguro que lo he intentado todo y… nada. Los empleados de NeoGenix trabajan bajo contratos blindados, diseñados para garantizar un silencio absoluto sobre cualquier información confidencial. Las cláusulas de confidencialidad no solo incluyen penalizaciones económicas exorbitantes, además hay redactados una serie de compromisos legales que podrían destruir sus carreras si alguna vez llegaran a filtrar algo sobre Virex. Algo que poco importa, ya que otras tantas cláusulas vinculantes con las anteriores, los enviarían entre rejas para los restos de su existencia. Como colofón final, los beneficios y salarios que ofrece la compañía son tan altos que ninguno se atrevería a arriesgar su posición. Quien coño sea la cabeza pensante de todo esto, es un puto genio. Ha convertido a NeoGenix en una fortaleza impenetrable donde la lealtad está comprada y asegurada de por vida. Nadie abandona sus trabajos, tienen la menor tasa de bajas laborales que he visto, y para rematar, una jubilación anticipada, garantizada y más que acomodada.

—Vaya…

—Sí, Dante, vaya. —Medio sonríe Moretti—. He de decir que haber entrado en Villa Ribadesella ya es más de lo que nadie ha

logrado.

—¡Espera! —Se levanta de golpe Declan frotando su barbilla con la mano pensativo—. Hay algo que no me cuadra… —Todos lo miramos expectantes—. Si es tan impenetrable, ¿por qué nos resultó tan sencillo sustraer todos los archivos del ordenador de Roberto Genix?

—¡¡¿Tenéis los archivos de Roberto?!! —Alessandro se pone de pie con la emoción despuntando en su mirada.

—No.

—¿No? —Ahora está confuso y nos mira saltando de uno a otro.

—Dante consiguió entrar en la casa con una facilidad pasmosa.

—A ver, pasmosa… Escalé un puñetero acantilado de noventa metros. —Declan rueda los ojos, hace un gesto con la mano restándole importancia y sigue elucubrando.

—Como decía antes de ser interrumpido con nimiedades —resoplo, pero me ignora—. No había nadie vigilando, ni el acantilado que era un acceso bastante sencillo —dice con retintín para molestarme—, ni en el jardín. La alarma era una sencilla y la pude desconectar desde el ordenador accediendo a la sucursal a la que estaba vinculada. Solo nos hizo falta un cortador de cristales para abrir la ventana del despacho. Tú mismo lo dijiste, Dante…

—Los quince millones más sencillos de conseguir de mi vida —repito el audio que les envié a través del reloj.

—¡¡Me cago en la puta!! —suelta Dorian a la vez que se pone en pie.

—¡Joder! No me lo puedo creer. ¿Cómo hemos podido estar tan ciegos? —A Declan creo que le va a estallar la vena que se le ha inflamado en la frente al ser consciente de lo que está ocurriendo.

—*Ragazzi*, tenéis que averiguar quién os contrató, quien quiera que sea os lo dejó todo listo para que pudierais entrar en la casa.

—Eso significa…

—Que es alguien muy cercano a Roberto Genix —concluye Moretti interrumpiendo los pensamientos de Dorian.

—Tenemos que recuperar esos archivos cuanto antes y descubrir qué hay en ellos. Miro a mis amigos y los tres a la vez decimos:

—¡Tenemos que encontrar a la dragona!

16



Dante

—¡Aquí está! Alexandra Genix, hija de Guillermo Genix, fundador de la farmacéutica NeoGenix. ¡Wow! Aquí pone que es dueña mayoritaria del imperio farmacéutico. Amigo, te has metido en la cama con nuestra víctima o quizá sea... la villana.

Nos quedamos pensativos hasta que habla Dorian:

—Tu amante era a quien debías de robar y… qué amante. Es sin duda una mujer preciosa, Volador.

—¿La tienes? —pregunto impaciente dando un salto del sofá a la vez que dejo el portátil a un lado.

—Venga, no fastidies, has tardado menos de cinco minutos, es imposible que sea ella. A mí no me ha dado casi tiempo de abrir el buscador —protesta nuestro dragón de fuego.

—Dorian, deja de subestimarme, solo había que hurgar en el lugar correcto.

Ignoro por completo esta batallita que han empezado entre ambos y me acerco a Declan con los nervios quemándome el estómago. Cuando miro la pantalla necesito tragar con fuerza para controlar la sacudida que golpea mi cuerpo al verla en una fotografía posando con un espectacular vestido rojo en un *photocall.*

—Dragona, te sienta aún mejor el rojo que el azul.

—¡La leche! Está tan atontado con esta mujer que le habla a su imagen. Tío, ¿te encuentras bien? Se te ve algo sofocado.

Dorian se cachondea de mí y lleva su mano sobre mi frente tratando de comprobar mi temperatura. De un manotazo la aparto y un gruñido de frustración se me escapa cuando empieza a partirse de la risa, literalmente se parte en dos con ambas manos sujetando su estómago.

—No le hagas caso, ya sabes que es como un crío —susurra Declan en mi oído y acabo mirándole a él cada vez más enfadado cuando se le escapa también la risa y añade—: Aunque… que se te haya puesto dura… —Ríe aún más fuerte y Dorian se une a las carcajadas exageradas—. ¡Joder, Volador! No creí vivir para ver esto…

Hasta las narices de las risas, a las que claro, por contagio, se une Moretti, decido acabar con ellas de un plumazo, o mejor dicho de un toque. Antes de que Dorian lo vea venir, golpeo su carótida con fuerza y se desploma en el suelo.

—¡¡Dante!! ¿Pero qué coño haces? Prometiste no volver a dejarnos K.O. Se podría haber golpeado la cabeza con la mesa, ha pasado rozando.

Declan, de nuevo con su habitual semblante serio, deja el ordenador sobre la mesa y se acerca a Dorian, que ya se está despertando de su breve sueñecito.

Los ignoro por completo y me acerco para ver bien a mi dragona.

—¡Maldito cabronazo! —gruñe Dorian mientras con ayuda de Declan se levanta y acomoda en el sofá.

Va a pasar unos minutitos desorientado, con falta de equilibrio e incluso puede que el dolor de cabeza le dure un largo rato, así que genial, lo voy a tener calmadito y sin ganas de reírse de nuevo de mí.

Levanto la vista y lo observo; tiene una mano sobre la frente y aprieta los ojos mientras recuesta la cabeza en el sofá, es ahí cuando me doy cuenta…

—Esa mujer es especial.

—¡Bufff! Te ha dado fuertecito con la tía esa.

—No es eso. —Dorian levanta un poco la mano y me mira escéptico de reojo.

Ignoro su gesto y me centro en explicarles de lo que me acabo de dar cuenta.

—¡Escuchad! Esa mujer tiene algo excepcional. —Dorian resopla, paso de él—. Mirad cómo se ha quedado. Cuando ha abierto los ojos no sabía bien ni dónde estaba y está claro que se siente aturdido. El día del asalto, después de varias luchas cuerpo a cuerpo, en las que en ningún momento se dejó amilanar por mi fuerza o por el hecho de que le doble el tamaño, decidí que no quería dañarla más.

—¿Más? ¿La golpeaste?

—No te escandalices, Declan, lo hice en defensa propia. Te aseguro que yo salí peor parado, solo hay que verme la cara.

—*Ragazzo*, ¿eso te lo ha hecho una mujer? —Moretti me observa sorprendido cuando asiento con la cabeza.

—Me lo hizo esta mujer. —Giro el ordenador y Dorian y su padre, a la vez, silban cuando la ven.

—Creo que se me ha puesto dura hasta a mí —gruño, pero todos me ignoran—. Colega, menuda mujer.

—¡Espera! —Y ahí está mi amigo con su ceja levantada, solo una de ellas. Una expresión muy característica de Declan cuando está dándole vueltas a coco—. Estás diciendo que ella te dejó, ella solita, la cara así.

—A eso iba. ¿Qué clase de mujer tiene la capacidad de noquear a un tipo como yo?

—Fascinante —expresa Moretti sorprendido.

—No sabes cuánto… El caso es que, no quería dañarla, sí que, para poder largarme de allí con los archivos decidí hacerle un *knockout* por compresión carotídea. ¿Sabéis cuánto tardó en reponerse? —Ninguno responde, todos están expectantes mirando fijamente la imagen de mi dragona en la pantalla del ordenador que sigo sujetando frente a ellos—. Solo unos segundos.

Todos levantan la cabeza y me miran impactados. Declan se recompone rápido y mientras me quita el portátil de las manos añade:

—Dame, tenemos que descubrir quién es realmente Alexandra Genix.

—¿Pero tú en que mundo estabas cuando lo he explicado?

—Declan, creo que lo mejor es que no le presionemos más. —Sale en mi defensa Dorian cuando ve que paso otra vez las manos por los mechones de pelo.

Estoy cada vez más agobiado.

Se suponía que había pasado un par de días enredado en la cama con una preciosa desconocida y ahora resulta que es nuestra ¿enemiga?

—*Dragons*, necesito un descanso.

Ambos asienten con la cabeza, y agradezco que me den un respiro. Aunque para ser sincero, me hubiera dado igual la respuesta. Necesito ordenar mis ideas y toda la información que hemos descubierto sobre Alexandra Genix.

Cuando salgo al patio veo a Moretti abriendo la puerta del coche para que las chicas entren. Hace ya que se despidió de nosotros, pero al parecer ha decidido retozar un rato en mis cuadras, le delatan los restos de paja que lleva enredados en su ahora desordenado cabello. Y bueno, también los nidos de zarigüeya que lucen las dos jovencitas.

—Al parecer no tenías tanta prisa como dijiste —ataco mordaz.

En otra ocasión no hubiera dicho nada, pero estoy bastante desbordado y mi paciencia es escasa ahora mismo. Sin embargo, a él le importa tres pimientos y lo demuestra cuando, con absoluto descaro, se recoloca el paquete y dice:

—Nunca hay prisa para el placer, *ragazzo*. Creo que hoy ha quedado bien claro que tú tienes la misma filosofía que yo. —Guiña un ojo, golpea el trasero de la morena que está entrando en el vehículo y antes de que pueda pegarle un puñetazo en su rostro de italiano mafioso y bastardo, entra y cierra la puerta.

Declan ha dejado caer delante de él que retrasé la misión porque estaba disfrutando de la compañía de mi dragona, y el muy cabronazo lo ha utilizado como arma arrojadiza. Si no fuera el padre

de mi «hermano», ya le habría dejado bien clarito que él y yo no nos parecemos en nada.

La ventanilla tintada en negro se baja un poco y pronto veo que el pajar no ha sido bastante, la fiesta continúa dentro del coche. Moretti se asoma y añade:

—*Ragazzo*, no lo olvides; a las mujeres o las jodes bien en la cama o te joden ellas en la vida.

Me quedo ahí plantado hasta que veo el coche cruzar la puerta de la finca pensando en su última frase, una que suele repetir con frecuencia. Sin duda, mi dragona, podría joderme la vida entera. Esa mujer me está robando la cordura.

En primera estancia, cuando Declan ha explicado quién era, no sé ni en que estaba pensando. No prestaba atención, la verdad. Todo a adquirido otra trayectoria cuando hemos empezado a investigarla más a fondo.

«¿Alexandra Genix? ¿En serio? ¿Qué puta broma del destino es esta?».

Una que claramente no tiene nada de casual.

Siempre hemos sabido que NeoGenix es una fortaleza, pero no nos pareció extraño que un ricachón despreocupado y altivo como Roberto, tuviera una de sus muchas residencias sin vigilancia. El problema es que desconocíamos que quien gestiona la seguridad de la empresa y todo el patrimonio derivado de esta, alguien obsesionado con el control y que sabe muy bien como guardar en el completo anonimato todo lo que tiene que ver con el fármaco Virex. Cuando Moretti, el padre de Dorian, nos explicó lo de los contratos blindados a todos los empleados empezaron a saltar las alarmas en mi cabeza y lo supe.

Llevo toda la vida en este negocio y te aseguro que este robo no ha tenido absolutamente nada de fortuito. ¡Nada!

Ni la falta de vigilancia, ni la facilidad con la que desconectamos la alarma y entramos en la casa, ni mucho menos que en mi camino se cruzara ella.

Ahora la pregunta es: ¿Es Alexandra Genix la víctima o… el verdugo?

17



Alexandra

—¡Estás espectacular! —exclama Valerie con su habitual energía mientras entra en el dormitorio.

—¿Y cuándo no lo está? —habla Mel asomando por detrás.

—¿De verdad me vais a obligar a asistir? —pregunto arrugando los morros con disgusto mientras no dejo de mirar mi reflejo en el espejo.

Melody resopla con agotamiento, rodea mi cintura con su brazo, descansa la cabeza en mi hombro y susurra:

—Eres un peñazo de tía, pero te quiero una barbaridad.

La risilla cantarina de mi prima resuena en la habitación a la vez que también abraza mi cuerpo desde el otro lado.

—Vamos a hacer arder esa maldita fiesta. Mirarnos, estamos cañón. ¡Joder! Somos unos puñeteros *pivonazos*.

—Val, lo que tú pareces es salida del Bronx con ese vocabulario barriobajero. Tantos años de educación selecta, colegios prestigiosos y clases de protocolo, y solo unos meses en el Dakar lo tiran todo por tierra.

—¡Que te den, Mel!

—Vengaaa… vuelta al ruedo la señorita «ahora soy una tía chunga».

—A ti qué narices te importa que yo…

—¡Vale! ¡Stop! Parecéis dos niñas con vuestras discusiones constantes. Estoy de los nervios, odio estas estúpidas fiestas de la empresa, lo sabéis. Y que llevéis toda la santa tarde lanzándoos cuchillos no ayuda.

—Empezó ella —susurra Val para poder ser la que diga la última palabra.

Por suerte, Mel solo rueda los ojos con agotamiento, besa mi mejilla y añade:

—Vámonos antes de que te arrepientas y tengamos que ir una vez más a otro evento sin ti.

Con elegancia, camina ligera y sale de la habitación mientras observo a mi prima en el espejo. Lleva un precioso vestido color champán totalmente transparente con adornos de pedrería solo en esas partes del cuerpo que debe de cubrir. Parece una versión mejorada de Kendall Jenner, la menor de las Kardashian. Su cabello negro cae con unas ondas grandes sobre uno de los hombros y en el lado que queda descubierto se ha puesto un gran pendiente, es tan largo que roza su clavícula. No puedo evitar pensar en que ya no hay nada de la niña con la que jugaba al escondite por la Villa Ribadesella. Ahora es toda una mujer, empoderada, valiente y brutalmente preciosa.

—No sé qué narices le pasa, cada vez está peor conmigo. Siempre ha tenido celos de nuestra relación, pero parece que últimamente ya no solo le molesto, además me detesta —habla bajito por si reaparece Melody.

—Ya estás otra vez con esas tonterías. Mel te adora tanto como yo, eres su prima.

—No lo soy.

—Claro que sí —respondo molesta—. Es mi hermana y tu prima, aunque no lo diga el ADN, sí lo hacen los papeles de la adopción que firmó mi padre. Ella te quiere tanto como yo, es solo que es una persona muy exigente y siempre nos presiona para sacar lo mejor de nosotras.

—Dirás que *me* presiona. ¡A mí! Contigo todo son halagos, pero cuando se trata de mí…

—¡Ya basta! Prometimos que, aunque no nos apeteciera asistir al aniversario, íbamos a pasarlo en grande y con esta actitud empezamos mal.

—¡Tienes razón! ¡Joder! ¡Vamos a puto petarlo! —grita entusiasta levantando los brazos.

No puedo evitar soltar una carcajada al escucharla hablar así. Si mi tío la escuchara le explotarían los oídos.

—¡Anda, vamos, enana!

—Lex —sujeta mi mano cuando empiezo a caminar y me detengo para volverme y mirarla—, estaré contigo todo el tiempo. ¡Siempre juntas!

—¡Siempre! —La abrazo y salimos cogidas de la mano hasta el exterior de la casa donde Mel nos espera junto a la limusina.

—¿Listas? —pregunto sin yo estarlo.

Las dos asienten y acto seguido el chófer abre la puerta.

La primera en bajar es Valerie y… ¡Boom! Como si se tratara de una explosión, cientos de *flashes* se disparan mientras los periodistas no dejan de preguntar sin tregua: «Valerie, ¿cómo te sientes al ser la primera mujer en ganar en el Rally Dakar en la categoría T3?», «¿Qué opina tu padre con respecto a tu temeraria vida detrás del volante de un *buggie*?», «¿Es cierto lo de tu aventura con Mario Casas?», «Valerie, se habla de planes de boda con el guapo actor, ¿es así?».

Entre el tumulto de preguntas salgo de la limusina y la cosa empeora, siempre lo hace. Mi prima asiste a muchísimos eventos, casi todos los fines de semana. Suele acompañar a mi tío, no porque quiera, sino porque es su obligación si quiere seguir compitiendo en distintas carreras y que sus clases de danza contemporánea no lleguen a su fin. Roberto la tiene coaccionada, aunque ella se lo toma bastante bien. Siempre me dice: «Tengo casi todo lo que deseo, y la única condición es asistir a fiestas colgada del brazo de mi padre. ¿Quién narices se podría quejar en mi lugar?». Ella lo toma como un pago justo a cambio de hacer todas las locuras que

se le pasan por la cabeza. Lo cierto es que como filosofía de vida no está nada mal.

En cuanto los periodistas me ven, la locura se desata y mi ansiedad se dispara. Odio esto. No van conmigo ni las fiestas, ni las alfombras rojas y mucho menos los *photocalls*. Mis dos chicas entrelazan sus manos con las mías para darme el soporte que necesito y el calor de sus palmas me hace sentir mejor. Empiezo a contar; uno, dos, tres… diez, once… veintidós, veintitrés… no dejo de hacerlo en todo el tiempo que dura el aluvión de preguntas y fotografías. Me concentro en dibujar mi mejor sonrisa en el rostro y en los números. Es una técnica que me enseñó mi madre cuando era niña. Desde muy pequeña he odiado todo esto de las cámaras y las sonrisas forzadas. Así que mamá me aconsejó que solo me centrara en hacer dos cosas; aparentar una actitud relajada con una expresión de felicidad en el rostro —aunque estuviera en mi mayor pesadilla— y que contara hasta que me volviera a sentir a salvo. Creerás que es una chorrada, pero no te imaginas lo bien que va. Estoy tan concentrada que no escucho ninguna de las preguntas que me hacen. No te imaginas la de idioteces que llegan a decir o lo ofensivos que pueden llegar a ser.

—¿Y bien? —pregunta Val en cuanto entramos en el salón y suelto todo el aire que contenía.

Me giro y sonrío al ver una de sus cejas alzada y su expresión divertida.

—Ochocientos cincuenta y dos.

Suelta una fuerte carcajada que atrae la atención de los pocos que no han quedado hipnotizados al verla entrar.

—Prima, estás como una regadera, pero te quiero aún más por eso. —Ambas reímos y bueno, Mel, gruñe para después añadir:

—Tomemos una copa, la necesito urgente.

Hasta el momento no había prestado atención a prácticamente nada, solo estaba sumida en mi conteo, ahora ya en «zona segura», y lo entrecomillo porque esta sala está llena de cotillas aún peores que los periodistas, me detengo a observar cómo ha quedado todo.

El salón es espectacular. Todo: suelo, paredes y techo, son de un color blanco inmaculado y el único contraste de color lo dan las luces

en tonos azules corporativos repartidas estratégicamente. Ya os he contado que no era mucho de *Barbies*, pues bien, tampoco era nada de rosas, mi color preferido siempre ha sido el azul, así que mi padre lo utilizó para el *branding* de Virex y de la compañía en general.

Hoy se celebra el treinta aniversario de NeoGenix y aunque no me gustan estas fiestas y he tratado de escaquearme, sé bien que mi progenitor hubiera querido que asistiera. En su vida tuvo tres grandes amores: mi madre, yo y Virex. Sin ese fármaco no creo que la empresa se hubiera ni acercado al nivel en el que estamos. NeoGenix, hoy por hoy, no es solo una farmacéutica. Es una potencia global. Hemos alcanzado una capitalización bursátil que supera los cien mil millones de euros, la compañía se ha consolidado como una de las empresas más valiosas del sector farmacéutico en Europa en los últimos años. Su crecimiento exponencial en la última década la ha llevado a expandirse por más de cuarenta países, con sedes en Nueva York, Berlín, Tokio, Dubái y, por supuesto, Madrid, donde se encuentran sus laboratorios principales.

El producto estrella que creó mi padre y que bautizó con el combo del nombre de mamá y el mío; Virex, está cambiando el mundo. Millones de personas lo consumen a diario, habiendo conseguido incrementar su rendimiento en los estudios y en el ámbito laboral de manera exponencial. Es aclamado como la revolución neurofarmacéutica del siglo. Las acciones de NeoGenix se dispararon tras el lanzamiento de Virex 1.0, una versión mejorada que está cambiando el mundo como lo conocemos. Se han hecho cientos de acuerdos con distintos gobiernos, grandes multinacionales tecnológicas y centros de investigación privada, pero… no es todo oro lo que reluce. Todo esto nos ha colocado a la compañía y los que la formamos, en el ojo público.

Cada día más gente está obsesionada en descubrir la fórmula secreta del Virex, y ya no te cuento las ganas de carnaza que tienen todos, están deseosos de que caigamos, de descubrir cualquier detalle de nuestras vidas. Todos quieren conocer nuestros secretos más oscuros, y si no los hay, se los inventan.

Hoy están todos aquí; políticos, gente influyente del sector farmacéutico, inversionistas, e incluso, famosos actores o

influencers, todos han venido alimentarse de lo que mi padre creó. Se codean los unos con los otros, entre cristales, champán y trajes de alta costura, con sus falsas sonrisas en los rostros, tratando de salir en la próxima fotografía de primera portada de alguna revista mediática mientras me saludan. Intentando sacar tajada.

Pobres ilusos…

Cuando mi padre murió y pasé a ser la propietaria completa de su parte, supe que la empresa estaba más en peligro que nunca. Así que utilicé todos mis conocimientos y contactos para convertir a NeoGenix en una puta fortaleza inquebrantable.

Nada entra, ni sale de los laboratorios sin mi permiso.

La fórmula completa de Virex solo la conocíamos mi padre, Melody y yo. Al faltar él, todo recayó sobre mí, la empresa y la patente del fármaco. Muchos consideran la fórmula de Virex el secreto mejor guardado, la composición exacta del fármaco más ansiado por la sociedad en este momento.

Lo medité mucho, y finalmente decidí que no podía cargar sola con eso, si me ocurría algo miles de personas perderían su empleo. Así que hablé con mi hermana, le propuse quedarse al cargo de los laboratorios y aunque el secretario, abogado y mejor amigo de mi progenitor, José Luis, no estaba para nada de acuerdo, le cedí parte de los derechos de la fórmula de Virex y la nombré directora general de I+D. De este modo ella podría tramitar gestiones directamente en el laboratorio sin tener que pasar por mi supervisión.

Roberto tampoco estaba para nada a favor de mi decisión, pero no podía negarse. Odia la idea de que nosotras dos tengamos entre nuestras manos todo el poder de NeoGenix, pero esa es su realidad y ha tenido que aceptarla.

Lo cierto es que me sorprendió que la herencia no fuera a medias con mi hermana, José Luis, que fue quien la redactó, me dijo que era justo como papá deseó que fuera. Imagino que fue antes de que Melody llegara a nuestras vidas y después ya no lo modificó.

Mi hermana entró en la familia de manera inesperada, todo empezó cuando un amigo de mi padre lo llamó asombrado. Mamá nació en Cuba y vivió toda su infancia en un refugio bastante precario para niños sin hogar. El mismo en el que años después fue

a parar Mel. Mis padres cada mes enviaban dinero a Ernesto, el director y fundador del centro, cosa que yo sigo haciendo. El caso es que la amistad entre ellos siempre fue muy especial, para mi madre él era casi como una figura paternal, así que cuando llamó les dijo que debían de conocer a una de las niñas, mis padres no dudaron ni un segundo en coger un vuelo hasta Cuba.

Enseguida supieron que no era una niña «normal». Así que se la trajeron a España y la llevaron a los mejores especialistas.

La sorpresa fue titánica.

Melody Genix fue diagnosticada con un coeficiente intelectual de 156 a los doce años. Mi padre se volcó por completo en su educación y en que su brillante mente fuera nutrida de todo lo que necesitara. A los catorce, daba charlas sobre neuroplasticidad en foros universitarios mientras papá la miraba absorto en la silla de al lado de su despacho. A los dieciocho, ya tenía dos títulos universitarios. Y a los veintiuno, fue la mente más joven en liderar, junto a mi padre, un laboratorio farmacéutico europeo.

Cuando mamá nos dejó fue horrible, pero perder a papá nos dejó a ambas devastadas. Solo hay tres cosas importantes en nuestras vidas, nosotras, nuestra prima Valerie y Virex. Nada de lo demás importa. ¡Nada!

—¡Hola, Dragona! Te he echado mucho de menos. —La voz ronca acaricia mi cuello, el mundo se detiene por completo, el ruido desaparece, el suelo se tambalea, mi corazón se acelera y… entonces el último pensamiento que he tenido ya no parece tan determinante.

Cuando me giro y veo al dragón alto, fuerte y tremendamente *sexy*, mi cuerpo, mis emociones y todo lo que siento, lo corrobora… En vida ya no solo hay tres cosas importantes, parece que hay algo más que debo añadir a esa lista.

18



Dante

Por fin diviso el paseo de la Castellana de Madrid. Nunca un vuelo se me había hecho tan largo. Desciendo un poco cuando estoy cerca del helipuerto del Hotel Eurostars Madrid Tower. El lugar es pijo hasta decir basta y las cinco estrellas que tiene son más que merecidas, pero no me voy a hospedar aquí por eso. En Madrid no hay muchos sitios céntricos donde dejar el helicóptero y aquí ya me conocen. Resoplo aún con el sonido de las hélices girando, nunca un vuelo me había resultado tan… No sé ni cómo describirlo. Volar siempre ha sido mi lugar en el mundo, ese sitio donde soy más yo que en ningún otro, pero hoy, durante las dos horas y media que he surcado el cielo de Sevilla hasta aquí, solo podía pensar en ella y en todo lo que supone verla de nuevo. Apago el motor, pero no me muevo hasta que las hélices se detienen y todo queda en silencio, mi amigo se mantiene a mi lado y me da el tiempo que necesito. En cuanto me apeo, diviso a uno de los botones del hotel esperándome con la puerta del edificio ya abierta.

—Todo va a salir bien, ya lo verás.

—Pues claro que va a salir todo bien, Dorian. ¿A qué coño viene eso? —respondo sin detenerme y él me sigue el ritmo de las zancadas—. ¿Cuándo no nos ha salido bien una misión?

Nada más hacer la pregunta me doy cuenta del garrafal error. Dorian divertido me sonríe.

—Esa Dragona es peligrosa de narices, y… —sujeta mi brazo para que me detenga y lo mire— me preocupa el poder que tiene sobre tus emociones.

—Eso sí que es una tontería, yo no…

—Mira, Volador, eres mi hermano, te conozco desde los doce años, sé bien que esa mujer te trae de cabeza, pero eso no es lo que me preocupa. Lo que de verdad mi inquieta es que trates de convencerte a ti mismo de que no es así.

Suelta su agarre y entra dentro del edificio arrastrando la pequeña maleta de ruedas. Paso unos segundos, ahí, inmóvil, pensando en lo que me ha dicho, inspiro y expulso todo el aire tratando de que la frustración que me genera toda esta situación se vaya con él, algo que no resulta, pero que me relaja un poco.

—Buenas noches, señor Cortés. Su suite está preparada, esta es la tarjeta para el acceso. El coche que encargó está en la plaza número diez de la primera planta del *parking*.

—Muchas gracias por todo, que tenga buena noche.

—Feliz estancia en el Eurostars Madrid Tower.

Al entrar en la suite voy directo a una de las habitaciones mientras escucho a Dorian de fondo decir:

—Sí, claro, me parece bien que tú duermas en ese dormitorio, ya lo haré yo en este otro.

Cierro la puerta mientras él aún está acabando su irónica frase y sin dudarlo me empiezo a desnudar. El vuelo no ha durado mucho, he salido duchado de mi finca, pero me meto de nuevo bajo el agua a ver si consigo apaliar un poco los nervios. En cuanto el chorro templado cae sobre mi cabeza, cierro los ojos y trato de relajarme.

Cuatro semanas, eso es lo que ha pasado desde que me crucé con mi dragona y hoy por fin voy a verla de nuevo. El que no ha dejado de verla ha sido Dorian. La ha estado vigilando, a ella, a su hermana y a su prima.

Los *Dragons* me prohibieron, literalmente, que me moviera de mi finca. Ellos, sin tener en cuenta mi opinión, determinaron que no estaba capacitado para seguirla sin sucumbir a la tentación de

acercarme. No pude añadir nada ante ese argumento, tristemente tenían razón. Así que enviamos a Dorian a Madrid, aunque Declan tampoco lo tenía muy claro después de la extraña actitud que tuvo cuando le mostró las imágenes de Melody y en especial de Valerie. Está claro que en esa familia la genética ha sido tremendamente generosa, todas las mujeres Genix no solo son preciosas, además son excepcionales en cada una de sus áreas. Menos mal que Declan se reservó el hecho de que Valerie corre con *buggies* y ganó el T3 del último Rally Dakar. Un dato que no era relevante en absoluto para la investigación que debía de llevar a término. Solo tenía que pegarse al trasero de las tres y hacer un informe de sus hábitos y costumbres. A estas alturas ya sabe que la prima de Alexandra es una loca al volante, entrena varios días a la semana en el circuito con el *buggie*, sin embargo, el muy cabronazo no nos ha comentado nada al respecto. Simplemente lo ha dejado anotado en el informe.

La verdad… me importa tres cominos que Dorian mire con esos ojos las fotografías de Valerie, y que esta tenga catorce años menos que él. Declan ya le recriminó que casi podía ser su padre, algo fuera de lugar y que solo causó enfado en nuestro dragón del fuego.

—¿Por quién me tomas? Tengo todas las mujeres que deseo. ¿De verdad crees que me metería en un lío de faldas con una niña?

—No es tan niña, tiene veintiuno.

—Deja de decir gilipolleces… —respondió minimizando la imagen de Valerie y abriendo la otra ventana del ordenador en la que salía de nuevo mi dragona—. La que de verdad nos debe de preocupar es ella.

Y cuánta razón tenía, nadie me había preparado para todo lo que esa tarde descubrí sobre Alexandra Genix.

TRES SEMANAS ANTES.

—Tiene una hermana adoptiva, Melody Genix.

—¿Así que las dos son dueñas del mayor porcentaje de la empresa? Creo recordar que dijiste que Roberto solo tenía el 35% de las acciones y había un 15% repartido entre varios inversores —hablo mientras Declan sigue tecleando en el ordenador.

—¿Qué? —cuestiona Dorian cuando lo ve arrugar el entrecejo.

—No os lo vais a creer… ¡Qué fuerte!

—¡¿Qué?! ¡Suéltalo! —exijo con la ansiedad despuntando por saber más.

—La tal Melody, no tiene participaciones en la empresa.

—¡Espera! —Me levanto nervioso y me acerco hasta su pantalla para poder corroborar yo mismo lo que creo que esto significa.

Dorian me imita y llega antes que yo, al hacerlo silba, alucinado.

—Volador, tu dragona es jodidamente millonaria.

—Aquí dice que Alexandra Genix es la dueña del 40% de NeoGenix.

—Nada de esto tiene sentido. Una mujer tan rica y conocida, no se puede permitir ir por la vida sola como fue el caso de la noche en la que la conocí.

—Quizá sí llevaba escolta y no lo viste. —Lo miro ofendido—. No me mires así, está claro que esa mujer te nubla el sentido.

—Te aseguro que allí no había nadie, y tampoco nos siguió nadie hasta la casa de alquiler. Pasé dos días con ella, sé bien que estaba sola conmigo.

Hasta yo mismo me doy cuenta de lo muy posesivo que he sonado.

—Se os escapa algo… —interrumpe Declan y ambos lo miramos expectantes—. Alexandra Genix no es una mujer normal. Vais a flipar con lo que he encontrado, mirad este artículo, es de muy poco después de la muerte de su padre.

Tiramos de nuestras sillas y nos colocamos cada uno a un lado. Nadie me podría haber preparado, ni en un millón de años, para todo lo que es mi dragona.

La heredera invisible de NeoGenix: Alexandra Genix.

Prestige Magazine - Revista de análisis económico internacional.

Poco se sabe sobre Alexandra Genix, nueva propietaria mayoritaria de la farmacéutica NeoGenix. La hija del recientemente fallecido científico Guillermo Genix, creador del

revolucionario fármaco Virex, siempre fue una niña diferente y ahora, sin duda, se ha convertido en una mujer fascinante.

A sus veintinueve años y tras quedar huérfana hace solo un mes, ha pasado a ser una de las mujeres más ricas del planeta.

El suicidio inesperado de su padre, la ha convertido en una mujer aún más inaccesible. No se sabe nada concreto, pero se especula que el suicidio puede ser debido a una depresión que arrastraba desde la ausencia de Virginia Carter, su amada esposa que murió hace años, cuando Alexandra solo era una niña. Su vida se apagó de manera repentina debido a un infarto y se dice que Guillermo jamás fue capaz de remontar.

Tras el fallecimiento de ambos progenitores ella ha pasado a ser la dueña del 40% de las acciones de NeoGenix. Hecho que la ha convertido en la persona con más poder dentro de la empresa, superando a su tío Roberto, el cual solo es dueño del 35%. Se dice que los hermanos nunca tuvieron buena relación y por eso Guillermo solo aceptó venderle ese porcentaje, el resto fue a parar en manos de inversores que ayudaron a que Virex viera la luz mucho más rápido.

Parece que no ocurre lo mismo entre Alexandra y Melody, su hermana adoptiva. Fuentes cercanas a ellas aseguran que tienen una relación inquebrantable y que, aunque Melody no heredó nada de Guillermo, ha sido nombrada Directora de I+D en la farmacéutica por su misma hermana, dotándola del poder casi total de los laboratorios.

Es sabido por todos que Alexandra trata de pasar siempre desapercibida y rehúye de fiestas y eventos, pero fracasa de manera estrepitosa y no solo debido a su exótica belleza. Siempre ha sido muy reservada con su vida privada, pero no ha podido evitar que se sepa lo distinta que fue su educación a la de la gran mayoría de la humanidad.

Inteligente, hermética y extraordinariamente preparada, fue criada bajo un modelo educativo casi militar. Se dice que habla cuatro idiomas, domina técnicas de combate cuerpo a cuerpo y posee una intuición casi inquietante para la negociación y el

análisis del comportamiento humano. Belleza magnética, mente estratégica y una agenda desconocida: Alexandra es uno de esos perfiles que fascinan y asustan a partes iguales. No aparece en redes, no concede entrevistas, y, aun así, mueve fichas en un tablero en el que muy pocos saben que está jugando.

Al acabar de leer el artículo todos nos mantenemos unos segundos en silencio. Creo que estamos tratando de disociar lo que acabamos de descubrir en solo unas pocas líneas.

—¿De dónde lo has sacado? Llevamos más de cuatro horas buscando y nada. Es como si Alexandra Genix no existiera —cuestiona Dorian mientras yo sigo releyendo una y otra vez—. Podría ser un artículo falso.

—El artículo está eliminado, en realidad nunca llegó a existir. Llevo dos horas buscando en revistas relacionadas con el sector de la farmacéutica y también he mirado en las de prensa rosa. Es imposible que una mujer tan mediática sea tan invisible. Hay alguien que se está encargando de borrar todo, pero siempre, siempre, se dejan algún rastro.

—Y… ¿cómo demonios lo has encontrado?

—Yo no busco, Dorian, yo encuentro.

—¡Eres un sobrado! Pero esta vez, Dragón, puedes gozarlo.

Los dos estallan en carcajadas mientras yo sigo entre estupefacto y… terriblemente fascinado.

—¿Todo lo que pone es cierto?

—Sí, eso creo. El artículo fue escrito por un periodista con renombre que destaca por sacar a la luz información cotejada y fiable. El hecho de que alguien se tomara tantas molestias en borrar la información y sobre todo en acallar al periodista y la revista, me dice que es bastante veraz.

—¿Chantaje?

—Bueno, puedes llamarlo así, yo más bien diría remuneración disuasoria que hace feliz a todos.

—¿Sabes cuánto le han pagado para no publicarlo? —Dorian tan cotilla como siempre.

—No puedo garantizar que realmente fuera un pago por el silencio, pero el mismo día de la publicación del artículo varios cientos de euros fueron ingresados en la cuenta del periodista y de la revista.

Dorian empieza a reírse.

—La Dragona es la puta ama —añade y Declan se suma a sus risas.

—Voy a montar un rato a Drakonis. —Eso es lo único que soy capaz de decir antes de salir de la habitación y dirigirme como un autómata hasta los establos.

EN EL PRESENTE. DUCHA DEL HOTEL EUROSTARS MADRID TOWER.

Dejo caer la cabeza sobre la pared embaldosada e intento relajarme con los chorros de hidromasaje que salen de la pared, pero mi cabeza no deja de repasar ese artículo que ya me sé de memoria. Tres semanas llevo releyéndolo una y otra y otra y otra vez.

Nunca había visto una mezcla así. Belleza, inteligencia y entrenamiento táctico. Es como si alguien la hubiera moldeado desde niña para ser invencible. Y aun así… sé bien que carga con más heridas de las que posiblemente nunca llegue a compartir con nadie. La muerte de sus padres y toda la responsabilidad que ha recaído sobre ella... Demasiado para una sola persona.

Ese afán por ocultarse y preservar su privacidad, una que seguro se le escapa entre los dedos casi a diario, me dicen que dentro de ella hay más de lo que los demás nunca podrán entender.

Pero lo que de verdad me tiene en *shock*, lo que me está machacando la cabeza es: si está tan preparada, ¿cómo ha permitido que Roberto tenga en su ordenador una información que parece tan cotizada y por la que nos iban a pagar quince millones de euros?

Es inevitable que… dude de ella. No sería la primera vez que alguien trata de destruir su propio imperio para librarse de la carga que este supone.

Así que la pregunta es: ¿Es Alexandra Genix la villana en esta historia o todo es más complicado de lo que parece?

Ahora mismo estoy en una encrucijada, y no tengo nada claro. No sé si debo… destruirla o… salvarla.

19



Alexandra

—Dragón —susurro con mis ojos clavados en el verde de los suyos.

Se dibuja una sonrisa canalla en su rostro y ese simple gesto consigue que me tiemble el cuerpo al recordarlo con la misma expresión el fin de semana que pasamos juntos, mirándome desde mi epicentro y con los labios llenos de mi excitación.

—No te imaginas lo que me gusta que me llames así.

Algo se mueve a mi alrededor y pronto veo que es la mano de Melody extenderse hasta alcanzar la acreditación que cuelga del cuello de él.

—*Prestige Magazine* —lee en voz alta—. Creo recordar que vuestra revista no estaba incluida en la lista de invitados.

—Te debe de fallar la memoria.

«¡Oh! ¡Oh! Por ahí vas muy mal, Dragón».

—Mi memoria es excep…

—Mel, ¿por qué no vamos a tomar una copa? Mi conversación con el caballero ya ha terminado —la interrumpo antes de que acabe la frase y él pueda responder alguna idiotez con su descarada verborrea.

Entrelazo mi brazo con el de ella y empiezo a caminar, al principio he de tirar un poco de su cuerpo. No puedo evitar sonreír al verla mirarlo como si fuera un moscardón verde y grueso que se ha

colado en la habitación y estuviera deseando estamparlo contra una pared.

Mi animadversión a los periodistas está casi al mismo nivel que la de Melody. A la única que le encanta conceder entrevistas es a la loca de mi prima. Pensar en ella es como una invocación y aparece de la nada caminando desde la otra punta de la sala. No tengo claro si es consciente o no, pero cada contundente paso que da hace que sus caderas se balanceen y todos se van apartando mientras la miran embelesados.

—Mira que es teatrera —refunfuña Mel y yo me tengo que reír.

Parece Charlize Theron en el famoso anuncio del perfume J'adore de Christian Dior, tiene el mismo estilazo, atrapa masas con la misma facilidad, la única diferencia es que Valerie es morena, pero igual o más preciosa. Cuando está a pocos metros de nosotras levanta su copa de champán, pero antes de que me dé tiempo a corresponderla con el brindis a distancia, un hombre, sin que ninguna de las tres lo esperemos, se interpone en su camino. La hace frenar tan en seco que acaba, literalmente, estampada contra el pecho de este. Es tan inesperado que ha de sujetarla para que no pierda el equilibro con esos tacones de aguja que lleva bajo el largo vestido.

Se repone y levanta la vista…

—¡Vamos, no fastidies!

—Melody, estás especialmente gruñona hoy.

—Prometimos estar contigo toda la noche y la muy descarada ya está ligando.

—No digas tonterías, ha sido él que la ha abordado de sopetón.

—Sí, pero mira qué cara de cachorrita desvalida y cachonda ha puesto.

—¡¡Mel!! Hoy te estás pasando.

—Ese es el problema, es una niña consentida y tú lo permites.

—No sé por qué te pones así, ni por qué estás tan nerviosa hoy, pero te aseguro que tu actitud no me está ayudando nada.

—¡Buf! —Tras resoplar me abraza—. Perdona, Lex —susurra en mi oído y después besa mi mejilla. Al separarse un poco añade—: Ya

sabes que los eventos tampoco son de mis cosas preferidas en la vida.

Agarro su mano entrelazando sus dedos con los míos.

—Hermanita, solo tenemos que aguantar un poco más. Doy el dichoso discurso y nos vamos.

Me sonríe a la vez que asiente con la cabeza.

—Lo mejor será que pida otra copa.

—Genial, yo también voy contigo, ese bruto me ha derramado la mía. Por suerte ha tenido la destreza de sujetar mi muñeca para evitar que me callera todo encima —explica Valerie al llegar a nuestra altura.

Levanto la cabeza por encima de su hombro y ya no veo al susodicho. Todos en la sala continúan con sus conversaciones, bueno, alguno sigue mirando el trasero de Val, vamos, que la fiesta continúa con su total normalidad. Parece que mi prima ha sabido quitárselo de encima con facilidad.

—Voy a aprovechar para ir al baño mientras vosotras pedís y así, cuando me toque subir al ruedo de la muerte, estaré lista.

Las dos sueltan una carcajada y niegan divertidas por mi exagerada comparación mientras se encaminan hacia la barra.

Camino apresurada, una gran estrategia para que nadie te detenga y trate de saludarte o decirte cualquier idiotez. Voy sonriendo y asintiendo con la cabeza cada vez que varios invitados hacen el amago de acercarse, pero no me detengo. Un chico del servicio que hemos contratado me abre la puerta con educación y cuando esta se cierra detrás de mí respiro aliviada. Podría ir a los aseos de esta planta, pero seguro que me encuentro con alguna cotilla que tiene ganas de hablar de memeces. Así que paso de largo y me dirijo a los ascensores del fondo. Subo a la primera planta y cruzo el pasillo hasta mi despacho. Seamos sinceros, no hay nada como sentarte en tu propio baño, uno en el que solo tú pones el culo.

Una vez tengo la vejiga vacía, he de mover las caderas para que el ajustado vestido baje por mi cuerpo y vuelva a su lugar. Abro el armario y cojo el colorete, con la brocha me doy algo de rubor a las mejillas. Utilizo el labial rojo para repasar los labios, pero antes de

que me dé tiempo de recorrer todo el contorno, la puerta del baño se abre de sopetón.

Sin meditarlo ni un segundo, me giro rápido y con la palma de mi mano golpeo el pecho del hombre que acaba de irrumpir. Un sonido seco me confirma que acaba de quedarse sin aire, su cuerpo se dobla en dos y tras el gruñido escucho:

—Hola, Dragona, yo también tenía ganas de verte.

He de morderme el carrillo para contener la carcajada.

—Creo que ya te dije que no me gusta que irrumpas en el baño sin llamar a la puerta.

Espero paciente, en pocos segundos se recupera y poco a poco se pone erguido, sus dos metros de imponente cuerpo se plantan frente a mí.

—Cielo —sesea de manera sensual y mantenerme inalterada se convierte en toda una proeza—, te encanto que me colara en el baño, y reconócelo, te encanta que lo haya vuelto a hacer.

—Eres un ególatra.

—Eso también te encanta.

Sin poder contenerme me río. Debería molestarme su comentario chulesco y de tío sobrado, pero no es así. Es… es… es una sensación, algo que no sé bien explicar, algo que me hace sentir que él no es ningún ególatra y que solo está juguetón.

Sus manos abarcan mi cintura y se me corta la tontería y la risilla coqueta de golpe. Con facilidad me da la vuelta. Pega su cuerpo al mío, baja la cabeza hasta mi cuello, y en un acto carnal y casi animal, me huele. Su gruesa erección se pega a mi trasero, mientras me inhala la siento crecer. El gesto obsceno lo complementa con un largo, decadente y superexcitante lametazo en mi cuello. El calor de su lengua, acompañado del rastro de humedad que deja, hace que cierre los ojos de placer y un pequeño gemido se me escapa.

Este dragón es mi enemigo, ha intentado robarme, pero vamos a ser pragmáticas; la que ganó la batalla fui yo, y ¡joder! Verlo, vivito y coleando, ha sido un subidón de adrenalina. Muy pocos hombres habrían salido ilesos de la situación en la que lo dejé.

—¿Cómo conseguiste salir de esa pared rocosa?

—Volando.

Vuelvo a reírme con su comentario.

—Me manipulaste. —Sus manos resbalan por el vestido y acarician mis pechos por encima del tejido.

—No sabía quién eras —lo dice con absoluta convicción, mirándome fijamente a los ojos a través del reflejo del espejo y aunque me gustaría que no fuera así, siento la completa verdad en sus palabras.

—¿Saberlo hubiera cambiado algo? —Besa mi cuello con delicadeza y vuelve a levantar la vista para responder.

—No. Me habría enredado en tu cuerpo del mismo modo, lo haría una y otra vez sin descanso y…

—¿Y qué? —Me aparto un poco para que deje de besarme el hombro y responda.

Se pone erguido y contesta con rotundidad.

—Dragona, te habría robado los archivos igualmente si hubiera sabido quien eras, no lo habría dudado ni un segundo. Ese es mi trabajo. Pero la verdad es que nunca supe que eras Alexandra Genix.

Me giro entre sus brazos y lo empujo para alejarlo de mí. Necesito espacio, su calor me nubla la razón. Accede sin ninguna resistencia y cuando mis brazos quedan extendidos por completo, los retiro de su pecho. Lo observo detenidamente. No ha titubeado, su voz pausada y clara ha denotado la convicción de lo que decía. Su mirada en ningún momento ha flaqueado ni se ha desviado de la mía y sigue inquebrantable. La respiración, a pesar de su excitación, es pausada y controlada. Su cuerpo tiene una postura relajada.

—Sé que dices la verdad y si te soy sincera, me alegra saber que…

—Tuviste el mejor sexo de tu vida con un hombre que no te estaba engañando.

Suelto una carcajada y él la secunda. Sin que lo espere, sus manos envuelven mi rostro y la risa de ambos se esfuma tan rápido como llegó, nos miramos fijamente.

—Puede que suene completamente irracional, loco y hasta un poco… psicópata —sonríe—, pero estas semanas solo he podido pensar en ti y estoy seguro de que…

—¡Oh! ¡Vamos, Dragón! Cállate de una vez y bésame —lo interrumpo porque no estoy, en absoluto, lista para... nada que fuera a soltar después de ese «estoy seguro de que…».

Se lanza a mis labios hambriento, con media sonrisa, como si fuera totalmente consciente de que no quiero escuchar lo que sea que pensaba decir. No es un beso delicado, es uno que habla de necesidad y que tiene la promesa impresa de llevarme hasta el cielo. Su recortada barba cosquillea en mi piel y su lengua rápido encuentra la mía.

Este hombre de anchos hombros y belleza casi ancestral ha reconocido que su trabajo es robar, no sé si solo datos o más cosas, lo que está claro es que no es para nada un caballero de brillante armadura, él es el dragón feroz que ha venido a arrasar con todo y llevarse el tesoro sujeto entre sus garras.

El problema es que yo jamás he sido una princesa en apuros, a mí siempre me gustó la villana del cuento, y los villanos siempre acaban uniendo fuerzas para lograr sus fechorías.

Busca la cremallera del vestido y la hace resbalar por toda mi espalda, al llegar al trasero me pide que no me mueva con un susurro grave cerca del oído y… bueno, como él me ha obedecido antes, decido yo también cumplir sus deseos.

Ahora es él quien se separa de mí y me observa con detenimiento. Levanta una mano hasta mi mejilla. La yema de sus dedos es algo áspera, pero su tacto es deliciosamente delicado. Acaricia mi contorno, surca mis labios haciendo que estos hormigueen, se escurre por mi cuello hasta llegar a la clavícula, surca la distancia que falta hasta el tirante derecho y hace que este resbale por el perfil de mi cuerpo. Esto provoca que uno de mis pechos quede al descubierto. Sin dejar de mirarme ni un segundo, casi sin pestañear, como si no quisiera perderse nada, arrima sus labios y besa mi pezón. Cuando saca la lengua y agita el guijarro gimo con fuerza. Necesito sujetarme al mármol del baño para sostenerme en pie.

—Eres fascinante, Dragona —sisea a la vez que hace que el otro tirante del vestido se escurra por el hombro.

Eso provoca que el tejido caiga arremolinado hasta el suelo. Su mano intrépida se cuela en mi diminuta ropa interior. Los largos dedos surcan con facilidad mi rajita húmeda centrándose en acariciar con destreza mi clítoris.

Abro los ojos de golpe cuando deja de tocarme, me mira canalla y… ¡Boom! De un tirón me arranca la braguita.

—¿Te das cuenta de que voy a tener que pasar el resto de la noche desnuda debajo del vestido?

—¿Te das cuenta de que no voy a poder pensar en otra cosa en toda la noche?

Cuando los dos soltamos una carcajada me doy cuenta de que la complicidad que compartimos me resulta… inquietante. Sin saber cómo gestionar esta emoción, decido dejarme de chorradas y volver a ser yo. De un salto me subo a la encimera de mármol, estiro el brazo y cuando envuelvo su cuello, su rostro deja de reflejar diversión y se convierte en la evidencia de la lujuria. Lo estrangulo con la fuerza justa hasta que noto, en mi otra mano, la que abarca su dureza, cómo esta crece. Envuelvo su cintura con las piernas para atraerlo a mi cuerpo y lo acompaño para que se cuele dentro de mí. No necesito más preliminares y mucho menos más caricias que hablan de cosas a las que no estaré jamás preparada. Solo quiero sexo, salvaje, animal, castigador… eso es lo único que necesito de los hombres, de este hombre de aspecto ancestral.

Con sus primeras embestidas vuelvo a sentirme bien, ese nudo incómodo en la boca del estómago se disipa y me rindo al placer más absoluto, uno que nos consume a ambos. Nada más tiene importancia o sentido. Ahora es solo un momento entre dragones feroces que se necesitaban por encima de lo racional.

20



Alexandra

—Sé que lo sabes, pero necesito decírtelo.

Habla desde detrás de mí cuando entro en el ascensor. Lo miro desde el espejo a la vez que las puertas se cierran. Da igual que nos hayamos peinado y yo me haya retocado el maquillaje, nuestras caras dejan muy claro lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

—Es evidente que no has falsificado la lista de invitados y te has colado en el treinta aniversario de la compañía solo para poder echarme un polvo. ¡Lo sé!

—Yo no te he echado nada —gruñe molesto—. Lo que acabamos de hacer ha sido porque ambos lo deseábamos por igual.

Asiento con la cabeza, tiene razón, nos hemos acostado y los dos estábamos igual de necesitados y entregados. El problema es que por un momento me hubiera gustado pensar que solo estaba aquí para un intercambio carnal conmigo y no para…

—¿Para qué has venido?

—No te puedo decir el motivo exacto, no todavía. Pero no estoy aquí solo para verte.

—Lo que sea que no quieres decirme, te habría traído aquí estando yo o no —afirmo y él asiente.

El «clin» del ascensor al llegar a su destino nos distrae y las puertas se abren en el vestíbulo. Hay varias personas charlando y

todos se giran atraídos por el sonido. Empujo su cuerpo y se aparta con facilidad. Avanzo a pasos apresurados sabiendo que me sigue el ritmo, puedo sentir su calor cerca de mí. No sé por qué estoy molesta, es ridículo, pero lo estoy.

—¡Maldita seas! —irrumpe Melody delante de mí nada más cruzar el umbral de acceso a la sala—. ¿Dónde leches está…? —Se calla de golpe y su mirada asciende hasta llegar al rostro del hombre que se ha pegado a mi cuerpo cuando me he detenido en seco—. ¿En serio? ¿Has estado…? ¿Con este cavernícola? ¿Te das cuenta de que es periodista en *Prestige Magazine*? ¿Tú nunca…? ¿Se supone que no…? ¿No sabía que tú…?

—Melody, siento confesarte que hace muchos años perdí la virginidad —interrumpo su metralleta de preguntas divertida con su cara de estupefacción.

—¡No tiene ninguna gracia!

—En cierto modo sí. —Río al ver la incredulidad en su mirada, una que va de mi a él y de él a mí, una y otra vez.

—De Valerie no me sorprende, pero tú…

—Hermanita, solo es sexo, sin más.

La mano del dragón se ajusta a mi cintura y la aprieta, no tengo claro si por posesividad, por deseo o porque no le ha gustado que le restara tanta importancia a lo que acabamos de hacer. Sea lo que sea es problema suyo, no mío, yo solo he constatado los hechos.

—Llevo veinte minutos buscándote, hace diez que deberías haber subido allí arriba. —Señala el escenario con un gesto de cabeza.

Al mirar hacia la tarima veo a Roberto, a los pies de esta, con su traje inmaculado y gruñendo mientras la vena de su frente amenaza con estallarle. Río con satisfacción.

—Vale, solo por verlo así de histérico buscándote por todo el salón ha valido la pena que desaparezcas. —Mi hermana y yo nos reímos cómplices, detestamos a nuestro tío con la misma intensidad.

—Se acabó la fiestecita, puedes soltarla y… desaparecer —dice Mel señalando la mano que sigue en mi cintura y que no deja de acariciarme con el pulgar, pero de eso no soy consciente hasta que no deja de hacerlo.

Tampoco me había dado cuenta de que mi cuerpo estaba reclinado sobre su pecho.

«¡Ay, Lex! Demasiado cómoda con algo que debería de resultarte muuuy incómodo».

Carraspeo algo desubicada, pero me espoleo, levanto barbilla y empiezo a caminar.

Ni me giro a decirle adiós al dragón.

Una mano agarra mi muñeca tan solo tres pasos después de mi apresurada huida. Su cuerpo se pega al mío otra vez, y durante un instante mis ojos se cierran sin poder evitarlo. No sé si es su aura, el fuego que emite su piel o lo que narices sea… pero cuando este hombre me toca, el placer recorre mi cuerpo.

—No te preocupes por nada. Yo te encontraré —susurra en mi oído.

Me giro rápido para preguntarle qué coño quiere decir eso, pero su ancha espalda ya se está alejando entre la multitud.

—Para ser solo un polvo te veo muy atenta a todos sus pasos. —La voz de mi hermana suena acusatoria, muy irritada y molesta.

—No digas tonterías. ¡Anda! Vamos antes de que a Roberto le dé un infarto y nos arruine la fiesta siendo de nuevo el centro de atención.

Nos damos la mano y caminamos apresuradas hasta el escenario.

—¡Eres una maldita desconsiderada! —gruñe muy enfadado cerca de mi oído y cuando me mira, sonríe. Un instante después un *flash* se dispara.

Señores y señoras, mi tío en toda su esencia. Falso, hipócrita y mediático. Le gusta más una foto o una entrevista que a un niño una piruleta.

—Veo que la ausencia ha sido gratificante. —Ríe en mi oído mi prima.

—¿Tanto se me nota?

—Nooo… —Respiro aliviada y entonces añade—: Se te nota muuucho más.

Tras una carcajada se gira, sube los escalones del escenario y con el primer «buenas noches a todos» la sala al completo queda en silencio, no hay absolutamente nadie que no esté pendiente de ella.

Miro la multitud y soy consciente de mi error, si hay alguien que no está obnubilado por mi prima. Hay un Dragón de mirada penetrante que me observa como si fuera lo único que hay en este lugar lleno de cientos de personas.

—Un fuerte aplauso para Alexandra Genix y Roberto Genix, mi papá para mí. —Todos ríen por el comentario cariñoso e infantil, yo no puedo evitar rodar los ojos sabiendo que ha dicho eso porque Roberto se lo ha ordenado.

«¡Maldito manipulador!».

Sin tener en cuenta los ojos que no dejan de seguir mis pasos, subo al escenario. Rápido recuerdo por qué odio estas fiestas y eventos. Debe de haber más de quinientas personas y se supone que iba a ser algo íntimo.

«Íntimo es lo que ha pasado en el baño de mi despacho… esto… esto es un puñetero gallinero lleno de pajarracos deseando picotear de donde puedan».

Roberto agarra el micro y se constata que es el gallo del corral. Se pavonea con su habitual elegancia, una que oculta muy bien la calaña que es.

Busco los ojos verdes que dejé atrás al subir al escenario, pero no está donde esperaba, entonces un regusto amargo sube por mi garganta.

«¿Qué estás tramando, Dragón?».

Sigo recorriendo la sala y nada.

¡Es un hombre de dos metros de altura! Debería de resaltar en la multitud como si de un faro de luz se tratara.

—Estimados amigos, socios, compañeros del sector y autoridades presentes —Roberto empieza a hablar y toda mi atención va para a él, que es donde debe de estar en este momento y no buscando dragones escurridizos—. Esta noche, celebramos treinta años de innovación, de lucha, de avances que han marcado un antes y un después en el mundo de la ciencia médica.

»Cuando mi hermano y yo fundamos NeoGenix, éramos dos jóvenes con una idea ambiciosa: mejorar la calidad de vida de las personas a través del conocimiento genético y farmacológico.

«¡Tú siempre fuiste un pusilánime, el genio era mi padre, patán!». Grito en mi cabeza deseosa de poder hacerlo en su oído y dejarlo sordo con la puñetera verdad.

Él sigue parloteando:

—No teníamos recursos, pero teníamos visión. Y, sobre todo, teníamos determinación. Hoy, ver este salón repleto de mentes brillantes, de aliados estratégicos y de representantes de todos los rincones del planeta, me recuerda cuánto ha valido la pena cada sacrificio.

»Sé que, si mi hermano estuviera hoy aquí, se sentiría inmensamente orgulloso. Orgulloso del lugar al que ha llegado NeoGenix y orgulloso de ver cómo su hija, Alexandra, continúa su legado con la misma pasión que él tenía. Y por supuesto, no puedo cerrar este momento sin mencionar el proyecto que nos ha colocado en la cima del sector farmacéutico mundial: Virex. Un nombre que ya forma parte de nuestra historia, pero que será, sin duda, el pilar de nuestro futuro.

Todo el salón estalla en un apabullante aplauso que dura mucho más de lo que debería. Tras varias reverencias y sonrisas falsas, Roberto se gira con esa mirada calculadora que siempre tiene para mí y añade:

—Alexandra, mi querida e increíble sobrina, el micrófono es tuyo.

«¿Querida e increíble?». Si pudiera lo mataba.

—Gracias, Roberto. —Su rostro se ensombrece y yo sonrío triunfal.

Él quiere que le llame «tío» cuando estamos en público para dar una apariencia de familia unida. No lo haré jamás.

Agarro el micro, respiro hondo y cuando el foco me da de lleno en la cara agradezco la ceguera que me provoca. La luz blanca impide que vea a la multitud de ojos críticos y deseosos de que meta la pata.

«¡Vamos, Lex, suéltalo del tirón y podrás largarte de este lugar siendo esta solo una noche más en el mundo de NeoGenix!». Me animo a mí misma.

—Buenas noches. Gracias por estar aquí, y… gracias, Roberto —remarco bien su nombre y lo miro desafiante.

No sé cómo logro contener la carcajada al verlo rechinar los dientes. Miro de nuevo hacia el foco y continúo.

—Hoy estoy aquí no solo como parte de NeoGenix. Estoy aquí como hija. Hace treinta años que el sueño de mi padre arrancó y quiero compartir con vosotros algo que durante todos estos años solo fue de mi familia. Muchos se preguntan por qué llamó a su mayor descubrimiento Virex. Como ya sabéis mi madre se llamaba Virginia, de ahí las primeras tres letras. Los más agudos ya han deducido que las otras dos letras salen de mi nombre.

Muchos ríen divertidos.

—Pero para mí… Para mí, Virex siempre fue y será mucho más que la composición de dos nombres. Este fármaco es una promesa, es el resultado de miles de horas de trabajo de un hombre. Virex es la esencia de mi madre Virginia que siempre arrasó con su vitalidad y energía, y que provocó que mi padre se obsesionara por conseguir una humanidad de personas con su mismo empuje. El fármaco nació con la clara intención de que la vitalidad de mi madre llenara el mundo entero.

»Mi progenitor era muchas cosas. Un científico brillante. Un visionario. También… un hombre complejo. Pero, sobre todo, era un hombre que amaba profundamente a mi madre. Y cuando la perdimos, parte de él se rompió… pero otra parte se volvió indestructible.

»Él me crio solo, me entrenó, me formó. Nunca me lo puso fácil, y nunca lo quise fácil. Y es por eso que hoy, aquí, desde donde quiera que esté… él sabe que nunca dejaré de creer.

Me maldigo cuando se me quiebra la voz. Todos parecen darse cuenta y el absoluto silencio pasa a ser un aplauso. Me recupero como puedo del recuerdo de mamá y papá y me despido de la multitud con ganas de desaparecer de este lugar.

—Gracias por confiar en nosotros. Y gracias por creer en el futuro que estamos construyendo en NeoGenix. Por treinta años más de avances tecnológicos, por treinta años más de Virex.

Y entonces… ¡¡BOOM!!

Me lanzo al suelo con la primera explosión que resuena en el salón, varias lámparas del techo estallan a su vez. De golpe todo

queda en la absoluta oscuridad. El griterío parece contagiarse y cada vez más gente chilla histérica.

Gateo hasta el filo del escenario y cuando veo brillar la pantalla de un móvil y agitarse de un lado a otro sin parar sonrío.

«¡Chica aplicada!».

Llego al suelo de un saltito y en un par de pasos estoy junto a mi prima.

—Estoy aquí, loquita. —No deja de mover la luz hasta que la abrazo.

—Lo-lo he hecho. Lo que tú me dijiste… he hecho…

—Shhh… Todo va a salir bien. —Trato de calmarla mientras la abrazo, pero es tal la histeria en el salón que no sé ni si me escucha.

Somos una familia poderosa, rica e influyente, mucha gente nos envidia y odia, así que he instruido a mi prima con las nociones mínimas para situaciones críticas como esta.

—¡MEL! ¡¡MELODY!! —grito tratando de rebasar a todos los demás en el tumulto de ruido.

—Estoy aquí. —Siento sus manos sobre mi pierna.

¡Pam! ¡Pam!

—¡Ahhh! —Val se desgarra la garganta en un chillido de pánico cuando se escuchan más disparos—. ¿Qué está pasando? ¡No quiero morir!

Está temblando aterrorizada y Melody no dice nada, algo que me preocupa.

—¿Mel?

—Es-estoy a-aquí.

Vale, ha entrado en *shock*.

—Val, dame tu móvil, necesito ver algo.

Empieza a llorar más nerviosa y la siento moverse a mi lado.

—No-no lo encuentro… se me ha caído y ahora…

Entonces una pequeña luz llama mi atención y se cuela en el salón hasta ahora en la penumbra.

—Han abierto las puertas. —Valerie trata de levantarse.

—Alto, ni te muevas. Ahora todos van a salir en masa y podrían hasta pisotearte.

No es que se vea demasiado, pero lo suficiente para distinguir cientos de cabezas agolparse en la puerta principal. Recorro el lugar buscando otra vía de escape y cuando decido que lo mejor es meterlas debajo del escenario hasta que todo pase, otro punto de luz llama de nuevo mi atención. Al fondo se abre una puerta de emergencias que se había ocultado tras una de las cortinas, según la diseñadora, para conservar la belleza pulcra del lugar. Un hombre rapado se cuela por ella y entonces lo veo…

—¡Maldito Dragón!

21



Alexandra

—Meteros debajo del escenario y no salgáis hasta que venga a buscaros.

Agarro el bajo del vestido y tiro con fuerza desgarrando el tejido. Lo hago con tanto ímpetu que me paso un poco y la raja llega hasta la cadera.

«Muy bien, Lex, sin bragas y a loco…». No puedo evitar reírme de mi propio pensamiento.

—Ese vestido te costó cinco mil euros…

—Val, ¿estás lloriqueando por el vestido o porque sigues asustada? —Río de nuevo pensando en que si supiera que hace un rato voy con la entrepierna al fresco se troncharía de la risa conmigo.

¡Pam! ¡Pam!

La risilla causada por mi bromita desaparece al instante cuando se escuchan más tiros. Giro el rostro rápido y lo veo.

«¡La madre que lo parió!». Desde el filo de la puerta apunta con un arma hacia el techo. Nuestras miradas se cruzan en la tenue luz que nos envuelve, aun así, puedo ver perfectamente cómo sonríe, dispara dos veces más y tras guiñarme un ojo canalla, desaparece.

—¿Te gusta jugar, Dragón? ¡Pues juguemos! ¡Vamos! Levantad, os venís conmigo.

—¿Quéééé…? No, no, no… yo paso de morir con un tiro entre ceja y ceja.

—Venga, Mel, levanta.

—Están disparando y no sabemos quién es el puto psicópata, si está en la sala, si no, si trata de matarnos a nosotras, o no…

—Nadie nos va a disparar.

El Dragón solo ha sembrado el pánico… es una distracción. «Pero… ¿qué es lo que está tramando?».

—Tu convicción me aterra. Esperemos a los de seguridad.

—Mel, estoy más preparada que todos los de seguridad juntos, y lo sabes.

—También sé que ninguna de las tres tiene un cuerpo blindado en el que las balas rebotan. ¡Nos quedamos aquí!

—Señoritas Genix, ¿están bien?

Como si los hubiera invocado aparecen dos hombres de seguridad. Uno de ellos se acuclilla para verificar que estamos sanas y salvas, mientras tanto el otro mantiene su arma en alto escoltando nuestros cuerpos.

—Sáquenos de aquí —pide imperativa Melody poniéndose en pie solo cuando está segura de que el cuerpo de ambos hombres protege el suyo. Llegan dos más y crean una especia de barricada a nuestro alrededor. Avanzo con el grupo porque hay mucha gente histérica corriendo por todas partes y el pánico puede provocar que la gente haga auténticas estupideces. Al llegar a media sala, el punto más cerca de la puerta por la que he visto escapar al Dragón, tiro del poder que tengo.

—¡Alto! —Lo hacen ipso facto—. Es imposible que salgáis de la sala por la puerta principal.

—Ya dije yo que era una malísima idea celebrar la fiesta en las oficinas, lo lógico…

—Solo lo dijiste porque fue idea mía y siempre me llevas la contraria —responde Melody a Val casi como si sus palabras fueran una metralleta y pudiera atravesarla con ellas.

—¿Qué? ¿Pero a ti qué cojones te pasa, tía?

—Ya tenemos aquí a la chica del Bronx otra vez. ¡Buf!

—Deja de resoplar. Al menos yo tengo personalidad, no como otras que se pasan el día intentando ser el espejo de otras. —Mi prima me mira.

Los ojos de Mel se inyectan en sangre e incluso antes de que lo haga, soy consciente de lo que pretende. La agarro de la cintura cuando trata de saltar sobre Val, y la susodicha, sabiendo que la va a encabronar mucho más, empieza a reírse.

Los escoltas siguen de espaldas a nosotras formando un círculo de protección, alguno va lanzando miradas fugaces de reojo hacia la pelea de gatas que se ha formado.

—¡¿Se os ha ido la cabeza?! ¡¡BASTA!! —Las empujo cada una a un lado, y causo un efecto dominó y los hombres abren un poco el círculo—. ¿Os dais cuenta de dónde estáis y lo que está sucediendo a nuestro alrededor? ¿Sois conscientes de que hay alguien armado en el edificio?

Las miradas que se prodigaban llenas de enfado pasan al suelo y a la vergüenza.

—Lo siento, Lex, ha empezado ella y…

—Valerie Genix, cierra el pico. Hoy no vas a tener la última palabra.

Inspiro y espiro para tratar de calmar los nervios que me han provocado estas dos. «Menos mal que el sexo previo me había dejado relajada, si no ahora mismo sería yo la que tirara del pelo de ambas».

Observo la situación y la cosa está complicada. La gente sigue agolpada en la puerta.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué la gente no está saliendo del edificio?

—Señorita Genix, se ha puesto un grupo de agentes a controlar cada una de las salidas del edificio. Nadie puede salir o entrar en él. Estamos trabajando para localizar…

—¿Me estás diciendo que tenéis a más de quinientas personas histéricas en una sala, con muy poca luz, y no las dejáis salir para ver si encontráis al que va armado?

—Se han revisado todas las puertas, están cerradas con llave y solo esa —señala con la cabeza— ha quedado abierta.

—Menuda panda de ineptos… —susurro.

Si me han escuchado o no, me importa bien poco.

—Ordena ahora mismo que abran la puerta principal, dejar salir a toda la gente que está en la sala.

—No creo que…

—¡Silencio! —Los otros hombres del cuerpo de seguridad miran de reojo al que está hablando conmigo y que parece estar al mando—. Yo pago vuestros sueldos y siento deciros que también tengo vuestras carreras entre mis manos. Esto no va a ser ni un debate ni una discusión. Ordena a todos los hombres que tienes en el edificio que vayan al vestíbulo. Vais a crear un pasillo por el que la gente de la sala saldrá. Solo esta gente. —Señalo con el dedo haciendo una especie de círculo que abarca a todo el grupo—. A ellas las vais a mantener a salvo en aquel rincón apartado, y después las sacaréis, pero solo cuando ya no haya peligro de empujones o pisotones. También quiero a diez hombres más en la calle…

—¿Diez? La unidad es de once hombres.

—Quiero a diez hombres MÁS —remarco el «más» e ignoro por completo el número de agentes de seguridad del que ahora mismo dispone, si hace falta que los haga aparecer por arte de magia— y los quiero esperando a los invitados en la calle. ¡¡Nadie!! ¡Absolutamente nadie se va de aquí sin testificar y explicar qué ha visto! Los informes de todos los asistentes han de estar mañana a primera hora en mi despacho.

—Señorita Genix, hay más de quinientas personas y son las once de la noche…

—Está claro que hoy ni tú, ni ninguno del equipo va a poder echar una cabezadita.

—Pero…

Levanto el dedo índice delante de su cara, cojo aire para contener las ganas que tengo de arrearle un puñetazo en esa bocaza replicadora que tiene y decido zanjar el tema. Si fuera un hombre nadie se atrevería a poner en tela de juicio nada de lo que digo.

—Presta atención, a ver si así lo entiendes. Firmo tu nómina cada mes, la de todos vosotros. No hay ningún equipo de seguridad que

cobre tanto por hacer tan poco. —Por un segundo su mirada se desvía, el gesto denota que ahora se siente avergonzado—. Si quieres mi rúbrica en el sueldo del próximo mes será mejor que dejes de replicar y hagas lo que te he dicho. Ahora, aparta.

Se me queda mirando unos segundos, asiente con la cabeza y se hace a un lado. Parece que ha aprendido la lección, porque no añade nada más.

—Prima, ¿dónde vas?

—A solventar este maldito problema.

Camino apresurada hasta la puerta por la que he visto al dragón huir. Cuando llego a ella aparto el tejido que la esconde y la abro, solo una rajita para que nadie se dé cuenta, me giro y busco al agente que ha asegurado que nadie podía salir de la sala porque todos los accesos estaban cerrados. A pesar de la distancia que nos separa y la poca luz que hay, puedo ver cómo sus ojos se abren sorprendidos. Niego con la cabeza y desaparezco.

El pasillo está iluminado solo por las luces de emergencia, sin embargo, me da la claridad suficiente para comprobar que todo está tan inmaculado como siempre. Me quito los tacones y corro. Libre de los zapatos y con la raja del vestido tengo libertad para dar zancadas largas.

—¡Voy a por ti, Dragón! Hoy tampoco te saldrás con la tuya.

Al llegar a la puerta que accede a la planta de abajo veo el panel de reconocimiento facial abierto y los cables colgando, lo mismo ocurre con el lector de huellas.

—Dragón, ¿de dónde narices has salido? —cuestiono en voz alta constatando una vez más que no se trata de ningún ladrón aficionado.

En las escaleras descanso el trasero en la barandilla y me escurro por ella como si de un tobogán se tratara. Río divertida al llegar al final y dar un salto.

—A partir de hoy no piso ni un escalón más. —Vuelvo a reírme negando con la cabeza mientras avanzo y cruzo la puerta.

—No deberías hablar contigo misma tan alto, te van a descubrir.

«¡¡La madre que la parió!!». Ruedo los ojos y me giro.

Ahí está, bajo el umbral con una sonrisa chulesca.

—Valerie Genix, se puede saber cómo has conseguido burlar a los de seguridad.

—¿De verdad quieres saberlo?

Ambas hablamos susurrándonos.

—Pues no lo tengo claro, pero la curiosidad me puede. —Se ríe canalla y sé que la ha liado de lo lindo.

—¿Sabes por dónde pierde la fuerza un hombre?

—¿Qué has hecho?

—Tu discurso me ha hecho temblar las piernas hasta a mí. Eres una tía muy chunga cuando te lo propones.

—No lo suficiente, no estarías aquí si así hubiera sido.

—Mientras te prestaba mi total atención, le he dado un rico masajito a uno de los de seguridad. La verdad que apuntaba maneras, pero menudo gatillazo ha tenido el tío.

—¡Espera, le has…!

—¿Hecho una paja por encima del uniforme? Sí. Un chico muy precoz, la verdad. En cuanto se ha corrido… yo he corrido…

Sin poder evitarlo suelto una carcajada, las dos lo hacemos, nos reímos a boca llena dobladas en dos sujetando nuestros vientres. No me doy cuenta del grave error hasta que el silencio me acompaña. Me incorporo y veo una gran mano cubriendo la boca de Val.

—Prima, eres una lianta. —Ella se encoge de hombros y soy consciente de que se está riendo debajo de la mano del tipo que la sujeta—. Te hace gracia, ¿eh?

Al asentir, el tipo asoma la cabeza para poder verle la cara y lo reconozco. Solo lo he visto una vez, de espaldas, pero la cabeza rapada lo delata.

—¿Tú otra vez?

Sin decir ni mu, saca un arma y apunta la cabeza de Valerie, ahí la risilla de ella desaparece y la mía también.

Mi prima tiene fobia a las armas, no sé muy bien de dónde le viene, pero no puede ni ver películas en las que hay muchos disparos. Acabo de perderla, lo veo en sus ojos. Ella confía en mí y mi preparación ciegamente, pero las pistolas… es su *kriptonita*.

Él vuelve a mirarla de reojo y frunce el ceño cuando se da cuenta de que mi prima está empezando a tener espasmos. Un ataque de ansiedad la está sacudiendo.

—Acabas de cometer un gran error.

Doy un salto y le lanzo una patada desde el aire para arrearle en la cabeza. Pero el tipo es rápido y la esquiva agachándose con el cuerpo de Val pegado al suyo.

—¿Sin bragas? —Se ríe—. Ahora ya sé qué olfateaba el cabronazo del Volador.

«¡Ole tú, Lex! De todas las técnicas que conoces para desestabilizarlo, abrirte de piernas en su cara no ha sido la más acertada».

¡¡Espera!! Ha dicho…

—¿Dónde está? —gruño.

—¿Tus bragas o el Dragón?

—Al parecer la respuesta no importa, ambas me llevarán al mismo sitio. —Suelta una carcajada.

—Buena contestación, me gustas.

—Tú a mí no.

Vuelve a carcajearse, pero la risa se desvanece al instante cuando Val empieza a hiperventilar.

La mira, me mira, levanta la vista por detrás de mí, y vuelve a observar a Valerie. Sin que lo vea venir, levanta un poco el arma y le arrea en la sien a mi prima. Esta pierde el conocimiento al instante desplomándose en el suelo. Me lanzo para sujetarle la cabeza y que no se vuelva a golpear mientras el cabronazo sale corriendo.

—Chico listo.

Lo veo subir las escaleras a toda velocidad hasta que la puerta se cierra.

—Loquita, menudo dolor de cabeza vas a tener cuando despiertes. —La acomodo en el suelo—. Vuelvo enseguida.

Y yo también salgo corriendo, pero en sentido contrario al de él. Desde el primer momento he sabido que lo encontraría aquí, y ha quedado confirmado cuando el rapado escurridizo ha mirado en esa dirección antes de golpear a Val y huir.

Asomo la cabeza a la sala del servidor y… ahí está.

—Te encontré.

22



Dante

—Te dije que YO te encontraría. Eres muy impaciente, Dragona.

Hablo sin darme ni la vuelta.

—¡Mierda! Ya ha llegado —confirma Declan en el pinganillo que llevo en el oído—. ¡Céntrate! Piensa en los quince millones.

Me río divertido cuando escucho a mi amigo.

—¿Dónde has dejado al otro Dragón?

—Te ha abandonado y ha huido como si le faltaran piernas. Parece que tu amiguito te ha dejado solo.

Escribo la clave que me dicta Declan y cuando veo que empieza la descarga, por fin, me giro a mirarla.

—Cielo, veo que el calor sofocante ha acabado con tu paciencia. —Arruga su naricilla sin comprender—. Al parecer no era suficiente ir sin ropa interior y has necesitado una abertura para que pasara el aire. ¡Privilegiado aire! —Río canalla con mi propia ocurrencia y suelto una carcajada cuando la veo morderse el carrillo tratando de no reírse ella también.

—¡Detén eso ahora mismo!

—Dragona, eso no va a ser posible.

—Parece que no tuviste suficiente en Ribadesella.

—Yo nunca tendré suficiente de ti.

—¡Oh! ¡Vamos! ¡No me jodas, Dante! ¿En serio? Menudo cutre. —Trato de no reírme al escuchar a Declan.

—Solo te lo voy a decir una vez más, detén la descarga de archivos.

—¡¿Dante?! —Declan, cuando ve peligrar sus tesoros, se pone muy nervioso.

—No voy a detener nada. Esta vez me iré con lo que he venido a buscar.

—Tenías que tardar tanto en responder, cabronazo. Casi me da un infarto. —Me parto de risa con el comentario de mi amigo y es ahí cuando ella se da cuenta que tengo a alguien en el oído.

Me encojo de hombros con diversión. Ya debería haber aprendido la lección con esta mujer… pero no. Da un salto sobre mí que me pilla totalmente desprevenido, trepa por mi cuerpo con una facilidad y rapidez inquietantes hasta conseguir rodear mi cuello con sus piernas. Levanto las manos para agarrarla de la cintura, pero con un giro seco de su tronco hace que todas mis vértebras crujan. La única manera de que no me parta el cuello es dejarme ir con ella. Mis dos metros caen a plomo en el suelo. Con las dos manos agarra mi cabello y lo retuerce, provocando que gruña. Algo aturdido abro los ojos y… ¡Sorpresa!

La miro un segundo y cuando le sonrío de medio lado ella lo entiende. Levanto un poco la cabeza, saco la lengua y la resbalo por toda su humedad. Tira con tanta saña de mis mechones que no puedo evitar gruñir de nuevo. Cuelo las manos por debajo del vestido, cubro sus nalgas y la arrimo mucho más a mi boca.

—Estás empapada, Dragona. Y muy sabrosa.

—¡No, no, no! Ni se te ocurra. ¡Dante! ¿Me oyes? ¡¡DANTE!! ¡Oh! ¡Joder! Os estoy escuchando gemir a los dos. Sois unos putos enfermos. —La voz de Declan pasa a un segundo plano.

—¡Ahhh! —grita desbocada cuando succiono su cada vez más inflamado clítoris.

Desde detrás cuelo dos dedos dentro de ella y la follo con brutalidad, tanto que he de sujetarla con fuerza para que cada vez que la embisto no se separe de mi boca. En cuanto encuentro esa zona rugosa y de máximo placer en su interior, la saqueo sin tregua.

Y… ahí está… Mi Dragona en su máxima esencia solo unos minutos después de desear partirme el cuello, entregada por completo a este momento. A nosotros.

No existe otra mujer en el mundo como esta, tan loca, letal y tremendamente sensual. Nada ni nadie va a impedir que sea completamente mía. Ni siquiera ella misma va a poder evitar que ocurra.

—Cuando termines acabaré contigo —prometo y eso me hace saltar una carcajada con mi boca pegada en su encharcado vértice, la escucho a ella reír también.

—¿Estás segura de que quieres que termine?

—Yo estoy deseando que esta puta tortura acabe. —Se cuela Declan en el pinganillo.

Vuelvo a reírme y el cuerpo de ella se sacude con la vibración de mi risa en su vagina.

Resbalo los dedos de la otra mano por toda su humedad y cuando estoy bañado en ellos, sin tregua ni remilgos; introduzco tres dedos y uno extra de la otra mano en su ano. Todo de golpe.

—¡¡Ahhh!! ¡Ah! ¡Grrr! ¡Ah! —La locura de la lujuria se apodera de su cordura.

Me la follo con los dedos como un animal y ella se agarra fuerte a mi cabellera para poder anclarse contra mi boca y que mi lengua no deje de agitar su clítoris.

—¡Más fuerte, Dragón!

Cuando me llama así yo también pierdo la razón, ya nada existe, ni sucede en el mundo, solo está ELLA.

—Mi preciosa Dragona. ¡Vamos! Dame de beber de ti.

Un grito brutal cruza toda la sala retumbando en las paredes y servidores, su espalda se dobla apabullada por el placer, justo después sucede. Se corre a chorro en mi boca mientras yo trago el elixir como si fuera la bebida de los dioses. No dejo de penetrarla con ambas manos sin descanso, a la vez que ella sigue derramándose, con su cabeza colgando hacia atrás y su boca abierta para dejar salir los sonidos del éxtasis absoluto.

Salgo de ella y no puedo evitar sonreír al escuchar su pequeño gruñidito. Abrazo su cuerpo y ruedo en el suelo hasta conseguir

colocarme encima. Sus ojos están cerrados y todavía las réplicas generan pequeños espasmos en su cuerpo.

—Gracias, —Abre los ojos y me mira confundida, y vuelvo a repetírselo—: Gracias por este regalo, ha sido lo más increíble y brutal que he compartido nunca con nadie.

Me sonríe y siento el mundo entero tambalearse. Envuelve mi rostro y me acerca para besarme. Un beso lento que sé que significa: «Gracias también a ti».

Se separa y me dice:

—Qué pena que sigas empeñado en robarme, es una lástima tener que estropear esos labios carnosos que me vuelven tan loca.

¡¡Boom!!

Un tremendo codazo hace estallar mi labio inferior, seguido una patada en los testículos me dobla de dolor y ella empuja mi cuerpo para apartarme de encima.

De un salto se pone en pie y corre hasta el ordenador.

—¡Amigo! Esa mujer nació para ti, está aún más loca que tú.

Levanto la vista y veo a Dorian apoyado en el marco de la puerta tronchándose de risa.

—¿Cuánto rato llevas ahí?

—Si tu pregunta es si he visto vuestra superproducción porno, la respuesta es sí.

—Eres un puto cerdo, Dragón.

Escucho un gruñido y cuando me giro la veo con el portátil entre sus manos y todos los cables arrancados.

—¿Por qué narices no se detiene esto? —pregunta exasperada.

23



Dante

Como puedo me pongo en pie sujetando mi entrepierna dolorida. Que te golpeen de esa forma cuando tu erección está en su máximo esplendor y tus huevos llenos de soldados a punto de disparar es… es como si te lanzaran una bomba nuclear y la hicieran explotar justo ahí.

Alzo la vista y si no me doliera hasta el punto de que me cuesta hasta respirar, se me pondría de nuevo dura cuando la veo sonreír. Barro con el dorso de la mano el líquido caliente que resbala por la barbilla. Mi Dragona lame sugerente sus labios sin dejar de mirar los míos sangrantes debido a su codazo.

—Amigo, esa mujer va a ser tu perdición.

—¿Dónde narices te habías metido? Tenías que vigilar la entrada.

—Y en eso estaba.

—Ha huido como una rata al ver que el barco se hundía.

Ignoro el comentario de ella y reclamo a Dorian.

—¡Vamos, joder! O piensas quedarte en el marco de la puerta riéndote de mí el resto de la noche.

—Verás… —Desaparece un segundo y cuando vuelve, aparece con una mujer colgando de su hombro.

—¡¿Val?! ¡MALDITO…! —grita mi Dragona cargada de pura furia lanzando el ordenador al suelo como si ya nada más en el mundo

importara.

Antes de que alcance a Dorian extiendo mi brazo, la agarro del suyo haciéndola girar sobre sí misma como si de una danza se tratara y aprovecho su pequeña desorientación para sujetar sus dos muñecas detrás de la espalda.

—De verdad que lo siento, cielo, pero eres una Dragona muy salvaje y no puedo fiarme de ti.

Me mira por encima del hombro y puedo ver el fuego en sus ojos cuando siente la brida cerrarse. Se revuelve, pero antes de recibir otra patada, barro el suelo con el pie para que pierda el equilibrio. La acompaño para que no se golpee al caer y me siento sobre sus rodillas. En solo un par de segundos, sus tobillos también están sujetos con bridas.

—Ojalá fuera suficiente, cariño.

—¡Que te follen!

—Estoy deseando que lo hagas, pero ahora vas a tener que quedarte quietecita.

—¡Bufff! Menos mal que has recuperado la puta cordura… ya pensaba que te habíamos perdido de nuevo. —Dorian se troncha de risa cuando escucha a Declan hablarnos por los pinganillos.

Doblo hacia atrás el cuerpo de la rabiosa Dragona llevando sus pies hasta las manos y cruzo dos bridas más para que quede atada. Al levantarme la observo, su cuerpo forma un círculo, la raja que le ha hecho al vestido deja al descubierto la tostada piel de su larga pierna y parte de la prieta nalga. Los rizos se han desprendido del recogido y se la ve salvajemente preciosa. Me acuclillo para retirarle el cabello y poder ver sus bonitos ojos rasgados. Juro por lo más sagrado que al mirarlos veo lujuria en ellos, deseo.

Envuelvo su cuello con mi mano, hago la presión justa para que sienta un poco la falta de aire y ronronea mordiendo su labio inferior.

—Yo también lo deseo, mi Dragona —confieso en un susurro.

Ella sonríe y no puedo evitar pensar en cómo será tenerla en mi cama, atada de pies y manos, indefensa, a mi merced, y totalmente entregada. Sé con certeza que ambos tenemos la misma imagen en mente ahora mismo.

—¿Vas a acariciar mucho más tiempo a tu salvaje dragona? ¿O podemos coger los archivos antes de que aparezcan los de seguridad?

Rozo un solo instante más los labios carnosos y como la fiera que es, trata de morderme.

Dorian se troncha de risa y yo lo secundo negando divertido con la cabeza.

Camino hasta el ordenador que está tirado en el suelo y veo que la pantalla está crujida en un lateral.

—Chica mala… —digo mirándola—, pero no afortunada. Los archivos ya están casi descargados.

—Genial, porque no sé cuánto más tardarán en abrir la puerta.

—¿Vas a cargar con ella todo el tiempo?

Dorian mira el cuerpo de Valerie Genix, que sigue colgando de su hombro inconsciente y simplemente se encoge de hombros.

Un pitido en el ordenador avisa de que la descarga ha sido completada.

—Venga, largaos de allí a toda leche. Hace más de quince minutos que deberías haber salido del edificio.

Me agacho y resbalo los dedos por su mejilla hasta ese punto del cuello que tan bien ya conocemos ambos.

—No lo hagas, Dragón.

—Lo siento, cielo, es solo para poder salir de aquí.

Antes de que añada nada más le doy un golpe seco y pierde el conocimiento. No podría sacarla de aquí rabiosa y agitándose como una culebra… decido hacerlo con ella inconsciente. Cuelo un brazo por dentro del cuerpo y la coloco en el hombro. Dorian y yo nos miramos un segundo, las miramos a ellas, volvemos a encontrar nuestras miradas y él dice:

—Declan se va a mosquear un huevo.

Tras una gran carcajada salimos corriendo mientras los gritos de nuestro amigo a través del pinganillo se mezclan con el estruendo de la puerta del fondo del pasillo al abrirse.

La furgoneta nos espera abierta justo al salir al callejón trasero. No me molesto en bajar los pocos escalones, directamente salto por

encima de la barandilla. El siguiente salto es para entrar en el vehículo. Saco una mano para que Dorian pueda agarrarse a mí y entrar antes de que el cabrón de Declan ponga tercera y se quede atrás.

¡Pam! ¡Pam!

Un par de disparos rozan a Dorian a la vez que, sin soltar a la pequeña Genix, salta dentro de la furgoneta.

Antes de cerrar la puerta veo a dos tipos en el callejón, vuelven a dispararnos. Declan gira y sale al tráfico de la avenida principal dando un acelerón y esquivando los demás coches con destreza.

—¡Eh! Que has arrancado sin que me hubiera subido —protesta Dorian.

—¡¡Lo que debería haber hecho es largarme antes de que llegarais!! —Declan gira un momento el rostro y gruñe enfadadísimo, yo doy gracias de que a esta hora de la noche no haya mucho tráfico. Él sigue gruñendo—: ¡¡Grrr!! ¿Vosotros os dais cuenta de lo que acabáis de hacer?

—Tenemos los archivos. Podemos hacer el intercambio hoy mismo.

—¡Quince millones, allá vamossss! —canturrea Dorian antes de salir despedido contra la pared de la furgoneta—. ¡Eh! Ve con cuidado, las vas a lastimar, idiota.

—¿Que las… las voy…? ¡¡Grrr!! ¡¡No deberían de estar aquí!! Nosotros nunca, NUN-CA, secuestramos. Era uno de nuestros inquebrantables.

Otro volantazo nos envía hacia el otro lado de la furgoneta. Dorian y yo tenemos a las chicas Genix sentadas en nuestro regazo. Alexandra es un peligro, así que no pienso soltarla de pies y manos, solo corto la brida que la hacía estar en esa postura tan incómoda. Declan da otro volantazo y maldigo.

—Se está despertando. —Señalo con la cabeza la morena que está en los brazos de Dorian.

La chica se lleva una mano a la cabeza y gime de dolor.

—¿Val? ¿Valerie? ¿Estás bien?

—Leeex…

—¿Lex? —pregunto mirándola—. De Alexandra… —susurro con media sonrisa.

—Muy hábil… —Rueda los ojos.

—Lex, me gusta.

—¡Oh! Vamos, cállate ya, Dragón.

Dorian se troncha de risa y yo no puedo evitar negar divertido con la cabeza.

—Val, ¿qué te ha hecho este neandertal sin pelo?

—¡Tengo pelo! Precioso, de un rubio oscuro estupendo, solo que prefiero raparme —protesta Dorian ofendido.

—Cre-creo que… voy a…

—¡Mierda! Gírala hacia el lado va a vomi…

Antes de que Lex acabe la frase, la pequeña Genix abre su boca y como si se tratara de una manguera que han abierto de golpe, un líquido apestoso sale disparado sobre el pecho de Dorian. Ante mi absoluta estupefacción y contra todo pronóstico, mi amigo, le sujeta el cabello con cuidado, gira un poco su rostro y acaricia su espalda mientras ella baña toda la furgoneta con las numerosas copas de cava mezcladas con fluidos intestinales.

«Asqueroso».

Creo que mi dragona está tan sorprendida como yo con el trato, porque observa la situación en silencio.

Cuando la joven parece haber terminado, Dorian se quita la chaqueta, la revisa y tras comprobar que está limpia, la cubre con ella. Después él se quita la camisa llena de vómito y la acomoda en su regazo acompañando su cabeza contra el pecho. Valerie Genix se restriega sobre el pecho desnudo como una gatita. Dorian me mira.

—¡¿Qué?! No me voy a quedar con la pasta de vómito pegada a la ropa.

Boqueo como un pez intentando encontrar las palabras adecuadas, pero entonces el ruido de la explosión de una bala contra la chapa de la furgoneta me desconcierta. Declan da un fuerte volantazo y todos resbalamos sobre la piscinita de cava y fluidos de un lado a otro, mientras mi amigo parece haber decidido conducir zigzagueando entre conos puestos en fila.

—¡Declaaan!

—Nos están siguiendo dos todoterrenos negros.

—Deshazte de ellos.

—Lo que tenéis que hacer es deshaceros de ELLAS —grita.

—¡Sí, claro! Abre la puerta de atrás que las lanzo a la carretera.

—¿Quéééé?

—Tranquila, Dragona, no lo hará, está siendo sarcástico y…

¡¡Pum!! ¡¡Pum!! ¡¡Pum!!

Disparan contra nosotros.

—Cada vez están más cerca.

—¡Joder! ¡Declan, sácanos de aquí! ¡Plan B!

—¿B? Dirás W, porque os habéis pasado por el puto forro todos los demás. ¡Estoy llegando! ¡¡Agarraos!!

—¿Llegando a dónde? ¡Suéltame!

—Lo haré… o quizá no…

¡¡Pum!! ¡¡Pum!! ¡¡Pum!!

—¡Oh! ¡Vamosss…! ¿Vas en serio, Volador? Nos están disparando y tú coqueteando.

—¡Eh, tío! Ha hecho rima.

—¡¡CALLA, DORIAN!! —gritamos los dos.

—Llegamos el puente de la M-30.

Lex se revuelve inquieta sobre mí y me mira hábil deduciendo nuestras intenciones.

—No, no, no…

—Sí, sí, síííí… —responde Dorian juguetón abrazando a Valerie con todo su cuerpo.

—¡¡Agarraos!!

Solo un instante después la gravedad se siente bajo nosotros.

—No la sueltes, Dorian.

—Nunca…

Y esa respuesta en otro momento habría ido seguida de cientos de preguntas, pero la furgoneta golpea el suelo, empieza a botar como si de una pelota se tratara y tras varios bandazos, se estabiliza.

—¡¡Yehaaa!! —grita Declan como si fuera un vaquero en un rodeo y hubiera conseguido dominar a un bravo toro. El cabronazo

empieza a partirse de risa y se siente la velocidad aumentando cuando pisa el acelerador.

Abro los ojos y me cruzo con los de mi dragona. Está ovillada en mi regazo, con mi cuerpo cubriendo el suyo.

—Da gracias al cielo que estoy atada, Dragón, si no, ya serías hombre muerto. —Una carcajada brota de mí sin poder contenerla y aunque trata de ocultarlo, en su rostro veo la sombra de su sonrisa.

Esta loca dragona, me tiene loco.

24



Dante

—Hemos llegado —anuncia Declan mientras baja la rampa del *parking*.

—Vamos, Dragona, salgamos de este apestoso lugar.

Antes de conseguir levantarme del todo, mi querido amigo pone el freno de mano con tanta fuerza que me hace caer hacia atrás de nuevo.

—¡Joder, Dante! Eres como un jodido sunami, pensaba que volcabas la furgoneta con el peso de tu cuerpo al caer.

—¡Declan! De qué vas, ¿eh? Ya vale, ¿no?

Se baja del coche sin decir ni pío y dando un portazo tan bestia que convierte la puerta en rotatoria. Cuando abre la corredera lo hace de un tirón brusco y se nos queda mirando. Por un momento creo que nos va a escupir fuego o van a salir llamaradas de sus ojos enfurecidos.

—¿De qué voy? ¡¿Que de qué voy?! —Alza cada vez más la voz —. No soy yo el que lleva entre sus brazos una delicada dama. —La ironía destila en sus palabras.

—La Dragona de Dante no tiene nada de «delicada» Declan — argumenta Dorian medio riendo el muy cabrón, todo se lo toma a cachondeo.

—No soy su Dragona.

Mis amigos la ignoran por completo y se baten en un duelo verbal. No hay nada que le moleste más a Declan que ver a Dorian con la risilla en la cara cuando él está tremendamente molesto por algo. Siguen discutiendo mientras nos bajamos de la furgoneta. Aunque hemos hecho oídos sordos con respecto al comentario de Lex, todos, incluso ella, sabemos que es una sandez, ella es tan mía como yo suyo.

—¿Por qué narices llevas en brazos a una borrachísima Genix? —Declan ataca a Dorian, eso le pasa por abrir la bocaza esa que tiene.

Valerie Genix parece una muñeca de trapo entre sus brazos, la pobre chica mañana tendrá la peor resaca de su vida.

—Me atacó y…

Una gran carcajada de Alexandra detiene la conversación y todos la miramos. Ríe fuerte entre mis brazos.

—¿Te das cuenta de lo chalada que está? —cuestiona Declan señalándola con la mano extendida—. Solo nos va a traer problemas.

—Es perfecta para ti, Volador.

—¡Calla, Dorian! ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —pregunta Declan mirándola a ella.

—El lagarto este…

—¿Me acaba de llamar… lagarto? —La indignación tiñe la voz de Dorian y la cara de diversión desaparece.

—Lagartija, mi prima te… —ríe mucho más fuerte— ¿te atacó?

Dorian tiene la cara completamente desencajada, su habitual risilla burlona se ha esfumado por completo. Se acerca a nosotros amenazante.

—Detente, Dorian.

Me ignora por completo, avanza más, pasa el brazo por encima de Lex y retuerce mi camisa entre su puño, ella no deja de reírse a boca llena mientras la mantengo abrazada y bien pegada a mi cuerpo. La mirada de Dorian es cortante como el filo de un cuchillo.

—Volador, haz que tu dragona mantenga su viperina lengua a buen resguardo. Si vuelve a llamarme lagarto, lagartija o cualquier otra ocurrencia…

—¿Qué? —le chulea aun estando atada y entre mis brazos.

«No tiene sentido de la supervivencia».

Dorian la mira severo.

—Sé bien lo que es cargar con una gran culpa, y te aseguro que es una de las peores agonías de la vida. No juegues conmigo, Dragona, o vivirás el resto de tus días entendiendo de lo que te hablo.

Lex mira a Valerie y puedo sentir la rigidez que han causado las palabras del Dragón del fuego en su cuerpo. Sin embargo, ante lo que seguro está siendo una sorpresa para todos, no le responde.

Dorian se gira y se ajusta más su cuerpo a Valerie, esta asoma los ojos ahora abiertos y muy asustados por encima de su hombro. Lex niega con la cabeza y puedo leer en sus labios un: «todo irá bien». La joven sorbe por la nariz mientras un tropel de lágrimas empieza a deslizarse por las mejillas antes de que entren en el coche de alquiler que nos han cedido en el hotel antes de salir.

No me entretengo y entro en el vehículo, al acomodarme veo a Dorian acariciando las mejillas de Valerie para limpiar las lágrimas mientras le susurra algo que no alcanzo a escuchar.

«¡Mierda! Esto se está poniendo feo». Pienso muy preocupado.

Por suerte cuando Declan se sienta tras el volante, ella decide cerrar los párpados y continuar durmiendo, o quizá solo esté interpretando. Sea lo que sea, que esos dos hayan dejado de mirarse, parece haber relajado a la mujer que ha quedado sorprendentemente muda entre mis brazos.

—Parecéis dos idiotas enlatados ahí detrás con ellas encima —resopla Declan saliendo del garaje en el que hemos abandonado la furgoneta bañada en vómito de damisela Genix.

Los escasos cinco minutos de camino hasta el Hotel Eurostars Madrid Tower lo hacemos en un absoluto silencio. El coche se detiene en la misma plaza de *parking* del que lo hemos sacado, es en ese preciso instante que Declan decide que ha llegado el momento de romper el agónico mutismo.

—Mientras subís a la azotea voy a reservar una habitación para ellas.

—No —respondo y todos me miran.

Aunque cada uno por una cosa distinta, creo que igual de sorprendidos.

—No vamos a dejarlas aquí tiradas en el garaje con estos vestidos y el frío que hace.

Dorian y su caballerosidad parecen ser una nueva faceta en él y no estoy seguro de si es una buena virtud o… nos va a dar problemas.

—Se vienen con nosotros a casa.

—¿Quéééé…? —Declan y Lex gritan exaltados a la vez.

Dorian me mira y asiente con la cabeza.

—No, y miles de millones de veces N-O, ¡¡no!! Voy a ir a recepción, dejaré una habitación pagada a nombre de Alexandra Genix y ellas se quedarán ahí recuperándose de esta noche… —duda antes de acabar la frase— sin ningún sentido.

—Menos mal que uno de los tres no solo tiene la cabeza para decorar el resto del escultural cuerpo.

Ignoro por completo a ambos y me bajo del coche. Dorian va tras de mí. Por suerte para nosotros no hay nadie en el ascensor cuando las puertas se abren. Entramos con Declan pisando nuestros talones. Valerie sigue con los ojos cerrados y no estoy seguro de si duerme.

Aprieto el botón que lleva directamente a la azotea y cuando Declan trata de pulsar el de recepción doy un paso al lado para interponerme entre su dedo y el destino al que iba dirigido.

Nos miramos unos segundos mientras el ascensor asciende, finalmente resopla y descansa su hombro en la pared metálica.

—¿En serio? —Rueda los ojos Lex y añade muy bajito, como si solo hablara para ella misma—: Al menos no soy la única que es abatida por una mirada suya.

Muerdo mi carrillo con fuerza para no reírme. Los *Dragons* nos observamos y mientras Declan resignado niega con la cabeza, Dorian y yo asentimos satisfechos por el resultado de la noche.

Un frío del demonio nos saluda al abrir las puertas de la azotea. Corremos hasta el helicóptero y en cuanto entramos en él siento a

Alexandra en una de las butacas, ajusto el cinturón a su cuerpo maniatado y la cubro con una de las mantas que siempre llevo detrás.

—Ya me puedes soltar, no saltaré desde el cielo.

—¡Oh! Tienes razón. —Ella sonríe, pero su bonito gesto se esfuma de un plumazo cuando saco una brida del bolsillo y ajusto la que envuelve sus tobillos con la pata de la butaca.

—Pero ¿qué…?

Dorian se parte de risa y parece haber recuperado su estado habitual. Eso me tranquiliza.

—Vaya, Dragona, parece que te han fastidiado el plan.

—¡No iba a saltar! ¡No soy tan necia!

—Cielo —acaricio su rostro—, me fascina pensar que… sí, sin duda serías capaz de saltar del helicóptero.

Estampo mis labios sobre los suyos y puedo sentir su sonrisa al hacerlo. Niego divertido. Me vuelve majareta que esté más loca de lo que nadie se imagina. Saqueo su boca a placer y enredo mi lengua con la suya cuando esta sale a saludarme. Agarro con fuerza su cabello para tirar de él y poder ahondar más el beso. Ambos gemimos.

—Ya he tenido bastante con vuestro festival porno auditivo, podéis hacer el puñetero favor de separaros. ¡Dante!

—¡Oh! Amigo, sin duda un espectáculo visual digno para el recuerdo.

—¡Qué te den lagar… Dragón! —se corrige Lex a tiempo.

Dorian le guiña un ojo y ambos se sonríen.

«Esta mujer no podría encajar mejor en mi mundo».

Después de ese intercambio de complicidad, cruza el cinturón por encima del cuerpo de Valerie y los cubre a ambos con una manta.

—¿No piensas soltarla?

Ignora por completo la pregunta de Lex, descansa la cabeza en el cristal y cierra los ojos haciendo que ella resople y gruña algo que no alcanzo a escuchar.

—¿Se puede saber a qué mazmorra nos lleváis, Dragones? —añade curiosa.

—Cielo, no te llevo a ninguna mazmorra, vamos a mi castillo.

25



Alexandra

Estoy derrotada, pero ha sido imposible conciliar el sueño durante el vuelo. No estoy segura de si es el sonido ensordecedor de las hélices o el murmullo inquietante de mis pensamientos.

Aun así, he de reconocer que ha sido impresionante. He cogido muchos vuelos, pero jamás había viajado en un helicóptero. Su frontal y laterales acristalados dan unas vistas panorámicas impresionantes. Las estrellas relucen en el cielo más negro que nunca había visto. A nuestros pies una penumbra perturbadora nos envuelve ahora, pero hace solo unos minutos hemos sobrevolado Sevilla. He divisado rápido su espectacular Giralda alzada junto a la Catedral y las aguas del Guadalquivir repletas de brillos causados por el alumbrado de las calles.

Ajusto un poco los ojos para ver mejor cuando en la oscuridad se divisan unas pequeñas lucecitas, por el perímetro que delimitan parecen dibujar lo que se intuye como una casa en medio de la nada. Se evidencia mi suposición a medida que descendemos. Al

aterrizar, los focos del helicóptero bañan parte del exterior y reconozco algunas filas de olivos.

—Bienvenidas al castillo, señoritas Genix —dice el dragón girándose a mirarme con una sonrisa espectacular en el rostro y todo su cabello enmarañado entre los auriculares con micro que rodean su cabeza.

«Dante. Así lo han llamado. Creo que voy a quedarme con Dragón, hace más justicia a su enorme cuerpo y su larga cola». Sonrío y aprieto los muslos recordando su escultural cuerpo desnudo ante mí.

—¿No piensas soltarme nunca? —pregunto tratando de llevar a mis lujuriosas ocurrencias por otro camino.

Se acerca acechante, como si fuera una presa y estuviera a punto de lanzarse a mi yugular. En el oído me susurra…

—Te aseguro que esta noche me rogarás que no te suelte nunca.

«¡Oh! Vamosss… esto es una torturaaa…». Gimoteo en mi cabeza tratando de parecer tan normal y siendo consciente al mirarlo a los ojos que he fracasado de manera estrepitosa. Este hombre acabará con mi poca cordura.

Abraza mi cuerpo cargando conmigo como si fuera una damisela que acaba de rescatar, cuando en realidad… estoy ¿secuestrada?

«¿Es así? ¿Se supone que estoy secuestrada?». Porque vamos a ver… mucha energía en escapar no le he puesto. Más bien ninguna… No estoy para nada por la labor de huir. «Lo que sí estoy es húmeda y ansiosa por descubrir cómo va a conseguir de mí esos ruegos de los que me acaba de hablar».

—Muy mal, Lex —susurro muy bajito.

Él me mira de reojo y no estoy segura de si me ha escuchado, pero su sonrisa petulante me hace entender que, aunque no lo ha hecho, es más consciente de lo que me gustaría del camino por el que transitan mis pensamientos.

¿He tenido oportunidad de escapar en varias ocasiones?

¡Por supuesto!

Peeero… No podía hacerlo si el señor Lagarto ofendido, no soltaba a mi prima. Vamos a ser claros, ellos son tres, yo una.

Además, no son tres hombres que se les pueda catalogar de «normales». ¡Por el amor de Dios! ¿De dónde narices han salido?

Si no fuera porque sé que es imposible, creería que realmente son dragones legendarios que pueden convertirse en hombres.

Mi dragón es el más alto, rozando o incluso sobrepasando los dos metros y…

«¡¡Eh!! Para, carromato… ¿Mi dragón?». Esto empeora por momentos.

—Muy muy mal, Lex.

El cuerpo de Dante se agita con su risa y me doy cuenta de que acabo de hablar en voz alta. Ruedo los ojos con frustración conmigo misma y al final dejo descansar la cabeza en el enorme pecho de mi porteador. Su olor me resulta hipnotizante algo que crea tanta frustración como placer en mí.

«Locaaa… así voy a acabar con esta combinación entre el no debería y el imposible resistirse».

Miro al que llaman Declan, me está observando con sus inquietantes ojos azul cristal. El brillo de los pequeños farolillos del sendero los hace brillar de un modo perturbador. No le gusto, nada de nada, y bueno, me encantaría poder decir que él a mí tampoco, pero eso sería mentir descabelladamente. Lleva el cabello rubio oscuro en un corte bastante clásico y una barba de un par de días que pretende aparentar despreocupada, pero que está muy bien recortada. No es mi estilo, a mí me gustan más… salvajes, sin embargo, es muy atractivo. Parece molesto por mi escrutinio y avanza unos pasos dejando ante mí al señor Lagarto. Otro feo —véase la absoluta ironía en el comentario— que camina como si el mundo fuera suyo. Nariz afilada, mandíbula marcada y… la que seguro será la perdición de mi prima cuando consiga abrir del todo los ojos y se recupere de lo que narices sea que le ocurre. Va a flipar al ver su cuerpo repletito de piel tersa, músculos y preciosos dibujos en tinta.

«Valerie, no eres aún consciente de dónde estás echando tu larga siestecita». Río yo sola, ya sabes que soy mucho de gestionar mis propias conversaciones.

Dante se detiene y lo veo sonreír de forma genuina. Giro el rostro para entender qué es lo que lo ha embriagado de tanta felicidad de manera tan instantánea y me quedo boquiabierta.

Un precioso patio andaluz está bañado con diminutas lucecitas que se enredan con pequeñas flores blancas y lilas, todo mezclado con el verde de las hojas. Una ligera brisa sopla y el olor a jazmín nos alcanza. No puedo evitar cerrar los ojos un instante al percibirlo.

—Sabía que te gustaría —me susurra.

—Me voy a dormir, ahí os quedáis con vuestros… problemas —dice Declan mirando a mi prima y después a mí como si fuéramos una mierda pegada en la suela de su zapato.

Después, se da la vuelta y entra en casa.

—Vamos, Dragona, necesitas una ducha.

—¡Ey! Para el carro, ¿dónde te crees que vas con mi prima? ¡Eh! ¡Ehhh!

—Shhh. Por favor, no alces la voz que Lola y Miguel están durmiendo. Puedes estar tranquila, Dorian cuidará de Valerie.

Me revuelvo nerviosa cuando entran en la casa y los pierdo de vista.

—¡No! ¡Eso sí que no! Val va a estar…

—Perfectamente. La casa tiene ocho dormitorios y todos con baño propio. Dorian la acostará y…

—¡¡NO!!

Me revuelvo histérica para que me suelte. Ha llegado el momento de dejar la docilidad a un lado. Giro el rostro y muerdo su brazo con saña.

—¡Grrr! ¡Para, mujer! —gruñe apretando los dientes para no gritar y sosteniéndome sin soltarme—. Te llevo a verla, ¿vale? Pero detente, por favor.

Ahora la que gruñe soy yo frustrada y muy asustada por Valerie.

«¿Qué tratabas de hacer, Lex? ¿Escapar? ¿Cómo, listilla?».

Lo cierto es que no sé qué pretendía, sigo atada de pies y manos, como no vaya tras Val arrastrándome por el suelo como una culebra.

—Si me soltaras podría ir yo misma caminando como una persona normal —escupo enfadada.

—¿Persona normal? ¿Tú? —Suelta una carcajada y entra en la casa ignorándome por completo.

El recibidor está bastante oscuro, la poca luz que alumbra la estancia se cuela del piso de arriba iluminando con suavidad las escaleras. Dante asciende con calma por los peldaños embaldosados, llama mi atención el pasamanos de forja que es precioso con todos esos detalles florales. Nada más llegar arriba, veo a Dorian tapando a mi prima con la colcha en la habitación que queda justo delante del descansillo. Dante se detiene para que pueda ver cómo le acomoda la almohada y le retira con una dulzura inusitada el cabello del rostro. Duda un segundo sin dejar de mirarla y me tenso.

«¿Va a besarla?». Suspiro de alivio cuando enciende una pequeña lamparita de la mesita de noche y se gira para salir del dormitorio.

Al vernos, se detiene y nos observa sorprendido, como si no esperara que estuviéramos allí —dado el gesto que ha tenido con Val está claro que no lo esperaba—, avanza hasta salir del dormitorio y tras un «buenas noches» desaparece por otra de las puertas que hay en el descansillo.

—Bien. Ahora que ya has visto que tu prima está bien y no vas a morderme como una vampira de nuevo…

—Eso ya lo veremos —suelto sin pensar con la voz cargada de segundas intenciones.

Dante se detiene en seco, me mira, acerca mi cuerpo al suyo para poder alcanzar mi cuello y me da un mordisquito que me estremece enterita. Sin alejarse de mi piel, susurra:

—Pensándolo mejor, estoy deseando que me hinques el diente.

«¡Por todos los dioses!».

—Vamos a quitarnos este asqueroso aroma que nos ha regalado el estómago de tu prima. No sé cómo una chica tan bonita puede sacar algo tan apestoso por la boca —añade con total calma, una que he perdido yo por completo.

«Deberías estar ideando un plan para escapar de este lugar». ¡LO SÉ!

Estos malditos dragones es la segunda vez que tratan de robarme y nos han «secuestrado». Sin embargo, algo dentro de mí me dice que desean hacernos muchas cosas, pero entre ellas no está dañarnos. Además, necesito averiguar más, necesito saber qué están buscando y… ¿por qué?

26



Dante

Entro en mi dormitorio y la llevo directamente al baño. La siento en el inodoro y la observo, ella alza la barbilla retadora y me sostiene la mirada.

«¿Qué esconde?». Esa es la pregunta del millón y que no deja de saquearme la cabeza desde que la conocí.

«¿Es el verdugo o es la víctima?».

Declan está sumamente enfadado conmigo, no se fía ni un pelo de ella, cree que lo hago porque me he encaprichado y pienso más con la entrepierna que con la cabeza. Nada más lejos de la realidad. Bueeeno… quizá sí estoy un poco obsesionado con esta dragona, pero no la he traído hasta mi casa, ¡MI CASA!, solo con la intención de acostarme con ella.

—Necesito que hablemos.

—Creí que la única que iba a hablar era yo mientras te rogaba que no me soltaras nunca —me responde con afilada ironía.

—No seas tan ansiosa, Dragona. Todo a su debido tiempo.

—Eres un idiota engreído.

—Y por suerte te encanta. —Le guiño un ojo y salgo del baño.

Entorno la puerta y en la soledad de mi habitación respiro hondo tratando de infundirme calma. Camino hasta el vestidor y saco de uno de los cajones la carpeta con toda la documentación que hemos

recabado en las últimas semanas sobre Virex. Lo dejo en la mesita de noche, respiro de nuevo y entro en el baño otra vez.

Sigue en el mismo lugar que la he dejado. A pesar de estar atada y que la he traído sin su permiso, se la ve tranquila, no destila ni una pizca de miedo.

—Estamos a más de quince kilómetros de… todo —explico extendiendo los brazos para que entienda cuanto abarca ese «todo».

—¿Y eso me lo cuentas porque…?

—Voy a soltarte para que podamos ducharnos. Aunque me partas la nariz o me noquees, nunca podrás salir de la finca, hay una alarma perimetral. Y en el caso que pudieras burlarla, no saldrías de mis campos sin que antes te encontrara.

—Entiendo, no tienes ganas de que te dé una tunda antes de tratar de escapar.

—¡Mmm! —Froto mi barba en un gesto pensativo y teatral—. Sí, más o menos es por eso. Peeero… también es porque estoy deseando enjabonar tu cuerpo y después hundirme en él sin descanso hasta que me ruegues que pare porque el placer que sientes es tan grande que ya no puedes ni soportarlo.

La veo tragar con fuerza y cómo sus pupilas combustionan dilatándose al instante. Sonrío porque en esta batalla verbal el vencedor he sido yo.

Saco del bolsillo la navaja que he cogido del cajón del vestidor y corto las bridas de sus manos, me arrodillo delante de ella. Acaricio el muslo que asoma por la vertiginosa abertura del vestido que se ha hecho ella misma al rajarlo. Deslizo los dedos hasta la pantorrilla sin poder dejar de pensar que lleva toda la noche sin ropa interior. Alcanzo el delicado tobillo y sin más demora la dejo libre.

Una de sus manos agarra los mechones de mi cabello y tira con saña de ellos para que alce la vista, la otra rodea mi cuello y yo… sonrío. La excitación me recorre y mi dureza se vuelve hasta dolorosa.

—No me ha gustado nada que me ataras como a un animal.

—Lo sé, cielo, pero es que hay veces que eres tan salvaje como uno.

Me observa, después lleva la vista a la navaja que tengo en la mano que descansa sobre su pierna. Veo los segundos que tarda en decidir si arrebatármela y cavarla en mi pecho o en seguir aquí conmigo sin llenarlo todo de sangre.

—Necesito saber qué narices estás buscando en mi empresa y qué datos has extraído hoy de ella. —Vuelve a mirar la navaja, pero sé que ya ha tomado la decisión de no hundirla en mi carne, al menos mientras respondo—. No me fio de ti, Dragón.

Un calor abrasador me recorre, ocurre cada vez que me llama así, sin embargo, este es un momento crucial y he de estar a la altura, así que aparto los pensamientos lascivos y pongo toda mi atención en la conversación. Sin rodeos, lanzo la pregunta:

—¿Qué sabes de las muertes que está causando el fármaco Virex?

Su entrecejo se arruga e inclina la cabeza hacia un lado, igual que hacen las fieras cuando están confusas.

—No sé a qué viene esa absurda pregunta. Virex es un fármaco de última generación desarrollado con el objetivo de optimizar el rendimiento cognitivo y físico en entornos laborales o formativos de alta exigencia. Su fórmula es la combinación perfecta de bioestimulantes no invasivos. Virex es el puto futuro de la productividad mundial.

La observo detenidamente mientras habla. Lo hace con el orgullo de quien cree fervientemente en algo.

«¿De verdad no sabe nada? ¿O es solo una treta?». No estoy seguro…

No he de olvidar que es una mujer con unas capacidades muy especiales, la formaron para ser excepcional. Parece una preciosa dama, pero en realidad es un lobo feroz tras la piel de un bello corderito.

Quiero creerla, de veras que quiero, pero le prometí a Declan que no lo haría hasta que no pudiera contrastar toda la información.

—Será mejor que nos duchemos.

—¿De dónde narices has sacado ese bulo? —Tira con más saña de mi cabello, he de mirarla de reojo debido a la inclinación a la que está sometiendo mi cabeza. Está furiosa—. ¿Te das cuenta de la

gravedad de tu acusación? ¿Esto es alguna clase de mentira absurda para conseguir información sobre NeoGenix? ¿Estás tratando de…?

—Alexandra, yo nunca te mentiría —la interrumpo.

Nuestras miradas quedan un largo rato atrapadas la una en la otra. Me estudia detenidamente. Tras unos segundos, o quizá minutos, suelta los mechones de mi cabello dejando su mano resbalar hasta mi rostro y su suave caricia me hace cerrar los ojos debido al placer que me produce sentirla. Cuando vuelvo a abrirlos su mirada ha cambiado, ahora parece sumamente confusa. Algo que me sorprende en ella.

—Dante, necesito que me cuentes todo lo que sabes. —Su voz suena a ruego.

Sabe que lo que le acabo de contar es verdad, puede leerme y ha reconocido mi sinceridad.

—Vamos a darnos una ducha. Después te mostraré todos los documentos, los he dejado preparados en el dormitorio, sobre la mesita de noche.

Solo asiente con la cabeza.

Al ponerme en pie extiendo mi mano para ayudarla a ella. Me deshago de la camisa y cuando levanto la vista de los botones, Lex está de espaldas a mí. Alcanzo la cremallera y la deslizo con cadencia por su espalda. Sin poder evitarlo, paso la mano por la piel desnuda mientras ella empuja el tejido para que resbale por su cuerpo hasta el suelo.

Hemos compartido horas desnudos, casi podría decir que conozco de memoria cada porción de su piel, aun así, no puedo evitar admirarla.

—Eres preciosa, Dragona. —Con media sonrisa pasa por delante de mí para adentrarse en la ducha.

Me quito el resto de la ropa y entro con ella. Empieza a quitarse las horquillas del pelo y la culpa me asalta.

—Lo siento, no pretendía hacerte daño —digo sin poder apartar la vista de las marcas que han dejado las bridas en sus delicadas muñecas.

—Lo que no querías es que te tumbara otra vez.

—Sí, eso también. —Ambos sonreímos—. Aun así, lo siento.

—Yo nunca he tenido, ni tendré compasión contigo. No necesito que tú la tengas conmigo. —Suelto una carcajada.

Llena su mano de champú y se enjabona el cabello, mientas me deleito con su preciosa piel tostada y húmeda.

—Ven. —Estira la mano llena de jabón y no dudo en agarrarla con la mía.

Tira de mí hasta que el chorro de agua caliente cae sobre mi cabeza. Cierro los ojos cuando siento sus manos hundirse en mi pelo. Me lava la cabeza con suavidad, haciendo resbalar la yema de sus dedos, después me ayuda a enjuagarme. El cuerpo decido ser yo mismo quién lo enjabone, ya estoy duro como una piedra, si me toca un poco más no voy a poder contenerme y ahora mismo, aunque lo desee con cada fibra de mi ser, no puede suceder.

Entre nosotros se ha sembrado una duda, una sombra está opacando nuestros pensamientos y la confianza que inexplicablemente hemos sentido siempre el uno por el otro parece que ahora mismo pende de un hilo.

Declan está convencido de que ella es conocedora de todos los estragos que está causando Virex. Dorian piensa que es imposible que no sepa absolutamente nada tratándose de una mujer obsesionada a ese nivel con el control de la compañía.

Yo… yo no sé qué pensar. Quiero creer que todo es más complejo de lo que parece y que ella es solo un peón en una jugada de ajedrez de magnitudes épicas. Hay algo muy gordo detrás de NeoGenix y, sobre todo, detrás de Virex y Lex no saldrá de mi finca hasta que no nos cuente de qué se trata.

27



Dante

Salgo de la ducha, envuelvo una toalla en mi cintura y abro otra para rodear el cuerpo de Lex. La abrazo por detrás y sin poder evitarlo beso su sien. Respiro hondo y me separo de ella antes de perder la cordura del todo.

Camino hasta el vestidor sufriendo de una erección que, llegados a este punto, es dolorosa. Me pongo unos pantalones de deporte, sin ropa interior porque no voy a poder soportar nada apretando esa zona y cojo una camiseta para ella.

Al regresar está delante del espejo desenredando su cabello con la toalla alrededor de su cuerpo. Sujeto con suavidad su muñeca y le quito el peine para poder continuar yo. Cierra los ojos mientras deslizo las púas por los mechones. Me gusta cómo su cabello se estira al peinarlo y se encoge al soltarlo. Los rizos van tomando forma de manera natural. Al terminar, sin decir nada, me siento en el váter y le tiendo el peine. Los días que pasamos juntos, cada vez que nos duchamos, compartíamos esta curiosa intimidad, es algo que se ha instaurado entre nosotros y… que me… me encanta.

Aunque ahora mismo no me fie de ella lo más mínimo, no puedo evitar seguir sintiendo esta sensación dentro de mí. Es como si ella fuera lo que debe ser. Como si todo cobrara sentido cuando está conmigo.

Cuando termina acaba de secar su cuerpo y se pone mi camiseta, que le queda enorme, la cubre hasta casi las rodillas. No puedo evitar sonreír y ella me corresponde.

Salimos del cuarto de baño y le pido que se siente en la cama mientras cojo la carpeta con la investigación que hemos hecho sobre NeoGenix y en especial sobre Virex.

—Antes de que habrás esto, quiero que sepas que… ¡¡AHHH…!! —grito de dolor.

—Lo siento, Dragón —dice con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—Me cago en la… ¡¡Ahhh!! —vuelvo a gritar cuando retuerce la navaja en mi muslo.

Después de eso la saca y antes de que lo vea venir, da un salto en la cama y hace volar su pierna hasta estamparla en mi cuello. El oxígeno se me corta en seco haciéndome doblarme en dos. Ella aprovecha el momento para saltar al suelo y salir corriendo del dormitorio. Salgo detrás de ella tosiendo y medio cojeando.

—¡Lex! —la llamo sin gritar porque no quiero despertarlos a todos, aunque eso es demasiado tarde.

La puerta del dormitorio de Declan se abre y mira mi pierna.

—¡Eres gilipollas!

—No es momento de ponernos a reprochar cosas. Ha entrado en el dormitorio que hay frente a las escaleras.

—¡¡Serás cerdo!! —Escucho a mi dragona gritar.

Después, se escuchan varios golpes y algún que otro chillido que deduzco son de Valerie. Corro arrastrando la pierna detrás de Declan y cuando llegamos al umbral me encuentro a Dorian en el suelo de rodillas con las manos sobre la sangrante nariz. Alzo la vista y la veo.

Está en el alfeizar de la ventana, mirando hacia abajo y hablando con la que supongo será su prima. Me van a destrozar mi preciosa enredadera de flores.

—¡Alexandra! —bramo.

Alza la vista y cuando se encuentra con la mía sonríe, saca la lengua y lame sus labios de forma lasciva. La muy… ¡Grrr! Consigue lo que quiere y por unos segundos me quedo embobado y pierdo el norte en pensamientos demasiado ardientes.

—Ni se te ocurra saltar. —La voz afilada de Declan me hace volver.

—No podrás escapar de la finca —advierto.

—No me subestimes, Dragón.

Y sin más, desaparece.

Declan corre y asoma la cabeza.

—¡Oh! ¡Oh! Esa sí que no me la esperaba…

—¡¿Qué?!

Me acerco hasta él y cuando miro por la ventana no la veo en el patio. Miro dentro de los coches y tampoco están. Sonrío al ver los cepos en las ruedas. Parece que mi querido dragón del tesoro se ha dado un paseo antes de meterse en la cama. Está claro que al menos uno de nosotros no es tan idiota como para subestimarla. Declan siempre lo tiene todo en cuenta, y bien es cierto que habría sido bastante fácil robar las llaves y largarse con uno de los vehículos.

—¿Dónde están? —pregunta Dorian al unirse a nosotros.

—Tu Dragona es más astuta de lo que imaginamos… —Declan señala con la cabeza.

—¡¿No?! —Dorian empieza a troncharse de risa con toda la cara llena de sangre y a mí… a mí me entran los siete males cuando escucho los cascos golpear los adoquines.

Solo un segundo después, veo Drakonis salir relinchando de los establos y a las dos Genix sobre él.

—Esas mujeres son…

—Fascinantes —determina Dorian.

Valerie lleva envuelto a su cuerpo una sábana y Lex mi camiseta arrugada en la cintura.

—Me lo parece o… ¿van las dos desnudas?

—¡Deja de reírte, joder! —Empujo a Dorian para apartarlo mientras se troncha como si fuera un loco con todos los dientes llenos de la sangre que sigue resbalando de su nariz.

—¡¡*Ozú*, niños!! Por el rosario, ¿se puede saber qué os ha pasado? —pregunta Lola desde la puerta envuelta en su batín y santiguándose una y otra vez. Miguel, a su lado, nos mira estupefacto.

—Todo es culpa de este idiota. Con todas las mujeres que hay en el mundo ha tenido que traer a la finca a la más zumbada —explica Declan a la vez que sale de la habitación—. Me voy a dormir, paso de esta mierda, estoy demasiado cansado. ¡Volador! Haz el favor de solventar esto antes de que se despierte Luz.

Pienso en mi sobrina y en la suerte que tenemos de que tenga un sueño tan profundo que ni un tornado la despertaría, si nos viera a Dorian y a mí ahora mismo se llevaría un susto enorme.

—Pero ¿qué… qué ha ocurrido? —pregunta Miguel inquieto.

—Está todo bien —trato de tranquilizarlo.

—¿Bien? ¡*Ozú*, chiquillo! Si parece que en esta habitación han hecho la matanza del gorrino —habla Lola mirando el suelo bañado de sangre—. Anda, bajar a la cocina, que miraré esa nariz y esa pierna, mientras tanto me contáis quién ha salido al galope de la finca.

—¿Qué caballo se ha llevado? —pregunta Miguel preocupado.

—A Drakonis. —Suspira con alivio y me sonríe.

—¡Oh! Pues venga, vamos a curar eso rápido antes de que regresen —nos apremia Lola.

Antes de salir de la habitación, Miguel me susurra:

—Parece que la chica tiene buen ojo y siempre sabe escoger. —Le sonrío y, con camaradería, palmeo su hombro asintiendo.

—Has tenido suerte de que te apuñalara aquí y no en otro lugar.

—Lola, ella sabía muy bien dónde clavaba la navaja. Solo quería ralentizarme para poder escapar.

—Aprendí hace mucho tiempo que mejor no preguntar, pero, chiquillo, estás seguro de que esa mujer…

—Algo dentro de mí me dice que sí, que debo de confiar en ella.

Lola me mira durante unos segundos con sus oscuros ojos y, al final, solo asiente.

—El instinto es poderoso, pero no dejes que te cieguen otros sentimientos.

Por un momento pienso en lo que me acaba de decir. «¿Tiene razón Lola? ¿Me estoy dejando llevar por los sentimientos o incluso

la lujuria y estoy perdiendo la razón?».

—Ya llega —anuncia Miguel retirando la cortina para verlas llegar por la ventana.

Con agilidad, su mujer me pone el último trozo de esparadrapo para cubrir los puntos que me ha tenido que dar en la herida de la pierna.

Miro a Dorian y él a mí. Se saca los algodones que se había puesto en la nariz para frenar la hemorragia y se pone en pie. Le sigo mientras escucho los cascos de Drakonis irrumpir en el patio.

Ha pasado alrededor de una hora y media.

Salgo y no puedo evitar reírme cuando veo a Lex golpeando el vientre de Drakonis mientras le grita:

—¡Caballo estúpido! ¡Aquí no! ¡Vamos, arre!

Me cruzo de brazos y descanso el cuerpo en la columna del arco de la entrada. Disfruto un rato viendo cómo Alexandra se pelea con mi caballo para que camine y mientras tanto él solo relincha y sacude la cabeza molesto por los golpes que le está propinando en los costados.

—Lex, ¿puedes dejar de hacer el ridículo? —pregunta Valerie sin despegar su mirada de Dorian.

No me gusta nada el modo en que se miran, ya fue «extraño» cuando se vieron por primera vez en la fiesta y sigue siendo… perturbador. Pero ahora mismo tengo demasiados problemas con mi dragona como para preocuparme de ellos.

—Este animal es… ¡¡Grrr!! Tan insufrible como su dueño —gruñe Lex bajando de Drakonis sin importarle lo más mínimo el no llevar ropa interior.

En este instante, agradezco que Dorian esté más pendiente de la otra Genix que de ella y de que Lola y Miguel se hayan quedado dentro. Prefiero no pensar en si estaban mirando o no por la ventana y han visto su rico y depilado pubis.

«¡Dios, esta mujer acabará con mi cordura!».

Se plancha con las manos mi camiseta y cuando se da la vuelta para ayudar a su prima a bajar del caballo, esta ya no está. Dorian la tiene entre sus brazos y la carga así hasta el porche, lo miro de reojo

y con reproche cuando llega a mi altura, la deja en el suelo con suma delicadeza y añade con despreocupación:

—¿Qué? Va descalza y esas malditas chinas que quisiste poner en el camino pinchan como alfileres.

Resoplo consciente del problema que se está fraguando, pero decido abordar el que trata de venir hasta mí dando saltitos y cagándose en todos sus muertos justo por lo que decía Dorian. Lex maldice una y otra vez con cada paso que da descalza sobre las piedrecitas blancas. Cuando está a menos de un metro, enderezo mi cuerpo, avanzo y extiendo la mano. Drakonis relincha y camina hasta mí. Lex lo mira estupefacta y susurra:

—Uno más que sucumbe a sus encantos… —Suelto una carcajada y ella me mira rabiosa, probablemente consigo misma porque no creo que ese comentario fuera uno que quería que llegara a mis oídos.

—Te dije que no había forma de escapar.

—¿Cepos en los coches? ¿En serio creíste que eso me retendría?

—Hay que ser precavido. —Pienso en Declan y en la suerte de que él sí sea precavido.

—Lo de la alarma perimetral era un bulo, ¿no? —No le respondo —. ¡Aix! ¡Joder! ¿Estas piedras están talladas en punta o qué?

Ganas de ayudarla no me faltan, sin embargo, me puede más el enfado que llevo por haberme apuñalado la pierna. Cuando dejé la navaja sobre la cisterna del váter lo hice convencido de que no debía de preocuparme más por ella, pero está claro que con Alexandra Genix no hay que dar nunca nada por sentado.

Al llegar a mi altura mira a Drakonis que está restregando su cabeza contra mi pecho mientras le rasco detrás de las orejas.

—¡Bestia estúpida! —le gruñe.

Airada, se da la vuelta y entra de nuevo en la casa.

—Has de reconocer que se me da bien amansar bestias.

—¡Vete a la mierda! —dice ya desde dentro.

Me río a boca llena y sé bien, aun sin verla, que ella también se está riendo.

28



Dante

Tengo una veintena de caballos, la mayoría yeguas e hijos de Drakonis. Podría haber escogido a cualquiera, pero lo cogió a él, o quizá fue él quien la escogió a ella. Nadie lo monta más que yo o Miguel cuando estoy de viaje. La vida es así de caprichosa.

Drakonis siempre regresa a casa. Muchos días lo suelto por los prados y olivos para que corra salvaje, cuando se cansa de deambular vuelve.

Reconozco que lo primero que pensé cuando las vi salir al galope, sin montura, desnudas y a lomos de mi querido semental, fue en que cada vez me volvía más loco esa mujer. Bueno… ¡Vale! También en lo duro que me gustaría hundirme en ella sobre el lomo de Drakonis. Hago lo que puedo por mantenerme cuerdo, pero Alexandra Genix se empeña en ponérmelo muuuy difícil.

—Gracias por cuidar de ellas, amigo. —Le rasco entre los ojos y él relincha.

Lleno el comedero de unas pocas zanahorias como premio por traerme de vuelta a mi dragona y regreso a la casa.

Al entrar en la cocina, Dorian y Valerie están sentados el uno junto a la silla del otro tomando café. Ella lleva una camiseta que rápido reconozco como una prenda sacada del armario de mi amigo. Lex está de pie, recostada en el mármol observándolos con

detenimiento y el ceño fruncido. Miguel lee el diario del día anterior, o mejor dicho lo relee porque seguro que ayer ya lo repasó de arriba abajo.

—¿Un café, niño?

—Sí, por favor, Lola.

Se mueve con agilidad en la cocina y pronto deja la taza sobre la mesa, frente a mí. No le dedico ni una mirada a Lex. Doy sorbos al café en completo silencio mientras todos me van mirando de reojo, hasta Miguel asoma los ojos por encima del diario. El silencio se vuelve denso, largo, incómodo, pero resisto. Entonces la escucho gruñir y he de morderme el carrillo cuando habla. «He ganado esta batalla. Dragón dos. Dragona cero», pienso divertido, pero mostrando un rostro impasible ante ella.

—Quisiste drogarme, trataste de robarme ¡DOS VECES!, me has maniatado y me has secuestrado… ¿Qué esperabas?

No la miro y doy otro tranquilo sorbo al café, pero antes de que llegue la taza a mis labios un manotazo la hace volar por los aires y que esta se estampe contra la nevera. La porcelana se hace trizas y el café salpica todo. Sigo sin mirarla. Todos en la cocina se mantienen expectantes.

—¡Grrr! ¡Te estoy hablando! —Se acerca más y la escucho lamentarse y maldecir.

Un pinchazo atraviesa mi corazón al ser consciente que debe de haber pisado los restos de la taza y seguro que se ha cortado la planta del pie. Aun así, trato de mantener mi postura y sigo pasando de ella.

Agarra mi cabello con saña y levanta mi cabeza para que la mire.

—No me ignores, Dragón. Solo ha sido una puñalada de nada.

Lola ahoga un gritito bajo las manos y Miguel se levanta ágil y veloz, abraza a su mujer y la saca de la cocina sin pronunciar palabra.

—Vamos, es mejor dejarlos solos —dice Valerie levantándose.

—Una lástima, la cosa se ponía divertida —añade el cabrón de Dorian antes de salir de la cocina y cerrar la puerta tras ellos.

No le he retirado la mirada ni un instante. Está muy enfadada, pero yo más. Veo la rabia centellear en sus bonitos ojos. Su cabello

está despeinado y se la ve preciosa tan natural, tan ella, tan salvaje. Tira mucho más fuerte de mi pelo, con saña y rabia, furiosa. Y entonces, algo que ni en un millón de años hubiera esperado, sucede…

Sus preciosos ojos oscuros se vuelven acuosos, su rostro se contrae tratando de contener lo que finalmente resulta inevitable, una gruesa lágrima resbala por su mejilla y mi mundo se viene abajo al mismo ritmo que la gota salada lo hace por su piel.

—Alexandra…

Al susurrar su nombre, dos gruesas lágrimas más caen.

—Dante…

Oírla pronunciar mi nombre por primera vez acaba por derribar mis muros. Estiro el brazo, envuelvo su cintura y la levanto con agilidad para sentarla delante de mí en la mesa de la cocina. La abrazo y descanso mi frente en su pecho. Ella deja de tirar de mi cabello y empieza a acariciarlo mientras deja reposar su cabeza en la mía.

La escucho sorber por la nariz.

—Necesito que seas totalmente sincero. —Asiento con la cabeza sin levantarla—. Esos informes… —Guarda silencio unos segundos—. ¿Son ciertos?

—Sí —respondo con rotundidad levantando la cabeza y mirándola directamente a los ojos.

—¿Qué ganas tú sacándolo a la luz?

—Nada. —Frunce el ceño y antes de que su cabeza saque conclusiones inequívocas, se lo explico—. A nosotros solo nos han contratado para extraer la información, no para revelarla.

—¿Quién te ha contratado?

—Una de las leyes de los *Dragons* es que jamás sabemos quién contrata nuestros servicios. Si no sabemos quién es no nos pueden vincular a él o ella.

—¿*Dragons*?

Vale, ha llegado el momento de la verdad… pero no estoy seguro de si quiero que la sepa.

—Cada vez que trato de confiar en ti me la juegas, Dragona. Si quieres que te cuente la verdad, si quieres saber lo que hemos

descubierto sobre NeoGenix, vas a tener que confiar en mí, y esta vez al cien por cien. Nada de medias tintas y después puñaladas en la pierna.

Se queda callada un largo rato y otra lágrima resbala por su mejilla. La limpio con el pulgar y le pregunto sin poder contenerme más:

—¿Por qué lloras, cielo?

—No-no lo sé…

—Respuesta errónea. —Hago el amago de levantarme y me sujeta por los hombros para que apoye el trasero de nuevo en la silla.

—O nos dejamos de mierdas, mentiras y subterfugios o… será mejor que te vayas —sentencio con rotundidad.

Se acabó, no voy a seguir con esta ansiedad en el pecho de no saber qué hay detrás de todo esto. Necesito saber si Lex está involucrada en toda la trama que tratan de encubrir, necesito saber si ella es una de las manos ejecutoras del proyecto que se está llevando tantas vidas.

—No te lo preguntaré una vez más…

—No sé por qué lloro —me interrumpe—, solo sé que la sensación de sentirte lejos, aun teniéndote aquí… me está destrozando por dentro.

Dos gruesas lágrimas más resbalan por su cara.

—Estoy aquí.

—Pues yo te siento a cientos de kilómetros.

—Dragona, me has apuñalado. Estoy muy enfadado y… Ahora mismo no confío en ti.

Acaricia mi rostro, me da un suave beso en los labios y de un saltito baja de la mesa. Camina hasta un rincón medio cojeando y alcanza la carpeta de los archivos que se había llevado en su huida.

—Están un poco arrugados porque Valerie los ha sujetado entre nuestros cuerpos mientras galopábamos.

—Aún no me creo que hayas montado a Drakonis sin ropa interior.

—¿No lo puedes evitar, verdad?

—No. Ahora mismo no me fio de ti, estoy muy mosqueado y, aun así, no puedo dejar de pensar en cómo sería hacértelo sobre el lomo de Drakonis.

Se ríe negando divertida con la cabeza y la pesadez que me oprimía el pecho se alivia un poco. No soporto verla… perdida. Porque eso es lo que parecía hace solo un momento.

Coloca los archivos sobre la mesa, se sienta en la silla de delante —chica lista, guardando distancias—, y tras abrirla dice:

—Dante, explícame qué habéis averiguado de mi empresa, por favor. Y no te dejes ningún detalle.

29



Dante

Lex me mira muy seria, más de lo que nunca la he visto. Ahora no está guerreando conmigo, ni tratando de darme un golpe que me deje K.O. Para ella esto es sumamente importante. La pregunta es: ¿Lo es porque ella está involucrada en todo el entramado?

—Hemos estado investigando a NeoGenix y…

Me rasco nervioso la barba y sin darme cuenta he desviado la vista hacia otro lado.

—Si tratas de mentirme lo averiguaré en tan solo un segundo, llevo una vida entrenándome para ello.

Levanto la vista.

—Lo sé.

Aunque no puedo evitar pensar en que si hay alguien que la está mintiendo y no estoy seguro de si se ha dado cuenta, si está trabajando mano a mano con esa persona, o si quizá, por algún motivo que todavía no entiendo, ese alguien está siendo capaz de ocultarle todo.

—¿Me habéis investigado a mí?

No puedo quedarme sentado, así que me levanto, me alejo un poco de la mesa —o mejor dicho de ella—, apoyo el trasero en la encimera y sin más rodeos hablo.

—Eres la socia mayoritaria de una compañía multimillonaria que trata de esconder su involucración en lo que podría ser el escándalo más grande de la historia. Sí, Alexandra, te hemos investigado.

Estrecho la mirada y la observo detenidamente. Su reacción es impasible, nada, ni un pestañeo, es imposible saber si sabe de lo que le hablo o no. Su capacidad para permanecer inalterable en situaciones comprometidas ha quedado demostrada en más de una ocasión. Aunque hoy a flaqueado, esas lágrimas son un tema que para mí ha quedado pendiente y del que hablaremos más adelante… espero.

Todo dependerá de lo que salga a la luz hoy en esta cocina.

—¿De qué escándalo estás hablando? Porque ha de quedar claro que cada día sale en la prensa sensacionalista una nueva noticia absurda sobre NeoGenix, sobre mi tío, incluso sobre mí, que siempre trato de pasar totalmente desapercibida.

—Esto no va de otra de las putitas con las que pillan a tu tío un mes sí y otro también.

—De todas las virtudes que puede tener una persona, la paciencia no es una de las mías, carezco de ella, así que deja de dar rodeos y ve al grano. ¿Qué narices has averiguado de mi empresa? Después hablaremos del porqué no dejas de tratar de robarme.

—Desde el asalto en la Villa de Ribadesella… —Lex contrae la mandíbula y su mirada flaquea por primera vez desde que la conozco—. ¿Estás bien?

Alza la mirada de nuevo con rapidez.

—¿Por qué no iba a estarlo? —Abre la carpeta con los documentos y señala con el dedo—. Explícame de una puñetera vez por qué tienes un informe forense de la muerte de mi padre, otro de mi madre y también el de mi tía. ¡YA! —grita perdiendo la poca paciencia que le queda a la vez que se levanta y golpea con las dos manos sobre la mesa.

La luz del amanecer se cuela por la ventana y el reflejo en tonos ocres baña su rostro convirtiéndola en una imagen casi divina. Todo ese pelo rizado y salvajemente despeinado, sus ojos oscuros refulgiendo ira… está preciosa. Sé bien que no es momento de piropos ni de zalamerías, así que me doy la vuelta, me sirvo otro

café con la intención de perderla unos segundos de vista y así poder centrarme. Regreso a la mesa con dos tazas y le ofrezco una a ella.

—Has de reconocer que no hay muchas mujeres como tú en el mundo, así que empecé a investigarte, a ti y a tu empresa. ¿Sabes qué es lo que más me sorprendió? —Da un sorbo al café y no responde—. Virex tiene el 100% de los comentarios positivos. Ahí saltó la alarma. Declan rastreó la red en busca de alguna queja, lo que fuera, algún *hater* que hablara mal del fármaco, o algún cliente disgustado porque el *packaging* le había llegado en mal estado. Nada. No existía ni una sola valoración negativa.

—Tenemos una empresa que gestiona las redes sociales, imagino que eliminan los comentarios inapropiados.

—Sí, al principio creímos que era eso, pero cuando Declan barrió toda la red y no encontró ni un blog, ni un comentario en Google, en ningún sitio… supimos que algo estaba pasando. Alexandra, no existe nada que le guste a todo el mundo, nada.

»Empezamos a rascar por la trastienda y encontramos cientos de comentarios borrados. Están todos ahí. —Señalo la carpeta.

La abre y empieza a buscarlos. Pronto, su entrecejo se encoge.

—¿Alucinaciones? ¿Hemorragias nasales? ¿Episodios disociativos? ¿Síndrome de abstinencia severo?

—Y hay más en la siguiente página.

—Esto es imposible, Dante. —Cada vez que dice mi nombre se me eriza la piel—. Mi padre pasó media vida diseñando Virex. Los ensayos clínicos fueron llevados a cabo en doce países con una muestra total de casi cuatro mil participantes. Y los resultados fueron irrefutables. La alta tolerabilidad del fármaco fue general. Todos los que lo ingirieron durante el proceso de testeo mostraron una mejora significativa en la capacidad de concentración, toma de decisiones, gestión del estrés laboral y regulación del ritmo circadiano. Los efectos secundarios fueron muy leves. Solo un 12% sufrió algún episodio de insomnio, sequedad bucal y dolor de cabeza ocasional que no se pudo determinar si venía derivado del fármaco. Después de la primera semana, solo un 6% presentaron algún efecto adverso.

»Virex fue lanzado al mercado tras un exhaustivo testeo que duró más de dos años.

—Sí, eso es lo que NeoGenix le dijo al mundo, pero…

—¡Pero nada!

—Alexandra, te considero una mujer sumamente inteligente, no dejes que el corazón gane a la razón. Las pruebas son incuestionables. Virex… se ha cobrado más de una vida y hay alguien muy interesado en ocultarlo, y lo más preocupante, hay alguien que pretende que siga siendo así. —Me callo unos segundos y añado—: La pregunta es… ¿eres tú esa persona?

30



Alexandra

Desde que el dragón entró en mi vida todo se está desmoronando. No solo mis emociones que parecen rozar el umbral de un abismo en el que si caigo no creo poder recuperarme nunca, además, todo lo que construyó mi padre aparentemente es corrupto.

Miro de reojo a Dante, va sentado a mi lado en la parte de atrás del coche. Su enorme mano rodea la mía y con el pulgar acaricia mi piel. No se ha separado de mí desde que me rompí por completo en aquella cocina.

Había innumerables comentarios e informes médicos que corroboraban que Virex era un fármaco sumamente peligroso para la salud, sobre todo, mental. No quería creerlo, pero no me quedó más remedio. Yo misma fui testigo de esos síntomas adversos, solo que no sabía que eran derivados del consumo de Virex. No me refiero en mis carnes, si no en las de mi tía. La madre de Valerie pasó sus dos últimos años de vida sumida en una grave depresión. O eso es lo que creímos. Sufría alucinaciones frecuentes, decía que los ángeles del jardín de Villa Ribadesella le hablaban. Pasaba las noches deambulando descalza entre las figuras que talló mi madre, susurrándoles en los oídos secretos que nunca sabremos. Era algo que no podías impedir, se ponía muy agresiva si tratabas de que regresara a casa. Valerie solía sentarse en el porche bajo una gruesa

manta con la que se resguardaba de las bajas temperaturas mientras la observaba. Al principio intentaba hacerla entrar en razón, hasta que un día la golpeó fuera de sí una y otra vez. Por suerte llegué a tiempo para detenerla, mi prima era solo una niña. Val pasó dos días ingresada, principalmente por el *shock* postraumático que sufrió.

Después de eso, Roberto decidió abandonar la Villa y evidentemente yo me fui con ellos. Ya no podía dejar a Valerie sola con su madre. Mi tío aumentó sus dosis de Virex con la esperanza de que le ayudara a sentirse mejor. En realidad, el fármaco no es un antidepresivo, sin embargo, según los informes que dejó mi padre, Virex actúa en el núcleo *accumbens*, elevando la dopamina de forma controlada y estable. Muchos pacientes dicen que sienten ganas de vivir otra vez. Vuelve la energía, las ganas de crear, de reír, de amar... Los estudios demostraron un aumento de la autoestima funcional en un 72% de los casos que consumían el fármaco. Sin duda, ayuda.

Bueno… eso es lo que creía hasta hace solo un día.

Alzo la vista y él me mira, me regala una media sonrisa y yo trato de tragar el maldito nudo que parece haberse instalado en mi garganta y que no me deja vivir tranquila.

Aún no entiendo cómo me pude romper de ese modo delante de él.

Dentro de la gruesa carpeta, había un apartado en el que ponía: «imágenes de soporte (Investigación Virex)».

Fue abrirla y ¡Boom! Todo mi mundo se desmoronó.

La primera fotografía era una de mis padres y yo. Recuerdo ese día como si fuera ayer. Estábamos los tres en el *photocall* de la presentación oficial de Virex. Papá estaba más exultante que nunca, una gigantesca sonrisa recorría su rostro. Mi madre, en cambio, estaba… seria. No me había fijado nunca en su expresión hasta ese momento y eso me dio que pensar. Los recuerdos de mi infancia me asaltaron en tropel y el primer hipido solo fue el preludio de todos los sollozos que vinieron después.

Hacía años que no lloraba así, o quizá nunca lo había hecho. También hacía muchísimo tiempo que no veía una fotografía de mis padres. Dicen que ojos que no ven… corazón que no siente y ¡joder! Cuánta verdad tiene el dichoso refranillo.

Dante se levantó tan rápido que su silla cayó al suelo, antes de que pudiera darme cuenta me había cogido en brazos como a una niña y me consolaba susurrando una y otra vez: «todo saldrá bien, yo te ayudaré».

No tenía claro si realmente iba a salir todo bien, pero dentro de mí supe, en ese preciso instante, que era cierto lo que decía; él me ayudaría.

—Hemos llegado —determina Dorian tirando del freno de mano.

—Valerie…

—Seré su sombra, te lo prometo.

¿Me gustaba la idea de que Dorian fuera quien se encargara de cuidar y vigilar a mi prima? ¡Nooo! Claro que no.

Había visto cómo la miraba y… ¡Grrr! Pero Dante insistió en que era la mejor opción para salvaguardar la seguridad de Val. Necesitamos a Declan en casa al mando del operativo y gestionando toda la informática, él no era una opción. Así que no dudé en amenazar de muerte a Dorian si le ponía un dedo encima. Su actitud chulesca y risueña desapareció de un plumazo y se defendió sumamente indignado, alegando que solo se acostaba con mujeres. Me tachó de inmoral por creer que acecharía a una niña catorce años menor que él. Lo dijo tan ofendido… pero solo un instante después, la miró de reojo y supe que, aunque no pretendía tocarla, no podía evitar mirarla como si fuera un gran festín al que deseara hincarle el diente.

En fin, al final decidí que en la situación en la que estábamos lo más importante es que mi prima estuviera vigilada, y Dorian parecía ser un acierto, ya que no era capaz de despegar sus ojos de ella.

Otra cosa era que le pusiera un dedo encima, en ese caso… acabaría con él sin compasión.

Siento que tiran de mi brazo, es Dante que se está bajando del coche sin soltar mi mano.

—Suéltame, Dragón, no puedo entrar en la compañía cogida de la mano de mi nuevo agente de seguridad.

Tras un gruñido me deja ir, pero antes de apearme se me acerca y me besa. Lo hace hundiendo sus dedos en mi cabello y colando su lengua en mi boca como si quisiera conquistarla entera. Cuando estoy rozando la falta de oxígeno se separa un poco, da un besito dulce sobre mi nariz, uno totalmente contrapuesto al que acaba de darme en los labios y añade:

—Creo que con esto podré aguantar al menos un rato.

—Eres un puto ñoñas, Volador. —Dorian se parte de risa—. Venga, largaos que Valerie debe de estar a punto de terminar y al final llegaré tarde.

A mi prima la hemos dejado en casa para que se duche y se prepare para ir a la escuela de danza. Dorian ahora irá a recogerla y la llevará. Estará pegado a su trasero todo el día.

«¡Buf! Qué poco me gusta la idea…».

Resignada ante la situación, bajo del coche y camino con mi habitual seguridad delante de Dante.

Hoy se celebra una importante reunión ejecutiva. Como heredera de mi padre y dueña de gran parte de las participaciones de la empresa, estas citas son ineludibles para mí. Además, hoy va a ser una gran reunión, diría que mi preferida hasta el momento. Debemos de determinar cómo se van a gestionar los fondos sociales que la empresa destina cada trimestre para fundaciones y proyectos humanitarios. También hay que reajustar el presupuesto desmedido que se está invirtiendo en campañas publicitarias, eventos, ferias, viajes y demás acontecimientos. Roberto tiene un grave problema con el dinero, tiende a gastarlo de manera indiscriminada y sin miramientos, en especial cuando no es suyo. Y bueno, también traigo una sorpresita…

Atravieso el pasillo y antes de bajar las escaleras que llevan a los laboratorios me detengo.

—Aquí no puedes entrar.

—Soy tu guardaespaldas, debo acompañarte…

—Estás muy mono en tu papel de «Yo hombre, tú mujer, yo proteger», pero, Dragón, no vas a entrar. Solo un número muy

reducido de personal puede entrar en la sala de I+D.

—¿No confías en mí?

—Inexplicablemente sí, confío en ti. Aun así, no vas a entrar.

Me sorprende comprobar que mi respuesta le ha gustado. Me sonríe y asiente.

—Estaré aquí.

Bajo las escaleras y al llegar a la puerta, acerco mis ojos al dispositivo. La voz robótica me responde:

—Bienvenida, señorita Genix. Por favor, coloque su mano en el lector digital.

Así lo hago y me mantengo quieta mientras todas mis huellas dactilares son revisadas. Un «bip» acompañado de luz verde determinan que la lectura es correcta y la puerta se abre.

—Acceso validado.

Me sorprende no encontrar a Melody en I+D, pero no le doy demasiada importancia y me dirijo al único otro lugar donde podría estar. Paso por el área de acceso controlado para cambiarme y ponerme toda la indumentaria estéril. Después, paso por el proceso de descontaminación y finalmente entro en el laboratorio.

—Veo que la escapista valiente se ha dignado a reaparecer —dice mi hermana sin ni siquiera levantar la vista de una probeta llena de líquido azul.

31



Alexandra

—Hola, Mel, yo también me alegro de verte —respondo con ironía.

—¡Fuera! —gruñe y los dos operarios y únicos empleados, además de nosotras que tienen acceso al laboratorio, desaparecen rápido sin pronunciar más que un «Buenos días, señorita Genix».

Los observo unos segundos siendo consciente de que es muy probable que uno de ellos o incluso ambos, estén detrás de todo un entramado que alguien está liderando y que tratan de ocultarme.

Sigo sin comprender cómo no me he dado cuenta… Tantos años de entrenamiento y análisis… ¿No han servido de nada?

Es mi ego el que se ha despistado, el que no me está dejando ver detrás del telón de esta orquesta para que yo siga obnubilada con la melodía, mientras el gran director mueve su barita para hacer caer todo NeoGenix.

Hay alguien que se está riendo en mi puñetera cara, se está burlando de todas mis supuestas capacidades, y yo sigo sin saber quién es. Pero eso va a durar muy poco. Voy a hacer que el traidor salga a la luz y pienso…

—¿De qué coño vas? —pregunta Mel furiosa alzando la voz.

Dejo a un lado mis especulaciones por el momento.

—Hacía mucho tiempo que no trabajabas en el laboratorio —ignoro su actitud, pero ella sigue.

—Te largaste de la puñetera fiesta. ¡Desapareciste! ¡Tú y Val! ¡Me dejasteis tirada!

—Te dejé con un equipo completo de agentes de seguridad, a salvo.

—Y te fuiste a hacer de Wonder Woman como si fueras la salvadora del puto mundo. ¿En qué narices estabas pensando? Y ya no hablemos de la loca de Valerie, que salió a la carrera detrás de ti. Es más tonta y no nace.

—Melody, no te pases de lista —la corto molesta por el comentario.

Una cosa es que esté enfadada y otra es que hable así de nuestra prima.

—Sí, ya sé que es la niñita de tus ojos. ¡Tú preferida! —escupe con rabia.

—¡¡¿Pero qué mierda te pasa?!! ¿A qué viene esta actitud? —exploto sin acabar de entender por qué está tan irritada con el asunto.

—¿Qué a qué viene? Pues mira, no es nada, solo que mi hermana, ¡ah!, y única familia, salió corriendo detrás de un tipo armado. Pero solo son detalles sin importancia. No he estado terriblemente preocupada por ti y por Val, qué va… En realidad, solo he pasado la noche en vela llamándote sin descanso para tratar de descubrir si estabas bien, pero porque no tenía sueño, ¡eh! Solo lo he hecho para matar el tiempo.

Vamos cubiertas de pies a cabeza con trajes, gorro, gafas, mascarilla y guantes estériles, aun así, con la poca porción de piel que se le ve, es patente lo encendidas que están sus mejillas. Una fina vena que cruza su frente palpita rápido, supongo que al ritmo de su acelerado corazón. Hasta su respiración está agitada. La observo unos segundos sintiéndome fatal por tener que mentirle, sin embargo, es lo mejor para su seguridad.

—Lo siento. Quizá fui egoísta y no pensé bien lo que hacía.

—¡¿Quizá?! Mira, Lex, déjalo ya. —Resopla frustrada y sale del laboratorio.

La sigo, pasamos en completo silencio por el proceso de descontaminación y una vez entramos en el área de acceso

controlado, se quita la mascarilla y las gafas.

—¿Qué paso ayer y por qué no regresaste?

«Venga, Lex, solo es una mentirijilla para asegurarte de que ella estará bien».

—Nada. Me pasé horas con el equipo de seguridad rastreando el edificio al completo y no encontramos nada. —Entrecierra los ojos —. Al parecer, unos tipos entraron, trataron de llegar a los servidores, pero no consiguieron acceder a la información de la empresa. Consiguieron burlar el sistema de identidad facial y digital, pero no llegaron a acceder a los archivos.

—¿Profesionales?

—Sí. —Esta parte en la que le digo la verdad me hace sentir mejor—. El equipo de seguridad vio unos tipos huir por el callejón de detrás en una furgoneta, la siguieron durante un rato hasta que los perdieron de vista.

Sigue callada y observándome con atención. Mel no ha estado formada como yo, pero lleva media vida a mi lado, es la persona que mejor me conoce.

—¿Y después?

—Pues me fui a descansar.

—Lex, después de horas sin contestar al móvil, como la preocupación no me dejaba vivir, me acerqué a tu casa.

«¡Mierda! Esto del amor, la familia y las mentiras no combina ni queriendo».

No tengo muy claro cómo Dante llegó a la conclusión de que cabía esta posibilidad, pero ahora doy gracias a que así fuera. Tengo también una excusa para esta parte y, además, me viene que ni pintada para justificar mi nueva vigilancia.

—Es que no me fui a mi casa —respondo con tranquilidad—. Mi nuevo agente de seguridad creyó que lo mejor era que Valerie y yo nos hospedáramos en un hotel. Al fin y al cabo, no sabemos quién eran los tipos de la fiesta. Si se podían colar ahí, por qué no lo iban a hacer en mi ático. Como Val estaba tan nerviosa con el tiroteo, ya sabes el miedo que le tiene a las armas, se vino conmigo.

—¿Has dicho… nuevo agente de seguridad?

«No se le escapa una».

—Sí, después del asalto a la Villa Ribadesella decidí buscar a alguien para…

—¿Has contratado un puto guardaespaldas como si fueras Whitney Houston y no me has dicho nada?

—No quería preocuparte.

«Lex, tu parcelita en el infierno ya tiene construida hasta la vallita que lo rodea». Y sí, me doy cuenta de que hablar siempre conmigo misma no me ayuda.

—Pues se te ha dado de puta pena.

—Tanto improperio no te pega nada. ¿Desde cuándo hablas así?

«Vengaaa… cambiando de tema a saco».

—Alexandra Genix… —¡Oh! ¡Oh!—. ¿Me estás ocultando algo?

«¡¡Mierda!! Espabila, Lex, o al final esto va a salir fatal».

—Qué tonterías dices. ¡Anda, vamos! He venido con mi nuevo agente y quiero que lo conozcas.

Empiezo a caminar con seguridad aprovechando que Mel se estaba acabando de quitar el pantalón estéril, pero parece que es más veloz de lo que esperaba y su mano sujeta fuerte mi brazo para detenerme.

—¿Lo has traído a los laboratorios?

—¡Claro! ¿No sabías que para proteger a alguien hay que ir con esa persona?

—No me vaciles.

—¡Vamos, Mel! Ya te he dicho que lo siento. —La abrazo con fuerza un largo rato y al final la siento ceder, su cuerpo se ajusta más al mío y me da un besito en el cuello.

El gesto me confirma que he conseguido que me perdone. Se separa un poco, rodea mi rostro con sus dos manos y solemne me dice:

—La próxima vez que me hagas algo así, la que te pegará un tiro seré yo.

Empiezo a reírme y ella me sigue. Me da otro beso, ahora en la mejilla y añade:

—¡Qué mal me lo has hecho pasar! ¡Venga, vamos a conocer a ese guardaespaldas, Whitney!

Volvemos a reírnos y seguimos con la bromita hasta llegar a lo alto de las escaleras, el cachondeo se convierte en silencio sepulcral cuando abro la puerta. Mel se queda estupefacta y he de ser yo la que regrese un par de pasos atrás y cierre el acceso para que se active el sistema de seguridad.

—Mel, te presento…

—¿Al periodista de… *Prestige Magazine*? ¿El que se coló en la fiesta sin invitación? Porque deja que te diga que tengo una memoria excepcional y recuerdo perfectamente que no estaba invitado nadie de esa revista.

—Melody, no se coló en la fiesta, vino en condición de mi guardaespaldas.

Tenía claro que lo primero que destacaría era que a ella no se le olvidan nunca las cosas.

—¿Y sueles tirarte a las clientas cuando estás de servicio? —ataca superborde.

—No, solo a tu hermana —responde resultón y tengo que morderme el carrillo para no soltar una carcajada. No está el horno para bollos, los ojos de Mel lo constatan.

Mi hermana se queda blanca ante la contestación, está claro que no se esperaba que le dijera algo tan descarado. El ambiente se vuelve extraño, frío, incómodo… Decido romper el hielo que se está formando en forma de afilado cuchillo entre ellos, a ver si consigo que se dejen de mirar como si estuvieran pensando en cómo acabar el uno con el otro.

—Te presento a mi hermana Melody, él es el Dragón —explico.

—¿Dragón?

—En este trabajo es mejor mantener el anonimato, señorita Genix, es un seudónimo.

—Me alegra saber que sus padres no le pusieron ese nombre tan…

—¿Original? —le pregunta con una sonrisa canalla tan sexy que me hace suspirar.

Melody me mira de reojo como si se hubiera dado cuenta, pero yo, muy resuelta, empiezo a caminar como si nada y hablo para que me sigan.

—Tengo cinco minutos, tomemos un café juntas antes de que empiece la reunión.

32



Alexandra

Melody me da un beso en la mejilla y tras mirar de reojo a Dante, sale del comedor para regresar al laboratorio.

Hemos estado charlando más tranquilas, parece que he conseguido que su enfado —quizá no del todo, pero casi— desaparezca. Su mirada iba una y otra vez en busca del Dragón que se ha mantenido distante, apoyado en la pared, tomando café y revisando el móvil. Estaba clarísimo que podía escuchar la conversación, pero agradezco que interpretara que no nos estaba oyendo.

Se le veía imponente, con los tejanos desgastados y la camiseta negra pegada a su piel, era tan ajustada que dejaba muy poco a la imaginación. Su cabello caía en sus hombros encerrando parcialmente su rostro, solo dejando el espacio suficiente para poder ver sus ojos verdes cada vez que los alzaba para mirarme. Ese aspecto de hombre ancestral, salvaje, grande, fuerte… ¡Buf, Demencial!

En un par de ocasiones, Mel me ha vuelto a preguntar sobre lo que pasó en la gala, sin duda la explicación que le había dado un rato antes no la convencía en absoluto. No acaba de entender por qué no le expliqué ahí mismo que el supuesto periodista, no solo era mi amante esa noche, sino también mi guardaespaldas. Creo que el

shock que sufrió al descubrir que tenía sexo descarado, ahí, en la oficina, el día de la gala… aún no lo ha superado.

«Ese es el nivel, Maribel… a tus veintinueve y tu hermana te cree más inmaculada que la virgen María».

Nunca había tenido secretos con ella, es más, no le había contado nada de mi vida sexual porque… ella a mí tampoco, no solemos hablar de eso, sin más. Supongo que el combo de todo la tiene muy descolocada. No le ha gustado en absoluto que me acueste con él, quizá ni siquiera la idea de que tenga sexo en general, y a eso hemos de sumar que le he escondido todo lo de mi nuevo agente de seguridad, que la haya ignorado toda la noche después del tiroteo y que aparezca con una historia ya construida en la que ella no está incluida.

Todo es un desastre, porque en realidad no estoy escondiendo nada, es aún peor… estoy mintiendo a mi hermana. Y… lo odio.

Al final, a pesar de que era evidente que no me estaba creyéndome del todo, estaba mucho más tranquila. Antes de marcharse ya volvía a ser la de siempre.

Yo también he querido aprovechar esos minutos de café para que me contara sobre lo que hacía en el laboratorio cuando he llegado, se supone que ella ya pasa la gran parte del tiempo en la oficina con el tema de control de calidad. No esperaba verla entre probetas. Solo me ha respondido: «Es una sorpresa y seguro que te encantará».

Sin más, he sonreído y asentido con la cabeza, sé que cuando lo tenga listo, mejor dicho; perfecto, me lo explicará. Jamás lo haría antes, no se sentiría bien mostrándome una idea a medias, ella necesita siempre rozar la excelencia.

Se ha preocupado por Val y saber que había otro Dragón salvaguardando su seguridad tampoco ha sido mucho de su agrado. Aunque la bomba a llegado cuando le he dicho que a ella también la iba a acompañar uno. Lo cierto es que, cuando le he explicado que Declan la recogería cada día en casa para traerla a NeoGenix y volvería al final del día para llevarla de regreso y asegurarse de que llegaba sana y salva a su piso, me esperaba que enfureciera, gritara

y me enviara a mí y a esta idea a la mierda. Sin embargo, después de escuchar mis argumentos más que plausibles: «Unos hombres armados se han colado en nuestra gala y han atentado contra nuestras vidas», ha aceptado a su nuevo agente de seguridad sin rechistar demasiado.

Bueno, vale, todo era una ristra de mentiras y nada había ocurrido así la noche anterior, pero eso ella de momento no necesitaba saberlo. Más adelante ya veremos cómo le explico que es lo que realmente ocurrió y cómo han terminado nuestras vidas en manos de los *Dragons*.

El caso es que ha parecido más que justificado que me preocupara por su seguridad y que le pusiera un escolta. Con los dientes apretados y su respiración algo agitada, denotando lo poco que toda la situación le estaba gustando, pero tratando de que no se notara, ha aceptado sin oponer resistencia.

Media vida de mi hermana o más, es trabajando, pasa incontables horas en NeoGenix y por contraparte, necesitamos que Declan siga investigando y recabando información sobre Virex y todos los comentarios que hay por la red borrados, así que sí, él era la mejor opción, mejor dicho, la única. Además, solo tendrá que asegurarse de que llega sana y salva a los laboratorios y después a su casa. Ambos sitios están controlados por el mejor y más sofisticado sistema de vigilancia, este a su vez está conectado directamente con la comisaría. Podría haber puesto a alguien del equipo interno de la compañía, pero ahora mismo no me fio de nadie, cualquiera podría estar detrás de lo que sea que tratan de ocultarme y lo que más me preocupa… detrás de la sospechosa muerte de mi padre.

Melody me ha mirado todo el tiempo durante nuestro ratito de café con ojos cargados de sospecha, lo debe de estar pasando mal, seguro. Ella necesita controlar todo lo que ocurre a su alrededor y en especial si tiene que ver conmigo, es muy protectora en lo que refiera a mí. Creo que saber que las tres íbamos a tener protección ha sido un nuevo golpe que no esperaba, pero que sabe que no tiene más remedio que aceptar.

«¿De repente aparezco con un nuevo equipo de seguridad y ni siquiera lo consulto con ella? Sí, huele raro, Lex, no puedes culparla por no entender a qué narices viene todo esto». Y, sobre todo, porque ha reconocido al momento a Dante de la gala.

Mel más que molesta parece preocupada, pero hay algo más, algo que… no estoy segura de lo que es. Vale, ayer vivimos un tiroteo y ella no sabe que el arma disparaba al techo solo para causar miedo y revuelo. Aun así, mi intuición —una que nunca fallaba y de la que ya no estoy tan segura—, me dice que hay algo más… Lo he podido ver en su expresión corporal, en su forma de mirarme, en cómo se movía... Pero ¿qué es? Todavía no lo tengo claro.

Observo con detenimiento a mi hermana caminar por el largo pasillo de las oficinas en dirección al ascensor. Lleva las dos manos dentro de los bolsillos de la bata blanca y su cabello oscuro en un moño alto que más bien parece un despeinado. Sin embargo, aunque sus pasos son largos y pausados y trata de disimular con las manos descansando dentro de la bata, a mí no me engaña. Su espalda está rígida, los hombros contraídos y se ha rascado tres veces detrás de la oreja.

Está inquieta, preocupada y sí, todavía algo molesta por que no le respondiera al teléfono, pero… hay algo más, lo sé.

—¿Qué es lo que no me estás contando, Melody? —me cuestiono en un susurro solo para mí misma.

Hoy está más rara que nunca, y no me gusta desconocer el porqué. Como no tenía bastante con la enana, ahora también voy a tener que lidiar con lo que sea que le ocurra a Mel.

¡Buf! Valerie… suspiro al pensar en mi prima.

Agobiada me paso los dedos por el cabello para retirarlo de la cara y entonces lo siento. Ni siquiera me ha tocado y, aun así, puedo notar su presencia a poca distancia, su calor. Él está justo detrás.

Melody se gira, entra en el ascensor y me dice adiós con la mano, yo la correspondo. Trato de contener la risilla cuando Dante da un paso más para colocarse a mi lado y se despide con el mismo gesto que ella, algo demasiado infantil para él. Menos mal que las

puertas ya se están cerrando y la irritación que veo en el rostro de Melody se esfuma con ella edificio abajo.

En cuanto la pierdo de vista, mi otra gran preocupación se materializa como si supiera que estoy pensando en ella. Escucho un «bip» en el móvil, al sacarlo del bolso veo que es Valerie.

Valerie:
Primita, todo está bien.
Solo te escribo para que sepas que
el Dragón me acaba de dejar en ballet
y no me ha lanzado ninguna llamarada
ni me ha mordido una pierna con sus
afilados dientes.

«¡Bendita inocencia!». No puedo evitar pensar. Como se despiste no la muerde, se la zampa enterita. Resoplo y vuelvo a peinar mi cabello hacia atrás con las dos manos. Estos gestos denotan mi estrés, algo que nunca exteriorizo, pero por algo que no alcanzo a entender —o simplemente no quiero entender—, cuando él está cerca no tengo la necesidad de ocultarlos.

«¿Qué significa eso?». ¡Bua! Prefiero no planteármelo, no me siento preparada para asumir todo lo que este dragón provoca en mí. «¿Impostora? ¿Ilusa? ¿Cobarde?». Vaaale… Lo asumo. Pero como lo soy en mi mente, puedo decidir que siga siendo así.

Otro mensaje hace vibrar mi móvil en la mano.

Dorian:
Vivita y saltando.

Medio sonrío con la ocurrencia al ver a Val en la fotografía que me envía. Sé que la frase no es así, pero es justo lo que hace mi prima. Sus dos piernas están extendidas en el aire y sus brazos puestos con elegancia sobre la cabeza, hacen que parezca sencillo desafiar a la gravedad. Siempre me ha alucinado su capacidad de colocar su cuerpo en posturas imposibles para el resto de los mortales.

Reconozco el lugar, está en la sala de actos del Conservatorio Superior de Danza «María de Ávila» (CSDMA). Un lugar privilegiado para solo los mejores del mundo. Además de ofrecer estudios superiores de danza equivalentes a un grado universitario, da formación integral que abarca tanto la práctica artística como la teoría académica. Las notas de Val fueron excepcionales y entró becada, pero como a ella no le hacía falta, regaló su beca a una de sus mejores amigas y…

«¡ESPERA!». Vuelvo a levantar el móvil y a mirar la imagen.

«¿Ese maldito dragón está viendo el ensayo? ¿Está dentro?». ¡Buf! Resoplo otra vez, a este paso me voy a vaciar.

No quiero saber cómo ha conseguido que le dejaran entrar, de verdad que no. Ese lugar es casi una fortaleza y los ensayos se hacen en estricto secreto, ya que se compite en varios campeonatos del mundo y es muy importante conservar el anonimato y evitar que las coreografías o canciones sean conocidas, en especial, por la competencia. En fin, es algo que tendré que esperar para descubrir. Solo espero que ella gestione bien tener a un dragón todo el día pegado a su trasero.

Y sí, tengo su número, fue una condición para poder localizarlo siempre que lo creyera necesario. También por si necesitaba preguntarme algo sobre Valerie, puesto que es una persona tremendamente activa y puede ser complicado controlar sus horarios. Clases de *ballet* en el conservatorio, entrenos en el circuito con los *buggies* y salidas, muuuchas salidas con amigos. Seguirle el ritmo es casi imposible. Cuando se lo expliqué a Dante, respondió con su habitual calma:

—Sin problema, Dorian se encargará.

Necesitábamos a alguien que la acompañara a todas partes, alguien que no la mirara como si todo el tiempo pensara en atraparla entre sus fauces, pero… muy a mi pesar, el único que podía cuidar de ella, el único disponible a ese nivel —me refiero al nivel de: no tengo vida y solo tengo tiempo para hacer lo que sea que tú vayas a hacer—, era Dorian.

—Estaré aquí todo el tiempo, no voy a moverme —dice Dante unos segundos después de que el ascensor se cierre con mi prima dentro.

Bueno, creo que solo han sido unos segundos, lo cierto es que no estoy segura del tiempo que he pasado navegando en el batiburrillo de pensamientos que vienen provocados por los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas.

—¿De verdad crees que necesito que me protejas? —respondo con suficiencia.

Lo miro de reojo y sonríe. Tengo que apretar los muslos para controlar la descarga eléctrica que ese alzamiento de labios provoca en el vértice de mi cuerpo.

—Dragona, no pongo en tela de juicio nada, solo digo que estaré aquí.

Asiento conforme con su respuesta y, sin más dilación, me doy la vuelta y entro en la sala de juntas con la barbilla alzada y las armas preparadas.

33



Alexandra

—¡No, no y mil veces no! Ese dinero es de la compañía ¡NO es tuyo, Alexandra!

—Roberto, creo que no estás entendiendo nada. Tu 35% de las acciones de la empresa te dejan en una clara desventaja en lo que a la toma de decisiones de las inversiones se trata.

—Niñata ególatra, eres igual que tu padre —susurra, pero con la clara intención de que todos le escuchemos.

—Será mejor que no vuelvas a nombrar a mi padre.

Respondo cortante, severa, puede, incluso, que haya alzado algo la voz, porque la sombra de un Dragón asomando por la puerta acristalada me da a entender que me ha escuchado desde fuera.

—No te olvides que el 25% de las acciones están en sus manos —señala con suficiencia a los socios capitalistas— y que, al menos, el 51% debe de estar a favor de las decisiones que se tomen. —Sonrío victoriosa—. ¿Qué coño te hace tanta gracia?

—Señoras, señores —ignoro a Roberto y me dirijo al resto de miembros de esta sala de juntas—, creo que ha llegado el momento de formalizar nuestro acuerdo.

Saco de mi maletín de piel las cinco carpetas y las coloco delante de cada uno de ellos. Mi abogado me ha cobrado una fortuna por

hacerle levantar de la cama antes incluso de que saliera el sol al completo.

—¿Qué cojones estás haciendo, Alexandra? No puedes hacer nada sin comunicarlo a la junta directiva.

Lo ignoro por completo y asiento con la cabeza en dirección a los accionistas. Estos abren las carpetas a la vez, como si de una representación ensayada se tratara, observan unos segundos lo que imagino es el importe y una vez verificado, estampan sin titubear sus rúbricas sobre los contratos de cesión de sus acciones.

Entonces, Roberto, que es algo lento, ata cabos.

—¡NO! ¡Es imposible! No tienes tanto dinero. ¡¡Imposible!! —grita levantándose desde el extremo de la larga mesa. Yo, en la punta contrapuesta, solo le respondo con una afirmación de cabeza. Y es ahí cuando todo estalla.

—¡¡MALDITOS TRAIDORES!! ¡¡Hijos de pu…!! —Antes de terminar la frase, mi Dragón abre la puerta y en dos zancadas lo alcanza. Con una mano le hace callar y con la otra le retuerce el brazo para que la culebra chupa sangre de mi tío deje de agitarse.

—Ha sido un auténtico placer contar con ustedes todos estos años.

—Gracias, Alexandra, te deseo todo lo mejor —responde Alfonso, uno de los inversores que más tiempo llevaba con nosotros, fue el primero en apostar por el proyecto de mi padre.

El resto me estrechan la mano deseándome también suerte en la compañía y sin pararse a mirar ni un segundo a Roberto —tal y como hemos acordado solo unas horas antes de esta reunión—, salen de la sala de juntas.

Mi tío grita bajo la mano de Dante una y otra vez, en solo un segundo se ha puesto a sudar como si llevará días corriendo y está tan rojo que creo que en cualquier momento le va a explotar la cabeza.

Cuando estoy segura de que estamos los tres solos, abro la última carpeta, la mía y, ante la atenta mirada de Roberto, firmo.

—Ahora, todo es como siempre quiso mi padre que fuera.

Camino hasta él y se queda inmóvil entre los brazos de Dante. Lo miro fijamente y añado:

—No lo vas a conseguir. Crees que soy un pequeño velero en mitad de la puta tormenta que has creado y acabaré engullida. Pero te equivocas, Roberto. Fui entrenada durante años para ser el mar, y pienso crear una ola tan enorme que no quedará ni uno de vosotros en la superficie.

34



Dante

Esperar nunca se me ha dado bien, pero ahora… menos. Me tiene loco que Lex sea una mujer empoderada, valiente, imparable, pero odio que me aleje cuando yo más necesito estar cerca de ella. La escucho alzar la voz advirtiendo a Roberto y me asomo un poco por la puerta de cristal para asegurarme de que todo sigue controlado.

¡Buf! Está rompedora.

Su actitud impasible, la de una mujer que no solo controla esta reunión, si no que podría controlar el mundo entero si quisiera, me excita a niveles incalculables. Y aunque al principio me negué, rápido entendí que Alexandra Genix es imparable con sus decisiones.

—No podemos permitir que esta versión de Virex se cobre ninguna vida más. Hoy mismo voy a sacarlo todo del mercado —sentenció con todos los informes entre sus manos sin dejar de pasar una y otra vez las páginas como si a esa velocidad pudiera leerlos.

Entre los *Dragons* nos miramos entendiendo su desesperación, pero eso no era una opción válida y todos lo sabíamos.

Acabábamos de reunirnos en el salón de su casa para encontrar el mejor modo de solventar todo este problema de dimensiones épicas. Tenía razón, no podía morir más gente, sin embargo, era algo que… no íbamos a poder evitar en tan corto plazo.

—Eso no es viable y lo sabes. —Dorian fue el primer valiente en llevarle la contraria.

Siempre ha sido un puto kamikaze que no piensa las cosas.

Lex giró el cuello tan rápido para mirarlo que se escuchó cómo sus vértebras crujían.

—No me subestimes, Dragón.

—Alexandra —dijo en tono conciliador y continuó hablando con esa habilidad que tiene para calmar a las damas y llevarlas siempre a su terreno—, jamás me atrevería a subestimarte. Por favor, reflexiona sobre esa idea. Si tratas de sacar Virex del mercado de forma masiva y de una manera tan abrupta, vas a crear un efecto contrapuesto.

Lo observo durante unos segundos y casi podía ver como los engranajes de su cabeza funcionaban a mil por hora.

—Con la adicción que genera se sembraría el pánico. La gente se volvería loca tratando de encontrar su dosis y evidentemente…

—¡Joder! —lo interrumpe—. Lo sé, ¡vale! Sé que correríamos el riesgo de que se creara un mercado negro. Pero llevo muchos años luchando con las mafias, no pueden replicarlo, es imposible.

—Te olvidas de algo importante. —Declan se levantó de la silla y se acercó—. Las farmacias y comercios son los primeros en ganar sumas ingentes de dinero gracias a Virex, ¿de verdad crees que van a aceptar sin más que esa fuente de ingresos se esfume de la noche a la mañana?

—No será la mafia quien trafique con el fármaco, serán los mismos dueños de los comercios —resolvió Dorian.

—Cielo…

Levantó la mano en señal de stop y me callé. Caminó hasta la ventana y salió a la terraza. Cuando la vi encaramarse en el muro los nervios me consumieron y quise ir a impedirle que hiciera lo que narices fuera que pretendiera hacer. Pero Dorian sujetó mi brazo y dijo:

—Es igual que tú.

Volví a mirar fuera y sonreí. Alexandra se había sentado en el filo con sus pies colgando hacia el vacío. Necesitaba dejar de sostener

su cuerpo, dejarlo fluir, tocar el cielo, sentirse libre, abrir su mente para encontrar una solución.

Los *Dragons* nos sentamos en silencio en los sofás y esperamos.

Había pasado algo más de una hora cuando decidió entrar. Se me acercó y se acuclilló delante de mí, sonrió y me abrazó.

—Está bien, ¿qué idea tenéis? Y… —se separó y cuando nuestras miradas se encontraron añadió— más vale que sea muy buena.

Mis amigos rieron negando divertidos con la cabeza a la vez que nosotros.

—Lo primero es averiguar quién hay detrás de la alteración del fármaco —habló Declan.

—Tiene que haber alguien en el laboratorio que está alterando la formula.

—Quizá tu padre o… tu hermana…

—¡No! Para ellos Virex es una obra maestra. Tiene que ser alguien que esté comprado por un miembro con poder en la compañía.

—Explícate.

—NeoGenix es inquebrantable, nada entra o sale de sus sucursales y menos aún de la de Madrid, que es donde generamos la producción.

—Bueno, nosotros robamos los archivos.

Lex miró a Dorian con suficiencia.

—¿Y de verdad crees que ahí vas a encontrar la fórmula? Te hacía más listo, Dragón. —Volvió hacia Declan—. Tiene que ser alguien desde dentro y con muchísimo dinero, alguien que pueda pagar más que las cláusulas de los contratos.

—Alguien de la junta —sentencié.

—Cada día me gustas más, Dragón. —Me guiñó el ojo mordiendo su labio inferior.

—O quizá es alguien que lo hace por algún otro motivo… —dijo Declan pensativo, se repuso rápido—. Sea como sea, hemos de ir descartando opciones, y la junta, sin duda, deben de ser los primeros a los que eliminemos de la ecuación.

Se levantó y se colocó al lado de Lex, algo que hizo que dejara de mirarme, no pude controlar el gruñido de frustración.

—Dejar de hacer eso.

—¿El qué? —preguntó ella con fingida inocencia.

—Dejar de miraros como si fuerais a acabar de romper las bisagras de la puerta.

Estallamos en carcajadas mientras Dorian preguntaba qué pasaba con cara de no entender el chiste.

—Hay que eliminar piezas del tablero para que el poder de la compañía esté en tus manos.

—¿Te refieres a comprar las acciones de los socios capitalistas?

—Sí —sentenció Declan.

—Eso serían varios miles de millones, Virex está con las acciones por las nubes. —Dorian ya estaba haciendo números.

—El dinero no es un problema.

Todos la miramos muy serios y rozando la incredulidad. ¿Tenía Alexandra todo ese dinero? Pues sí. Al parecer es una de las personas más ricas del mundo y… de las más austeras. Casi infartamos todos cuando supimos lo que ella llamó «una pequeña parte de mi patrimonio». Pasé horas mirándola y pensando en que me había hundido una y otra vez en la mujer más poderosa que jamás conocería. Pensando en cómo ella se entregaba a mí en su absoluta sencillez, sin censura.

Menos mal que el resto de los *Dragons* sí estaban centrados en el problema.

—No firmarán con tanta facilidad, tenemos que darles un aliciente.

—¿A qué te refieres, Declan? —preguntó ella.

—No creo que sean idiotas, Virex genera muuucho dinero y NeoGenix no deja de crecer. Si se quedan en la compañía ganarán más dinero a largo plazo.

—Esto se pone interesante. —Se frotó las manos Dorian y el rostro de Lex fue el reflejo de la comprensión.

—Necesitamos algo que los obligue a firmar.

—Exacto —respondió Declan sentándose delante del ordenador —. Dame sus nombres completos, con eso tengo suficiente.

Mi dragona sonrió y se sentó junto a él. Cada vez que encontrábamos algo, ella se emocionaba como si fuera una niña pequeña con un nuevo regalo. Bien pensado lo era, cada trapo sucio que encontraba Declan de los socios capitalistas bajaba varios millones el valor de sus acciones.

En menos de dos horas teníamos todos los trapos sucios de los inversores en documentos redactados y listo para utilizar como armas arrojadizas.

—¡¡MALDITOS TRAIDORES!! ¡¡Hijos de pu…!! —El grito de Roberto me saca de mis pensamientos y entro en la sala de juntas a la velocidad de la luz.

«Como la toque, lo mato». Pienso viendo cómo trata de llegar hasta ella y justo antes de alcanzarlo y retenerlo.

Todo pasa rápido, firman los contratos y se van, mientras Roberto Genix no deja de dar por culo entre mis brazos.

Alexandra está… demencial. Ese traje de ejecutiva con los tacones de vértigo la convierten en una fantasía hecha realidad. Pero lo que más me pone es todo el poder que destila.

—Ahora, todo es como siempre quiso mi padre que fuera.

Cuando dice eso sé bien que para ella hoy su corazón ha sanado un poco. Sujeto con más fuerza a su tío cuando se le acerca.

—No lo vas a conseguir. Crees que soy un pequeño velero en mitad de la puta tormenta que has creado y acabaré engullida. Pero te equivocas Roberto. Fui entrenada durante años para ser el mar, y pienso crear una ola tan enorme que no quedará ni uno de vosotros en la superficie.

Después de soltar semejante frase, y dejarme temblando de la cabeza a los pies, se da la vuelta con su barbilla alzada y sale de la sala de juntas diciendo:

—Vamos, Dragón, tú y yo tenemos un asunto más pendiente.

«¿Un asunto? ¿Solo uno?». Con el ansia quemándome la piel zanjo rápido el tema con Roberto antes de que la dragona se me escape.

—Voy a soltarte. —Saco el arma de detrás de la cinturilla del pantalón y lo encañono con ella en la sien. Cargo la recámara y se

queda inmóvil, tieso como un palo—. Si tratas de hacer algo, ¡boom! —Se sobresalta—. Si intentas dañarla, ¡¡BOOM!! ¡¡BOOM!! —Tiembla como una hoja—. ¿Lo has entendido?

Asiente con histeria. Le doy un empujón con fuerza para hacerlo caer de bruces y lo dejo ahí, en el suelo, sin prestarle más atención.

Salgo de la sala de juntas y… juro que siento la gravedad en los pies.

—Ni de coña voy a tener bastante con «un asunto».

Se ríe desde el final del pasillo.

Alexandra, ya sin la americana, baja la cremallera de la falda lápiz y esta cae al suelo. Al darse la vuelta, un trasero redondo, prieto y con un sensual encaje decorándolo me atrae con desesperación en dirección al despacho en el que acaba de entrar.

35



Dante

Sus ojos se abren buscando los míos con el brillo del placer aún en ellos. Sigo acariciando su cuerpo de piel tostada fascinado por el contraste con la mía más pálida. Al pasar la mano sobre uno de sus pechos y rozar el duro pezón gime arqueándose sobre la mesa de despacho. Su respiración está tan agitada como la mía. Una fina capa de sudor nos baña y aunque acabamos de tener un orgasmo devastador, no puedo dejar de mover mis caderas dentro de ella. Despacio, dentro fuera, dentro fuera, suave. Disfruto del tacto sedoso de su cuerpo desnudo. La observo a detalle, cada lunar, cada pliegue, la forma de la curva de su cintura, la redondez de su ombligo… Siento una conexión que va mucho más allá de lo físico.

—Llevo pensando en esto desde que te he visto en tu terraza esta mañana vestida solo con mi camisa desabotonada, paseando descalza mientras cerrabas con autoridad los tratos con los accionistas.

—Eso es mentira, tú siempre estás pensando en…

—¿Nuestros asuntos pendientes? —la ensarto con una fuerte embestida y su cuerpo resbala por la mesa haciendo caer algunos papeles más.

La risa de ambos se mezcla con el gemido de placer que nos provoca mi movimiento de caderas. A nuestro alrededor parece que

ha pasado un tornado, el despacho está lleno de ropa, folios, un par de sillas volcadas y todo lo que había en el escritorio está desparramado por el suelo.

—Lo digo muy en serio, Dragona. —Se incorpora y rodea mi cuerpo con las piernas y los brazos—. No podía dejar de mirarte y escucharte. Esa actitud de ejecutiva inquebrantable, sumamente poderosa. Una mujer creada para la persuasión.

—Lo que siempre quiso mi padre —susurra desviando la mirada a un punto perdido, otra vez en ese lugar al que suele escapar y en el que solo encuentra recuerdos que opacan su sonrisa.

—¿Y tú? —Me mira confusa—. ¿Era lo que tú querías?

Gira la cabeza y soy plenamente consciente del momento exacto en el que ella misma se vuelve a hacer esa pregunta.

—Lo siento —arruga el entrecejo y acaricio su rostro llevando un mechón de pelo detrás de la oreja—, siento que tu pasado te rompiera el corazón, te prometo que voy a hacer todo lo que sea necesario para sanar esa herida.

Me abraza con fuerza escondiendo sus ojos acuosos y su pequeño cuerpo bajo el mío mucho más grande.

—Resolvamos un asunto más, Dante —susurra en mi oído—. Hagamos que las heridas empiecen a sanar.

El día que Alexandra se rompió en mi cocina de Sevilla todo entre nosotros cambió. Ya no era atracción, sexo o necesidad carnal, ese día la semilla de la confianza floreció y llevó lo nuestro a un punto de no retorno.

Verla llorar de aquel modo, tan frágil y rota creó en mí una necesidad apremiante de ayudarla a sanar. Entre sollozos me contó lo que fue perder a la luz de su vida, su madre. Me explicó cómo se fue consumiendo como una vela y finalmente se apagó, igual que cuando soplas sobre la pequeña llama. Un infarto inesperado se cobró su vida.

Había crecido con una educación excepcional, pero cuando su madre faltó su padre se obsesionó con su protección y con la educación de Melody. Volcó todo su tiempo y esfuerzo en convertir a ambas en mujeres ya genuinas y extraordinarias.

Guillermo Genix pasó el resto de su vida sumergido en sus dos grandes obsesiones Virex y la muerte de su esposa. Nunca aceptó que su corazón se detuviera de una manera tan abrupta, siendo científico no gestionó bien no haber podido hacer nada para salvarla. Virex era lo único que le distraía del dolor que sentía sin su querida Virginia.

El fármaco fue ganando fuerza y cuando Melody creció y se convirtió en su ayudante, Lex quedó al margen. Ella no encajaba en esa ecuación de científicos.

Pasaron años encerrados miles de horas creando juntos la versión mejorada de Virex, lo que ahora conocemos como Virex 1.0 y, entonces… acudieron a ella.

—Cariño, ha llegado tu momento de brillar —recitó las palabras de su padre con la mirada perdida en algún lugar de su recuerdo y después continuó contándome la historia que la llevó a ser quién es hoy.

Brilló, vaya si lo hizo.

Esa mujer rota y con el rostro bañado en lágrimas que estaba sentada en la mesa de mi cocina, con una camiseta mía y sin ropa interior, parecía mundana, sin embargo… no lo era en absoluto. Cuando me explicó cómo de manera genuina llevó un fármaco prácticamente desconocido hasta los puestos más altos de la medicina moderna, aluciné. Una estrategia de marketing que tumbó a toda la competencia y que lanzó a NeoGenix a lo más alto.

Y entonces lo comprendí, en ese momento entendí por qué todos sus muros de contención se habían venido abajo. Ella siempre creyó que estaba cumpliendo el sueño de su padre, que estaba dando a la humanidad un regalo, que estaba salvando vidas, pero acababa de descubrir que en realidad solo había alimentado un monstruo que las estaba consumiendo lentamente.

—¿En qué piensas, Dragón?

Su caricia en mi barba me saca de los recuerdos y reenfoco mi visión que parecía haberse perdido en la nada para encontrarme con un rostro de pómulos altos y gruesos labios.

—En ti —respondo con sinceridad.

36



Declan

Ni de coña quería confiar en Alexandra Genix, desde el primer momento sospeché de ella. Pero todo cambió en Sevilla. Había subido al dormitorio en el que descansaba mi niña. Sonreí al escuchar el suave ronquidito que emitió cuando me acerqué. Su pequeño cuerpo estaba en una postura casi imposible y la risa se me escapó. Ajusté la almohada para acomodarla y suspiré al ver lo perfecta que era. Acaricié su lacio cabello. Estaba tan cansada que ni se enteró. Había pasado el día con Miguel en los establos ayudándole o mejor dicho correteando detrás de él.

Una vez alivié mi preocupación y me aseguré de que Luz seguía descansando y de que el terremoto Genix no la había despertado, me dispuse a regresar a mi habitación, y fue cuando escuché a Alexandra alzar la voz.

Esa mujer no tenía medida. Bajé las escaleras indignado, listo para cargar contra ella, abrí la puerta como un vendaval y la vi… la imagen de Alexandra Genix completamente rota, en brazos de Dante fue lo último que esperaba encontrarme.

Observé la carpeta en la que había metido toda la información que había recabado sobre Virex y NeoGenix sobre la mesa y después los ojos de mi amigo.

Ella estaba acurrucada entre sus brazos, llorando, la imagen fue una revelación. Supe que hasta ese momento no había tenido ni puta idea del problemón en el que estaba metida.

Dante levantó la mano para indicarme que los dejara solos, pero yo nunca fui una excelente persona, así que asentí, cerré la puerta y… me quedé detrás de ella escuchando.

La historia de esa mujer me acabó de confirmar lo que supuse al verla en ese estado y llorando desesperada, acababa de descubrir los estragos que estaba provocando Virex.

Sin duda, Alexandra es la reina en el tablero de ajedrez y está muy claro que hay alguien que la tiene a un solo movimiento de hacerla caer, pero… ¿quién? Esa es la gran pregunta.

Ahora mismo no creo que esté preparada para todas las verdades, si se las contara la rompería por completo. Lo único que puedo hacer es quedarme cerca, seguir recabando información y soltarla dosificada para que pueda digerirla.

Hay alguien en NeoGenix que está ocultando toda la información, pero el mayor problema es que si ahora saliera a la luz, las hermanas Genix serían las culpables de todas las vidas que se está cobrando Virex, caerían ellas y después todo detrás como un castillo de naipes. Lo fácil es justo eso, creer que las dos hermanas han decidido hacerse ricas a costa de la adicción que genera el fármaco. Sin embargo, el modo en el que se ha roto Lex, eso… eso no se actúa. Está asustada, se la veía hundida.

El capullo de Dante está totalmente enamorado de esa mujer desde la primera vez que la vio, no hace falta que lo diga, es más que evidente y si ese Dragón tontorrón y grandote la ha escogido, no me queda otra opción que acogerla en la familia. ¿Y qué hacemos en esta familia? Ayudarnos, siempre, incondicionalmente, sin restricciones, sin remilgos, sin pensar en las consecuencias. Los *Dragons* somos inquebrantables y ella ya es uno de nosotros.

Antes de que salieran de la cocina regresé a mi dormitorio, encendí el ordenador y pensé en cuál debía de ser nuestro primer paso para poder sacar todo a la luz sin que paguen justos por pecadores.

37



Alexandra

Tras la reunión tan intensa y después de que Dante dejara a Roberto ahogado en un lacrimoso y vergonzoso llanto, hemos resuelto varios asuntos pendientes en mi despacho. Unos que han requerido de muy poca ropa y de demasiadas otras gestiones. Y no, no me refiero a papeleo, que lo había, mucho y por todos lados esparcidos. La idea era desconectar, liberarme del estrés y… ¡Buf! He tenido que mediar con unas emociones que cada vez me ponen más nerviosa. Este maldito dragón parece haberse colado bajo mi piel y por más que trato de restarle importancia e intento verlo solo como la máquina generadora de orgasmos que prefiero que sea, no puedo evitar pensar que ya hace demasiado tiempo que nuestro vínculo ha cruzado una línea de no retorno.

Esto se ha ido de madre, mi vida entera lo ha hecho.

Miro a Dante y me cruzo con sus ojos verdes penetrantes. El despeinado cabello cae a los lados de su rostro y se mezcla con su barba recortada. Lleva una camisa más desabotonada que lo que mi cordura puede soportar y en medio de su pectoral brilla el colgante con el supuesto diente de dragón.

«¡¡Por el amor hermoso!! Qué hombre». Sacudo ligeramente la cabeza tratando de apartar los pensamientos que me provoca cada vez que lo miro y el muy canalla sonríe altivo. «¡Pillada, Lex!». Igual

que siempre, no sé cómo lo hace, pero tiene una facilidad asombrosa para leerme.

Estando en el despacho hemos escuchado los pasos de Roberto y sus improperios justo antes de coger el ascensor. Si ha sabido que estábamos ahí parece que no le ha importado demasiado, algo que lo coloca en una posición más inteligente que de costumbre. Hay que ser muy idiota para enfrentarse a Dante dos veces el mismo día, si bien es cierto que de mi tío me espero siempre cualquier cosa.

—Estoy agotada… mentalmente —confieso ahora mirando por la ventanilla del coche, evitando encontrarme de nuevo con su análisis.

—Ahora cuando lleguemos a tu casa te enjabonaré y…

—Cuando llegue a mi casa, quiero estar sola —interrumpo porque como siga por ese camino voy a caer rendida ante él y su cuerpo insaciable.

—No lo hagas.

—No sé a qué te refieres.

—¡¡Para el coche!! —gruñe Dante molesto y Dorian tira del freno de mano de un modo tan brusco que he de sujetarme al asiento de delante para no golpearme con él—. ¡¿Pero qué haces, animal?!

—Pues parar, lo que me has dicho.

—No hacía falta que lo hicieras de ese modo tan bestia, casi se golpea la cabeza —alza la voz Dante.

—Pero a ver, ¿estás enfadado con ella porque te está dando esquinazo o estás preocupado?

—Yo no le estoy dado esquinazo —interrumpo.

—Lo estás haciendo y la verdad, no entiendo por qué.

—Te lo acabo de decir, o es que ahora resulta que los dragones son sordos. Estoy cansada. ¡No! ¡Estoy agotada! Necesito mi espacio, muuucho espacio y tú… tú abarcas casi todo.

—Iré contigo y dejaré que te duches sola. —La risa de Dorian llena el coche a la vez que arranca de nuevo—. ¿Se puede saber qué narices te hace tanta gracia?

—No durarías ni medio segundo sin entrar en el baño sabiendo que está desnuda, deja de engañarte, Dragón. —Se ríe más fuerte tras la expresión de frustración de Dante.

Extiendo la mano señalándolo con un gesto que dice: «¿Lo ves? Hasta él lo sabe».

—Déjala en su casa —sentencia.

Gira el rostro a la vez que emite un gruñido y el resto del trayecto no me vuelve a mirar, sin embargo, sigue aferrado a mi mano y de tanto en tanto su pulgar se desliza por mi piel.

«¡¡Por el amor hermoso!! Qué hombre». Y sí, me repito, una y otra vez.

En cuanto me bajo del coche y he de soltarlo, al separarme de él, siento su falta. No quiero que se marche de mi lado, pero necesito una ducha sola, sin Dante inundando todos mis pensamientos y tooodo mi espacio vital. Ahora mismo es apremiante que ordene el batiburrillo de mi cabeza. Me acabo de convertir en la dueña mayoritaria de NeoGenix y siendo sincera conmigo misma… me da un vértigo increíble.

Hacía muchísimos años que no me sentía tan vulnerable. Desde que murió mi madre no había vuelto a sincerarme y a abrirme de ese modo con nadie. Ella era ese lugar seguro al que aferrarme cuando llegaba extenuada y sobrepasada por las exigencias de mis entrenos de artes marciales o de las sesiones sobre análisis de comportamiento. Cuando ella murió me acostumbré a tragarlo, guardarlo dentro de mí y dejé de permitirme liberar mis emociones. Dante ha entrado en mi vida como si fuera uno de los dragones de Daenerys Targaryen de *Juego de Tronos*; arrasando con sus llamas todo a su paso. Parece que ha calcinado las capas y capas con las que me protegía y ha dejado a una mujer que ya ni recordaba.

No recordaba lo que era sentir vulnerabilidad y no sé si es algo para lo que estoy preparada, no tengo muy claro que quiera seguir sintiendo… todo esto.

Los *Dragons* creen que hay alguien en la empresa que está tratando de hundirme, está claro que así es, tiene que estar dentro. Pero hay más, lo que a mí me está carcomiendo y que no puedo de dejar de preguntarme es: ¿y si es esa persona la que mató a mi padre?

«¿Es posible que el asesino lleve todo este tiempo ahí, a mi lado, sin que yo me haya dado cuenta?».

Se supone que estoy entrenada precisamente para que la respuesta a esa pregunta que me está volando la cabeza desde que abrí la carpeta de los archivos en Sevilla sea un rotundo no, pero ya no sé qué pensar ni de mí misma. Dante sospecha que la muerte de mi padre es uno de mis puntos más vulnerables y que ese hecho podría bloquear mis capacidades. Bajo su punto de vista, algo así podría estar provocando que no esté siendo todo lo efectiva que debería en lo que a leer a la gente se refiere.

Otra vez él. Una y otra, y otra, y otra… ¡¡Buf!!

«¿Qué debo hacer? ¿Se supone que tengo que confiar en él, en los *Dragons*?».

Si ya no soy capaz de ver en la gente la verdad, si no puedo ver si están ocultando algo, cómo se supone que voy a saber si ellos son los adecuados para ayudarme. Además, son ladrones. ¡Ladrones!

Este hombre de anchos hombros y belleza casi ancestral ha reconocido que su trabajo es robar, no sé si solo datos o más cosas, prefiero no saber. Lo que sí sé es que no es para nada un caballero de brillante armadura, él es el dragón feroz que ha venido a arrasar con todo y llevarse el tesoro sujeto entre sus garras. Y el problema es justo ese, yo jamás he sido una princesa en apuros, a mí siempre me gustó la villana del cuento, y los villanos siempre acaban uniendo fuerzas para lograr sus fechorías.

Al entrar en mi ático suspiro lidiando con la resignación y la indignación. Parecía que salir de ese coche y alejarme de Dante haría que pudiera apartarlo de verdad de mí, pero lo llevo en la piel, literalmente. Todo mi cuerpo huele a él. Como si fuera una enferma, acerco mi brazo a la nariz e inspiro recordando cómo ha besado cada porción de mi mientras sus salvajes mechones me acariciaban el cuerpo provocando tantas cosquillas como placer.

—¡¡Grrr!! ¡Basta, Lex! A la ducha —me ordeno tratando de reubicarme.

Tiro la ropa con enfado a medida que avanzo hasta el baño y me cuelo bajo el chorro de agua furiosa conmigo misma por haber

bajado la guardia. Por haber dejado que viera y supiera todo lo que siempre he guardado con tanto recelo. Mis emociones siempre han estado a buen recaudo, pero con él no puedo evitar sentirme conectada como nunca lo había estado con otro hombre y eso ha abierto una brecha que parece hacerse cada vez más profunda.

—Está bien que te admitas a ti misma todo esto, Lex, pero no puedes dejar que te afecte, debes de focalizarte.

Hablar de nuevo conmigo misma en voz alta es liberador. Suspiro y trato de reorganizar la maraña de problemas que parecen amontonarse desde que ese dragón se coló entre mis piernas y después trató de robarme.

He de encontrar un modo para avanzar con la investigación sin que me explote todo en la cara a mí o lo que sería peor: a mi hermana y mi prima. La cosa es… «¿Podría hacerlo sola?».

—Es posible. Claro que sí —sentencio y escucharme lo hace más real.

Pero entonces llega la siguiente pregunta: ¿Quiero?

Froto con vigor mi cabeza no solo para lavar mi cabello, sino con la intención de que eso despeje mi mente. Resoplo con resignación dejando descansar la frente en el embaldosado al llegar a la claridad.

—No te engañes, Lex, sabes bien que ellos son tu mejor opción.

Dante me ha prometido que no van a tratar de desencriptar la información que robaron el día de la gala hasta que yo les dé permiso. Sí, es frustrante lo mono que puede llegar a ser ese puñetero Dragón. Lo adoro tanto como me saca de quicio porque es capaz de sacarme esa dualidad entre ladrón armado sin escrúpulos y ternura desbordante cada vez que me toca.

—¡Céntrate, Lex! Esto es serio.

Y vaya si lo es. Cuando vi todo lo que contenía aquella carpeta, los efectos secundarios, la cantidad de gente adicta a Virex, las muertes que se estaba cobrando el fármaco… En ese punto supe que eso solo era la punta del iceberg. Y también entendí por qué era quien era. Creerás que estoy loca, pero estoy segura de que mi padre me preparó para esto, que de algún modo él sabía que un día

no estaría y debería enfrentarme a un mundo horrible que quería acabar conmigo.

—El dinero pudre a las personas y el único modo de que no te contagies de esa plaga infecciosa es que estés preparada —me dijo un día que, llorando y hundida por la cercana muerte de mi madre, le pregunté por qué me obligaba a ir a entrenar.

Pues bien… Parece que la plaga se acerca y ha llegado el momento de prepararse para exterminarla.

Al salir de la ducha seco mi cuerpo y me paseo desnuda, no quiero nada que roce mi piel y pueda llevarme al recuerdo de otro tipo de roces.

—¿Este es el nivel de desconexión que se supone que ibas a tener teniéndolo alejado de ti?

Rozo lo ridículo, lo sé.

Camino hasta el fondo del dormitorio y estiro el brazo, para coger de entre todos los libros que tengo en la estantería el cuento de hadas que me leía mi madre cada noche cuando era niña. Ella siempre me explicaba historias de duendes y pequeñas haditas que sobrevolaban el bosque en las noches más frías de Ribadesella. Me miraba a los ojos, acariciando mi mejilla y susurraba como si fuera un secreto:

«*Los monstruos de los cuentos, esos que acechaban la noche, son solo historias que las hadas han creado para ahuyentar a los intrusos y así poder salir a bailar y cantar cada vez que se pone el sol».*

Se me forma una sonrisa que bascula entre la añoranza y la calidez del recuerdo mientras paso las páginas acariciando las bonitas y ahora ya anticuadas ilustraciones. Se que en la siguiente está mi parte preferida, cuando la pequeña hada conoce a ese duende del bosque. Siento la expectación de reencontrarme con ese momento del cuento que mamá explicaba con pasión, pero al llegar a él, un trozo de papel doblado llama mi atención. Reconozco al instante la inclinación y el trazo rasgado de la escritura, es una nota de mi padre.

Tú siempre fuiste de las que creían que los
dragones salvaban y las hadas eran las malvadas.
Mi guerrera, nunca dejes de creer.

La mano empieza a temblarme, todo toma sentido y salgo corriendo en busca del móvil. Al segundo timbrazo descuelga.

—Sé que te he dicho que te fueras y que…

—Estoy en el portal, Dragona.

—Pero…

—Tú necesitabas tenerme lejos y yo sentir que seguías cerca. —Casi me caigo de culo al escucharlo—. Anda abre, que subo.

38



Dante

Subo las escaleras de dos en dos y aporreo la puerta con premura. Al abrir la encuentro con un delicado camisón de raso y finos tirantes rojos. La observo de abajo a arriba comprendiendo que bajo el fino tejido no hay nada más que su piel tostada y rápido el calor recorre mi cuerpo, pero cuando llego a su rostro toda la excitación desaparece. Está pálida, con los ojos encharcados y le tiembla el labio.

—Cre-creo que… —suspira—, vas a pensar que estoy loca…

—¿Qué pasa, Lex?

Entro en el piso, cierro la puerta y camino detrás de ella hasta llegar al salón. Su silencio me está creando una ansiedad insoportable. Sigo cada uno de sus movimientos y cuando se deja caer con agotamiento en el sofá, tomo asiento en la butaca que hay en frente. Inspira con fuerza y al soltar el aire pregunta:

—¿Cuándo os contrataron para el trabajo de Villa Ribadesella?

—Pues no estoy seguro, hará unos meses. El de las fechas y la gestión de contactos es Declan.

—Necesito que me des todos los datos de la persona que os contrató.

—Cielo, eso es imposible.

Se queda callada mirándome un largo rato y ahora mismo no estoy seguro de si debería de decir algo, pero me da la sensación de que necesita su tiempo para decirme lo que sé que la tiene tan sumamente preocupada.

—Dante, creo que mi padre sabía de la existencia de los *Dragons* antes de su muerte.

La mandíbula se descuelga cuando la escucho. Se levanta hasta la mesa del comedor y regresa con un cuento en las manos. Yo sigo boquiabierto mientras sin comprender nada, observo la portada con hadas dibujadas. Sigo sin entenderlo, por eso levanto la vista tratando de hallar respuestas. Ella solo hace un gesto con la cabeza que me da a entender que lo abra. Paso unas pocas páginas y entonces veo una nota manuscrita a mano, la leo en voz alta:

—Tú siempre fuiste de las que creían que los dragones salvaban y las hadas eran las malvadas. Mi guerrera, nunca dejes de creer.

Vuelvo a mirarla aún más confundido.

—Mi madre me leía cuentos de hadas, no de dragones. —Frunzo el ceño—. ¡Oh! Por favor, no te das cuenta…

Releo la frase mientras ella recorre el salón de un lado a otro con una mano en su cintura y la otra sobre su frente.

—No ves que es…

—Demasiada coincidencia. —Acabo la frase y ella se detiene en seco, me mira y asiente con los ojos llorosos.

—Dante, es la letra de mi padre.

—¡¿Qué?! ¿Estás segura?

—Totalmente.

—¡Joder, Dragona! Esto es… —Ella asiente de nuevo y al pestañear, unas gruesas lágrimas se derraman por sus mejillas—. Vale, tranquila. Voy a llamar ahora mismo a Declan y Dorian. —Me levanto casi de un salto, nervioso e inquieto por esta nueva trayectoria de los acontecimientos—. ¿Estás bien?

Una débil sonrisa se forma en su rostro y susurra un frágil «sí».

Camino alterado por la sala sin poder apartar mi mirada de ella mientras los tonos de la llamada se suceden.

—Volador.

—Necesito que vengáis a casa de Alexandra.

—¿Qué ocurre? —pregunta apremiante Declan en cuanto escucha el tono de mi voz.

—Creo que… —me giro a mirar a Lex y un suave sollozo se le escapa—, creo que la persona que nos contrató para el robo en la Villa Ribadesella fue Guillermo Genix, el padre de Lex.

Me giro y la imagen que encuentro la siento como una puñalada en el pecho. La Dragona imperturbable que esta mañana cerraba negocios millonarios y dominaba el imperio NeoGenix se ha volatizado por completo. Ahora mismo, frente a mí, solo queda ella y su completa verdad. Nada de subterfugios o máscaras, simplemente ella. Una mujer desbordada por algo tan enorme que podría acabar con la cordura de cualquier mortal. Su cuerpo tiembla como si fuera un cervatillo en mitad del bosque y estuviera acorralada por decenas de lobos feroces. Es posible que así sea, que toda una manada hambrienta esté deseando hincarle el diente y verla caer. Eso no va a ocurrir, y no porque yo vaya a ayudarla, sino porque, aunque ahora mismo sus fuerzas estén flaqueando, sé que cuando llegue el momento se reconstruirá para convertirse en lo que realmente es; una dragona fuerte e inquebrantable que arrasará con todos los que traten de dañarla.

Extiendo mi mano y avanza los pocos pasos que nos separan, en cuanto la punta de sus dedos toca los míos, la atraigo hasta mi cuerpo y envuelvo el suyo entre mis brazos. La siento más menuda de lo habitual. Acaricio su cabello y espalda con calma, poco a poco parece reconstruirse.

Una de sus manos se cuela por la abertura de mi camisa, el tacto de sus delicados dedos sobre mi piel me excita al momento. Pasa la palma varias veces sobre mi pezón y al sentirlo duro, lo pellizca con severidad.

—Dragona… —gimo con los ojos cerrados.

La caricia asciende hasta llegar a mi cuello y envolverlo. Ajusto con fuerza mis brazos a su alrededor y ella clava las uñas en mi piel. Al mirarla, veo el brillo del deseo en sus oscuros iris. Sin romper el vínculo de nuestras miradas, voy recogiendo el tejido sedoso hasta consigo colarme bajo él. Tal y como imaginé, encuentro su piel

desnuda bajo el camisón. Acaricio su ingle, sus labios, sin prisa, suave, despacio, disfrutando de su rostro expectante. Me cuelo entre sus pliegues y la humedad que encuentro en ellos provoca que mi erección crezca hasta el punto de ser dolorosa. Rozo su clítoris y cuando se arquea deshecha en placer, hundo dos dedos sin remilgos dentro de su cremosa cavidad. Lo hago con tal exigencia que he de sujetarla para que no caiga.

Su mano se ajusta cada vez más a mi cuello y siento el umbral de la asfixia saludarme. Ahora mismo solo deseo follarla duro contra la pared del salón hasta que sus gritos llenen la estancia, pero entonces dejo de simplemente mirarla, la observo y lo comprendo. Lex necesita retomar las riendas, y su manera de hacerlo es supeditándome a su dominio. Salgo de ella y la agarro de los muslos, rápido sus piernas envuelven mi cintura. Avanzo por el pasillo y en cuanto llego a la habitación me aparto de ella para que la deje en el suelo. Empuja mi pecho y no puedo evitar sonreír al ser consciente de que a pesar de lo menuda que es en comparación conmigo, tiene una fuerza sorprendente. Caigo sentado en el borde de la cama a la vez que Lex se arrodilla delante de mí. Sus manos ágiles sueltan el botón del pantalón y tira de la cintura con exigencia. Mi erección palpitante asoma entre el bajo de la camisa y he de reunir todas mis fuerzas cuando la veo relamerse. Deseo con todas mis fuerzas sentir su lengua recorrer mi largada, pero… hoy no va a ir de mí, esto no es lo que ella necesita.

Sujeto su barbilla para alzar su rostro y que me mire.

—Cielo, no.

Sus delgadas cejas se arrugan igual que hace la punta de su nariz y no puedo evitar sonreír al ver esa expresión de confusión. Al ponerme de pie los pantalones acaban de caer al suelo. Me desprendo de ellos y de la camisa mientras ella hace desaparecer el camisón. Una vez desnudos la cargo en brazos y con cuidado la recuesto en la cama. Nuestras pieles se tocan cuando me tumbo encima y con un simple movimiento de caderas me uno a ella. Entro despacio y muy profundo. Beso su nariz, sus párpados y sus labios. Al principio está perdida, no habla, no gime, no me toca, pero cuando entiende que esto no va de sexo salvaje, su rostro se

transforma en la visión más bella que jamás he visto y sus manos envuelven mi cara para prodigar las caricias más dulces que nunca he sentido.

—Te juro que lo voy a arreglar —le hablo con total sinceridad.

—¿Por qué? Perderás millones si me ayudas.

No puedo evitar reírme ligeramente.

—¿Que perderé? —Sigo moviendo mis caderas—. Esto no va de dinero, cielo. Esto va de ti.

Sus ojos se llenan del brillo del preludio de las lágrimas.

—Dante…

—Dragona, no importa cuántas navajas claves en mi piel. —Su risilla se mezcla con un gemido que provoco con mis caderas al rozar su hendidura, pero se pone sería de golpe al ver que yo no me río—. Alexandra, mi amor eres tú.

—¿Has-has dicho…?

—Creo que pasó nada más verte en aquel restaurante, caí rendido a tus pies y cuando tus ojos se cruzaron con los míos lo supe, ya nunca más habría otra mujer. —Cojo aire, no porque no lo sienta, sino porque las primeras veces siempre son difíciles—. Te amo, mi Dragona.

39



Alexandra

A ver cómo explico yo esto.

Estoy… extraña.

Desde que el Dragón irrumpió en mi vida todo ha saltado por los aires. Y ahora va y me suelta que… me ama.

«¡¡Por el amor hermoso!! Qué hombre». No puedo dejar de repetirlo en mi cabeza, ya me resulto pesada incluso a mí misma.

La luz cálida del atardecer se cuela por el gran ventanal y unas bonitas nubes rosas, lilas y naranjas cubren el cielo creando una visión casi mágica desde mi cama.

Se me escapa la risilla cuando mi tontorrona cabeza piensa en que lo mágico ha estado entre mis piernas hace un momento.

—¿Me cuentas qué te hace tanta gracia?

—No.

Su carcajada llena la habitación y me hace rebotar sobre su pecho.

—¿No? ¿Piensas en mí, Dragona?

—¡Oh! ¡Vamos! No seas tan ególatra.

—Cielo —su enorme mano sujeta con delicadeza mi barbilla y me hace alzar la vista para encontrarme con sus penetrantes ojos verdes—, yo también pienso en ti, siempre, a todas horas.

—Por favor, no se puede ser más edulcorado. —Ruedo los ojos con dramatismo y vuelvo a descansar la mejilla en su pecho.

Él ríe fuerte y me gusta sentir la vibración que provoca su tórax.

—Nunca antes había… —No sé ni como terminar esta frase sin decir algo para lo que no me siento preparada.

«Lex, estabas más mona calladita».

—¿Hecho el amor?

«¡Ay, madreee…!». Creo que hasta me he sonrojado.

No respondo, solo le doy un besito en el pecho y vuelvo a dejar mi cabeza sobre él.

Ha sido raro. Nada de sexo duro o castigador, nada de… sentir asfixia. Lo cierto es que ha sido totalmente lo contrario, he sentido como si hubiera pasado una vida entera respirando a medias y de repente todo el oxígeno que me ha faltado me inundara por completo.

Escucharlo decir que me amaba mientras me hacía el amor cubriendo mi rostro de dulces besos ha hecho que se abrieran partes de mí desconocidas, unas que hacen que mi corazón se acelere y una sensación de paz absoluta me inunde.

—¿Estás bien? —pregunta Dante.

—Siendo sincera, no sé cómo estoy… nunca había sentido esto.

—Yo tampoco, pero… tampoco quiero dejarlo de sentir jamás.

Pienso un buen rato en lo que ha dicho y al final, sin un ápice de duda, levanto la vista, le sonrío y respondo:

—Ni yo.

Se acerca y en cuanto nuestros labios se tocan, llaman a la puerta. Dante maldice sin cortarse un pelo y me río.

—*Dragons*, siempre tan inoportunos.

Cuela su mano entre mi cabello y saquea mi boca. El ambiente pronto se caldea y nuestros cuerpos desnudos se rozan con descaro, pero entonces…

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Se oyen fuertes golpes en la puerta y la voz de Dorian gritar:

—¡Dejad de follar como dragones en celo y abrir!

—Mis vecinos no me mirarán nunca más con la misma cara —sentencio rodando los ojos, mientras me resisto al deseo de

quedarme retozando en la cama y me levanto.

Lo hago porque sé que Dorian es tan capullo que sería capaz de aporrear y gritar lindeces hasta que le abriera.

El timbre suena estridente y largo.

—¡¡YA VAAA…!! —vocea Dante y por suerte parece que es suficiente para que despegue el dedo del botoncito que nos está dejando sordos.

Nos vestimos rápido y antes de salir del dormitorio mi dragón me detiene, al girarme, sus manos van a mi cabello y lo peina y recoloca.

—Estás salvajemente perfecta.

Suelta tan pancho y una bomba nuclear estalla entre mis piernas. Me pasa de largo y va directo a la puerta de entrada. Agito la cabeza como un perro sacudiéndose el agua y correteo detrás de él para alcanzarlo antes de que abra.

Entran los *Dragons* que faltaban con Valerie justo detrás cogiendo de la mano a Luz, la hija de Declan. Esa niña tiene una energía arrolladora que te atrapa como si fuera un tornado y no pudieras huir de su vértice. Solo pasamos unas horas con ella en la finca de Sevilla y ya me pareció una monada, y por lo que veo en los ojos de mi prima al observarla caminar junto a ella puedo confirmar que Luz la ha conquistado para siempre.

Se acomodan en el sofá y no puedo evitar mirar con reproche a Dorian cuando Valerie se sienta a su lado. Ahí va el otro que la tiene con los ojillos haciendo chispitas, o más bien lanzando llamaradas… ¡Buf! Esto no acabará bien, estoy segura. Mi prima ni se da cuenta cuando él se encoge de hombros, restando importancia al hecho de que parece que van adosados.

—¿Dónde está Melody? —pregunta Dante.

—Cuando hemos subido en el ascensor ha recibido una llamada del laboratorio y se ha quedado abajo. Pero ya te aviso, viene cabreada como una mona. Se ha pasado todo el camino protestando y relatando la cantidad de cosas que debía de hacer en NoeGenix y que no iba a poder.

—Melody es muy comprometida con el trabajo —trato de justificarla imaginando la que le debe de haber liado a Declan en el

coche de camino aquí.

—Hacerle de chofer a esa mujer está siendo una condena —suelto una carcajada al escuchar al dragón.

—Declan, se te da cada vez peor tratar con damiselas —Dorian se ríe y todos lo miramos con la misma frase en la punta de la lengua: «Y a ti se te da demasiado bien tratar con jovencitas».

—No debería tardar en… —Suena el timbre antes de que Declan termine la frase—. Ahí la tienes.

Mi hermana pasa con un seco «Hola» y sin detenerse ni a mirar a Dante, mientras le sostiene la puerta. Camina directa hasta mí y me abraza con mucha fuerza. Hunde su cabeza en el hueco de mi cuello y me da un besito en él como tantas veces suele hacer.

—¿Estás bien?

Levanto la vista por encima de su hombro y encuentro la mirada de mi dragón, sonrío.

—Sí, estoy perfecta.

—Vale, creo que podemos hacernos a la idea de lo bien que estás —Declan interrumpe el momento con su tono mordaz—. Podéis dejar de lanzaros llamaradas por los ojos y decirnos qué es eso tan urgente que no podía esperar. Luz estaba a punto de darse un baño y…

—Papá, relájate, solo es un baño.

Tras un segundo de silencio, todos estallan en carcajadas y Dante se acuclilla extendiendo los brazos. Sin añadir ni una sola palabra, la pequeñaja corretea hasta fundirse con él.

—Te he echado de menos, Pitufina. —Ella ríe encandilada y no puedo evitar pensar que todos caemos rendidos a sus encantos siempre—. ¿Sabes? —Se separan y se miran con una complicidad genuina—. Lex tiene una bañera enorme.

Levanta varias veces las cejas y ella trata de hacer lo mismo, pero fracasa estrepitosamente haciendo que sus ojos pestañeen descoordinados. Sonrío divertida con las monerías de Luz.

—¿Puedo nadar en ella, Dragona? —me pregunta mirándome y mi respiración se corta al instante cuando escucho cómo me llama.

Dante se levanta y me susurra al oído para que solo yo pueda escucharlo:

—Sé que estás a punto de morirte de lo mona que es, pero tienes que responder.

Giro el rostro para mirarlo sorprendida al ser consciente de que justo es ese el sentimiento que he tenido, me guiña un ojo y con un cabeceo me invita a contestar.

—Pue-puedes hasta bucear si quieres.

Luz, con un gritito de júbilo, corre hasta mis piernas y me abraza a la vez que me da las gracias y me vuelve a llamar Dragona. Agarra mi mano y me mira expectante. Algo preocupada busco a Declan y cuando me regala una pequeña y poco habitual sonrisa, una realidad aplastante me golpea.

«Soy una *Drangons*». De algún modo que no alcanzo a entender, estos hombres me han aceptado en su vida con todo lo que eso conlleva.

Sujeto a Luz por debajo de los brazos y ella de un saltito se acomoda alrededor de mi cuerpo. Sintiéndome más cómoda que nunca, me giro y le doy un corto beso a Dante en los labios y sus ojos se abren entre sorprendidos e ilusionados.

—Vamos, te llenaré la bañera.

—Tío Dante, ¿nos ayudas?

—Claro, Pitufina.

Diez minutos después, ya sentados en el sofá y con el sonido de las zambullidas de Luz de fondo, la cosa se pone seria.

—Mi padre me ha enviado un mensaje —suelto a bocajarro sin rodeos.

Valerie ahoga un gritito con sus manos y Melody me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Cómo dices? —cuestiona mi hermana.

Abro el libro de las hadas y les muestro la nota. En primera instancia, sus rostros se relajan por saber que no he hecho brujería y he resucitado a mi padre de entre los muertos o he estado hablando con su espíritu, justo después llega la confusión.

Declan sin decir ni «mu» se levanta y empieza a sacar ordenadores y aparatos de una mochila, los va colocando y enchufando unos con otros sobre la mesa del salón.

—A ver si lo entiendo —dice Val después de haber escuchado mi teoría—. Crees que tu padre conocía la existencia de los *Dragons* antes de…

—Sí, creo que antes de morir de algún modo supo que ellos debían de ayudarnos.

—Eso es absurdo, no tiene ningún sentido. —El tono de Mel es de enfado.

Puedo entender que todo le esté abrumando, pero no me gusta su actitud, siempre tan reacia a todo lo que tiene que ver con los *Dragons*.

—Claro que lo tiene. Piénsalo bien. Todas sabemos que él nunca se hubiera suicidado. Hasta la policía confesó que era extraño que no hubiera dejado una carta de despedida. Pues… ¡¡Sí lo hizo!! —Extiendo el brazo con la nota de mi padre sujeta entre mis dedos.

—A papá lo mataron. Eso es lo que hemos defendido desde el principio, ¿no? —Alza la voz poniéndose en pie—. ¿Cómo iba a dejar una nota? ¿Ahora se supone que él sabía quién era su asesino y que estos… dragones tienen que ayudarnos? ¡¡Es ridículo!!

—Lo cierto es que tiene todo el sentido —interrumpe Declan la exaltación de mi hermana.

Todos lo miramos mientras él sigue conectando cables con esa actitud de hombre tranquilo e inalterable. Cuando parece que ha terminado de enchufar cosas, se sienta y presiona el botón de encendido. Gira el rostro y añade:

—Alexandra, creo que tu padre sabía que alguien trataba de sabotearlo y… aunque ahora mismo no lo puedo certificar, estoy casi seguro de que fue él quien nos contrató para sacar a la luz todo.

—¿ÉL? ¡¡¿Todo?!! ¿Qué es todo? —Melody se levanta nerviosa—. Lex, ¿qué es lo que está pasando?

Me encantaría contarle la verdad, pero cuanto más sepa, más en peligro la voy a poner, y, sobre todo, más se va a preocupar. No creo que Mel esté preparada para descubrir que todos sus años de esfuerzo y trabajo han sido saboteados.

Valerie se le acerca y abraza el cuerpo tembloroso de mi hermana. Se la ve muy agobiada, ahora mismo su ceño está lleno de

arruguitas y su mandíbula tensa. Peina varias veces el cabello detrás de las orejas.

—¿Qué es lo que no nos estás contando, Lex? —pregunta Valerie casi en un susurro.

Inspiro y miro a los *Dragons*. Ellos se mantienen imperturbables y su fortaleza, la de los tres, la siento también como mía. Camino hasta ellas y tras un abrazo respondo.

—Hay alguien dentro de NeoGenix tratando de hundir la empresa.

—¡¿Qué?! ¿Cómo es eso posible? Los contratos…

—No han sido suficientes.

—¿Sospechas de alguien? —habla por fin Melody con el rostro bañado en la preocupación más absoluta.

—Tengo mis sospechas, pero de momento tenemos que…

—Hemos recibido un mensaje en el Dragonfly —interrumpe Declan.

Dorian y Dante corren hasta el ordenador. Los miro sin entender nada.

—¿El dragón… qué?

—¿Es el mismo contacto? —pregunta Dante ignorando mi confusión.

Declan por fin despega la cabeza de la pantalla y alza la vista para encontrar la de mi dragón.

—Sí, es el mismo.

40



Alexandra

—¿Podéis hacer el favor de decirme qué narices está pasando? —pregunto nerviosa mientras los tres Dragones se sientan frente al ordenador.

Declan teclea con fluidez y los demás observan atentos. Melody da unos pasos para acercarse, pero entonces Dorian se pone en pie y se interpone en su camino.

—Damas, ha llegado el momento de marcharse.

—¡Ja! Aparta de mi camino saco de tinta, quiero ver qué está pasando. Lex, ¿por qué no invitas al cromañón tatuado a largarse?

Todos en el salón me miran esperando mi respuesta. Antes de decir nada ya sé que no le va a gustar.

—Dorian —Mel cruza los brazos y alza la barbilla con gesto de soberbia—, lo mejor es que te las lleves a casa de Melody. Allí estaréis…

—¡¡¿QUÉÉÉ?!! —grita muy enfadada mi hermana—. Yo no me voy a ningún sitio. ¿Qué coño estás haciendo, Lex? ¿Prefieres a unos putos desconocidos que a nosotras?

Ella nunca suele usar improperios y ya van dos, está muy enfadada.

—No necesito que lo entiendas, solo que estés a salvo.

—Siempre hemos estado bien ¡NOSOTRAS! Te has tirado al capullo ese salido de las cavernas y se te ha fundido el cerebro. Un puto polvo más, solo es eso.

—¡¡Basta!! —la corto alzando la voz—. Él no… —Respiro hondo porque ahora mismo ya no sé si me quedan fuerzas para todo esto. El brazo de Dante rodea mi cintura y recobro parte de mi energía—. Esto es diferente.

—¿Diferente? ¡¡¿Diferente a qué?!!

—Pues a todo, Mel, ¡joder! ¡¡A todo!! —Las lágrimas me asaltan de sopetón y ruedan por mis mejillas a la vez que Dante envuelve mi cuerpo con más fuerza como si supiera que ahora mismo necesito que me sujete para no caer.

No acabo de entender qué ha pasado con el grifo, pero parece que alguien lo haya abierto y ahora cada dos por tres estoy goteando por los ojos de manera incontrolada. Algo que no me gusta nada de nada, pero que no puedo evitar.

Melody me observa con el rostro desencajado y la mandíbula tan apretada que creo que va a hacerse daño. Sus puños, al costado de su cuerpo, se ven blancos de tanta fuerza de contención que está haciendo. Casi puedo escuchar el retumbar de su acelerado corazón. Nos batimos un largo rato en un duelo de miradas mientras trato de contener los sollozos.

—¿Lo escoges a él?

—No digas tonterías, Mel.

—Responde.

—Os escojo a todos. Siempre, siempre a vosotras, pero también a los *Dragons* y… sí, a él.

Da un paso atrás como si mis palabras hubieran golpeado su cuerpo con un bate de béisbol. Entonces son sus ojos los que se llenan de lágrimas.

—¡Ja! —Me mira unos segundos más y cuando me deshago del abrazo de Dante y trato de aproximarme a ella levanta la mano para detenerme—. Ni te me acerques. Nos quieres lejos… pues así será.

Se da la vuelta y sale de mi piso abriendo la puerta con tanta fuerza que esta golpea la pared y hace que me encoja por el

estruendo. Siento una mano en el hombro y al alzar la vista me encuentro con Dorian.

—Todo estará bien. Yo me ocupo. —Asiento y tras devolverme el gesto sigue los pasos que ha hecho mi muy enfadada hermana, mientras Valerie se coge a su brazo como si solo así pudiera sentirse a salvo.

—Dorian cuidará de ellas.

—¡Buf! No sé si eso me tranquiliza —confieso observando a mi prima pegada a su costado.

—Él la ve como su protegida.

—Dante, no te atrevas a mentirme, tú tan bien como yo sabes que nadie mira así a su «protegida». —Levanto las manos para entrecomillar con los dedos.

—Lex…

—Déjalo, ahora mismo tenemos problemas más serios. Además, ¿qué es lo peor que podría pasar? —Abre la boca para responder y lo corto—. ¡Ya! No hace falta verbalizarlo, es mi prima pequeña. Centrémonos. Declan, qué es eso del Dragon… no sé qué más.

—El Dragonfly es una aplicación de chat encriptado que desarrollé específicamente para recibir encargos sin que ninguna de las partes implicadas revelara su identidad. Solo se puede acceder a través de un enlace temporal que expira en treinta minutos.

—¿Se borra todo?

—Para ellos sí, yo siempre guardo una copia. —Asiento.

—Y… ¿cómo os contactan?

—Trabajamos con el marketing más antiguo. —Sonríe de medio lado Dante.

—Os conocen a través del boca a boca.

—Chica lista. —Besa mi cabeza y el gesto es tan íntimo que me descoloca, pero Declan continúa con la explicación y trato de centrarme en eso.

—Los clientes tienen un enlace a una antesala del Dragonfly. Una vez nos contactan, les hago un par de preguntas y si el trabajo parece encajar para nosotros les abro el chat. Entonces, acabamos de determinar qué necesitan, en cuánto tiempo y nuestros honorarios. El sistema está configurado para que, una vez abierto, el

chat se autodestruya si no hay actividad en treinta minutos. Cada cliente se identifica con un alias, y nunca sabe a cuál de los *Dragons* está hablando. Ni siquiera saben si somos uno o diez hombres.

—¿Cada cuánto os contacta alguien?

—A la semana solemos recibir varios mensajes en la antesala.

—¿Varios?

—Solo nos quedamos con los que se adaptan a lo que nosotros hacemos.

—¿Y eso es…?

Declan mira a Dante, después me observan, y finalmente mi Dragón decide hablar.

—Ya te dije que somos ladrones. —Me cruzo de brazos con gesto molesto y empiezo a golpear con el pie en el suelo—. ¡Vale! ¡Vale! Sin secretos. Robamos información clasificada, coches de lujo y joyas exóticas. Pero nosotros no nos quedamos con nada de eso, ni tampoco lo vendemos en el mercado negro. Lo robamos para otros.

«Alexandra Genix, ahí tienes tu verdad, ¿no es lo que querías?». Lo cierto es que lo ansiaba, pero ahora me doy cuenta de que estaba mejor siendo una ignorante.

—Sois los… villanos.

—A mí me gusta pensar en que nos parecemos más a Robin Hood.

—Muy heroico y… lejos de la realidad, ¿no te parece? Él robaba a los ricos para ayudar a los pobres. Vosotros se lo quitáis a un rico para dárselo a otro que lo es mucho más y así forraros.

—Bueno, tiene un poco de variación, pero más o menos…

Ruedo los ojos y no puedo evitar sonreír cuando veo la cara de canalla de Dante.

—¿Y cómo…?

—¿Acabamos haciendo esto? —Acaba la pregunta Declan por mí y yo afirmo con la cabeza—. Nos viene de familia.

Como si nada, sigue tecleando en el ordenador.

—Dragona, ninguno de los tres nació en un hogar… convencional. Dorian es hijo de Alessandro Moretti y…

—¿Qué? Espera, espera, ¿estás hablando del Moretti que yo creo?

—Si estás pensando en el traficante farmacológico, sí es él.

—Ese cabronazo lleva años detrás de Virex.

—Lo sabemos, pero has sido hábil. Lo cierto es que te admira, eres la primera que no se doblega a sus persuasiones.

Estoy totalmente alucinaaada… No me puedo creer que Dorian sea hijo de ese hombre.

—Lleva años tratando de extorsionar a todo el equipo de NeoGenix e incluso lo intentó con nosotras tres. —Me quedo pensativa mirando a un punto indeterminado—. No me puedo creer que sea un Moretti —susurro para mí.

Me dejan digerir la información manteniendo silencio y mi cabeza empieza a pensar en mil cosas a una velocidad vertiginosa. Debería estar muy preocupada, uno de los mayores mafiosos en el campo farmacológico es el padre del hombre que se acaba de llevar a las dos personas más importantes de mi vida. La gran pregunta: «¿Cómo me siento respecto a eso?». No necesito pensarlo demasiado, la respuesta llega rápida: confío en los *Dragons*, confío en… Dante.

No tengo muy claro el rato que paso sumergida en mis cavilaciones, preguntas y respuestas, pero ellos han sido pacientes. Tras encontrar la tranquilidad en mi cabezota llena de ruido, retomo la conversación.

—¿Y vosotros? ¿Qué sorpresita guardáis?

—La mía no es tan molona, mi padre era instructor militar de élite en las fuerzas especiales alemanas —dice Declan—. Siempre me vio como un proyecto más que como un niño. Me crio entre entrenos extenuantes y palizas. Cuando llegué a la adolescencia, ya estaba harto de mí, así que me envió al St. Mortimer Institute y allí los conocí.

Me he quedado sin palabras, algo que en mí es casi imposible.

—¡Papáá…! —El grito de luz rompe el incómodo silencio.

—Voy a sacarla de la bañera, debe de parecer ya una pasa.

Lo dice como si nada, sin dar ninguna importancia a la historia que acaba de contar.

—Hay toallas limpias en el armario de al lado de la bañera.

—Gracias —responde entrando en el pasillo.

Alzo la vista para alcanzar la del enorme hombre que sigue a mi lado y una vez más, sin que tenga que decir nada, entiende lo que quiero.

—Yo soy hijo de ganadero.

—¿Y ya? —Suelta una carcajada.

—Bueno, lo cierto es que no. Mi padre es la quinta generación de ganaderos de mi familia. Todos los Cortés se han dedicado a la cría de caballos de pura sangre. Pero papá amaba más el dinero y las mujeres que los animales, así que arruinó el negocio. Desesperado, decidió hacer tratos con Moretti, al que conocía de varias subastas de sementales. El padre de Dorian, le abrió la puerta…

—¿A qué?

—Lex, mi padre blanqueaba dinero de la mafia italiana y, bueno, con los años, de muchos más. Utilizaba la compra y venta de caballos para convertir sumas millonarias en flujo de caja legal.

Las piernas empiezan a temblarme, camino como puedo hasta el sillón y me dejo caer en él totalmente desbordada.

—Demasiada información.

—Cielo, yo no…

—Ni te atrevas a decir que no eres como tu padre. ¡¡Por el amor de Dios!! Sois unos ladrones e hijos de… de… mafiosos. —Apoyo los codos en mis rodillas y escondo mi rostro entre las manos.

Dante sujeta mis muñecas y tira de ellas para obligarme a mirarlo.

—Dragona, nunca te he mentido.

—¡Lo sé! Pero eso no hace menos impactante la verdad.

Acaricia mi rostro con dulzura y dejo caer mi mejilla en su palma cerrando los ojos. Sin abrirlos me confieso:

—Confío en ti, Dragón. Aunque no puedo evitar estar aterrada y sobrepasada.

El silencio nos abraza de manera dulce, nuestras miradas se anudan y yo siento que a pesar de todo lo que me acaban de contar, nunca he estado tan cerca del lugar en el que debía de estar.

—Tío Dante, ¿está bien la Dragona? —Declan aparece con Luz en brazos.

Ya está vestida y su cabello húmedo perfectamente peinado.

—Claro, Pitufina. Es solo que está cansada.

—Yo también estoy muy cansaaadaaa… —Bosteza a la vez que trata de hablar.

—Si a Lex le parece bien, puedes dormir aquí en el sofá.

—Por supuesto, Declan, traeré una manta.

Antes casi de que su padre la acabe de tapar, ya tiene los ojos cerrados y la respiración relajada.

—¡Wow! Ha caído rendida en solo unos segundos. —Declan se agacha para besar la punta de su naricita y susurra algo en alemán que no entiendo.

—Es muy dormilona, su madre también lo era.

—¿Dónde está…?

«Bip».

—Es un mensaje del Dragonfly —anuncia Declan antes de que pueda acabar de formular la pregunta y se acerca al ordenador con urgencia, Dante va tras él.

—¿Qué ocurre?

Me acerco y tomo asiento en la silla que antes ocupaba Dorian. En la pantalla negra se lee una única frase en color verde:

***DG**:*
Necesito algo especial.

Declan teclea la respuesta:

***Dragón del Tesoro**:*
Define especial.

***DG**:*
Virex.

***Dragón del Tesoro**:*
Habla, tienes 30 minutos.

Los dedos de Declan van veloces, la pantalla cambia y se abre otra nueva. Mi corazón he empezado a latir atropellado y casi no puedo respirar. «¿He leído Virex?».

***DG**:*
Quiero que salgan a la luz
los estragos de Virex.

***Dragón del Tesoro**:*
¿Qué sabes de eso?

***DG**:*
Lo suficiente como para saber
consciente de que si sale a la
luz llevará a la quiebra a NeoGenix.

***Dragón del Tesoro**:*
¿Qué es lo que necesitas exactamente?

—¿Quién leches es DG? —cuestiono inquieta ya sin poder retener una sola pregunta más en mi cabeza.

Me va a dar algo.

—Ya te he explicado antes que no podemos saberlo. —Gruño molesta por su tono o quizá es la frustración que siento ahora mismo por no poder controlar en absoluto esta situación y todo lo que me está haciendo sentir.

—Y ¿cómo contactas con ellos para la entrega o el pago?

—A través del DragonMail.

—¿Todo tiene que llevar la palabra dragón? —suelto muy irritada.

—Somos los *Dragons*… no entiendo la pregunta —responde cortante Declan y continúa explicando—. Una vez aceptamos el trabajo en el Dragonfly, el sistema les genera automáticamente una dirección de correo temporal cifrada, que expira una vez recibimos el dinero en la cuenta y los archivos han sido entregados.

—¡Mira! Está respondiendo. —Señala con el dedo Dante la pantalla y se ven tres puntitos parpadeando.

***DG**:*
Quiero la fórmula de Virex 1.0
y que se haga pública.

***Dragón del Tesoro**:*
¿Cuánto?

***DG**:*
Treinta millones de euros.

***Dragón del Tesoro**:*
¿Y por qué deberíamos hacer ese trabajo?

***DG**:*
Para salvar la vida de miles de personas.

41



Alexandra

El momento temido ha llegado. Sabía que era solo cuestión de tiempo. Ha caído la noche y, aunque en mi cabeza todo parece nublado, el cielo está completamente despejado y cientos de estrellas brillan en él. Esto es una de las cosas que más me gusta de los áticos, por suerte la contaminación lumínica no alcanza esta altura y eso me regala siempre noches alucinantes.

Los Dragones están en completo silencio a varios metros de distancia. Me he alejado de ellos porque ahora mismo necesito mi espacio para digerir lo que va a ocurrir mañana. Ya no podemos postergar más la verdad.

—Cielo. —Miro por encima el hombro a Dante, está preocupado.

—Sin remilgos, ve al grano, Dragón.

—Si revelamos lo que hemos descubierto…

—Lo sé —interrumpo—. La primera en caer seré yo.

Vuelvo a mirar por la ventana y me mantengo de espaldas a ellos. Otra maldita lágrima traicionera hace acto de presencia. Con un manotazo la aparto.

—¡Hagámoslo! —sentencio.

—¡NO! ¡Te has vuelto locaaa! —Escucho los gritos de mi prima Valerie a través de los altavoces del ordenador—. Alexandra Genix, no hagas estupideces. ¿Me oyes? ¡¿Me estás escuchando?!

Trato de calmar a mi histérica prima, así que decido regresar hasta la mesa y ponerme delante de la cámara para que vea que sigo aquí. Se ve la sala del piso de Melody y a esta sentada en una punta del sofá con cara impertérrita. En cambio, Valerie, envuelta entre los brazos de Dorian, sigue gritando que estoy loca mientras llora compungida. Creo que si el dragón la soltara sería capaz de atravesar la pantalla solo para zarandearme.

—¿Os dais cuenta de que si lo hacemos, Lex puede ir a la cárcel? —Val cada vez está más nerviosa.

Dorian la sujeta con más fuerza y la acuna como si fuera una niña. No sé qué le dice al oído, pero parece que la calma un poco. Mientras tanto, Mel, a un par de metros de distancia, con la mirada a algún punto indeterminado, lanza la pregunta del millón:

—¿Por dónde empezamos?

Ahí va… «Respira, Lex, todo saldrá bien».

Las he enviado a casa de mi hermana, pero después de que el tal «DG» contactara a los *Dragons*, no ha habido más opción que llamarlas.

Cojo aire y lo dejo ir con la respuesta sabiendo el impacto que va a tener.

—Vamos a revelar los efectos secundarios de Virex.

—¡¡¿QUÉ?!! —Melody salta del sofá—. ¡NO! Pero… ¡¡¿Tú te has vuelto loca?!!

—Melody, ¿no te das cuenta? Virex se está cobrando vidas. ¡Vidas!

—¡¡Basta!! Eso son gilipolleces, Virex es perfecto. ¡Perfectooo…! Todo eso es una burda mentira. Lo diseñamos durante años para que fuera excepcional. ¡No-no-no-no…!

—Mel, escucha.

—¡No, no, no…! No vais a joderme, no, no… Esa es mi obra maestra. ¡Mía!

Me sorprende el comentario y sin poder contenerme le respondo.

—Fue la obra de papá, tú le ayudaste, pero fue él el creador.

—Y tú qué coño sabrás —responde cortante y me llevo una mano al pecho debido a la impresión de la dureza de sus palabras—. Mientras tú jugabas a ser un Ranger y te pasabas el día dando

pataditas a un saco, yo me tiraba noches enteras en ese laboratorio tratando de encontrar la fórmula perfecta.

—Eso no ha sido nada justo —conviene Valerie.

—Haz el favor de callar mientras hablan los mayores.

—¡Melody! —Me levanto de la silla indignada—. Te estás pasando. Esto no es culpa ni de Val ni mía. Alguien en el laboratorio nos la ha jugado, y tenemos que averiguar quién ha sido. —Resoplo arrepentida por haberlas hecho marchar hace unas horas, ahora agradecería tenerlas a las dos aquí—. Mel, no podemos dejar que más gente muera.

Detiene su paseo y se vuelve a mirar a la pantalla, a mí. Todos nos mantenemos callados a ambos lados de la videoconferencia un largo rato. Es como si ellos supieran que necesitamos tiempo para digerir todo y nosotras que ellos nos están cediendo nuestro espacio.

—¿Crees que papá pudo alterar el fármaco?

—¿Qué? Nooo… Melody, fue su gran obra, él nunca…

—O quizá sí —interrumpe Dante con voz suave—. Y si se corrompió.

—Mi padre no se corrompió.

—Alexandra, si quieres que esto salga bien debes de prepararte para… cualquier cosa. —Miro a mi hermana y por detrás aparece Val y la abraza—. ¿Lo estás? ¿Estás preparada para todo lo que se va a desencadenar con la revelación de la verdad de Virex?

—Lex, por favor, no lo hagas. Si revelas toda esa información, si realmente hay alteraciones en la fórmula…

—Caeré yo, pero vosotras… no.

—Deja de hacerte la hermana mayor, esa soy yo. ¡No necesito que me protejas!

—Esta vez sí, hermanita, esta vez… sí.

42



Alexandra

Llevo un rato tratando de que Melody y Valerie se tranquilicen. Sé que están muy preocupadas, sin embargo, parece que el hecho de vernos a través de la videollamada y que charlemos largo y tendido sobre lo que está ocurriendo ha logrado calmarlas un poco. Finalmente han entendido que no podemos seguir postergando el análisis de la fórmula del Virex 1.0. A Mel le ha costado un mundo aceptar que cabe la posibilidad de que el fármaco esté alterado y sea dañino. Mi prima… ella no está tan preocupada por los resultados de los análisis, más bien le angustia lo que pueda ocurrirme a mí cuando salgan a la luz todo.

Ahora viene lo bueno, hay que recoger muestras de varios comercios y revisar si la fórmula es la original, la que diseñó mi padre, o si esta ha sido alterada.

Porque sí, yo defenderé hasta el final la inocencia de papá.

Si tras la revisión no se trata de la original… ahí vendrá la siguiente guerra, intentar demostrar que NeoGenix no la ha distribuido en el mercado sin pasar los controles de sanidad obligatorios. La situación es gravísima. Además, cuando salga la verdad a la luz, todo será como un efecto dominó, irán apareciendo testimonios en televisión, prensa, redes sociales… Y a su vez, la

siguiente bomba, el material que cuidadosamente alguien ha ido eliminando y ha querido ocultar con tanta celosía, resurgirá y lo hará como si fuera un puñetero sunami que lo arrasa completamente todo.

Los *Dragons* siguen debatiendo a través de la videoconferencia cómo vamos a enfocar la… revelación. Y yo no puedo dejar de darle vueltas a todo, parece que las tres Genix lo hacemos, ninguna habla. Quizá ellas estén escuchando atentas, pero yo… tengo demasiado ruido en mi cabeza.

Una parte de mi desea —¡sueña!— con una posible realidad paralela, una en la que la verdad es que Virex siempre fue y sigue siendo un fármaco alucinante creado para ayudar a las personas a ser más audaces, a mejorar la concentración y aumentar el rendimiento cognitivo. Virex nació para evitar la fatiga mental en contextos laborales y estudiantiles, salió al mercado para crear una era de personas más lúcidas y capacitadas. Debía de cambiar vidas, el problema es que lo está haciendo, sin embargo, muy lejos queda de la idea inicial.

—¡Dios mío! Yo misma, en alguna ocasión le he suministrado Virex a Valerie. Incluso yo lo he tomado en algunos periodos —explico.

No sé si la conversación va por ahí, pero cuando me ha venido a la mente una culpabilidad enorme me ha asaltado y no he podido evitar verbalizarlo.

—¿Y nunca sentiste los efectos secundarios? —Niego con la cabeza respondiendo a Dorian que pregunta como si fuera ese el tema que trataban en ese momento—. ¿Tampoco notaste esa sensación de adicción de la que hablan los testimonios recopilados?

—No. Nada.

—Lex, ¿tú no lo cogías del repositorio que tenía tu padre en su despacho? —pregunta mi prima pensativa.

—Sí, siempre. Nunca cojo nada de los laboratorios o los almacenes porque se lleva un riguroso control y se hacen inventarios continuos.

—¿Cuánto hace que no se repone el stock del despacho de papá?

—No lo sé, Mel. No he vuelto a entrar desde que lo encontraron ahí… muerto.

—Vale, creo que lo mejor es que nos pongamos a trabajar y nos preparemos para lo que se viene —interrumpe Dante.

Dorian se levanta ágil, coge el portátil entre sus manos y se aleja de mi prima y mi hermana. En un susurro, con la cara pegada a la pantalla, dice:

—Prometo cuidar de ellas.

Sin más, corta la llamada y, la verdad, aunque siga sin acabar de creerme lo que voy a decir, confío en que lo hará. Además, eso a mí me da un espacio mental que ahora mismo necesito. No puedo estar en todo y con todos en este momento, saber que ellas estarán bien me permite centrarme en la magnitud de lo que va a venir.

Solo hace unas horas que soy la socia mayoritaria y parece que el cargo no solo me va a constar una suma ingente de billetes. Cuando decidimos que debía de absorber las acciones lo hicimos con una razón, fue algo meditado y que tiene todo el sentido del mundo. Debíamos eliminar de la ecuación a posibles problemas presentes o futuros. Los inversores eran los primeros en los que pusimos la mira. Todos los *Dragons* coincidieron en que había muchas probabilidades de que uno de ellos hubiera vendido información clasificada de la empresa para hacer crecer sus ya grotescas cuentas, pero para mí no tenía ningún sentido. Ellos nunca tuvieron acceso a Virex, solo a los resultados económicos.

No digo que no estuvieran colaborando de algún modo, pero las cabezas pensantes… definitivamente no.

—La persona que está detrás de todo esto es alguien mucho más ambicioso, alguien que ansía el poder por encima de todo. Alguien egoísta y que su única meta en la vida es engrosar sus arcas sin importar el medio para conseguirlo.

Miro a Dante y con cada palabra que dice un nombre se va evidenciando.

—Esa descripción encaja perfectamente con una única persona de mi entorno.

—¿Te quedas callada para generar tensión? Porque lo estás consiguiendo y…

—¡Oh, vamos, Declan! Déjalo ya. Dale su tiempo, tío. Esto no es tan fácil para ella.

—Dante, el tiempo corre y la gente muere. Quizá tú no tienes prisa, pero es posible que haya una madre que prefiera que seamos ágiles antes de enterrar a su hijo universitario tras ponerse hasta el culo de Virex.

Solo de pensar en lo que dice se me eriza la piel.

—Para mí el único que encaja con el perfil que buscamos es uno: Roberto Genix —sentencio.

—Me alegra que lo hayas dicho tú. —Se levanta de la mesa Declan, es imponente, no tanto como mi dragón, pero lo es.

Debe de medir como metro noventa, puede que él nunca llegara a ser militar como su padre, pero sin duda podría pasar por uno de ellos.

—¿Lo sabías?

—En realidad aún no lo sabemos ninguno, pero está claro que él es el que más papeletas tiene de ser el número ganador.

—No creo que debamos centrarnos solo en él. Ya sabes cómo van estas cosas, muchas veces…

—Es él, tiene que ser él —interrumpo a Dante—. Siempre envidió a mi padre, desde niños ansió lo que él tenía. Es egoísta, carroñero, y el dinero es su único aliciente en la vida. Tiene todo el sentido, es más, desde el principio, mi intuición me dice que él tiene algo que ver con su muerte.

—En el informe pone que tu padre se suicidó…

—Creo que llegados a este punto está bastante claro de que no fue así —corto a Declan y su respuesta me deja alucinada.

—Sí, está claro.

—¿En serio lo crees? —Miro a Dante y me regala una dulce sonrisa y siento como si en ella me estuviera diciendo: «nosotros te creemos, vamos a ayudarte, estoy contigo, cielo».

—Alexandra, el informe forense de tu padre es de dudosa veracidad.

—¿Qué habéis descubierto? —pregunto ansiosa.

—El médico que firmó ese informe recibió un ingreso de un millón de euros un día después en una cuenta que acababa de abrir

en las islas Caimán.

—¡¡LO SABÍA!! Siempre lo supe ¡¡JODER!! —grito a la vez que río y… lloro, mientras camino de un lado al otro dando chillidos de euforia y a la vez consumida por la rabia. Todo mezclado con sollozos.

Un cóctel de emociones desbordadas que ya ni me molesto en disimular o contener.

43



Dante

—Tú te das cuenta de que está zumbada, ¿verdad? —pregunta Declan cerca de mi oído sin dejar de observar a Lex explotando en cientos de emociones dispares y contrapuestas.

—La amo —respondo mientras Lex salta dando un grito de júbilo y justo al caer se ovilla en el suelo y solloza llevando la mano a su pecho como si no pudiera soportar el dolor.

Declan me mira, siento sus ojos clavados en mí, yo mientras tanto los mantengo pegados a mi Dragona.

—El primer día que la vi supe que era la perfecta loca para ti. —Golpea mi hombro con camaradería y ahí sí que me giro, nos sonreímos—. ¿Qué hacemos? —pregunta señalando con la cabeza a Lex.

—Vamos a dejarla que lo digiera a su manera.

Los dos nos recostamos con el trasero en la mesa del comedor, cruzamos los brazos y esperamos pacientes.

Lex pasa un rato en cuclillas, al principio suelta algún grito, después solloza y cuando empieza a llorar desconsolada y se deja caer para sentarse en el suelo, Declan me da un golpecito con el codo incluso antes de que me dé tiempo de levantar el trasero para ir a consolarla.

Nada de esto está siendo fácil para ella; la responsabilidad no solo de su prima y su hermana, la de cientos o quizás miles de vidas recaen sobre su espalda. Descubrir que el fármaco que debía de mejorar la humanidad la estaba destruyendo, es muy duro. Aunque no lo reconozca, sé que dentro de ella hay la pequeña duda de si realmente su padre pudo alterar las dosis.

No sería tan loco pensarlo. Un científico obsesionado, las ansias de poder… Un cóctel que rápido puede llevarte por el mal camino. Quizá Guillermo Genix solo trataba de que la gente no dejara de tomarlo y se le fue la mano y acabó convirtiéndolo en algo tremendamente adictivo y peligroso. O puede que alguien en el laboratorio lo haya hecho para destruir NeoGenix, también cabe la posibilidad de que todo tenga que ver con el dinero, y haya alguien forrándose a costa de la vida de otros. Sea lo que sea lo descubriremos, pero mientras tanto, al igual que todas estas dudas me asaltan a mí, lo hacen también en Alexandra. El problema es que en la mayoría de las situaciones ella puede acabar cargando con la culpa de otro.

No lo permitiré, moveré cielo y tierra, haré lo que sea necesario, cueste lo que cueste, pero Lex no cargará con la culpa de otros.

Camino y cuando llego frente a ella me acuclillo. Acaricio su cabello. Al levantar la cabeza su dolor me desgarra. Tiene el rostro bañado de lágrimas y la angustia es su única identidad ahora mismo.

Mi valiente Dragona ha navegado un rato entre el oleaje de sus tinieblas, tratando de contener unas emociones que arrasaban con todo y finalmente lo ha dejado ir con un grito desgarrador y un llanto cargado de angustia. La cojo en brazos y sus dos manos se aferran a mi camisa como si fuera el ancla que justo necesita para no seguir a la deriva.

—¿Estás mejor, mi cielo?

—Eres un ñoñas, pero me encanta cada vez que me llamas cielo. —Su risilla se mezcla con otro sollozo.

Trata de restar importancia a la situación con humor, la quiero un poco más por eso.

—Lex, me duele verte así, sé que has de transitarlo, pero no lo soporto.

—¿Tú qué haces cuando debes digerir?

—¡Volar! Antes montaba a Drakonis y sentía la gravedad en mis pies, o pilotaba el helicóptero, incluso me iba a hacer escalada.

—¿Antes? Y… ¿ahora? —Sorbe por la nariz y, a pesar de todo, se la ve preciosa con la punta de las pestañas pegadas debido a las lágrimas.

—Verás, mi pasión siempre ha sido volar, pero ahora ya solo siento que toco el cielo cuando estoy contigo.

—¡¡OHHH!! ¡¡Vamos! ¡No jodas, Volador! De verdad que esto es inaguantable. La palabra ñoñas se te queda muy pequeña, colega —suelta Declan tratando de sonar frustrado, pero, en realidad, el muy capullo se está tronchando por dentro, lo veo en su cara.

—¡No te cortes! Tanta represión te va a matar —le concedo.

Como si fuera el pistoletazo de salida, Declan suelta una enorme carcajada, sin poder evitarlo Lex y yo le seguimos. Durante un rato no podemos parar de reír, como si todos necesitáramos esas risas para poder destensar el ambiente. Ver a Lex intentando gestionar sus emociones ha sido… turbador.

—Voy a preparar café, tenemos mucho trabajo por delante. —Declan sale del comedor aún con el rostro bañado en diversión, sin embargo, pronto todo se volverá a convertir en seriedad.

—Cree que estoy como una regadera.

—Mmm… no voy a mentirte, sí, lo piensa. Pero también me ha dicho que eres perfecta para mí.

—Pues yo no estoy ya muy segura de eso. —La miro estupefacto —. No pongas esa cara, Dragón. Te me has ablandado; me has hecho el amor despacio, me has dicho que me amas, que soy perfecta para ti… ¿Qué has hecho con mi Dragón salvaje? Ese que me empotraba y me llevaba a tocar el cielo sin aliento.

Antes de que acabe la frase ya estoy duro.

—¿Eso es lo que quieres?

Se muerde el labio, pero igualmente soy testigo del gemido que se le escapa.

Sin que se lo espere, envuelvo su cuello con mi enorme mano, casi puedo rodearlo entero. En cuanto lo hago, arquea el cuerpo y sus caderas impulsivamente se mueven buscando placer.

—Responde, Dragona, ¿eso es lo que quieres? ¿Lo quieres duro y salvaje?

—Sí.

Sin soltarla, sujetando su trasero con una mano mientras la otra no suelta su delicado cuello y presiona sobre él haciendo que su piel tostada adquiera un tono carmesí, camino hacia las habitaciones.

—¿En serio? ¿Ahora? Pero ¿vosotros no sabéis parar? —Declan está indignado—. ¡Dante! ¡Alexandra! ¡Tenemos mucho trabajo!

—Ves tomando el café, no voy a necesitar mucho tiempo. —Alzo la voz adentrándome en el pasillo que lleva al dormitorio de Lex mientras ella ya se agita sobre mí, rozando su hendidura desesperada por encontrar el placer que ansía.

Entro en su dormitorio, cierro la puerta y con las ganas de hundirme en ella, le doy la vuelta. Tiro del botón de los *jeans* y le bajo el pantalón tan rápido que la hago tambalearse.

Lex es sumamente fogosa, ardiente y me encanta, pero por un segundo dudo.

—¿Estás segura? Hace un momento…

—Dragón, haz que mi cabeza se calle, por favor, haz que se calle.

Su súplica me pellizca el corazón.

—Toquemos el cielo juntos —digo cerca de su oído justo antes de hacerlo.

Porque sí, me hundo en ella sin remilgos, de una fuerte estocada, hasta el fondo. Tan profundo que estoy seguro de que sus pies han dejado de tocar el suelo y… literalmente la hago volar.

Envuelvo su cintura con una mano y con la otra presiono su cuello con la fuerza justa que sé que le gusta. Cuando la tengo bien anclada, acelero y sus gritos se mezclan con mis gruñidos, todo acompasado con el ruido que hace la puerta en la que Lex se sujeta con las dos manos.

—Esto, esto sí es volar de verdad, cielo.

44



Dante

—Ten la decencia de peinarte un poco, anda.

Declan me habla a mí y directamente le ignoro, pero Lex estira los brazos y empieza a recogerse el cabello en un moño alto.

Declan está sentado en la barra de la cocina tomando el café y con uno de sus ordenadores delante.

—Eres un idiota, estaba preciosa con el pelo suelto.

—Tanto edulcorante me está empachando. Déjalo ya, ¿quieres? Necesito que te centres, esto es serio, Dragón.

Lex, que está volviendo a calentar el café en el microondas, al escucharlo, se gira inquieta.

—¿Ha ocurrido algo… más?

—¿En los siete minutos que habéis necesitado para casi tirar la puerta abajo?

—¿Cuánto hace que no tienes buen sexo? —pregunta Lex con descaro y la cara de Declan muta, se contrae, su mandíbula se tensa y los puños los aprieta hasta adquirir un tono blanquecino.

Alexandra al momento se da cuenta de que no debería de haber hecho ese comentario.

—Oye, no quería…

—Hace cuatro años, desde que mi mujer murió. ¿Estás más tranquila ahora que conoces el porqué de mi falta de sexo?

—Siento mucho lo de tu esposa.

—No tanto como yo.

Sin previo aviso, Alexandra, deja la taza en la encimera, se acerca a Declan y lo abraza. Casi me parto de la risa cuando veo su expresión de asombro.

—Lo digo de verdad, lo siento mucho, Dragón.

Y justo en ese momento su corazón de hielo se doblega. Mi imperturbable amigo levanta una de sus manos para llevarla a la espalda de Lex y así poder devolverle el abrazo.

—No podías saberlo.

Ella se separa un poco, le da un beso rápido en la mejilla y añade despreocupada volviendo hacia el microondas.

—¿Por dónde empezamos?

Declan sonríe, una sonrisa genuina y cálida que hacía mucho tiempo que no veía y un estallido en mi pecho lo llena todo de un amor inconmensurable por esta mujer que acaba de conseguir mucho más que nosotros en estos últimos años.

—Lo mejor es… ¡hacerlo estallar todo por los aires! —Acompaña la frase extendiendo los brazos.

—Me gusta la idea —respondo rápido.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Lex, tenemos que sacar a la luz la verdad de Virex mañana a primera hora.

Lex lo mira fijamente, seria, pensativa y preocupada. Respira hondo, yergue la espalda y con decisión responde.

—Asumo lo que esto va a suponer, ¡hagámoslo!

Llevamos horas sentados alrededor de la gran mesa de salón que tiene Lex. He perdido la cuenta de la cantidad de casos que se han intentado denunciar y que han sido callados por infames sumas de dinero y otras prácticas que han dejado a mi dragona en un estado sombrío que entiendo, pero no me gusta.

—Listo, estos son todos los contactos de prensa. He descartado los más sensacionalistas y te he puesto arriba los que se ciñen más a la verdad en sus reportajes.

Lex le entrega el listado transcrito a mano por ella misma a Declan.

—Genial, gracias.

—Y… —titubea—, ahora ¿qué?

—Alexandra, necesito que entiendas que esto va a cambiar tu vida para siempre. —Ella asiente con firmeza—. Bien. Ahora voy a difundir algunos de los informes médicos que he recuperado a los principales medios de comunicación que me has dado. Creo que solo enviándolo a los diez primeros ya será suficiente. Debes de entender que en cuanto la información salga a la luz…

—Todo va a recaer sobre mí.

Estiro la mano y la entrelazo con la suya sobre la mesa. Declan observa el gesto unos segundos, carraspea y se centra de nuevo en la pantalla de su ordenador.

—Esto es una puta bomba, así que no solo serás tú la receptora de su expansión. Todos los Genix: tu tío Roberto, tu prima y hermana, también van a estar en el punto de mira.

—Dorian cuidará de ellas, ya le he avisado de que no deben de salir del piso de Melody.

—Mel no va a aceptar. Ella jamás falta al trabajo, vive más tiempo en los laboratorios que en su piso.

—El acoso mediático va a ser brutal. Será mejor que la llames y le hagas entrar en razón.

45



Alexandra

Dos horas después el mundo entero odia a Virex, a NeoGenix y… a mí.

Lo que para gran parte de la humanidad ha sido hasta hace un puñado de minutos la solución a todos sus problemas, el remedio milagroso… ahora se ha convertido en odio, repulsión y mucha preocupación.

El caos absoluto se ha desatado. Miles de personas hacen colas en centros médicos para que revisen su estado de salud. Se ha generado un pánico global y ahora muchos creen que van a morir por haber ingerido Virex.

Es mil veces peor de lo que imaginé.

Dante se ha ido justo antes de lanzar la noticia para poder preparar todo y Declan parece haber abierto la caja de pandora. No deja de recabar información y cada vez hay más informes médicos. Políticos y policías aceptaron ingentes sumas de dinero por guardar silencio y millones de pruebas que atestiguan los muchos efectos adversos y secundarios que se han ocultado durante años en multitud de personas.

Me levanto de la silla, camino intentando paliar los nervios y al mirar por la ventana suspiro.

—Esto es el principio del fin —afirmo en voz alta.

Hablaba para mí, pero Declan me responde.

—Dante dijo que estaría contigo para ayudarte, Alexandra —me giro y su cara es el reflejo de la sinceridad—, estaremos todos los *Dragons*.

Bueno, se supone que dice la verdad, ahora mismo ya ni creo en mis supuestas capacidades. Está claro que cuando más falta hacían menos han resultado. Tantos análisis de la conducta no verbal, psicología cognitiva y del comportamiento para naaada. Hay alguien que se ha estado riendo en mi cara y ni me he dado cuenta.

«¡Dios, si papá levantara cabeza!». Al pensar en mi padre me viene al momento el recuerdo de su nota:

Tú siempre fuiste de las que creían que los
dragones salvaban y las hadas eran las malvadas.
Mi guerrera, nunca dejes de creer.

Mi vista se reenfoca y veo que Declan me está mirando fijamente. «¿Me ha preguntado algo y no me he enterado?». Me da igual la verdad, ahora la que tiene preguntas soy yo.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—No te entiendo.

Camino y me acerco un poco a la mesa desde donde él me mira de frente, sin titubear.

—La que no lo entiende soy yo. Vamos a ver, la situación es clara… estoy vendida, no hay nada que hacer, voy a acabar en…

Declan se levanta cuando se me quiebra la voz.

—No irás a la cárcel —sentencia sujetando mis hombros con sus grandes manos.

Alzo la vista y me sonríe, no lo suele hacer mucho, pero le sienta bien. Cuando lo hace se ve que detrás de esa fachada de hombre rudo y gruñón hay una gran persona.

—¿Cómo estáis tan seguros?

—Alexandra, tú no creaste la fórmula de Virex, solo necesitamos demostrar que no eras conocedora de los efectos secundarios y…

—No quiero que mi padre cargue con la culpa.

Se me queda mirando un largo rato, me da un apretón en los brazos para infundirme una calma que no llega.

—Podemos salvarte a ti, pero a él no.

Y la losa de la verdad cae sobre mí. No es que no lo supiera, pero que lo haya verbalizado ha sido lapidario.

Mi móvil suena con el aviso de un mensaje y dándole un puntapié a todo lo que me está consumiendo por dentro, me aparto de Declan y tras cogerlo, desbloqueo la pantalla.

—¿Es Dante? —me pregunta al ver que arrugo el entrecejo.

—No... No sé quién es, pero mira.

Extiendo el móvil y en la pantalla se ve un mensaje:

Desconocido:
Todas las respuestas hoy
a las 22.00h en la Villa Ribadesella.

—No vas a ir. —Lo miro alucinada—. ¿Qué? Es peligroso, Dante no querrá y además…

—Cállate, Declan. ¿De verdad crees que tú o Dante podéis impedir que vaya? Esto es lo más cerca de la verdad que podríamos estar. ¡¡¿No lo ves?!!

La puerta de mi casa se abre y un exultante Dragón aparece con mis llaves en la mano. No sé cuándo pasamos del quiero matarte a ten las llaves de mi casa, pero en esas estamos.

—Salvado por la campana. Anda, dame el móvil, trataré de rastrear el número mientras entras en guerra con el Volador.

—¿En guerra? —Dante me mira confuso.

—Voy a ir a Ribadesella, a la Villa.

—No es buena idea que salgas de aquí antes de la rueda de prensa de mañana.

—Me han citado allí para darme respuestas.

—Ahí va… —susurra Declan y lo miro con una mirada que me hubiera encantado que de verdad lanzara cuchillos.

—¿Quién te ha citado?

—No lo sé, pero he de ir a averiguarlo… yo sola.

—Y en tres, dos, uno… —Otra vez Declan.

—¡¡NO!! ¡Ni de puta coña! No irás a esa maldita casa a encontrarte con nadie.

La siguiente media hora es una batalla campal. Dante amenaza con atarme a la cama si cometo la locura de intentar ir allí sola y yo… ¡buf! cansada de su «yo hombre, tú mujer, yo proteger, tú callar», he decidido noquearlo y… maniatarlo a la maneta de la ventana con unas esposas de pelito rojo que tenía en el cajón del dormitorio.

Como pesa tanto no podía moverlo hasta una de las sillas, así que lo he atado a lo que tenía más cerca.

—¿Qué? —pregunto indignada aún con el aliento agitado al ver a Declan observarme.

—Sois dos putos zumbados.

—Ha empezado él. —Lo señalo indignada.

Mientras Dante y yo hemos guerreado por el poder en una batalla verbal y después física, él ni se ha inmutado. Ha seguido trabajando como si no hubiera un hombre de dos metros tratando de retener a una mujer escurridiza en el mismo salón.

—¡Grrr! —El rugido del Dragón que tengo a mi espalda hace que Declan se ría y niegue con la cabeza.

Cojo una de las sillas y me siento frente a Dante, pero manteniendo distancia, no soy tan tonta.

—Escucha bien, Dragón —está aturdido por el golpe que se ha llevado en la cabeza al caer al suelo cuando le he noqueado y ha perdido el conocimiento, aprieta los ojos algunas veces tratando de centrar la visión—, podrás gobernar mi cuerpo siempre que quieras en la cama, Dios sabe lo mucho que me gusta que lo hagas —se escucha a Declan resoplar, lo ignoro—, pero, presta mucha atención, nunca, jamás, serás el dueño de mis decisiones.

Me levanto y me acerco a él. Al acuclillarme agarro su cabello y tiro con saña. Dudo durante unos segundos, cojo aire y lo dejo ir sin separar mis ojos del verde de los suyos.

«¡Vamos, Lex! Tú no eres una cobarde». Me animo a mí misma.

—Te amo, Dragón. —Las pupilas de Dante se dilatan como si explotaran. Me observa totalmente quieto, ha dejado incluso de

respirar—. No tengo muy claro cómo ha pasado todo esto. ¿Cómo hemos pasado de te tiro por un barranco a un…?

—¿Te amo? —susurra.

Le sonrío y dejo ir su cabello para acariciar su rostro y la suave barba que lo cubre.

—No importa lo mucho que te quiera, jamás tendrás una sumisa. Yo no soy ese tipo de mujer. Yo soy…

—Una Dragona guerrera que me tiene loco con sus locuras.

Ruje como si de verdad fuera un Dragón a la vez que tira con una fuerza descomunal con sus manos esposadas. La maneta a la que lo había maniatado se parte y a la vez se oye un crujido. Al compás del sonido el cristal de la ventana se agrieta de punta a punta. Antes de que el rápido surco llegue al otro extremo, Dante ya ha envuelto mi rostro con sus dos manos y me está besando.

Un beso devastador que me roba el aliento, aunque más corto de lo que me hubiera gustado. Al separarse descansa su frente sobre la mía.

—¿De verdad creíste que esas esposas impedirían que llegara a ti? —Ambos nos reímos, pero él pronto vuelve a la seriedad—. Perdona. Es solo que… ¡Joder! Me he ido un par de horas y parecía que me faltaba algo.

—Tu ñoñería empeora por momentos.

—Cuidado, Dragona, se te está pegando. —Volvemos a reírnos.

—Voy a ir.

—Lo sé —suspira con pesadez y sus párpados se cierran.

—Dragón —abre los ojos y sus largas pestañas casi rozan las mías de lo cerca que está—, ¿me acompañas a Villa Ribadesella?

46



Dante

Muevo los mandos y hago un requiebro para reajustar la dirección de nuestro vuelo. Sobrevolamos el cielo inclinados. Lex está sentada a mi lado y la luz cálida del atardecer hace refulgir con más fuerza el brillo de sus ojos, el mismo que vi en ellos el primer día que la subí al helicóptero para llevarla a Sevilla. Aunque nada es comparable al que a centelleado cuando hemos volado juntos. No puedo evitar sonreír al recordar a mi Dragona entre mis brazos surcando el cielo.

Habíamos planeado el operativo para el anochecer. No podíamos salir del bloque de Lex por la puerta principal porque se hubieran lanzado sobre ella como buitres. Desde que Declan envió algunos informes de efectos adversos de Virex el mundo, literalmente, se había vuelto loco. Delante de la puerta de Alexandra se había instalado todo un regimiento de periodistas hambrientos y deseosos de carnaza. Y también una multitud de protestantes furiosos.

Cientos de personas habían empezado a subir vídeos a las redes sociales explicando su propia historia, algunas ciertas y bueno, otras solo para poder generar audiencia y aprovecharse del momento. Siempre habrá de los que no les importa mentir si con ello consiguen algunos *like*. Indignante, pero muy real.

Lex parecía haber recuperado la cordura mientras el resto de la humanidad la perdía. No sé si fue el sexo, la pequeña guerra cuerpo a cuerpo que tuvimos o que simplemente que había llegado el momento de coger el toro por los cuernos, pero la mujer que lloraba, gritaba, reía y sollozaba, hacía unas horas, se había esfumado por completo.

Tras invitarme a acompañarla a Villa Ribadesella y que le respondiera con un sí rotundo, había desaparecido diciendo:

—Voy a prepararme.

«¡¡*Ozú*!! ¡¡Qué mujer!!». Pensé en cuanto regresó con el olor del champú en su piel recién duchada, una coleta tirante y alta y… un traje que hizo babear hasta a Declan. Él lo negará el resto de sus días, pero yo sé lo que ambos vimos y te aseguro que no existe hombre o mujer que pudiera ser inmune. Una camiseta sin mangas negra se ceñía a ella por completo al igual que los pantalones del mismo color, cada jodida curva de su cuerpo era una evidencia. En los pies unas botas de montaña.

—¿Has cambiado de opinión y vas a alistarte en las fuerzas especiales en vez de salvar NeoGenix? —El comentario de Declan la hizo sonreír.

—Nunca me alistaría, pero me entrenó durante muchos años uno de los sargentos de élite de ese equipo.

Los dos nos miramos, volvimos a ella y sin saber qué añadir, mi amigo tomó asiento y continuó trabajando.

¿Qué respondes a algo así? A nosotros no se nos ocurrió nada. Lo único que fui capaz de decir fue:

—Estás… es-estás…

Sí, muy locuaz e inspirador. Un tartamudeo de quinceañero fue el gran comentario que compartí con los allí presentes. El capullo del *Dragons* se rio y Lex… agarró mi camisa para que me acercara y me besó con una pasión y decisión que me dejaron aún más atontado que cuando la vi entrar.

—Todo saldrá bien, no importa mi final, ahora lo único que importa es descubrir quién está detrás de todo esto —sentenció con sus labios sonrosados por el beso y la valentía en la mirada.

Tomé las riendas en el asunto y dejé a un lado todos mis pensamientos lascivos para centrarme en la misión. Esto era muy serio, sin duda alguna era el trabajo más magnánimo que había hecho hasta el momento. Y no, no iba a cobrar ni un duro, sin embargo, iba a ser el que más ricos nos hiciera a nivel personal. Por primera vez sí íbamos a ser Robin Hood, bueno, o algo similar.

El plan inicial era salir en la penumbra y de este modo pasar totalmente desapercibido. Lex y yo nos esconderíamos en mi casa y al día siguiente Declan saldría con el coche de ella haciendo creer a todos que, tras esos cristales tintados, estaba Alexandra. La intención era que lo siguieran a él hasta el lugar acordado para la rueda de prensa multitudinaria que daría Lex. Nosotros saldríamos con calma desde mi piso sin problemas. El plan era redondo, pero cuando llegó el mensaje con la citación en la Villa Ribadesella, esa idea tuvimos que reajustarla.

Declan hará lo planeado, dormirá en casa de Lex y saldrá una hora antes de su casa camino de la citación con la prensa. Nosotros… hemos volado a Ribadesella y regresaremos a primera hora a tiempo para responder a los periodistas.

El único problema de este nuevo «plan»: mi idea para salir de casa de Lex sin ser vistos. Yo lo había organizado todo pensando en que sería de noche, ahora debíamos hacerlo de día. El mayor problema era que cabía la posibilidad de que si miraban hacia arriba nos verían, sin embargo, seguía siendo la mejor opción.

El edificio de Lex es colindante a uno comercial, su ático está como a diez pisos más de altura. Íbamos a descender por la pared del bloque. Era rápido, sencillo y aunque ahora lo haríamos a la luz del día, la probabilidad de que nos vieran era escasa.

Estaba todo listo, solo me faltaba mi dragona. Ajusté bien mi arnés al suyo uniéndolos con un mosquetón, no me separaría de ella. Pasé la cuerda para el descenso entre nosotros y la sujeté con firmeza con los guantes. Tuvo un momento de duda en el que miró el anclaje que había hecho a una de las columnas que tenía en la terraza y le susurré:

—Todo irá bien.

—Lo sé —respondió recuperando por completo la confianza en mí.

Ese fue el pistoletazo de salida para saltar. Descendimos de una aproximadamente un tercio de los treinta metros que teníamos bajo los pies y…

Volamos.

Durante unos segundos volé con ella entre mis brazos y su preciosa sonrisa consiguió que, al fijar los pies en la pared para detenernos, sintiera que todavía flotaba. Juro que me había prometido que bajaríamos rápido… No pude resistirme a besarla. Di una vuelta a la cuerda entre una de mis manos para anclarnos bien y separé los pies para dejarlos colgando. Fue un beso lento, húmedo, que nos acompañó durante todo el trayecto hasta que, sin darnos cuenta, tocamos suelo.

Mi pasión siempre había sido volar, pero nunca había tocado el cielo como en ese instante.

—No vamos a llegar a tiempo. —Escucho la voz de Lex en los auriculares por encima del ruido de las hélices.

La miro de reojo, no estoy seguro de si está otra vez hablando con ella misma o conmigo, la respondo igualmente.

—Cielo, sea quien sea, te esperará. Nadie se toma tantas molestias para después largarse si no llegas puntual.

Declan ha estado tratando de rastrear el número o al menos desde dónde se había enviado el mensaje, pero nada.

—Ha sido un móvil desechable conectado por wifi pública, sin SIM, sin GPS, sin identidad. En cuanto envió el mensaje, desapareció de la red. No duró ni cinco minutos encendido —ha confirmado antes de salir para Ribadesella.

—Un mensaje fantasma —le respondí y él afirmó.

No dijimos nada más, aun así, quedó claro en ese momento que quién quiera que sea sabe bien lo que se hace.

Empujo los mandos para empezar el descenso. Ya casi es noche cerrada. Las hélices siguen girando después de haber detenido el motor cuando siento el móvil vibrar en el pantalón. Lex ya se ha apeado y arruga el entrecejo al verme descolgar la llamada. Es

imposible que pueda escuchar la conversación hasta que no se detenga por completo el helicóptero y deje de hacer ese ruido tan característico que hacen las aspas sesgando el aire. Me observa mientras hablo con Dorian.

—Tenemos un… problemón.

—¿Otro más? Creo que ya vamos serviditos. Tío, aún no sé cómo voy a sacar a mi Dragona de este lío y tú con más cositas —digo molesto—. Se supone que…

—Dante, esto no es una «cosita más».

Ahí me doy cuenta de que la cosa es sería.

—¿Qué coño ha pasado?

—He-he… —¡Jodeeer…! Dorian dudando, esto es chungo—. He perdido a Melody.

—¡¡¿QUÉÉÉ?!! ¿Cómo es posible? No se suponía que…

—Sí, sí, se suponía que estaba conmigo. Después de la llamada ha dicho que ya que no iba a poder ir al laboratorio y que trabajaría desde casa. Se ha metido en su despacho y ya sin más, unas horas después ya no estaba.

—¿Unas horas? —Me bajo del helicóptero—. ¿Y se puede saber qué estabas haciendo para que haya salido de casa sin que te enteraras?

Lo mato, juro que como estuviera enredado con la pequeña de las Genix lo mato.

—Ha saltado por la ventana. No sé a qué hora, yo estaba con Val en el salón mirando la televisión. —Me giro y veo a Lex que empieza a caminar hacia donde estoy—. ¿Se lo vas a decir a Alexandra?

—No. —Lo tengo claro—. Solo la preocuparía y eso la volvería vulnerable, su hermana y su prima son su debilidad.

—Y tú, Dante. Así que protege tu culo de Dragón.

—¿Lo dices por ella, por mí o porque tú estás preocupado?

Tarda en responder, al hacerlo, me quedo muy sorprendido.

—Por las tres cosas. Me gusta esa mujer y me gusta quién eres cuando la tienes cerca. Así que no me jodáis y volved sanos y salvos, ¿vale?

—Necesito que la encuentres.

—Voy de camino a casa de Lex para que Declan me ayude a rastrear su móvil. No te preocupes, lo solucionaré.

—¿Todo bien? —pregunta Lex apareciendo frente a mí.

Cuelgo sin ni siquiera decir adiós, la miro y… miento.

—Sí, todo bien.

Antes de que pueda analizarme, me lanzo sobre su boca o, mejor dicho, la distraigo. Algo aturdidos los dos por el beso, entrelazamos nuestros dedos y caminamos hasta el taxi que nos espera en la entrada del hangar gracias a Declan.

47



Dante

—Me encanta este lugar —explica cuando pasamos bordeando la playa—. Por eso me compré un ático.

—¡Otro ático, eh! —Sonreímos los dos y tras un pequeño silencio me lanzo a preguntar—: ¿Por qué no te hospedas en la Villa?

Arruga los morritos observando el oleaje.

—Demasiados recuerdos.

No es momento de ahondar en eso, la necesito centrada y con la mente fría, no recordando lo que sea que le hace tener esa expresión en el rostro, así que cambio de tema.

—Creo que lo mejor es que dejemos el coche a una distancia prudencial de la Villa.

El conductor del taxi mira por el retrovisor con curiosidad, la gente es muy cotilla. Lex solo suelta una carcajada que no alcanzo a entender.

El taxista cotilla nos deja delante de un bloque de pisos, uno de los más altos en primera línea de playa. Lex saca unas llaves y tras pulsar el botón de un mando, abre el garaje, la sigo cuando empieza a bajar la rampa. Varios coches de gama alta lucen aparcados uno tras otro, alguna plaza está vacía. Está claro que es un edificio de gente con dinero, dentro de este *parking* hay una millonada, si

Dorian lo viera… Voy despistado y choco con su cuerpo, me disculpo a la vez que la sujeto. Sigo el recorrido de su mirada y una preciosa Ducati Monster 821 de color rojo brilla bajo la luz del fluorescente que la alumbra.

—Ahora entiendo tu risa en el taxi. Eres una caja de sorpresas, Dragona.

Al fondo hay una taquilla de la que saca dos cascos. Se sienta y con un gesto de cabeza me indica que me coloque detrás. Ni me atrevo a rebatirla. El golpe de gas nos saca rampa arriba y en solo unos segundos estamos zigzagueando entre el poco tráfico de Ribadesella.

Conduce por la carretera de curvas inclinando su cuerpo de un lado a otro mientras con el mío la sigo como si fuéramos uno. Toma un desvío en el bosque y aminora la velocidad para poder avanzar por el sendero algo abrupto. Entre los dos escondemos la moto entre unos matorrales.

—Venga, estamos muy cerca. —Empezamos a caminar.

Camina en plena noche como si pudiera hacer el sendero con los ojos cerrados, probablemente así sea. La veo mirar varias veces el reloj, llegamos más de media hora tarde y eso la pone nerviosa.

No titubea ni un poco al llegar frente a la casa y continúa hasta la puerta de entrada.

—La alarma está desconectada —susurra.

Rápido saco el arma que llevo en la espalda sujeta con la cintura del pantalón. No me gustan las pistolas, pero esta situación es crítica, nada ni nadie la va a lastimar. Aunque tenga que incumplir la promesa que me hice hace cuatro años el día que murió la esposa de Declan.

Entramos en la casa con sigilo y un ruido llama nuestra atención.

—Es en el dormitorio de Mel —susurra.

Me pongo delante y agradezco que no quiera hacerse la valiente en este momento. El jardín está alumbrado y la poca luz exterior se cuela por las ventanas, nos alumbra lo suficiente para poder ver donde pisamos y a su vez pasar inadvertidos. Se vuelve a escuchar ruido, juraría que alguien está rebuscando en cajones o armarios.

Lex levanta un dedo y señala la puerta de la que viene el sonido. Miro a través de la abertura que dejan las bisagras y…

—¿Qué coño haces aquí? —pregunto dando un puntapié a la puerta y apuntando con el arma a…

—¿Melody?

—¿Lex?

Alexandra sale corriendo y se abraza con su hermana.

—¿Tú también has recibido el mensaje?

—Lex, estoy asustada, menos mal que estás aquí.

—Todo saldrá bien.

—Un momento, aquí hay algo que no cuadra… —Pero antes de poder continuar, el ruido de una recámara cargando me alerta y giro mi cuerpo rápido para apuntar en esa dirección.

«¡¡Hostia!! ¿Esto es una puta broma de mal gusto?».

Me quedo de piedra, no estoy seguro de si es real o estoy alucinando.

—No puede ser… —hablo más para mí que para los demás.

Me quedo estupefacto sin dejar de apuntarle con el arma entre ceja y ceja.

—Hola, *Dragons*. Ya tenía ganas de conocerte.

Un grito ahogado de Alexandra me hace entender que solo con la voz ya sabe a quién estoy evitando que vea con mi gran cuerpo. Me empuja con suavidad para apartarme a un lado y no pongo impedimento. Lo que tampoco hago es bajar el arma.

—¿Papá?

—¿Guillermo?

Hablan las dos hermanas a la vez.

—Hola, cariño. Siento haberte mentido, pero era el único modo.

48



Alexandra

—Te-te incineré… Tuve esas cenizas entre mis dedos y las dejé volar en ese mismo jardín. —Levanto la mano temblorosa para señalar hacia el exterior.

—Gracias, mi niña, ya sabes que es lo que siempre he deseado. Estar aquí, con ella.

—Te vi colgando de esa soga, palpé tu pulso, estabas muerto.

Giro el rostro de golpe al escuchar a Mel.

—¿Lo viste? ¿Có-cómo? Se supone… Estabas en…

—¿Un congreso de científicos en Dublín? —Miro a mi padre aún si creerme que esté frente a mí tan… vivo—. No, Lex, tu hermana —lo dice con un tono en la voz que me deja de piedra y hace que me tiemble todo el cuerpo— nunca estuvo en Dublín, estaba demasiado ocupada tratando de matar a su padre.

Las palabras calan dentro de mí despacio, una a una, calando hondo y dando un nuevo y espeluznante sentido a todo. Me giro a mirar a mi hermana y lo que veo se emborrona con las pungentes lágrimas tan rápido como la verdad me golpea.

—Es verdad —confirmo en un susurro para mí misma.

En este instante todo cobra sentido, nunca he fallado, mi intuición y todo mi adiestramiento, no ha fallado. Simplemente

jamás la miré con intención de análisis, a ella… ¿A mi hermana? ¿Cómo iba a hacerlo?

Un fuego abrasador se arremolina en mi estómago, el odio hace acto de presencia y… todo el amor se volatiza al ser consciente de que Melody no se ha tratado de justificar, ni siquiera lo ha desmentido. Solo sigue ahí, callada, mirándome fijamente.

«Mi hermanastra ha tratado de matar a mi padre». Resuelvo en mi cabeza y ese es el pistoletazo de salida.

Escucho la puerta de la ventana corredera abrirse y regreso de mis pensamientos. Un grito ensordecedor y primario sale de mí, no lo dudo ni un segundo, le arrebato el arma a Dante y corro tras ella cuando trata de huir por el jardín.

—¡¡Lex!! ¡¡Alexandraaa…! Detente, nooo… —Los gritos de Dante me alcanzan, no me detengo, solo acelero aún más.

Veo a Mel correr de una escultura a otra en el jardín y disparo sin pensarlo. La bala hace saltar un trozo de piedra del ala de una de las hadas que talló mi madre. No me importa, ahora solo quiero venganza.

—Lex, por lo que más quieras, para. —Dante me sujeta por la cintura y nos transporta a ambos detrás de otra escultura.

—¿Que pare? ¡¡¿Que pareee…?!! Mató a mi padre, ¡¡a NUESTRO padre!!

—Tú no lo entiendes. —Escucho a Melody—. Él se negaba.

—¡¡ES TU HERMANA!! —grita mi progenitor llegando a mi altura, mira a Dante y después a mí entre sus brazos—. ¡Claro que me negaba! Es antinatural.

No sé a qué se refiere, pero está claro que no, no estoy entendiendo nada.

El arma cada vez tiembla más entre mis manos. Dante, con cuidado, las envuelve y poco a poco me la quita mientras las lágrimas de incomprensión resbalan por mi rostro. He de pestañear varias veces para poder ver con claridad.

—Eso lo decidiste tú, no dejaste que ella escogiera. ¡Ella me quiere! Ese bastardo musculado es solo un pasatiempo.

—¡Espera! —Dante se ha dado cuenta de lo que está diciendo a la vez que yo lo he hecho.

Envuelve mi cuerpo con más fuerza, como si solo unas palabras pudieran provocar que nos separemos. O quizá lo hace para sostenerme porque se ha dado cuenta de que mis piernas son ahora mismo de gelatina.

—Por eso los besos en el cuello, las caricias incesantes y esas miradas… —enumera Dante. Se calla un segundo pensativo antes de llegar a la conclusión que yo ya he llegado y que me está destrozando por dentro—. Estás…

—Obsesionada con Alexandra —sentencia mi padre acabando la frase que no parecía capaz de verbalizar Dante.

—¡Ella me ama! —grita Melody desde detrás de un hada de grandes alas—. Fuisteis vosotros los que lo arruinasteis todo, todooo… Cada vez la alejabais más de mí.

—Mi esposa te adoraba y tu… —El arma que no ha bajado en ningún momento tiembla entre sus manos y el espanto se adueña de mí al ver los ojos de papá inundarse en lágrimas.

Me mira de reojo haciendo que una pieza más del puzle encaje.

—Ella… —sollozo y mi padre, con el reflejo de la más absoluta tristeza, asiente—. ¡¡AHHH!! —grito desesperada.

De un codazo en las costillas consigo que Dante me suelte. Me lanzo al jardín, ruedo por él y al levantarme, corro en dirección a Melody. Puedo escuchar a mi padre rogarle al Dragón que me detenga, pero eso ahora ya es imposible. Tengo un objetivo y es acabar con la vida de la persona que acabó con la mía, porque sí, estoy viva, pero la muerte de mis padres me apagó por dentro.

La veo salir de entre las figuras y huir hacia el acantilado. La poca luz que ilumina el jardín se emborrona cuando mis ojos se llenan de lágrimas de rabia y dolor. Pero la silueta de la traición sigue siendo evidente.

—¡¡Te odiooo…!! —grito de nuevo desgarrando mi garganta.

Al llegar casi a su altura, extiendo los brazos para lanzarla al vacío de un empujón. Pero entonces un pectoral fuerte y robusto se interpone. El cuerpo de Dante aparta el de mi hermana y es a él a quien empujo. Mis ojos se abren desmesurados al verlo bascular con un pie en el borde de la montaña y el otro ya en el vacío, agita los brazos tratando de mantener el equilibrio. Estiro la mano para

cogerlo y lo único que consigo es arrancarle el colgante, solo un instante después, mi Dragón cae al vacío y… Vuela.

49



Dr. Genix

COMISARÍA DE RIBADESELLA, AL DÍA SIGUIENTE POR LA MAÑANA.

—Tú siempre fuiste de las que creían que los dragones salvaban y las hadas eran las malvadas. Mi guerrera, nunca dejes de creer —recita el inspector con la nota que le dejé a mi hija entre sus manos —. ¿Qué intención tenía cuando dejó esta nota a su hija?

—Mi pequeña es sumamente inteligente, sabía que entendería que debía fiarse de los *Dragons*.

—Señor Genix, llevamos horas tratando de localizar a esos *Dragons* —dice con resquemor en su voz y también bastante frustración—. Nada, es imposible rastrear el dichoso Drangofly. Usted entiende que ocultar información solo va a empeorar su situación.

—Le he dicho todo lo que sé. Si no les responden no es cosa mía, inspector.

—¿Por qué los contactó a ellos y no fue a la policía?

—Nadie me hubiera creído.

—¿Qué trata de decirme, señor Genix?

—Todo fue culpa de mi hijastra.

—Entonces confirma que fue Melody Genix quien alteró la composición de Virex. ¿Puede demostrarlo?

—Por supuesto.

—¿Y por qué su hija haría tal cosa?

—Por amor. —El agente que lleva el caso me mira con gesto confuso.

—Doctor Genix, creo que lo mejor será que empiece desde el principio. ¿Por qué está aquí sentado conmigo y tengo un informe forense que certifica su muerte?

—¿Eso? Eso solo es un papel.

Un certificado, una firma, un número de registro. Una mentira cuidadosamente construida. Nada que el dinero no pueda pagar.

—No lo entiendo. ¿Por qué fingir su muerte?

—Porque era la única forma de proteger a mi hija… y de exponer a la que ya no lo es.

Me observa sin interrumpirme. Trato de acomodarme en la silla y mantener la calma. He ansiado este momento durante mucho tiempo, sabía que no sería fácil, pero nunca imaginé que sería tan duro. La sala es fría, y aunque todo en ella parece nuevo, moderno y limpio... el aire huele a traición. Hoy es el día, ya no hay vuelta atrás, la verdad saldrá por fin a la luz y no tendré que seguir escondiéndome.

Me inclino hacia delante, apoyo los codos en la mesa y la barbilla en mis manos entrelazadas. Sin más demora, empiezo desde el principio.

—Cuando mi esposa murió, todo se volvió más oscuro. Lex era una niña y yo un hombre roto. Melody… Melody me devolvió la ilusión por mi gran pasión, Virex. Lo había dejado abandonado después del entierro, pero ella empezó a hacer preguntas tan excepcionales… ¿Sabe que su coeficiente intelectual es de 156?

—He revisado los informes, sin duda una mente excepcionalmente prodigiosa.

—Inigualable —determino con convicción—. Melody con tan solo catorce años ya daba charlas sobre neuroplasticidad en foros universitarios mientras yo la miraba absorto. A los dieciocho, ya

tenía dos títulos universitarios. Y a los veintiuno, fue la mente más joven en liderar, junto a mí, un laboratorio farmacéutico europeo.

—¿Por qué la adoptaron?

—Precisamente por eso, un prodigio como ella no podía quedar perdida en un orfanato sin que se pudieran ensalzar sus virtudes. Era una suerte haberla encontrado y tener los recursos para hacer de ella algo fuera de serie. Pero… resultó ser el mayor error de nuestras vidas. Un error muy inteligente, brillante, incluso, pero… letal. Su genialidad y obsesión convirtió a Virex en el fármaco más peligroso del mercado.

—¿Está diciendo que su hija adoptiva saboteó Virex?

—Ella lo rediseñó. Lo elevó. Lo llevó a lo más alto… saboteándolo. Convirtió mi gran descubrimiento en un monstruo. Y nadie fuimos capaces de verlo venir. Era joven, talentosa y tenía la sonrisa perfecta. Pero la ambición no tiene rostro, agente. Solo ansias de resultados.

—¿Y usted? ¿No lo sospechó?

—Claro que lo hice. Pero demasiado tarde. Cuando mi hermano Roberto empezó a suministrar Virex a su esposa y en vez de mejorar, empeoraba, me asaltó una duda que, si le he de ser sincero, agente, me costó mucho aceptar.

»Roberto y yo jamás hemos tenido una buena relación, él siempre estuvo enamorado de mi esposa, y nunca soportó que me eligiera a mí. Y aunque se casó y creó su propia familia, su rencor no sanó.

Hablar de mi preciosa Virginia duele igual que el primer día, durante unos segundos guardo silencio recabando las fuerzas para continuar. Mientras tanto él toma notas en su libreta. Me espoleo y continúo con la historia de mi muerte, o bueno, de mi regreso a la vida.

—¿Cómo llegó a la conclusión de que su hijastra había manipulado Virex?

—En el entierro de mi cuñada vi la actitud de Melody con Alexandra y sentí… —pienso un momento la palabra exacta y por más que trato de enmascararla con otra más suave no hay ninguna que lo describa mejor—: repelús, mucho repelús. No se toca ni se

mira de ese modo a una hermana. Fue un golpe duro descubrir lo que estaba ocurriendo.

—¿No se dio cuenta antes?

—Era un idiota deprimido demasiado egoísta como para dejar de regodearse en mi propia pena. Melody y yo trabajábamos en el pequeño laboratorio que tenía en Villa Ribadesella, prácticamente no salía de ahí. Ya nunca visitaba NeoGenix, le cedí control total de I+D a Melody y mi hermano gobernaba el resto a sus anchas, tal y como siempre quiso. Todo me daba igual, todo menos Virex y convertir a mis dos hijas en prodigios. Mel en una científica brillante y a Lex en inquebrantable e irrompible.

—No acabo de entender lo de Alexandra. ¿Por qué? ¿Tenían amenazas de algún tipo? —Suspiro cargando con la culpa más grande.

—Estaba tan obsesionado… —Mi vista se pierde en un punto inconcreto y las imágenes de una Lex exhausta entrando por la puerta me golpean el corazón—. No podía perderla, a ella no. Así que la convertí en una mujer letal e imparable, una fuera de serie.

—¿Por qué decidió que su hija tuviera esa educación tan…?

—¿Peculiar? Mi mujer siempre quiso animarla a ser excepcional y cuando tocó escoger una actividad extraescolar, Lex escogió artes marciales. Ese fue el punto de inflexión de una educación que… —Hago una pausa—. Cuando ella se fue… cuando Virginia nos dejó… me obsesioné. Creí que, si la convertía en una supermujer, no sufriría la falta de su madre. Qué equivocado estaba. Fui un necio.

Ambos nos mantenemos en silencio y pasados unos segundos, retomo la explicación.

—Todo estalló el día que mi cuñada entró en el laboratorio de Villa Ribadesella. —El inspector se yergue en la silla, atraído por el nuevo giro de la historia—. Siempre me llevé bien con ella, aunque no teníamos una relación muy estrecha debido a las diferencias que mi hermano y yo hemos tenido toda la vida. Nadie, excepto Melody osaba entrar, ni siquiera mi Lex. Recuerdo que cuando levanté la vista de una probeta, su imagen me impactó. Pasaban largas temporadas en la Villa, prácticamente vivían allí.

—¿Y eso no le molestaba?

—¿Por qué debía de hacerlo?

—Dice que nunca se entendió con Roberto.

—Así es, pero, agente, es mi hermano.

Sus ojos se ajustan y me observa con más detenimiento, como si no comprendiera lo que digo.

—Inspector, entienda que mis hijas y mi sobrina son como una sola, o al menos las tres lo fueron hasta ahora…

«Ya nunca más serán tres». Pienso solo para mí.

—¿No discutían con Roberto? —Sonrío con pesar.

—Podían pasar semanas y ni me lo cruzaba. Ya le he explicado que no salía del laboratorio, tenía una cama en él y el servicio solía dejar la comida en un mueble buffet que tenía justo al lado de la puerta. Muchas veces estaba tan metido en mis investigaciones que se pasaba la hora y ahí se quedaba la bandeja sin tocar.

—¿Qué le contó su cuñada?

—Lo cierto es que, cuando la vi entrar, tan delgada y demacrada, creí que el idiota de mi hermano la había engañado con otra o alguna cosa por el estilo. Pensé que me iba a pedir ayuda para gestionar el divorcio. No estaba preparado para lo que me dijo.

—Por favor, continúe. —Asiento y tomo un trago largo del vaso de agua que el agente colocó delante de mí al inicio del interrogatorio.

Levanto la vista y me quedo unos segundos mirando el cristal de delante en el que me veo reflejado. Sé que detrás de él debe de haber al menos dos agentes de policía más.

—Mi cuñada estaba convencida de que su marido, mi hermano, la estaba drogando. Ella creía que Roberto había cambiado los blísteres de Virex por algún otro tipo de fármaco o sustancia que la estaba enfermando. Comenzó tranquila, pero pronto se alteró, fue como si de golpe perdiera el juicio. Con una mano empezó a golpearse la frente y no dejaba de repetir una y otra vez: «fuera de mi cabeza, fuera de mi cabeza, fuera, fuera…» —El recuerdo es tan vívido que me eriza la piel—. Me acerqué tratando de calmarla y cuando coloqué mi mano sobre su hombro estalló. Perdió por completo la razón, golpeó un carrito lleno de muestras y sus pies

descalzos empezaron a sangrar debido a los afilados trozos de cristal que se habían esparcido por el suelo.

»Alexandra apareció en el quicio de la puerta y nos miró estupefacta. Supongo que fueron los gritos de histeria y el estruendo que la alertaron. Entró en el laboratorio y agarró a su tía por detrás, encerrando sus brazos, mientras yo seguía ahí, mirando, sin comprender nada.

—¿Qué ocurrió después? —pregunta apremiando para que siga con la narración.

—Que me di cuenta de que era de todo menos un padre. Mi hija cerró la puerta y me dejó ahí. No me pidió ayuda, ni me preguntó qué había ocurrido, nada, solo… me dejó trabajar sin molestarme.

—Señor Genix. Perdone, pero no entiendo qué relación tiene su cuñada con todo lo demás. Hemos leído los informes y, al parecer, la esposa de su hermano fue diagnosticada de esquizofrenia, sufría alucinaciones y pérdida del sentido de la lógica. ¿Esto qué tiene que ver con usted?

—¿Conmigo? Nada y a la vez todo.

—Sea más claro, por favor.

—Mi cuñada fue la primera persona en consumir Virex 1.0. —Los ojos del inspector se abren sorpresivos, pero no me detengo y continúo con la explicación—. Ahí empecé a investigar y cuando llegué a la conclusión, cuando descubrí la gravedad del asunto… ya era demasiado tarde.

»Le dije a Melody que creía que alguien estaba manipulando el fármaco y… firmé mi sentencia de muerte. Lo vi en su mirada. Hasta ese momento no le molestaba, pero cuando entendió que si yo seguía rascando, llegaría hasta ella… su actitud cambió drásticamente conmigo. Supe que tenía que hacer algo antes de que lo hiciera Alexandra.

—¿Y su brillante idea fue fingir su muerte?

—Sí, prefería fingirla antes de que ella lo convirtiera en un hecho.

—Perdone, señor Genix, pero no me lo está poniendo fácil para entenderle… ¿Por qué no acudió a la policía?

—Porque con una mente como la de Melody… la verdad no se denuncia. Se construye y entonces se lanza al mundo cuando es

imposible detenerla.

El agente me mira largo rato. Creo que aún no sabe si creerme.

—Debería revisar el *pendrive* que el otro policía me ha requisado al detenerme. Lo llevaba en el bolsillo.

—Lo tenemos. —Se oye una voz a través de unos altavoces que, hasta ahora, no había visto pero que descubro en las esquinas superiores de la habitación.

Queda ratificado que, tras el cristal, hay más personas. La puerta se abre y entra un hombre, no debe de tener los cuarenta, pero cerca. Sin prestarme atención, coloca un ordenador portátil abierto sobre la mesa y junto al él, el *pendrive*. Después, sin añadir palabra, sale y cierra de nuevo.

—¿Qué es esto?

Señala con un dedo el dispositivo negro con la palabra *Dragons* grabada en dorado.

—Ahí está toda la verdad. Informes. Grabaciones. Correos. Las pruebas de que Virex 1.0 nunca fue un fármaco, si no un experimento muy peligroso. En él se constata que Melody no era una prodigio… era la ingeniera del caos. Y si no la frenábamos, Alexandra… mi Lex, habría sido su siguiente víctima.

Silencio.

—¿Y por qué lo cuenta ahora?

—Porque los Dragones han hecho su parte. Y porque yo ya no necesito esconderme. Estoy preparado para lo que venga, estoy listo para hacer libre a mi hija y que, por fin… viva sin la carga de NeoGenix a sus espaldas. Solo quiero que vuele como siempre mereció.

50



Alexandra

CENTRAL DE NEOGENIX, MADRID. AL DÍA SIGUIENTE POR LA TARDE.

Una fuerte mano cubierta de flores entre llamas dibujadas en tinta acaricia la mía. La envuelve, y con una delicadeza inusitada me invita a abrir el puño. Su pulgar se cuela por debajo del cordón de cuero y masajea tratando de que vuelva el riego sanguíneo a la palma blanquecina. Siento el hormigueo llegando a la puntita de los dedos y ascendiendo hacia el codo, ahora me doy cuenta de que se había dormido toda la extremidad. Dorian sujeta el diente de dragón que estrangulaba entre mis dedos. Levanto la vista y lo miro. Sus ojos parecen más amarillos que nunca. Los tiene enrojecidos e inflamados de tanto que ha llorado, lo hemos hecho juntos, un largo rato, abrazados.

—Dragona, ha llegado el momento.

Asiento en un único y seco gesto, sin más dilación me levanto. Estiro con las manos el vestido negro que cubre mi cuerpo, tratando de planchar unas arrugas que no existen. Él sujeta mis dos manos para que me detenga, nos volvemos a mirar.

—Todo saldrá bien.

No le respondo, solo camino. Coloco un pie delante del otro, acompañada por el sonido del tacón golpeando el suelo y las botas acompasadas de Dorian en la retaguardia, los pasos de Valerie pasan desapercibidos, pero también me está siguiendo. El *Dragons* no se ha separado de nosotras ni un solo instante.

Al finalizar el pasillo, que ha parecido más largo que nunca, cojo aire y me dispongo a abrir la puerta a… todo.

—Estamos aquí —susurra Dorian y no sé si es consciente, pero esas dos palabras son como un bálsamo para mi angustiado estado de nervios.

Nada más asomar la cabeza, un estruendo me avasalla. Los *flashes* se disparan desde todas direcciones y las preguntas llegan en tropel sin ningún sentido.

Subo los tres escalones y una vez en la tarima me coloco detrás del atril con micro. Al alzar la vista, un silencio perturbador inunda la sala. Imagino que nadie esperaba verme en este estado. Bajo un segundo la mirada y observo el colgante que atrapé entre mis manos justo antes de que Dante cayera por el barranco de Villa Ribadesella. Una lágrima traicionera se me escapa, la retiro con disimulo y recobro la compostura.

—Buenas noches. Gracias a todos por venir. Hoy quiero ser totalmente honesta… —guardo silencio un par de segundos—, quiero confesar que ser Alexandra Genix ha sido la carga más grande que he tenido que sobrellevar toda mi vida.

»Durante años, Virex fue presentado como el avance farmacéutico más importante del siglo. Un estimulante diseñado para mejorar el rendimiento mental y combatir el agotamiento emocional. Se convirtió en una promesa, iba a cambiar la vida de miles de personas, pero… la codicia y el amor lo convirtieron en mi mayor pesadilla y la de muchísimos consumidores.

»Hoy estoy aquí para decir la verdad, nada de subterfugios, solo claridad: Virex se ha cobrado la vida de cientos de personas. —Un sollozo se me escapa al decirlo y necesito guardar silencio para recobrar fuerzas—. El fármaco ha generado altos niveles de adición y dependencia, alteración en el sistema cognitivo e incluso

alucinaciones, vómitos y dolores de cabeza. Virex 1.0 nació con la idea de mejorar vidas y finalmente las destruyó.

Todos los periodistas están en absoluto silencio, me observan con detenimiento y solo espero que sea así hasta el final, que no me interrumpan.

—Nada fue un accidente. Virex fue manipulado con intencionalidad y alevosía. Tras los análisis exhaustivos se ha determinado que el fármaco fue dotado de un componente sumamente adictivo: un derivado sintético de la metanfetamina, clasificado como XNM-27. Un compuesto desarrollado en los laboratorios de NeoGenix sin que yo ni fuera consciente de ello. Un estimulante camuflado, disfrazado de avance, casi imperceptible, oculto entre el resto de los componentes y solo visible si se busca con intención. Un veneno que vendimos como esperanza y que nada tiene que ver con eso.

—Señorita Genix, ¿declara que Guillermo Genix, su padre, creó una droga en vez de un fármaco?

—No. —Aprieto los puños con mucha fuerza sintiendo el colgante de Dante entre mis dedos—. Mi padre siempre soñó con algo revolucionario que llenara el mundo de personas más excepcionales.

—La patente de Virex ahora está a su nombre, fue una de las herencias que le dejó su padre cuando falleció.

—Así es.

—Entonces, ¿trata de decir que él no fue el creador de esta versión del fármaco tan destructiva?

—Mi padre creó la primera versión, la que debería de haber llegado al mercado, pero…

«¡¡Dios, allá voy!! Venga, Lex, tú puedes». Me espoleo a mí misma antes de revelar lo que todos esperan. Carraspeo y sigo.

—Solo hay una responsable de la variación dañina de Virex: Melody Genix, mi hermanastra.

Creí que todo estallaría en mil preguntas al revelar la verdad, sin embargo, ha sido muchísimo peor. Se ha producido un silencio devastador que hace que se me erice hasta el último pelo del cuerpo. Todos están expectantes, en sus ojos veo la confusión y

aunque nadie pregunta, yo respondo lo que estoy segura de que les pasa por la cabeza.

—Lo hizo por ambición y… amor. Melody llevó el sueño de mi padre al extremo, ella ansiaba ser mundialmente inquebrantable. Quería que la humanidad entera consumiera Virex, quería convertirlo en algo tan usual, consumido y por supuesto, adictivo, como es el tabaco o el alcohol.

—Per-perdone, señorita Genix —se levanta muy tímidamente una joven de la tercera fila—, ¿ha dicho ambición y… amor?

—Veo que ha estado muy atenta. —Vuelve a sentarse con las mejillas sonrosadas cuando toda la sala, alrededor de doscientos periodistas, la miran—. Melody era la persona que creí que más me protegía, para mí era uno de los pilares de mi vida. La quería como si corriera por sus venas la misma sangre que por las mías. Para ella eso nunca fue suficiente, nada lo era. Alteró la fórmula original movida por la codicia y por algo más oscuro todavía: un amor no correspondido.

»¿Saben? El amor puede llevarte al estado más puro de felicidad, tan alto que sientes que puedes volar —pienso en Dante y mi corazón se salta un latido, sigo sin detenerme—, pero también puede estar dañado, ser nocivo, e incluso estar envenenado. Yo he descubierto ambos del modo más intenso y doloroso. En el caso de Mel, se convirtió en obsesión, algo devastador hasta el punto de ser letal.

»Melody quería que Virex triunfara a toda costa, su sueño era, por muy ridículo que pueda sonar, gobernar el mundo. Crear toda esa adicción al medicamento iba a hacer que casi toda la humanidad lo acabara consumiendo y entonces… NeoGenix sería imparable, y lo más importante, ella sería su creadora, todos la admirarían por ello y, sobre todo, yo la admiraría por ello. Cuando mi padre descubrió lo que había hecho con el fármaco, su proyecto peligró, supuso que, si salía a la luz, sus planes no se cumplirían y eso… eso la alejaría de mí.

—¿Está diciendo que su hermanastra la amaba?

No respondo a la pregunta directamente porque me siento totalmente incapaz de verbalizarlo con un simple «sí».

—Mel siempre ha vivido con dos grandes secretos que de algún modo estaban interconectados. Llegó un punto que, si no hacía algo, el uno no iba a poder coexistir con el otro, así que decidió eliminar la pieza que impedía que su puzle encajara y que menos riqueza le podía reportar.

»Pero la verdad siempre encuentra su camino. Y esta vez, también lo ha hecho. Mi padre…

—¿Es cierto que está vivo? —me interrumpe la voz de un hombre de la sala—. ¿Se rumorea que su entierro fue todo un teatro creado por la familia Genix? —Cuando vuelve a preguntar lo localizo entre la multitud.

Le miro directamente a los ojos y respondo.

—¡Yo soy una Genix! Y le aseguro que lloré mucho su muerte, para mí su pérdida fue dolorosamente real. Fue muy muy real. Cuando lo vi vivo… —Mi voz se quiebra y he de limpiar una lágrima escurridiza, al reponerme continúo—. Al verlo no daba crédito.

Ahora un murmullo recorre toda la estancia. Los periodistas están inquietos, empiezan a lanzarse preguntas a la vez, pero entonces la chica de la tercera fila se pone en pie de nuevo y todos callan esperando su intervención.

—Señorita Genix, si su-su padre está vivo… ¿Va a relanzar Virex como el fármaco inicial que siempre debió ser?

—No. Eso es algo imposible. Mi padre ha sido arrestado. —Más murmullos—. Cumplirá varios años de condena por fraude, obstrucción a la justicia, falsedad documental y un largo etcétera.

—¿Pagará la fianza para que quede libre antes? —pregunta el hombre algo orondo que se ha levantado junto a la periodista tímida y de preguntas acertadas.

—Las personas deben de pagar por sus actos. Todas las víctimas merecen justicia, es por eso que dejaré que la ley tome las acciones que debe contra ellos y además… hoy mismo ya he firmado toda la documentación para donar la totalidad de mi patrimonio personal derivado de NeoGenix a un fondo independiente de ayuda para las víctimas y afectados por Virex. No quiero nada de esto. No quiero tronos construidos con mentiras. No quiero riquezas bañadas en sangre. ¡Solo quiero justicia!

El silencio perturbador es interrumpido de manera abrupta cuando la puerta principal se abre y un enorme Dragón entra.

—Mi Dragón —susurro.

Una vez más, todos los periodistas hablan unos a la vez que los otros, levantando sus brazos como si pidieran permiso para preguntar, pero en realidad lo hacen sin esperar su turno. Uno de ellos hace una fotografía y eso desencadena un aluvión de *flashes*. Sin embargo, ahora mismo nada importa, ni el ruido, ni los destellos… en este instante solo existe él.

Da un salto para subir a la tarima y su primer contacto es con su mano sobre mi vientre, con la otra rodea mi cintura.

—Dante…

Se acerca a mi oído y pregunta:

—¿Cómo están mis dragonas preferidas?

—Deseando salir volando de aquí. —Me sonríe con ese gesto canalla que me roba el aliento siempre.

—Tengo el helicóptero en la azotea y todo listo en Sevilla para vuestra llegada.

Coloco la mano sobre la de él y siento que es el gesto más íntimo que jamás hemos compartido.

—¿Sabes que quizá no es una niña?

—¡Lo será! Ella y tú sois y seréis lo que me hará volar, lo único con lo que siempre tocaré el cielo.

EPÍLOGO



Dorian

Nooo… no me voy. Tranquila. No tenía intención de dejarte con esa incógnita que te ha tenido de los nervios.

Y sí, sé bien que te estás preguntando qué hago aquí si esta no es mi historia.

Spoiler: pronto te la contaré y… vas a flipar.

Pero ahora vamos a lo que toca.

Ya sabes que Lex empujó por un barranco de noventa metros desde Villa Ribadesella a Dante. Bueno, ella no pretendía empujarlo, eso que quede claro, ¡eh! Su idea era lanzar por los aires, literalmente, a la villana de esta historia: Melody.

El problema es que el Dragón Volador es un jodido héroe y un cabronazo muy enamorado.

Verás, yo creo que eso de que el malo muera al final está un poco sobrevalorado.

Melody… en fin, qué decir de la mala malísima, se merecía caer barranco abajo y no volver a respirar ni una mota de aire en el planeta tierra. Pero Alexandra… ella no se merecía cargar con más dolor o culpa.

¿Te imaginas lo duro que tiene que ser que una de las personas que más quieres haya hecho algo tan horrible como lo que le hizo

Mel a Lex? Eso ya iba a ser más que complicado de digerir. Por eso, el capullo enamoradísimo de Dante no quiso que su Dragona cargara con la culpa de haber acabado con la vida de su hermana.

Así que cuando vio que sus intenciones eran empujar a Melody precipicio abajo… él, a cuál héroe imbatible, se interpuso, envió a suelo firme a Mel y, sin pretenderlo, Lex lo mandó a él al vacío.

Y…

Voló.

Literalmente.

Con su estupendo paracaídas.

Uno que llevaba en la espalda y con el que, si las cosas se complicaban en la Villa, Alexandra y él escaparían.

No habrás osado a subestimarnos, ¿no?

Chata, somos LOS *DRAGONS*.

Las puntadas sin hilo son para los mediocres, no para nosotros.

He de decir que Dante perdió un poco de vida en ese salto. Cuando vio a Lex quedarse allí con la villana y el malote de su padre casi le da un *parraque*.

Mientras caía al vacío, maldijo mil veces antes de desplegar el paracaídas. Y más histérico que nunca en su vida, empezó a gritar:

—¡¡Plan B!! ¡¡Plan B!! ¡¡Plan B!!

Me tuve que quitar el pinganillo porque casi me revienta el tímpano con los chillidos.

Declan aumentó la velocidad del helicóptero y antes de que Dante tocara tierra ya descendíamos en el jardín de la Villa. Yo en modo Ranger, asomado por la puerta trasera, apuntaba con una ametralladora a los Genix malotes, mientras rezaba por no tener que usarla. Por suerte, causó justo el impacto que pretendía. Melody y Guillermo levantaron las manos en señal de inocencia, vaya cara más dura tenían los cabrones. Mira que se lo habían hecho pasar putas a Lex.

Todo esto me ha enseñado que el amor es terriblemente curioso. Y una vez más se confirma; amar es un puto peligro, lo mejor es quererse a uno mismo y ya.

Hay formas de amar muy extrañas, algunas escalofriantes, aunque extrañamente gracias a ellas Lex salió ilesa de allí.

Melody y Guillermo la querían tanto que en lo único que pensaban era en que ella estuviera bien, sin darse cuenta de que todo lo que habían hecho había causado el efecto totalmente contrario.

Nunca había vivido algo tan estremecedor.

Sin que el helicóptero llegara a tocar tierra, salté al jardín y Melody, entre un mar de lágrimas y con la mirada de una zumbada clavada en Lex, le confesó todo su amor. Me dio tanto repelús que cubrí sus oídos con mis manos y la subí al helicóptero. Le coloqué los cascos y ella solo dijo:

—Gracias, Dragón.

Después, con ayuda de Declan, los atamos, cada uno en una de esas esculturas horteras del jardín, frente a frente, para que se vieran bien las caras en sus últimos minutos de libertad.

Retomamos el vuelo dejándolos allí para que fuera la policía quien hiciera lo conveniente, y fue entonces cuando Lex no pudo más y… se desbordó.

Todo pasó muy rápido en las siguientes horas. Imágenes de Guillermo y Melody esposados entrando en la comisaría de Ribadesella aparecían en todos los canales de comunicación y en redes sociales.

Y sí, Roberto Genix también cayó. Resultó que el muy patán fue un vendido. Algo naaada sorprendente, claro.

Mel era lista, y supo que tener comprado a Roberto le daba el poder del 35% de las acciones. Así que isí! El que siempre pareció el malote de la historia, lo era, pero bajo el mando de la villana más cruel.

—Si no das la cara no te dejarán tranquila —sentenció Declan mirando muy preocupado a Lex mientras le retiraban la vía.

—Podéis dejar de mirarme todos como si fuera un perrito atropellado. Estoy perfectamente.

—Cielo, has sufrido un colapso.

—¿Colapso? Dragón si la llegas a ver en el helicóptero te da algo a ti también —dije con la bola de los nervios aún anudada en mi garganta—. Ni respiraba, ni respondía, ni…

—Valeee… Dorian, a ti no te han dicho nunca que tienes una bocaza enorme. —Me encogí de hombros mientras los ojos de Lex cargados de reproche me apuñalaban.

«¡¿Qué?!» Pensé indignado, pero no lo dije. Solo había dicho la verdad. Lex nos dio un puto susto de muerte, decir que entró en colapso era quedarse muy muy corto. Declan pilotaba y yo trataba de lidiar con la realidad de Alexandra golpeándola como si fuera un martillo percutor. El médico ha dicho que sufrió un ataque de ansiedad debido a toda la carga de estrés y al hecho de… bueno, ya sabes, reencontrarse con su padre muerto y descubrir que su hermanastra quería más que abracitos fraternales.

¡Joder! Es que era una locura.

—Sus constantes están todas bien, señorita Genix —dijo la enfermera haciendo que regresara al presente y aparté los recuerdos a un lado.

—Te lo he dicho, estoy perfecta, eres un ñoño exagerado, Dragón —le reprochó Lex a Dante.

Antes de que él tuviera tiempo a defenderse alegando que yo lo llamé gritando histérico de camino al hospital diciéndole que perdíamos a la dragona —sí, quizá exageré un poco—, el médico entró en la habitación.

Se me fue un poco de las manos en ese momento, pero no me juzgues, estaba super nervioso y asustado, ella no reaccionaba.

—¿Qué tal estás, Alexandra?

—Perfectamente, doctor, ¿me puedo ir ya?

—Sí, vengo con su informe de alta médica. —Lex extendió la mano a la vez que bajaba de la camilla—. No tan rápido. —El doctor retuvo la carpeta entre sus manos—. El protocolo en pacientes que han sufrido episodio disociativo exige varias pruebas médicas para descartar posibles efectos adversos como alteraciones metabólicas, déficits vitamínicos u hormonales y… —Cuando se calló y la miró unos segundos pude sentir la ansiedad de todos llenando el

ambiente—. Señorita Genix, ¿cómo se ha sentido últimamente? ¿Algo más cansada? ¿Mareada? ¿Sensible?

—¿Está acusándome de ingerir Virex? —preguntó muy ofendida.

—El doctor Russo es de la familia, Lex. Lleva cuidando de los *Dragons* desde hace años. No te está atacando —repuso Declan.

Eso la animó a contestar más tranquila.

—Lo cierto es que he estado muy llorona, bueno, para ser sincera, muy inestable emocionalmente, pero con todo lo que ha ocurrido no había… espera…

Lex se quedó muda de golpe, levantó la cabeza y miró al doctor Russo como si le hubieran salido tres cabezas. Este alzó la comisura de sus labios y Dante ahogó su sorpresa cubriendo la boca con la mano.

Empecé a mirarlos y sentí que en esa habitación ya todos sabían algo que yo no.

Alexandra resopló y añadió:

—Ya ve que algo sensible, sí que estoy… —Se limpió las lágrimas que se le habían escapado sin sentido aparente—. Doctor Russo, es positivo, ¿verdad?

—¡Dios, di que sí! —rogó al viento Dante.

—Que sí, ¿qué?

«¿Soy el idiota que no se entera?», pensé frustrado.

—Cállate, Dorian. ¿Estás atontado o qué? —susurró Valerie en mi oído, la miré y mierda… me perdí en su perfil cincelado por los putos dioses.

—¡¡Ahhh!! —Su grito me trajo de vuelta.

—¿Qué-qué pasa?

Dante estaba besando a Lex de un modo tan intenso que no pude apartar la mirada de ellos. Se separó un poco y lo que dijo hizo que casi me cayera de culo:

—Os quiero a las dos.

—¿Dos?

Todos seguían hablando, riendo y felicitándose, y yo no me enteraba de nada. Cada vez era peor, cada vez me perdía con más facilidad cuando mis ojos se encontraban con Valerie Genix en el

camino. Por suerte todo había acabado y ahora ya podría alejarme de ella para siempre.

—¿Se puede saber qué leches pasa? —cuestioné algo irritado por la trayectoria de mis pensamientos.

Alexandra soltó a Dante, caminó hasta mí, colocó sus dos manos sobre mis hombros y dijo:

—Vas a ser tito, Dragón.

—¿Có-cómo…? ¿Cuán-cuándo…?

—Creo que no hace falta que te explique que llevan semanas retozando y claramente sin un ápice de responsabilidad ni protección.

Lex miró a Declan, rio ante su comentario, negó divertida y después regresó a mí.

Joder, no me pude contener, me pasó exactamente igual que cuando Declan me contó que iba a ser padre, un chorro de lágrimas salió a tropel de la emoción. Lex se quedó flipando, me miraba boquiabierta y yo, lloriqueando, la felicité.

¿Qué pasa? Soy un huevo de sensible. Y los bebés me dan una ternura tremenda. Llevar *tattos* y robar coches no me hace inmune a todo, ¿vale?

Lloré como un crío, un buen rato, fundido en un abrazo con la que para mí ya era como una hermana más. Quizá me pasé un poco con el tiempo de ese abrazo, pero es que no podía controlar lo contento que estaba. ¡¡Iba a ser tío otra vez!!

EPÍLOGO



Dante

La risa más maravillosa del mundo corta el viento, siento su pequeña barriguita vibrar bajo mi mano y aunque estoy seguro de que no caerá, la sujeto con más fuerza. Sus largos mechones negros y rizados cosquillean en mi brazo con cada zancada de Drakonis. Galopar entre los senderos de olivos le gusta tanto como… volar.

—¡Virgi, es hora de cenar! —Escucho la voz de Lex a lo lejos.

—¡¡Un poco más, mamá!! —grita nuestra hija.

—Dante Cortés, frena a ese semental antes de que tenga que hacerlo yo y venir a cenar.

—¡Oh, oh! Nombre y apellido, papá, será mejor que volvamos.

Río a carcajadas cuando la miro y veo su dulce carita de preocupación. Tiene el mismo carisma y empuje que su madre.

—Tienes razón, cielito.

Y sí, me he vuelto de lo más cursi, o ñoñas, como dicen todos. Ahora tengo un cielo y una cielito, pero ¡JODER! soy tan feliz que me importa una mierda lo que pienses tú o que cada vez que me escuchan los *Dragons* se rían de mí.

Tiro de las riendas de Drakonis para mantener su vigorosidad a raya, mi viejo amigo se ha ido amansando con la edad, pero sigue siendo un ejemplar majestuoso de lustrosa crin negra, pelaje azabache y carácter apasionado.

Regresamos por el sendero principal, con los cascos golpeando la tierra seca y el inicio del verano tostando nuestras pieles. Los olivos están en su mayor esplendor en esta época del año, repletos de hojas verdes plateadas que brillan cuando los rayos de sol los acarician. Levanto la vista y ahí está, mi Dragona, dentro de ella sigue existiendo una mujer con muchas caras; letal, inteligente, diseñada para gobernar un imperio y ser excepcional, pero que fue casi destruida por las personas que más quería.

En estos últimos seis años nuestras vidas han cambiado mucho. Nos hubiera encantado vivir más tranquilos, algo que hemos asumido que es imposible, somos y siempre seremos… Los *Dragons*. Todas ellas incluidas.

Sí, he dicho ellas, pero… no diré nada más, eso será algo que tú deberás descubrir en próximas lecturas.

—Mamá, ¿has visto como volábamos con Drakonis? ¡¿Lo has visto?!

Lex extiende sus brazos y Virgi se lanza a ellos con la confianza absoluta de que ella siempre la cogerá, jamás la dejará caer. El nombre se lo pusimos en honor a mi suegra, Virginia Carter. Creo que el golpe más duro que se llevó mi preciosa dragona fue justo ese, el que tenía que ver con su madre. Estaba de ocho meses cuando todo salió a la luz y fue tan duro que tuvieron que ingresarla porque empezó a tener contracciones prematuras. La investigación de Virex fue terriblemente demoledora, pero nada nos preparó para eso.

Guillermo Genix ingresó en prisión, pero antes de confesar y contar toda la verdad sobre su falsa muerte, quiso atar el último cabo que le consumía, la muerte de su esposa. Solicitó la exhumación del cadáver enterrado en el jardín de Villa Ribadesella. Nunca me dijo que su madre yacía allí, al saberlo, entendí el recelo que tenía con ese lugar y por qué no quería ir nunca. Esa casa solo le traía malos y dolorosos recuerdos.

El trámite tardó algunos meses y cuando se hizo, casi preferí que hubiera quedado todo, literalmente, enterrado bajo tierra.

El nuevo informe forense determinó que Virginia Carter no murió de un infarto, bueno, si lo hizo, pero no por causas naturales. Encontraron evidencias de propranolol en su sangre, una sobredosis medida con exactitud para inducir a la bradicardia, el colapso cardiovascular y finalmente el paro cardiaco. Fue definitivo, alguien la mató. Nunca se llegó a demostrar quién, pero mi mujer —sí, nos casamos— está convencida de que fue Melody.

¿Qué fue de ella, de la hermanastra, de la villana de esta historia?

Pues verás, el juez la acusó de un delito contra la salud pública con resultado de muerte, fraude corporativo y falsificación de documentos. Se determinó que sus altas capacidades luchaban a diario con factores psicológicos y de peligrosidad social. Un estudio médico arrojó un diagnóstico inesperado, Melody era psicópata funcional. Un grado de psicosis turbadoramente controlable, pero altamente peligroso.

Por suerte, eso no influyó en la decisión del juez y pasará mínimo cuarenta años entre rejas. Lex nunca más quiso hablar con ella, ni siquiera fue a verla a la cárcel. No quiso ir ni cuando recibimos el nuevo informe forense sobre los factores que llevaron a la muerte a su madre. Decidió encerrar esa parte de su vida para dejar espacio a todo lo que juntos hemos construido.

En ese pack de su pasado entraba su hermanastra, su padre y… Roberto. De este último hace años que no sabemos nada, cuando todo saltó por los aires fue arrestado, pero… no se pudo demostrar su implicación en el caso Virex 1.0. Melody insistió en que él la había ayudado, sin embargo, no había nada que constatara que así fue. Un mes después salió libre y sin cargos.

No dudó ni un poquito, ni le tembló el pulso, ni siquiera se despidió de su hija, solo cogió el poco dinero que tenía y desapareció, sin más. Nunca llegaron a acusarle de nada, no se cree que tenga implicación con la muerte de su mujer, ni que tuviera conocimientos de los estragos del Virex.

Con Lex llegamos a la conclusión de que simplemente era un puto cobarde que no quería perder su pequeña riqueza. Suponemos que estará por algún país tropical viviendo sus últimos años de vida

con el dinero que amasó gracias a NeoGenix. Valerie lo pasó bastante mal al principio, después entendió que ya no iba a volver y simplemente hizo como su prima, lo dejó en el pasado y avanzó.

Lex podría ir a ver a su padre, pero no lo ha hecho nunca. Este le escribe una carta semanal, ella solo las guarda en un cajón del dormitorio, ni las abre. Quizá algún día lo haga. Quién sabe…

Guillermo pronto quedará de nuevo libre. Fue condenado a siete años por fingir su propia muerte, fraude, falsificación de documentos y colaboración encubierta en redes clandestinas. Es decir, por contratar a los *Dragons*. Es cierto que él «todo lo hizo para salvar a su hija», ese fue su alegato de defensa en el juicio. Seamos sinceros, lo hizo como el culo.

¿Fingir su muerte rompiendo el corazón de Lex? ¿Dejar que Virex siguiera en el mercado matando a personas? ¿Abandonar a Alexandra y dejarla sola con todo el marronazo del fármaco?

Todo un *crack* en la toma de decisiones mi suegro. Mi dragona dice que nunca le perdonará… y yo, la entiendo.

Lo único sensato que hizo Guillermo fue cerrar el pico en lo que a los *Dragons* se refería. Nosotros nunca saltamos a la palestra. Se habló de un equipo de investigación privado que ayudó a que todo el entramado de detrás de Virex saliera a la luz, pero jamás descubrieron que éramos nosotros. Nadie nunca sabrá que ese hombre que se coló en la rueda de prensa más reveladora y mediática de la historia, y sacó en brazos a Alexandra Genix a cuál Whitney Houston, era un implicado en el caso Virex 1.0. Se dijo que había un romance entre ella y su guardaespaldas, no lo desmentimos, dejamos que todos se creyeran esa peliculera historia que durante meses le dio tanto juego a los medios de comunicación.

Hace un par de semanas llamó el abogado para informarnos de la pronta salida de Guillermo, Lex pareció inalterable. Y fue en ese instante, al mirarla a los ojos tras colgar el teléfono, que recordé lo que hacía ya mucho tiempo le pregunté.

—¿Por qué no quieres ir a verlos?

Su respuesta me llenó de comprensión y… mucho más amor por ella.

—Dragón, dicen que solo tenemos una vida, pero yo he tenido el privilegio de poder empezar una segunda escogiendo cada una de las personas que están en ella, cada paso que doy, cada momento. Vivamos, solo vivamos como nosotros decidamos.

La risa de Virgi me devuelve al presente y sonrío al ver cómo se troncha con las cosquillas que le hace su madre.

—Así que te gusta volar, ¿eh?

—Sí, mamá, síííí…

Lex la sujeta por debajo de los brazos y gira sobre sí misma mientras mi cielito extiende los brazos gritando:

—Estoy volandooo… mira, papá… mira, vuelo como tú.

Doy un salto para bajar de Drakonis y cuando me acerco a ellas, se detienen.

—¿Lo has visto, papá? He volado igual que tú con el helicóptero.

Las rodeo entre mis brazos, apretujándolas a las dos y pegándolas mucho a mi cuerpo. Beso la cabecita de mi niña, los labios de mi mujer y esa sensación de gravedad me embarga de nuevo.

—Dragonas, yo hace mucho que no necesito el helicóptero para volar, con solo rozaros ya siento que toco el cielo.

—Eres un ñoñas de cuidado.

—Y te encanta.

—No, Dante, no me encanta, me tiene locamente enamorada.

FIN

¿Tienes ganas de más?

TE REGALO UN EBOOK

Puedes estar al día de todas mis novedades y publicaciones suscribiéndote a mi lista de contacto.
Y, además, con esta lectura disfrutarás de un relato lleno de pasión y risas.

DESCARGA TU EBOOK GRATIS AQUÍ

Tu opinión es muy importante para mí, me encantaría que dejaras una valoración en Amazon.



Si quieres conocer a más Soñadoras como tú, únete a mi comunidad lectora en Telegram:

https://https://t.me/+pLIzsVbhVZUwN2U0

También, en mis redes sociales podrás encontrar un sinfín de cosas más sobre mis novelas y sobre mí.

@natalinavarro_escritora

escritora@natalinavarro.es
www.natalinavarro.es

NOTAS

1. ¡Hola, papá! ¿Cómo va todo?

En algunas regiones como Toscana, «babbo» es más común que papá.

2. No podría ir mejor, hijo mío.
3. Chicos, jóvenes.
4. Hijo.

AGRADECIMIENTOS

Siempre gracias a ti Soñadora, mi querida lectora. Gracias a todas las que me habéis escogido para viajar a otro lugar entre mis páginas, gracias por confiar en mí. No imagináis lo especial que es hablar con vosotras y compartir charlas o chats sobre mis historias. No tengo palabras para expresar todo lo que me aportáis y me llenáis el corazón.

Un abrazo enorme para mi lectora cero, Anna. Tu trabajo es imprescindible para el libro y para mis locas emociones durante todo el proceso de creación. Te quiero muchísimo, amiga incondicional y hermana escogida. Gracias por volcarte en mis novelas con tanto cariño, por tus correcciones y por estar siempre.

Sandra García, amiga, me encanta que formes parte de mi equipo de trabajo. Tu implicación, cariño, y amistad siempre son primordiales en mis novelas, procesos creativos y proyecto. Te quiero.

Gabriela Rey, una vez más lo has conseguido. Esta portada no puede hablar más de Lex y Dante. Muchas gracias por crear algo tan alucinante y conseguir entender mis locuras como lo haces. Gracias por hacer que trabajar contigo sea tan bonito y fácil.

Y gracias a mis Pavones. Mi marido Marc, y mis hijos Marc y Martí. Gracias por respetar mis espacios y por creer en mí. Sin vosotros este sueño no sería tan real. Os quiero de manera incalculable.

MILLONES DE GRACIAS A TODOS LOS QUE, SIMPLEMENTE, ESTÁIS.

CONÓCEME



¡Hola! Soy Natalí Navarro, nací en Granollers, una ciudad cercana a Barcelona, el 15 de septiembre de 1985. Me considero una apasionada de la vida y se podría decir que sufro adicción a las risas, los abrazos y las novelas de género romántico en todas sus versiones.

Inquieta es una de las palabras que mejor me describe, por eso siempre necesito tener mi cabeza loca entretenida con nuevos proyectos, los cuales me encanta compartir con amigos y familia, pero en especial con mi marido y mis dos hijos, a los que quiero sin límites.

He de confesar que mi pasión por las novelas románticas fue un regalo que me dio el COVID, y desde entonces no he podido dejar de devorarlas. Tantas lecturas acabaron desarrollando un sueño que ha cambiado mi vida: escribir y ayudar a otros escritores se ha convertido en mi verdadera vocación.

Mi trabajo como formadora y mentora de escritores que desean autopublicar sus libros, unido a mi pasión por crear novelas que lleguen al corazón, es hoy mi motor diario. Disfruto enormemente ayudando a otros autores a escribir, publicar y monetizar sus historias para que puedan construir su propio camino en el mundo literario.

Si eres una romántica empedernida y te encanta que tus emociones sientan que están en una montaña rusa, te invito a que descubras mis novelas.

Y si eres escritor o deseas serlo, estaré encantada de ayudarte a hacer tu sueño realidad.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA



La chica de mis sueños (Serie Destino 1).
Ni en tus mejores sueños (Serie Destino 2).
Sueños de infancia (Serie Destino 3).
Serie Destino completa (solo ebook)
Fotógrafa y mentirosa.
Te amé en mi muerte.
Amor en guerra (Serie Amor y guerra 1)
La guerra del amor (Serie Amor y guerra 2)
Dante (Serie Villanas I)

DESCUBRE TODAS LAS NOVELAS